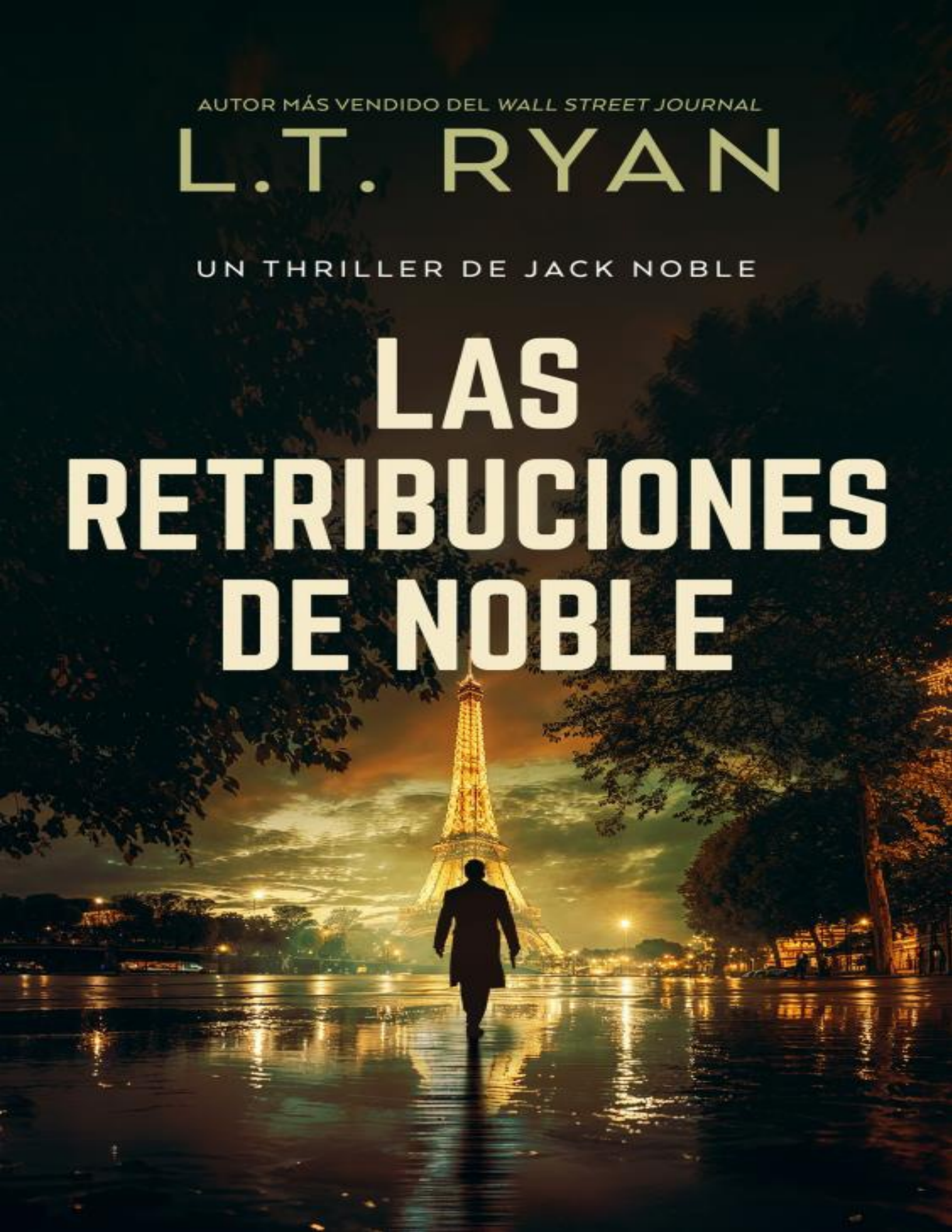
AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LAS RETRIBUCIONES DE NOBLE



LAS RETRIBUCIONES DE NOBLE

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 6

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2012, 2025 por L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para más información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series
Sin título

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Sin título
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Sin título
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Sin título
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Sin título
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87

Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96

La Traición de Noble: Capítulo 1
La Traición de Noble: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

SIN TÍTULO

Episodio 6

CAPÍTULO 1

Jack Noble extendió la mano y agarró el delgado mango de la taza blanca que estaba en el borde de la mesa. Se la llevó a los labios y sopló, enviando una nube de vapor a sus ojos y nariz. El olor a café fuerte invadió sus sentidos y alertó a su cuerpo sobre la carga de cafeína que pronto recibirían. Puso sus labios en la taza y tomó medio sorbo del líquido caliente, dejándolo enfriar debajo de su lengua antes de tragarlo. Observó cómo el sol de la mañana ascendía sobre el mar de Libia en el Mediterráneo. Colores naranja, rojo, rosa y violeta pintaban el cielo y el mar, haciendo imposible saber dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Sabía que los edificios blancos detrás de él cambiaban de color con cada minuto que pasaba, como si fueran parte de un espectáculo de luces. Algunas mañanas caminaba por la playa y contemplaba el pueblo durante el amanecer; otras, se sentaba en el patio del pequeño café y se despertaba con el sonido del mar.

La pequeña ciudad de Palaiochóra en la isla griega de Creta resultó ser el escondite perfecto para un hombre que ahora era un fantasma. Pequeña. Tranquila. Pintoresca. Los turistas pasaban a diario. Algunos se quedaban la noche. La mayoría no lo hacía. Sólo unos pocos de ellos entraban al café. La cafetería con el apartamento encima, el apartamento en el que vivía Jack con Alik, el ruso.

—Buenos días, Jack.

Jack asintió, manteniendo los ojos fijos en el mar y la taza de café delante de la boca.

—Hermosa mañana—. El acento ruso de Alik había empezado a adquirir un tono griego en las últimas semanas.

—Como todas las mañanas durante los últimos seis meses—, dijo Jack.

Seis meses. Los seis meses más tranquilos de la vida adulta de Jack. Después de dieciséis años de acción ininterrumpida, el cuerpo de Jack, que ahora tiene treinta y seis años, agradeció el descanso. Pero el picor había vuelto. La calma y el silencio de Palaiochóra habían empezado a desgastarlo. Extrañaba la ciudad. Extrañaba la acción y la emoción de su trabajo. Además de eso, había demasiados asuntos pendientes. Profesional y personalmente.

Jack se llevó la taza a la cara con ambas manos. Tomó un sorbo. Cuando exhaló, su aliento se convirtió en vapor al encontrarse con el aire fresco de la mañana. Una brisa soplaba desde el otro lado del mar. El aire le picó la cara con la promesa de un suave día de primavera. Dejó su taza sobre la mesa. Se subió las mangas del suéter azul hasta los antebrazos. Agarró una servilleta y se limpió las gotas de café del labio superior. Se frotó la cara, sintiendo el pelo áspero que cubría sus mejillas y barbilla. Su cabello, sin cortarse durante seis meses, le caía sobre la frente, más allá de las cejas. Usó ambas manos para separarlo por la mitad y lo cepilló hacia atrás.

—¿Has tenido noticias de Frank? — preguntó Jack.

Alik negó con la cabeza. —Lo intentaré hoy—. Cortó un trozo de pasta danesa con un

cuchillo de mantequilla y la punzó con un tenedor. —Eres un fantasma, Jack. Quieren que siga siendo así. Si se necesita un año para sacarte de esta isla, entonces se necesita un año.

Jack suspiró. Arqueó la espalda y estiró los brazos en el aire. Un fantasma, pensó. Frank le hizo un favor a Jack cuando envió a Alik a matarlo temporalmente mientras estaba encarcelado en el infierno ruso apodado Delfín Negro. Jack todavía no tenía idea de cómo lo lograron. Alik no se lo dijo y Jack aún no había hablado con Frank. Jack, que no era alguien que se preocupara por esas cosas, casi lo había olvidado por completo.

Jack se echó hacia atrás en su silla, se puso de pie y caminó hacia la barandilla de metal pintada de verde al otro extremo del patio. Pensó que a la barandilla le vendría bien una nueva capa de pintura. Se inclinó y miró hacia el mar azul. Luego, se dio la vuelta y se reclinó contra la larga y fría tira de metal. Buscó en su bolsillo un cigarrillo. No había ninguno allí. Hacía tres meses que no lo estaban. Cuenta dejar los viejos hábitos, pensó.

—Estoy seguro de que será pronto—, dijo Alik.

—Dijiste eso hace tres meses.

Alik se encogió de hombros. —¿Qué quieres que te diga? Deja de preguntar.

Jack lo ignoró y echó la cabeza hacia atrás. Por encima del café podía ver algunas de las casas construidas en la ladera. El espectáculo de colores del amanecer estaba terminando y los edificios se estaban desvaneciendo del naranja al blanco.

—¿Qué hay de mí? ¿Ya te ha dicho lo que me va a pasar?

—Jack—, Alik hizo una pausa por un segundo. —No hay nada que pueda…

—Que puedas revelarme en este momento. Sí, lo sé—. Jack cruzó el patio y se apoyó contra la fresca pared exterior del edificio. Sus ojos pasaron de Alik a la vasta amplitud del mar vacío. —Me gustaría que dejaras eso y me lo dijeras. Tú mismo dijiste que soy un fantasma. Eso no les importaría si no tuvieran planes para mí. Bueno, déjame decirte algo, Alik. Tengo planes para mí. Tengo algunos asuntos pendientes que debo atender.

Jack se quedó allí sacudiendo la cabeza durante un minuto antes de sentarse nuevamente a la mesa, frente a Alik.

El ruso puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. —Jack, sí, tienes razón. Tienen un plan para ti. Sin embargo, no estoy al tanto de toda la información. Te lo prometo.

Pasó una hora y se sentaron en silencio. Jack bebió dos tazas más de café y desayunó huevos y kalitsounia frita, un pastel de queso dulce. Los lugareños entraban y salían del café, tomando el café y los bocadillos que necesitaban para comenzar la mañana. Algunos de los veteranos tomaban asientos habituales en el patio y saludaban a Jack con la cabeza al pasar. Pensó que podría acostumbrarse a la vida aquí. Ahora no. Pero algún día. Algún día cuando tuviera alguien con quien compartirlo.

—¿Qué fue eso? — preguntó Alik.

Jack se encogió de hombros.

—Escucha.

Jack se inclinó hacia adelante. Cerró los ojos. Bloqueó la charla de los lugareños y se concentró en una sola voz. Una voz que destacaba del resto. Similar al de Alik, pero con un tono más duro. La voz subía y bajaba mientras interrogaba fuera del café. Y luego adentro.

—Rusos.

Los ojos de Alik se abrieron y asintió con la cabeza.

Desde el interior del café una voz gritó en inglés: —Jack Noble. Sal ahora.

CAPÍTULO 2

—Diles que se vayan—. Jack señaló a los lugareños sentados en las mesas del patio.

Alik habló en griego a través del café y luego repitió en inglés: —Salgan del patio. Vayan ahora, sus vidas están en peligro.

Seis hombres mayores miraron a su alrededor confundidos.

—¡Ahora! —, gritó Alik.

Los hombres se levantaron y retrocedieron tambaleándose por la puerta del lugar con café, abrigos y cigarrillos en la mano.

El patio ofrecía a Jack y Alik poco refugio o protección. Amurallado por tres lados y abierto al mar por el cuarto, con sólo la barandilla de metal verde separando a los hombres del agua abajo. Y con la temperatura del aire a diez grados, el agua estaría demasiado fría para ofrecer una vía de escape adecuada. Además, era poco profunda.

Jack examinó las mesas. Agarró dos cuchillos con filo dentado y los giró en sus manos para que las hojas presionaran contra sus antebrazos. Le hizo un gesto a Alik y se aplastó contra la pared, a unos metros de la puerta. Alik se trasladó al otro extremo del patio para ser el primer hombre que el ruso viera. Justo entonces Jack escuchó una segunda voz rusa. Posiblemente, incluso una tercera. Sus ojos se abrieron y trató de llamar la atención de Alik, pero el hombre parecía haber visto ya lo que Jack había oído.

Alik alcanzó su espalda. ¿Estaba armado hoy? Ambos hombres habían llegado a un punto en el que sentían que no había amenazas reales en el pequeño pueblo. Demonios, de hecho, en toda la isla. La posibilidad de que sucediera algo parecía *mínima o nula*. ¿Quién buscaría a Jack, un hombre que se creía muerto, en el punto más meridional de Creta?

Una voz llamó a través de la puerta. Sonó cercana, tal vez justo después del umbral. Jack apretó los cuchillos. Uno contra su antebrazo izquierdo listo para defenderlo. El otro, señalando listo para golpear y atacar. Pensó en girar su cuerpo y lanzarse a través de la puerta, atacando a la primera persona que viera. Sacó ese pensamiento rápidamente de su cabeza. Se sintió oxidado. Ninguna acción durante seis meses había embotado sus respuestas y reflejos, y sus sentidos ahora estaban abrumados. Cerró los ojos y dejó que el aire fresco entrara por su boca. Sus pulmones se expandieron y el oxígeno inundó su torrente sanguíneo. Su mente se calmó mientras tensaba y relajaba sus músculos.

El primer hombre cruzó la puerta. Se centró en Alik y se dirigió hacia él con los brazos ligeramente extendidos.

Alik habló en ruso. Jack no supo lo que dijo, pero obviamente llamó la atención del hombre porque ni siquiera pareció darse cuenta de Jack.

El segundo hombre pasó. Jack no perdió el tiempo. Se giró y cruzó el cuerpo con el brazo derecho con la hoja del cuchillo extendida. El hombre reaccionó y adoptó una posición

defensiva. Debió haber visto a Jack en su visión periférica. Desafortunadamente para el hombre, su reacción dejó expuesta la parte blanda de su cuello. Jack ajustó su puntería en una fracción de segundo y hundió el cuchillo profundamente en el cuello del hombre. La punta afilada combinada con la fuerza del golpe de Jack permitió que el cuchillo penetrara a través de la maraña de piel, músculos y vasos sanguíneos y, finalmente, en su columna vertebral. La hoja cortó el hilo que unía el cerebro del hombre con su cuerpo. Cayó al suelo convertido en un montón sin vida.

El primer hombre que cruzó la puerta giró sobre sus talones y metió la mano en el interior de su abrigo. La chaqueta se abrió, revelando una pistola, muy probablemente del ejército ruso, emitida por Makarov PMM. Jack no podía estar seguro ya que sólo vio el arma por una fracción de segundo. En el momento en que la mano del hombre tocó la empuñadura del arma, Jack saltó en el aire. Movió su brazo izquierdo en un arco. El lado romo de la hoja del cuchillo presionó contra el costado de su antebrazo. El borde dentado miraba hacia afuera. Jack cronometró el movimiento de su brazo para que el cuchillo cortara la garganta del hombre. El corte no fue limpio, pero funcionó.

El ruso dejó caer su arma y se llevó ambas manos al cuello. Amortiguó, pero no detuvo el derrame. Retrocedió hacia la pared central y, lentamente, se deslizó hacia abajo hasta quedar sentado. Dos finas líneas de sangre dejaron un contorno de su cuello extendido en la pared.

Jack permitió que su impulso lo ayudara a realizar el salto. Cayó al suelo y rodó sobre su espalda y luego sobre sus manos y rodillas. Se puso de pie y se volvió hacia la puerta abierta entre el café y el patio.

Un tercer hombre gritó desde el interior del café. Jack examinó la habitación y vio al hombre apuntando con un arma en su dirección. Rápidamente desapareció de la vista del hombre. Una explosión atravesó el aire. Un destello de luz que duró apenas un segundo iluminó la abertura entre el café y el patio. La bala impactó con un ruido sordo.

Alik gimió ruidosamente y cayó contra la pared. Arrastró los pies y cayó hacia su izquierda, tratando de mantenerse agachado y fuera del alcance de otro disparo.

Jack corrió hacia la puerta. Fue recibido por un caos en el interior del café. Eso le indicó que el tercer ruso no sería capaz de dispararle a él o a Alik. Pero también significaba que, posiblemente, podría matar a un transeúnte inocente con otro disparo. Jack atravesó la puerta abierta.

Dos hombres mayores sujetaban al ruso por los brazos. Un tercer hombre mayor tenía sus gruesos brazos alrededor del cuello del ruso. El ruso empujó hacia atrás e intentó aplastar al hombre mayor boca arriba contra la vitrina de cristal. Sin embargo, no habían logrado arrebatarle el arma y él luchaba por apuntar en dirección a Jack.

Jack continuó hacia el grupo de hombres y golpeó con su puño derecho la mandíbula del ruso. El hombre se soltó de los brazos de los griegos y su arma cayó al suelo. Jack recogió el arma del suelo. Se la metió en la cintura. Agarró un puñado del cabello del hombre y comenzó a tirar de él hacia el patio.

—Eso será suficiente—, dijo. —Gracias, caballeros.

Jack arrastró al ruso al patio. Lo dejó caer al suelo y luego se giró y cerró la puerta de golpe.

Alik se había apoyado contra la pared. La sangre manaba de un agujero de bala en su pecho.

—Cristo—, dijo Jack. —Alik, ¿estás conmigo?

Alik asintió lentamente. Intentó hablar.

—Guarda tus fuerzas.

Jack se volvió hacia el ruso. Le dio una patada en el estómago. El hombre se dio la vuelta y

abrió los ojos.

—¿Quién te envió? — preguntó Jack.

—Que te jodan—, dijo el ruso en inglés.

Jack le dio otra patada.

—¿Quién? Dímelo o te meteré una bala en la cabeza.

El hombre escupió.

Jack sabía que era un esfuerzo en vano. Necesitaba atender a Alik antes de que se desangrara. Se arrodilló y colocó el cañón del arma en la frente del hombre.

—Última oportunidad.

El hombre no dijo nada.

Jack maldijo al hombre. Apretó el gatillo dos veces. Las balas atravesaron el cráneo del ruso y le destrozaron el cerebro.

Jack se levantó y fue hacia la puerta. La abrió y gritó en el café.

—Necesito ayuda aquí.

Los tres griegos mayores respondieron y salieron al patio. Dos se pusieron a trabajar con Alik. El tercero se volvió hacia Jack.

—Todos somos médicos experimentados—, dijo en inglés. —De la guerra.

Jack no preguntó qué guerra. —¿Va a estar bien?

—Necesitamos llevarlo a alguna parte.

—El hospital no será seguro. Podría haber más de ellos—. Jack señaló a los tres hombres asesinados en el patio.

—Conozco un lugar—. El hombre mayor se volvió hacia sus dos amigos y saludó a Jack. —Ven. Ayuda. Llévalo al camión.

CRUZARON LA CIUDAD Y SE ADENTRARON EN EL CAMPO. RÁPIDO Y CONSTANTE. LOS CAMINOS pavimentados dieron paso a tierra compactada. El camión redujo la velocidad. Tomaron un camino de grava que sobresalía entre dos hileras de árboles. Una pequeña casa de piedra se encontraba al final del camino.

Jack se volvió hacia el hombre sentado frente a él en la parte trasera del camión. Alik yacía entre ellos.

—¿Dónde estamos?

—La casa de mi madre.

—¿Ella es doctora?

—No—. Hizo una pausa y miró hacia la casa. —Yo lo soy.

El camión se detuvo cerca de la casa. Los dos griegos que iban en el taxi se bajaron y corrieron hacia la parte trasera del vehículo. Los cuatro levantaron a Alik de la parte trasera del camión y lo llevaron a la casa. Una anciana de cabello blanco y espalda ligeramente encorvada estaba parada junto a la puerta, manteniéndola abierta. Llevaron a Alik al interior y a la cocina. Lo colocaron sobre una larga mesa de madera que parecía tener más de cien años. La mesa estaba cubierta de sábanas blancas. Varias herramientas médicas de acero inoxidable estaban dispuestas ordenadamente en un extremo.

El hombre que se había declarado médico tomó unas tijeras y cortó la camisa de Alik por la mitad. Sacó la prenda empapada de sangre del pecho de Alik, limpió la sangre del lugar de la herida e inspeccionó el daño.

—Creo que va a estar bien. Está gravemente herido, pero sanará.

Jack asintió y retrocedió unos pasos. Quería salir del camino. El médico sabía lo que estaba haciendo y los hombres parecían haber trabajado con él antes. Jack, por otro lado, era inútil en esta situación.

Jack dijo: —Su bolsillo. El teléfono.

El médico hizo un gesto con la cabeza a uno de los otros hombres que metió la mano en el bolsillo de Alik y sacó un teléfono móvil. El hombre se lo arrojó a Jack.

Jack agarró el teléfono en el aire y se volvió hacia la puerta principal. Pasó junto a la dama de cabello blanco y atravesó la puerta abierta. Miró el teléfono. Presionó un botón y revisó una lista hasta que encontró el número de Frank. Resaltó el número y presionó llamar.

Frank respondió a mitad del tercer timbrazo. —¿Hola? — Su voz era suave y profunda. Había estado durmiendo. Jack miró su reloj y calculó que eran las dos de la madrugada en la costa este de Estados Unidos.

—¿Qué hiciste?

—¿Eh? ¿Quién es? — La voz de Frank se apagó. Jack supuso que estaba mirando su identificador de llamadas. —Alik, ¿eh? Jack, ¿Eres tú?

—¿Qué hiciste, Frank?

—Jack, ¿de qué estás hablando?

—Maldita sea, no me jodas. Acabaré contigo si no me dices la verdad.

—He estado trabajando para que te mudes. Lo tengo todo preparado para...

—¿Cómo lo supieron?

—Dentro de dos semanas. Habrá un chico… espera. ¿Cómo supo quién qué?

Jack no dijo nada. Se llevó el teléfono a la oreja. Exhaló rápido y pesado.

—Jack, ¿qué pasó?

—Fuimos emboscados. Esta mañana. En el café donde nos hemos alojado.

—¿Quienes?

—Rusos.

La línea quedó en silencio y por un momento Jack pensó que Frank había colgado.

—Esto es malo, Jack. Muy malo.

—No es broma, Frank. Alik ha resultado herido. ¿Qué vas…?

—Espera. Estoy pensando.

Jack se dio vuelta y miró más allá de la anciana en la puerta. Dos hombres sujetaban a Alik mientras el médico trabajaba en su pecho. Parecía que le habían insertado unas pinzas en la herida en un esfuerzo por recuperar la bala. Jack bajó los ojos hacia la mujer de pelo blanco. Ella levantó un cigarrillo. Sacudió la cabeza, se encogió de hombros y luego le tendió la mano. La anciana encendió el cigarrillo y se lo entregó. La primera calada le supo a la calle después del Mardi Gras y el humo le quemó los pulmones. Casi tosió. Pero dio una segunda calada y luego una tercera. La ráfaga de nicotina lo excitó y luego lo calmó en un período de veinte segundos.

—Cristo—, murmuró Jack en voz baja, decepcionado consigo mismo por aceptar el cigarrillo.

—¿Qué? — preguntó Frank.

—Nada—, dijo Jack.

—Jack, llámame en cinco minutos. Necesito llamar a alguien.

Jack miró a su alrededor, a través de los árboles, hacia el camino de tierra que conducía a la casa. Cinco minutos no serían suficientes para que alguien más terminara el trabajo que los tres rusos no pudieron completar.

—De acuerdo. Volveré a llamar en cinco.

Colgó el teléfono, dio una última calada al cigarrillo y lo dejó caer al suelo, donde lo aplastó con el talón. Pasó junto a la mujer en la puerta y asintió con una sonrisa mientras lo hacía.

—¿Como está?

El médico miró por encima del hombro. Sus manos continuaron trabajando, cosiendo y cerrando el agujero en el pecho de Alik.

—Él vivirá. La bala se alojó en su costilla. La costilla está rota. Destrozada. Pero si no hubiera detenido la bala, tu amigo estaría muerto.

Jack estaba al lado de la mesa. Miró a Alik. Los ojos del hombre parpadearon mientras pasaba entre estados de conciencia e inconsciencia. El médico le había recetado algún tipo de anestésico, pero Jack cuestionó su eficacia.

—Estará bien—, dijo el médico. —Sin embargo, debería estar en el hospital.

—No se puede. Viste lo que pasó en el café. Si ingresa en un hospital, no podrá salir.

—Entonces podrá quedarse aquí—, dijo la anciana.

El médico asintió. —Lo vigilaré durante los próximos días. Administre analgésicos para que no sufra. En unos días debería estar mucho mejor.

Jack miró su reloj y sacó el teléfono. Marcó el número mientras caminaba hacia la puerta principal.

Frank respondió después del primer timbre.

—Jack, está bien. Te sacaremos. Voy a enviar a uno de mis muchachos.

—Sólo yo—, dijo Jack.

—¿Qué quieres decir? ¿Alik está muerto?

—No, pero no está en condiciones de viajar.

—Maldita sea. Está bien, entonces enviaré a un hombre más para que se quede con él.

Jack volvió a mirar a los tres griegos y a la anciana. —Probablemente sea una buena idea.

—¿Dónde estás?

—A unos quince kilómetros de la ciudad. Trae a tus hombres aquí y llámame. Enviaré un coche.

—Estarán allí al anochecer.

CAPÍTULO 3

Una nube de humo flotaba justo debajo del techo del pequeño apartamento. Pierre estaba sentado en una rígida silla de madera, con un cigarrillo presionado entre dos dedos y flotando a unos centímetros de sus labios. Apoyó los codos sobre una pequeña mesa cuadrada de madera. Los únicos muebles del apartamento. Tenía su celular junto a él a su izquierda. Su Glock 17 con el cargador completamente cargado frente a él, fuera de su alcance. En medio de la mesa, había un gran cenicero redondo de cristal con unas cuantas docenas de colillas apagadas y esparcidas sobre las cenizas negras y grises trituradas. El olor a humo de cigarrillo rancio llenaba el aire.

El apartamento estaba a oscuras. No es que Pierre no quisiera encender las luces. No podía encenderlas. El suministro eléctrico se había cortado a principios de semana. Se había quedado sin pertenencias para empeñar y eso significaba que se había quedado sin dinero para pagar sus cuentas. Pronto lo desalojarían del apartamento. Sus ojos miraron el arma. Pensó en empeñarla o usarla.

Apagó el cigarrillo y se dirigió al frigorífico. Abrió la puerta y una ola de mal olor a leche descompuesta llenó el aire circundante. Cerró la puerta de golpe. Qué estúpido, pensó. Había hecho lo mismo al menos media docena de veces en los últimos días. Se hizo a un lado del mostrador y cogió un vaso del armario. Una botella de whisky que tenía cerca prometía borrar su dolor por una noche más. A la botella le quedaban al menos algunos tragos y había una botella más sin abrir en el apartamento. Llenó el vaso hasta las tres cuartas partes y se abstuvo de abrir el congelador para sacar un cubo de hielo. No había hielo allí, sólo carne podrida.

Regresó a la mesa, se sentó y encendió otro cigarrillo. Quedaban dos más en el paquete. Y dos paquetes más para ya quedarse sin nada. Dejar de fumar o roba más, pensó. Expulsó una fina línea de humo hacia el techo y suspiró mientras observaba cómo el humo se elevaba formando una nube. Tomó un sorbo de su vaso. Dejó el vaso. Arrastró su pulgar a lo largo de la línea de su mandíbula cubierta de barba.

Habían pasado más de tres meses desde que dejó su trabajo en la agencia. El dolor que enfrentó se había vuelto insoportable. Su falta de concentración le había causado problemas a él y a su equipo. Sabía que ya no era prudente trabajar allí. No sólo estaba en juego su vida, sino también la vida de los hombres y mujeres que trabajaban en su equipo, así como la de los civiles inocentes que protegían. Sólo haría falta una comunicación mal interpretada para que Pierre hiciera algo muy estúpido. O no hiciera nada. Cualquiera de las dos cosas podría tener consecuencias que no quería afrontar. Consecuencias que podría verse obligado a afrontar en un tribunal de justicia. O en una funeraria. Entonces se fue. Le dijo a su jefe que ya había terminado. Dejó su arma y su placa en su escritorio y salió por la puerta.

En la mayoría de los casos, eso sería suficiente para que se rescinda una orden. Pero Pierre había dado todo lo que tenía a la agencia. Su jefe dudó en dejarlo ir, pero se hizo a un lado. Incluso lo acompañó hasta la puerta. Le dijo a Pierre que podía llamar si alguna vez necesitaba ayuda. Pierre agradeció a su jefe, imaginando que nunca que tendría que aceptar la oferta. Sabía que nunca podría regresar a la agencia, pero su jefe podría hablar bien de él dondequiera que Pierre decidiera ir a continuación.

Había pensado que tenía suficiente dinero en el banco para durar hasta que superara su ataque de depresión. Nunca imaginó que la depresión duraría tanto. Tres meses desde que dejó su trabajo. Ahora, sin el dinero, no tenía a quién acudir. Bueno, casi en ninguna parte. Sus ojos recorrieron la habitación y se posaron en su Glock 17. Se inclinó y alcanzó el arma. Se detuvo y tomó su teléfono celular.

Pierre presionó un botón y deslizó el dedo por la pantalla de su teléfono celular. Recorrió una lista de contactos y se detuvo en el nombre de Alonso, la mano derecha de Charles. Hace seis meses, Pierre le había dicho a Charles que trabajaría con él. Sin embargo, Charles no había llamado y Pierre se había olvidado por completo de la oferta. Pero ahora había llegado hondo, trabajar para un jefe criminal ya no tenía el mismo sin sabor de antes.

Seguramente Charles tendría trabajo disponible. Un hombre tan altamente capacitado como Pierre podría tener demanda entre la gente adecuada.

Su dedo se detuvo sobre el botón verde de enviar. Casi lo presionó cuando un timbre antiguo sonó en todo el apartamento. Su timbre. Se reclinó en su silla, tomó un trago rápido y se levantó. Cruzó el apartamento hasta la puerta y abrió un pequeño panel cuadrado, dejando al descubierto una mirilla. Miró y vio la parte de atrás de una cabeza llena de pelo oscuro. Se agachó y abrió la puerta.

La joven se giró y lo saludó con una sonrisa.

—Kat.

—Hola, Pierre—. Ella extendió la mano y tomó su mano entre las suyas. —¿Puedo entrar?

Él dio un paso atrás y le indicó que pasara. Tosió al entrar. Él notó que su rostro cambiaba a una expresión de disgusto, pero ella rápidamente lo ocultó con una sonrisa forzada.

—¿Qué ha pasado aquí?

Levantó los hombros unos centímetros y frunció el ceño.

Ella se volvió hacia él. Extendió la mano y apartó mechones de cabello descuidado de su frente.

—Pierre, tienes que superar esto.

Sacudió la cabeza y se dio la vuelta. Caminó hacia la cocina, pasando la mesa. Se detuvo frente al gran ventanal que daba a una calle vacía de la ciudad. Se quedó mirando una colección de botes de basura en la acera. Inhaló profundamente mientras el dolor de confrontar sus sentimientos brotaba en su interior.

—Lo intenté. No puedo. Murió un hombre, murió un amigo mío. Fue mi culpa.

Sintió ligeras vibraciones en el suelo mientras ella caminaba hacia él. Su mano presionó contra su hombro, un toque cálido contra su piel húmeda.

—No es tu culpa. Es lo que es. Sabías los riesgos de tu trabajo. Él conocía sus riesgos.

Pierre se encogió de hombros y su mano cayó a un lado. Habían tenido esta conversación varias veces durante los tres meses que estuvieron juntos. No estaba seguro de por qué ella siquiera sacaría el tema de nuevo. La última vez que hablaron, la noche antes de que dejara la agencia, esta misma conversación lo llevó a sacar su arma. Primero apuntó hacia ella. Luego contra su propia cabeza. Casi había apretado el gatillo. Kat se fue esa noche, no sin antes gritar

varias palabras de despedida hirientes. Pierre no la culpó.

Ella se apretó contra él desde un costado y le rodeó la cintura con el brazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Su cabello rozó su oreja y un costado de su cara, quedando atrapado en la barba incipiente.

—Estoy aquí, Pierre. Saldremos de esto juntos.

Pierre cerró los ojos y respiró hondo. —Tal vez podamos escapar. Ir a alguna parte. Italia o Grecia. Demonios, Estados Unidos, tal vez.

—Eso estaría bien, Pierre—. Ella soltó su cintura y dio un paso atrás. Levantó la mano y le giró la cara por la barbilla. —¿Por qué no empezamos por mi apartamento? ¿No te gustaría salir de aquí?

Él sonrió. —Creo que eso sería…

Su teléfono celular sonó.

Pierre miró el teléfono celular y levantó un dedo hacia Kat.

Miró la pantalla. Decía "restringido". Él respondió.

—Hola, Pierre. Mi nombre es Alonso. Soy socio comercial de...

—Recuerdo quién eres. ¿Qué deseas?

—Nos gustaría ofrecerte un trabajo.

—Estoy escuchando.

—Bien. Te llamaré en unos días. Quédate preparado para reunirse con nosotros en cualquier momento.

Pierre colgó el teléfono. Una punzada de excitación recorrió su cuerpo. Comenzó en su estómago y se extendió por su pecho. Viajó por sus brazos y piernas. Sintió que la pesada piel de su rostro se relajaba y aflojaba. Por primera vez en meses se sintió vivo.

Volvió a mirar a Kat y dijo: —Vamos.

CAPÍTULO 4

Feng se reclinó en el enorme asiento de cuero. El espacio para las piernas no era un problema en su avión privado. Uno de los beneficios de comprar uno nuevo era poder seleccionar una disposición de asientos personalizada. El resto de los asientos estaban vacíos. Le gustaba imaginar que los fantasmas de quienes habían sido víctimas de él lo acompañaban en sus viajes. Listo para darle la bienvenida al infierno en caso de que su avión se estrellara.

Éste era un viaje de negocios y, según la definición del negocio, no era el tipo de viaje que debería realizar solo. Aunque técnicamente no estaría solo. Tenía un equipo en Chicago y cuatro de sus mejores hombres de Chi-town se reunirían con él en el pequeño aeropuerto en las cercanías del oeste de la ciudad.

Uno de los miembros de la tripulación acababa de regresar para informar al anciano que aterrizarían a tiempo. Debería esperar que el descenso comenzara en veinte minutos.

Se hundió en su asiento y continuó revisando los documentos en su regazo. Los documentos que habían causado tantos problemas y habían puesto la tensión final en su relación con Charles. Quizás hubiera sido mejor eliminar a Jack Noble para apaciguar a su mano derecha. Sin embargo, las cosas se habían suavizado. Jack había muerto en esa prisión rusa y Charles había sido enviado a Francia para supervisar las operaciones europeas.

Y Charles había hecho un trabajo bastante bueno hasta el momento.

Feng no encontró mucho interés en los documentos. Hablaba de debilidades que podrían explotarse. Un país extranjero podría estar interesado en la información. Feng no tenía ninguna intención de intentar derrocar al gobierno de Estados Unidos y no creía que ninguna organización terrorista tuviera realmente ninguna posibilidad. Por lo tanto, no tenía ningún interés en utilizar la información para ningún otro beneficio que no fuera el monetario. Tampoco pasó mucho tiempo hasta que encontró un comprador. Una pequeña célula terrorista escondida en el corazón de Estados Unidos tenía un gran interés en ellos. Un interés de siete cifras. Ofrecieron un millón de dólares. Feng respondió con siete millones. Se decidieron por cinco millones. Una buena suma por muy poco trabajo. Al final, ni siquiera tuvo que pagarle a Jack por el trabajo.

La repentina caída de altitud le indicó a Feng que era hora de guardar los documentos en su maletín. Luego, dirigió su atención a la ventana. El sol poniente tiñó el cielo de tonos rosados y morados. El suelo estaba cubierto de marrones y verdes, señalando el final del invierno y el comienzo de la primavera. Pequeños parches de nieve persistían en el lado norte de las casas en áreas donde permanecían sombras durante todo el día, esperando volver a unirse con la noche.

El avión aterrizó y Feng permaneció sentado hasta que uno de los miembros de la tripulación salió de la cabina y le dijo que era hora de partir.

El copiloto abrió la puerta del avión y bajó unas escaleras. Feng asintió con la cabeza cuando pasó y luego atravesó la abertura hacia la fría tarde ventosa. La máxima temperatura en Nueva York ese día había sido veintiuno. Calculó que en Chicago estaría por debajo de cero. Se apretó el abrigo con una mano y sostuvo el maletín con la otra. Escaneó el área y vio a uno de sus hombres. El anciano bajó los escalones uno a la vez hasta llegar al final.

Feng cruzó un estacionamiento asfaltado para encontrarse con Reynolds, el miembro más confiable de su equipo de Chicago. A medio camino, vio aparecer un grupo de hombres. No los reconoció.

—¿Quiénes son estos hombres? — preguntó.

Reynolds negó con la cabeza.

—Reynolds, ¿quiénes son?

—Señor—, dijo Reynolds.

Uno de los otros hombres extendió la mano y puso una mano sobre Reynolds. Lo empujó hacia atrás. El hombre dio un paso adelante. Tenía cabello rubio y ojos azules. Piel pálida y envejecida prematuramente. Habló con un ligero acento que Feng no pudo identificar.

—Señor Feng, por favor venga con nosotros—. Extendió un brazo y señaló una limusina estacionada.

El anciano entrecerró los ojos y miró a cada hombre individualmente.

—No sé si eres consciente de con quién estás tratando. Puedo comprar y vender a cada uno de ustedes cincuenta veces. Puedo matar a vuestras familias mientras duermen y obligaros a mirar.

El hombre rubio sonrió y asintió. —Lo sabemos. Vamos—. Agarró a Feng por el codo y lo llevó a la limusina. Otro hombre abrió la puerta. Reynolds entró primero, luego Feng, seguido por el hombre de cabello rubio. Los otros tres hombres entraron y bloquearon las salidas. Los cuatro hombres se desabrocharon los abrigos y dejaron al descubierto pistolas enfundadas.

Feng estudió a cada hombre y luego se volvió hacia Reynolds.

—¿Qué pasó, Reynolds? ¿Dónde está tu equipo?

Reynolds miró de Feng al hombre de cabello rubio. —Creo que deberías…

—Ya es suficiente—, dijo el hombre de cabello rubio. —Señor Feng, todas tus preguntas serán respondidas por mi jefe.

—No es así como organizamos esto, jovencito. No hago negocios de esta manera. Levantó el maletín. —Puede decirle a su jefe que puede olvidarse del contenido de este maletín si no obtengo respuestas ahora.

El hombre de cabello rubio sonrió.

—Mi nombre es Jeremy. Jeremy Fletcher. Seré tu enlace durante las próximas cuarenta y ocho horas. Todo saldrá según lo planeado. Nuestro plan, me refiero. Simplemente siéntate y relájate y no te pasará nada a ti ni a tu asociado aquí.

El anciano giró la cabeza y miró al hombre que tenía a su lado. Reynolds bajó los ojos al suelo y sacudió la cabeza.

—¿Dónde está el resto de tu equipo?

—Ellos... yo... — Reynolds no pudo terminar.

Fletcher dijo: —Neutralizados.

—Cualquier daño sufrido por mi organización será reembolsado tres veces. ¿Entiendes? También puedes decirle eso a tu jefe.

Fletcher sonrió. —¿Comprendido?

Nadie dijo una palabra más durante la siguiente media hora. Finalmente, cuando la limusina llegó al estacionamiento, Fletcher habló.

—Llegamos.

—¿A dónde? — preguntó Feng.

—Al hotel. Nos quedaremos aquí hasta que mi jefe esté listo para recibirte.

Feng se resistió al principio, pero luego decidió que no tenía otra opción. Estaba aislado de todos en su organización en ese momento. Por ahora, permanecería en modo de supervivencia.

—Sé lo que estás pensando—, dijo Fletcher. —No te preocupes. Estamos trabajando juntos aquí. Ni tu ni sus hombres sufrirán ningún daño mientras cooperen.

Feng salió del auto. Caminó hacia Fletcher. Abrió la boca para hablar, se detuvo y se despidió del hombre.

—Muéstrame mi habitación—, dijo mientras se giraba hacia la entrada del hotel.

CAPÍTULO 5

El avión de Jack salió de Atenas, Grecia, a las 0:55 a.m. El vuelo duró poco más de once horas y aterrizó en el aeropuerto JFK de Nueva York a las cinco de la mañana. Pasó por la aduana sin ningún problema, gracias al pasaporte falso que Frank le había preparado. El nombre que figuraba en el pasaporte decía John J. Martin. Se preguntó si ese era su nuevo alias. Durante los últimos seis meses lo conocían simplemente como Jack. Los griegos con los que se había hecho amigo no necesitaban apellido.

Hizo el viaje transatlántico con dos hombres. Ambos tenían poco más de treinta años, pelo cortado al rape y vestían trajes oscuros. Cualquiera que tuviera buen ojo para estas cosas los habría etiquetado como federales sin pensarlo dos veces. Los hombres no hablaron mucho más que presentarse como Coppa y Shipley. Se sentaron delante y detrás de él en el vuelo de Creta a Atenas. A ambos lados de él, en la fila del medio, en el vuelo de Atenas a Nueva York. Jack intentó entablar una pequeña charla. No dijeron nada. Típico de los agentes del SIS.

Jack había pasado dos años como agente del SIS después de su paso por los Marines. Frank había sido su socio durante la mayor parte de esos dos años. Nunca llegó a conocer a muchos de los otros agentes a nivel personal, a pesar de ser un grupo relativamente pequeño. Pasaban poco tiempo en la oficina.

Jack y los dos agentes estaban junto a la cola de taxis. Coppa escaneó la carretera iluminada artificialmente y señaló hacia un sedán negro.

—Allá. Vamos.

Se pararon a ambos lados de Jack y lo condujeron hacia el auto estacionado. Coppa ocupó el asiento del pasajero delantero. Shipley se sentó atrás con Jack.

Jack miró por la ventana, preguntándose hacia dónde se dirigían. Las farolas a lo largo de las calles del aeropuerto daban paso a los faros de los automóviles extendidos en columnas a lo largo de la Interestatal 678. Eran casi las seis de la mañana y el cielo del este mostraba los primeros signos del amanecer.

—¿Ustedes confían en mí?

—No—, dijo Shipley. —Intenta algo y dispararemos.

Jack sonrió. —¿A dónde vamos?

Coppa y Shipley no dijeron nada.

—La última vez que verifiqué, el SIS tenía su base en Washington D.C. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Shipley volvió la cabeza y asintió una vez.

Jack tomó eso como una respuesta afirmativa a su pregunta. Estaban considerando un viaje de cinco a seis horas para llegar a D.C., dependiendo del tráfico alrededor de la ciudad de Nueva York y Filadelfia, a donde llegarían durante el pico de tráfico de la mañana. Mantuvo su atención

en la carretera hasta que se incorporaron a la Interestatal 95 en dirección sur. Satisfecho de ver que se dirigían a D.C., Jack cerró los ojos y se quedó dormido.

EL COCHE REDUJO LA VELOCIDAD HASTA DETENERSE. NADA INUSUAL, PROBABLEMENTE TRÁFICO. Entonces una de las puertas del coche se abrió y se cerró de golpe. Jack se sentó y miró su reloj. Apenas eran las siete de la mañana. Miró a su alrededor. Estaban en un estacionamiento. Delante del coche y a lo lejos había dos canchas de baloncesto. Detrás de ellos había cuatro canchas de tenis. A su izquierda había un campo de béisbol. Se giró en su asiento y vio un edificio de ladrillos.

—¿Dónde diablos estamos?

Shipley abrió la puerta y salió. La única persona que quedaba en el vehículo era el conductor.

Jack se adelantó y agarró al hombre por el hombro. El conductor se inclinó hacia delante y se soltó del alcance de Jack.

—Ya puedes salir del coche—, dijo el conductor.

Jack echó otro vistazo rápido a su alrededor. El sol estaba lo suficientemente alto en el cielo como para que el parque representara un riesgo limitado de agentes acechando en las sombras. Puso su mano en la manija de la puerta y la abrió. Salió del auto y caminó hasta donde estaban Coppa y Shipley. Miró hacia el aparcamiento. Al otro lado de la carretera había una hilera de casas. Supuso que estaban en algún lugar residencial fuera de la ciudad.

—¿Dónde estamos?

—Camina con nosotros—, dijo Coppa.

Shipley tocó el codo de Jack.

Jack se alejó y empezó a caminar. Él y sus dos escoltas pasaron el edificio y el terreno debajo de ellos pasó del estacionamiento a un pasillo pavimentado que atravesaba el parque. Algunas personas caminaban en parejas y paseaban a sus perros por la red de aceras que recorría todo el lugar. Pasaron entre un grupo de árboles y luego se dirigieron hacia un campo de fútbol con una pista que lo rodeaba. A un lado del campo había una sola grada con estructura de aluminio de cuatro filas. En la fila superior, un hombre solitario estaba sentado de cara al campo. Estaba de espaldas a los hombres que se acercaban. Llevaba un abrigo oscuro y sostenía una taza de café en la mano derecha. Parecía haber una segunda taza de café en el banco a su izquierda.

Coppla y Shipley se detuvieron. Shipley señaló al hombre sentado encima de las gradas.

Jack siguió caminando. Se acercó a las gradas desde un costado, entrando en la visión periférica del hombre lenta y cautelosamente. Allí afuera, en aquel entorno sin armas propias, era un blanco fácil. Lo mejor era tomarse su tiempo y evitar sorprender al hombre.

El hombre giró la cabeza y Jack lo reconoció instantáneamente como Frank. Su cabello corto y oscuro estaba cuidadosamente peinado. Igual que hace ocho años cuando eran socios. Su rostro había envejecido un poco y había ligeras líneas grabadas en su frente. Pero su rostro se mantuvo fuerte y marcado con mandíbulas musculosas.

—Me alegro de verte, Jack.

—Frank. Ojalá pudiera decir lo mismo—. Jack subió a las gradas y se sentó a la izquierda de Frank. —¿Dónde estamos?

—Nueva York. Parque del lado oeste.

—¿Aquí es donde estás ahora?

—No—. Frank tomó un sorbo de café y señaló la taza humeante entre él y Jack. —Pensé que,

si no te gustaba lo que tenía que decir, entonces era mejor que no supieras dónde está nuestra nueva oficina.

—¿Qué tienes que decir?

Frank señaló con la cabeza a dos mujeres de mediana edad que vestían abrigos rojos y azules de gran tamaño y pantalones de licra. Las mujeres caminaban moderadamente rápido por el sendero marrón que rodeaba el campo. Después de que pasaron, Frank habló.

—Alik iba a venir a trabajar para mí. Ha estado proporcionando información durante algún tiempo y pensé... Demonios, ya conoces el resultado, estoy seguro. De todos modos, hay una célula, probablemente más que una célula, que hemos identificado. Cerca de aquí, Jack. Agitó la mano en el aire para dar énfasis.

Jack no dijo nada. Sus ojos se centraron en las dos mujeres que ahora estaban a un cuarto del camino alrededor de la pista.

Frank continuó. —Según la información de inteligencia que hemos recopilado y que Alik compartío con nosotros, el grupo es ruso. Posiblemente tenga vínculos con su amigo Ivanov—. Miró de reojo e hizo contacto visual con Jack. —No estamos seguros de lo que están planeando, pero nos enteramos de que un conjunto de documentos altamente clasificados fue interceptado y cayeron en manos de cierto anciano.

Jack se encogió de hombros. No dijo nada.

—Y ahora ese viejo está vendiendo esos documentos clasificados a otra célula de la organización terrorista. Creemos que estamos tratando con algo más que un pequeño grupo de terroristas. Tenemos razones para creer que esto es importante, Jack. Y me refiero a algo realmente grande. Alik habría sido nuestro. Quizás todavía lo sea, pero supongo que pasará un mes, tal vez dos, antes de que esté apto para este tipo de trabajo. Y con la reciente información de inteligencia que confirma que este grupo está obteniendo esos documentos, bueno, simplemente no tenemos tiempo que perder.

—Hazlo. Pregúnteme.

Frank se puso de pie y estiró la espalda. Las damas volvieron a pasar por delante de las gradas. La más cercana saludó a Frank. Él le devolvió el saludo.

Jack miró hacia otro lado.

Las mujeres pasaron. Frank se sentó y miró a Jack.

—Necesito que vengas a trabajar para mí, Jack.

Jack no respondió. Miró al otro lado del campo, más allá del parque, hacia las casas adosadas al otro lado de la calle. El sol se asomaba por encima de la larga línea del tejado compartido. Sintió que la temperatura subía unos grados cuando los primeros rayos de sol golpearon su rostro.

—Estás en una posición privilegiada, Jack. La comunidad de inteligencia cree que estás muerto. El SIS puede brindarte todo lo que necesitas. Múltiples identidades. Podemos transferir los fondos que has escondido en cuentas privadas a nuevas cuentas con cualquier número de nombres. Puedes empezar de nuevo. Sal de las cosas de contratista privado que empezaste a hacer después de que nos dejaste—. Frank hizo una pausa. —Como robar esos documentos. Por el amor de Dios, Jack. Si las personas adecuadas se enteraran de ello, podrían juzgarle por traición.

—Hay personas en altos cargos del gobierno que hacen cosas mucho peores que yo. Además, no sabía lo que contenían. Tenía un nombre, una fecha y un lugar. Tan simple como eso. Tomé un trabajo y lo completé. No insinúes nada sobre mí, Frank. Tú y el resto del SIS ciertamente no son un grupo de niños del coro.

Frank levantó la mano en el aire. —Lo siento, Jack. No era mi intención seguir ese camino.

Jack respiró hondo. Giró la cabeza de lado a lado.

—Necesito tu ayuda, Jack. Olvídate de todo lo demás. Ayúdame ahora y te ayudaré cuando termine este trabajo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Hasta que Alik pueda unirse?

Frank negó con la cabeza. —Una vez que estás dentro, estás dentro hasta que esté hecho. Simple y llanamente. Puede que sea necesario que vayas de incógnito. No puedo esperar a Alik.

Jack puso sus manos sobre el frío banco de aluminio. Echó la cabeza hacia atrás. ¿Realmente tenía otra opción? Frank le acababa de decir, sin decirle directamente, que lo tenía agarrado de las pelotas. Juzgado por traición. ¿No sería eso una patada en el trasero después de todo lo que había sacrificado?

—Lo haré. Un trabajo, eso es todo. No volveré a unirme al SIS.

Frank se puso de pie y extendió la mano. Jack lo agarró.

—Necesito ir a la ciudad antes de empezar.

—Jack, realmente deberíamos llegar a D.C. ahora.

—Mañana. Demonios, esta noche. Sólo déjame tener esta noche.

Frank caminó por las tres filas vacías hasta el final de las gradas.

—Nos vemos aquí mañana. Mediodía.

Jack observó a Frank caminar hacia Coppa y Shipley. Los tres hombres desaparecieron detrás de los árboles. Jack saltó al suelo y cruzó el campo de fútbol. Él asintió con la cabeza a las dos mujeres de mediana edad cuando pasó junto a ellas. Giró a la derecha en la calle. Después de un corto paseo se encontró en la esquina de la calle 13 y la avenida 18. Al otro lado del cruce había una parada de autobús. Tomó asiento en la parada del autobús y esperó. Un autobús urbano de NJ Transit se detuvo. Las puertas se abrieron. Jack subió a bordo.

—¿Cuál es la mejor manera de llegar a Manhattan?

—Empiezas conmigo, amigo.

Jack asintió y tomó asiento detrás del conductor.

CAPÍTULO 6

Jack estaba delante del edificio de apartamentos de Clarissa. Se reclinó contra el exterior de ladrillo y observó pasar el tráfico y los peatones sin reconocerlos. Esperaba que ella simplemente apareciera. Habían pasado más de seis meses desde la última vez que estuvo aquí. Ese fue el día que encontró a Mandy en una acera de la ciudad. Ese fue el día en que efectivamente terminó su relación laboral con el anciano. Inmediatamente regresaron la culpa y la vergüenza. Clarissa pasó por muchas cosas en las semanas siguientes a ese día. Jack asumió la culpa de todo.

Pasó media hora. Decidió que no esperaría más. Echó un vistazo a su reloj. 4 p.m. Atravesó la puerta principal y subió las escaleras hasta su piso. Encontró su apartamento. Llamó a la puerta. Pasó un minuto sin respuesta. Tal vez tenía un nuevo trabajo y todavía no regresaba. Volvió a llamar. Se giró para regresar a las escaleras. Se detuvo cuando escuchó el sonido de una cerradura al abrirse.

La puerta se abrió y Jack sintió que se le hundía el corazón y se le hacía un nudo en el estómago al ver a un hombre sin camisa. Medía alrededor de metro con ochenta de altura, tenía cabello castaño y estaba en buena forma. Jack sabía que era posible que Clarissa hubiera seguido adelante. Todos los que lo conocieron lo creían muerto. Clarissa también lo habría creído.

—¿Necesitas ayuda?

Jack se aclaró la garganta. —Yo-yo, eh.

El hombre se inclinó hacia la puerta. "¿Estás bien, amigo?"

—Estoy aquí para ver a Clarissa. ¿Está por aquí?

Los ojos del hombre se entrecerraron un poco y levantó los hombros unos centímetros en el aire. Sacudió su cabeza. —No hay nadie aquí con ese nombre.

Jack levantó la mano, a la altura de sus ojos. —¿Cómo así de alta y cabello rojo oscuro?

—Lo siento amigo. Vivo aquí hace seis meses. No hay ninguna Clarissa en este apartamento. No en este piso. De hecho, he conocido a todos en este edificio y no hay nadie que cumpla con esa descripción. Hubiera intentado conocerla un poco mejor, si sabes a qué me refiero. El hombre sonrió y arqueó una ceja.

—Sí, lo entiendo. ¿Seis meses llevas aquí?

—Sí, así es. Encontré este lugar justo después de mudarme a Nueva York desde Chicago.

Jack levantó una mano. —Gracias. No te quitaré más tiempo.

—Está bien. Tómatelo con calma, amigo.

Jack se giró y caminó hacia las escaleras. La puerta se cerró con un ruido sordo.

¿Dónde estaba ella? Se había ido hace seis meses. Debe haber sido justo después de que ella recibió la noticia de que él había muerto.

Decidió comprobar la historia del hombre con el encargado del edificio. Bajó

apresuradamente las escaleras y se detuvo frente a la puerta etiquetada con el número uno. Una placa al lado de la puerta decía “Sr. Whitten”.

Jack llamó a la puerta. Unos momentos más tarde, un hombre corpulento con cabello negro rizado abrió la puerta.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Buscas un apartamento?

—No—, dijo Jack. —Busco a Clarissa Abad. ¿Qué le ocurrió a ella?

El hombre se encogió de hombros. —¿Quién?

—Alta, pelirroja, hermosa.

El hombre sonrió, abrió mucho los ojos y arqueó las cejas hasta la frente.

—Oh sí. La recuerdo. ¡Qué pieza era ella!

—¿Que le ocurrió?

—Fue muy despreciable lo que hizo, ¿sabes? Ella simplemente desapareció. Ni aviso ni nada. Ella tenía control del alquiler en ese lugar, ¿sabes? Lo tenía a precio de ganga. Pensé que lo habría subarrendado o algo así. En lugar de eso, ella simplemente desapareció. Recuerdo hacer mi revisión diaria en el pasillo, ¿cuándo fue eso? Supongo que hace ya seis meses. Entonces, sí, de todos modos, hice mi revisión diaria del pasillo y la puerta estaba abierta. No un poco ni nada por el estilo. Me refiero a muy abierta, ¿sabes? Entonces entré y el lugar estaba vacío. Limpio. Todo desapareció.

Algo en la última declaración tranquilizó a Jack. Si Charles o el anciano la hubieran atacado o secuestrado, no se habrían tomado la molestia de vaciar su apartamento. Quizás ella acababa de irse. Se escapó. Hizo una pausa y encontró un nuevo comienzo.

—¿Tienes algún mensaje que quieras dejar en caso de que vuelva a aparecer?

—Ella no volverá a aparecer. Gracias por tu tiempo.

Jack se dio vuelta y se alejó a través de la puerta y saliendo al aire fresco de Nueva York. El sol se hundió en el cielo occidental y los edificios cubrieron la calle de sombras. La temperatura bajó al menos diez grados en ausencia del sol. Se puso la chaqueta y cerró la cremallera. Caminó dos cuadras. Encontró una farmacia y entró para comprar un teléfono celular de pago por uso. Después de salir de la tienda, marcó uno de los dos únicos números que sabía de memoria.

No importaba dónde estuviera Oso, o qué teléfono tuviera consigo, había un número que Jack podía marcar y que siempre se comunicaría con el gran hombre. Marcó diez dígitos y se puso el teléfono en la oreja. Sonó dos veces y luego hizo clic en un mensaje grabado.

—El número al que intenta comunicarse ha sido desconectado. Por favor verifique el número…

Jack cerró el teléfono, lo volvió a abrir y volvió a marcar. En su prisa podría haber pulsado el botón equivocado. Nuevamente se acercó el teléfono a la oreja. De nuevo sonó el mismo mensaje. Maldijo en voz baja y miró a su alrededor en busca de un teléfono público. Dejó la idea casi tan rápido como se le ocurrió. Oso no figuraría en las páginas blancas ni en el cuatro uno. ¿Por qué desconectó el número? Algo debió haberle pasado a Oso. El estómago de Jack se hizo un nudo. De nuevo, en parte por aprensión, y en parte por culpa.

Comenzó a caminar hacia el apartamento que habían utilizado como base central de operaciones. Se subió el cuello de su abrigo y mantuvo la cabeza gacha. Si algo le hubiera sucedido a Oso, entonces el apartamento, tal vez todos sus apartamentos, podrían estar bajo vigilancia. Se detuvo a unas cuadras y sacó el celular del bolsillo de su abrigo. Buscó en su memoria y volvió a marcar diez dígitos en el teclado. Un hombre respondió después del segundo timbrazo.

—¿Hola?

—Brandon.

—¿Quién es?

—Brandon, ¿eres tú?

—No lo sé, hombre. ¿Quién es?

—Jack.

—¿Jack quién?

—Noble.

—De ninguna manera. Jack Noble está muerto. No sé quién diablos eres, pero esto no tiene gracia.

—Brandon, realmente soy yo.

Brandon no dijo nada. Pasaron unos segundos y luego unos cuantos más. Jack miró la pequeña pantalla del teléfono y vio un mensaje parpadeante que indicaba que la llamada había finalizado. Pulsó el botón de llamada y se acercó el teléfono a la oreja.

Sin respuesta.

Limpió el teléfono y lo arrojó a la basura. Luego dio media vuelta y abandonó la zona. Brandon era el tipo de persona en el tipo de organización que podía tener un equipo en cualquier lugar en diez minutos si sentía que la amenaza era lo suficientemente grave. La reacción de Brandon dejó a Jack sintiéndose nada cómodo. ¿Acaba de cometer un gran error? ¿Brandon sabía la verdad? ¿O se imaginó que alguien estaba intentando llegar a él usando la identidad de Jack? Cualquiera que fuera el motivo, Jack no quería saberlo. Decidió salir de la ciudad.

Jack se dirigió a la estación PATH de la calle 14. Compró un billete y se subió a un tren hacia Newark. El viaje duró veinte minutos y se detuvieron dos veces en el camino. Salió del tren en la estación Newark Penn y alquiló una habitación en el Penn Station Hilton, entre el Bulevar de Raymond y la calle principal. Pasaría allí la noche y partiría hacia West Side Park a última hora de la mañana siguiente.

CAPÍTULO 7

Clarissa se inclinó sobre la barandilla de madera que le llegaba hasta la cintura. Ella miró hacia una pared de montañas. Las pistas de esquí cubiertas de nieve atravesaban como ríos glaciales los oscuros árboles. Una gran luna llena flotaba justo más allá de la cima de la montaña. El aire frío y fresco le picaba las mejillas y la nariz. El olor a humo de leña persistía día y noche en todo el pueblo de esquí alpino conocido como Vail, en Colorado.

Cuando Sinclair le ofreció la oportunidad de tomarse unas vacaciones, ella dijo que sí antes de que él terminara de hablar. Hacía seis meses que no tenía un día libre. La única condición era que la acompañara. Aunque no de una manera romántica. Sinclair no parecía tener ese tipo de sentimientos por ella. Se había convertido en una figura paterna y sólo buscaba protegerla. Ella no se resistió.

Los últimos seis meses habían transcurrido en un torbellino. Salir de vacaciones era lo mejor. Si se hubiera quedado en Nueva York habría pasado los días y las noches pensando en una cosa y sólo en una cosa: Jack. Pero cuatro meses y medio de intenso entrenamiento, físico y mental, la mantuvieron ocupada dieciocho horas al día. Se había reservado una hora al día para ducharse y comer. Las cinco horas que quedaban eran para dormir. No le había dejado tiempo para pensar en nada en absoluto. Jack se había convertido en un pensamiento fugaz.

Sinclair supervisó su entrenamiento, aunque no siempre estuvo presente. Todavía tenía sus deberes para con el equipo. Los hombres y mujeres que se encargaron de su formación habían sido estrictos y competentes. Ampliaron su ya amplio conocimiento de las artes marciales, le enseñaron español y ruso y cómo ser un agente especial.

Inmediatamente después de finalizar su formación tuvo su primera tarea infiltrándose en un club de striptease en Miami. El lugar era uno de los puntos de distribución de cocaína más grandes del país. Su experiencia como bailarina exótica la convirtió en la agente encubierta perfecta. Sólo le tomó seis semanas para terminar la operación. Sinclair había quedado impresionado y supuso que por eso le habían ofrecido una semana de vacaciones.

Ella miró fijamente la cima de la cordillera. La luz de la luna se reflejaba en la nieve fresca. Sus pensamientos se dirigieron a Jack. Lo único que quería era pasar un mes con él. Sólo los dos. Sus ojos se llenaron de lágrimas ante la idea de no volver a verlo, olerlo o tocarlo nunca más. Nunca volver a escuchar su voz. Nunca volver a besar sus labios. Se secó las lágrimas y se llevó la copa de vino a los labios. El merlot se había vuelto frío y amargo. Ella lo bebió de todos modos.

Un golpe en la puerta la salvó de profundizar más en sus pensamientos.

Abrió la puerta corrediza de cristal y entró en su suite. Cruzó la habitación y abrió la puerta principal. Le sonrió a Sinclair, que estaba allí sosteniendo una botella de vino y dos cajas blancas de poliestireno para comida. Una más pequeña que la otra.

—Te extrañé en la cena—, dijo.

Clarissa dio un paso atrás, se hizo a un lado e hizo un gesto a Sinclair para que entrara en la habitación.

—No tenía hambre.

—No te preocupes—, colocó las cajas sobre el mostrador y las abrió. —Te traje un sándwich y dos rebanadas de tarta de queso.

—Y un poco de vino.

—Bueno, estás de vacaciones. Nunca se puede beber demasiado vino.

—Concuerdo.

Cogió el sándwich y una toalla de papel. Tomó asiento en la pequeña mesa rectangular de vidrio que estaba a un lado.

Sinclair sacó la segunda silla y abrió la botella de vino. Volvió a llenarle el vaso y se sirvió uno.

Clarissa desenvolvió el sándwich. —Un Rubén. Mi favorito—. Le dio un mordisco y agitó los párpados ante el sabor del aderezo ruso que inundó su boca.

Sinclair tomó un sorbo de su copa de vino y la dejó. Se puso de pie y caminó hacia el fondo de la habitación. Abrió la puerta. La cerró. Regresó a la mesa.

—¿Qué pasa? — preguntó Clarissa, sintiendo su frustración.

—Tenemos que irnos mañana.

—¿A dónde?

—No puedo decírtelo todavía.

Clarissa colocó a su sándwich sobre la mesa. Se secó la boca con una servilleta.

—Supongo que eso significa que las vacaciones se acortan.

—Temo que sí.

—¿Por qué no puedes decírmelo?

—Simplemente no puedo.

—Me hablaste de Miami con una semana de anticipación.

Él se recostó. La miró por un minuto. —Pensé que necesitabas preparación mental.

—¿Y ahora?

—Creo que podrás prepararte para el vuelo.

—¿A dónde?

—Lo descubrirás mañana.

Ella levantó las manos en señal de derrota y se puso de pie.

—¿Por qué me lo dijiste entonces?

—Para darte tiempo para prepararte mentalmente.

Volvió a llenar su vaso y cruzó hacia el fondo de la habitación. Salió al balcón. La luna se había elevado mucho más en el cielo durante el tiempo que ella estuvo adentro. Ahora era pequeña y estaba cerca de su cenit. Sin embargo, su luz era tan fuerte como siempre y la nieve compactada brillaba en la distancia.

La puerta se abrió y se cerró detrás de ella. Los pasos de Sinclair resonaron debajo de ella. Se giró y sonrió mientras se recostaba contra la barandilla de madera.

—Lo siento—, dijo. —No debería haberte molestado.

Miró al suelo con una sonrisa en su rostro. La luz de la luna se reflejaba en su cabello moteado de gris.

—Tal vez debería haber esperado hasta la mañana. Es que, bueno, esto es grande, Clarissa. Muy grande. Dudo en enviarte.

—Sabes que no puedes venir aquí y decir eso sin darme más pistas.

Dejó su copa de vino y juntó las manos.

—Existe una organización terrorista rusa que está creciendo a un ritmo exponencial dentro de Estados Unidos. No todos los miembros son rusos, por supuesto, pero los líderes principales sí lo son. El grupo también tiene vínculos con algunas personas muy poderosas en Rusia. Hay varias células en varios estados del país. Creemos que hemos identificado al líder. Necesitarás infiltrarte y acercarte a uno de los líderes. Incluso podría ser el líder principal.

Clarissa enderezó la espalda y se cruzó de brazos.

—Lo sabías, ¿no? Todo el tiempo. Por eso aprendí ruso.

Sinclair asintió y no dijo nada.

—¿Cuáles son los riesgos?

—Guerra. Ataques terroristas. Atentados suicidas. Bombas sucias. Terrorismo psicológico. Este no es el caso de alguien que sobresale con un pulgar levantado haciendo estallar una bomba en un autobús. Mary Jo Smith de Heartland, Estados Unidos, podría detonar una bomba en medio de su iglesia.

Clarissa dejó su copa de vino sobre la barandilla y se frotó la cara con ambas manos. Luego, sopló en sus manos y las frotó en un intento de calentarlas. Sus guantes estaban adentro pero no interrumpió la conversación para recuperarlos.

—¿Entonces soy yo?

—Eres la indicada. La única razón por la que te elegí fue por esto. Siempre existía la posibilidad de que el grupo cometiera un desliz y se delatara. Eso no ha sucedido. Sin embargo, tenemos algo de inteligencia para guiarnos y esa inteligencia nos dice que ahora es el momento de actuar.

—Y por acercarme a uno de los líderes, quieres decir…

—Sí. Necesitamos hacer uso de todos los activos que posees, querida.

—Y por cualquier medio posible—. Al principio se estremeció ante la idea, pero rápidamente lo dejó a un lado. —Estoy lista, Sinclair.

CAPÍTULO 8

Oso y Mandy caminaban de la mano por la calle East Main hacia la sucursal de Knoxville del Banco de Iowa. La ciudad había empezado a sentirse como en casa para Oso. Ciertamente, más que cuando se mudaron allí hace seis meses. El aire era frío y fresco y el cielo estaba despejado y azul. Las tormentas de la semana anterior habían pasado y las calles y aceras habían sido despejadas. Los niños jugaban afuera en el césped cubierto de nieve. Realmente no podrían haber pedido unas mejores vacaciones de primavera. Excepto estar en un lugar más cálido.

—¿Qué te parece si nos subimos a un avión y vamos a algún lugar por el resto de la semana? — preguntó Oso.

—No—, dijo Mandy.

—¿Por qué no?

—Tengo planes.

Oso se enderezó e hinchó el pecho.

—Oh, tienes planes, ¿verdad?

Estaba feliz de escucharla decir eso. Durante los primeros tres meses no había hablado con nadie más que con él, y ni siquiera entonces había dicho mucho. Principalmente "sí", "no" y "gracias". Resultó que su vecina era psicóloga infantil. Había empezado a trabajar con Mandy hacía tres meses.

Oso tuvo que contarle a la mujer algunas cosas sobre su vida y la vida de Mandy. Había dudado en hacerlo, pero la psicóloga insistió en que todo lo que dijera se mantendría confidencial. Él lo dudaba. Pero se arriesgó y asumió que las personas malas en su vida eran personas que ella no conocería. Le contó todo lo que pudo, pero tuvo que ser vago en la mayoría de las cosas, omitiendo cualquier detalle que pudiera incriminarlo.

Ella venía dos veces por semana. La rutina era siempre la misma. Hablaba con Oso durante quince o treinta minutos y luego pasaba aproximadamente una hora con Mandy. Notó una ligera mejoría durante las dos primeras semanas y luego cada sesión pareció sacar a Mandy más y más de su caparazón. Ahora ella era una mariposa social, normal y corriente.

Los fines de semana estaban llenos de amigos, películas y pijamadas. Las noches escolares resultaron en discusiones sobre que Mandy necesitaba colgar el teléfono o apagar la computadora y su mensajería instantánea para poder irse a la cama. Oso nunca imaginó que sería padre y se sorprendió de la facilidad con la que se había adaptado al papel.

Todavía había momentos en los que estaba preocupado. Momentos en los que su rostro se volvió oscuro y hosco. Pero esos momentos eran cada vez más escasos.

Mandy sonrió y dijo: —Sí, planes. Te avisaré cuando lleguemos a casa para que puedas marcar tu calendario.

Oso se rio.

—¿Qué?

Él soltó la mano de Mandy y le envolvió el hombro con su gran mano. La atrajo hacia sí. Pasaron por el juzgado del condado de Marion y junto al agua helada de la fuente al pie de las escaleras de la entrada.

—¿Que hay ahí?

—Abogados—, dijo Oso. —Gente mala—, añadió entre risas.

—¿Los abogados son malos?

—No, cariño, no lo son. Al menos la mayoría no lo son.

Ella sacudió la cabeza y murmuró algo en voz baja.

—¿Hambrienta? — preguntó mientras pasaban frente a un pequeño restaurante que servía panqueques las veinticuatro horas del día.

Se dio unas palmaditas en el estómago y lo miró. —Sí.

Entraron al restaurante y se sentaron junto a la ventana. Él se sentó con la espalda contra la pared y ella se sentó frente a él. Él colocó su teléfono celular sobre la mesa y ella se acercó y lo agarró.

—No llames a China—, dijo.

Ella se rio y presionó la pantalla táctil. —Simplemente estoy jugando—. Sus palabras fueron prolongadas y exageradas.

Oso se puso de pie y se estiró. Él bajó la mirada hacia ella.

—Ya vuelvo, voy a la cabeza. No te muevas. Y no llames a China.

Ella volvió a reír.

Regresó unos minutos más tarde con la niña con el rostro enterrado en su teléfono. Él se sentó.

—¿Me pediste un café?

Ella sacudió su cabeza. No levantó los ojos.

—Oye—, dijo. —¿Por qué llamas cabeza al baño? Eso es realmente extraño.

Él le hizo un gesto. —Es una vieja cosa militar.

Una joven camarera rubia se acercó a la mesa. Oso pidió café y una pila alta de panqueques. Mandy pidió jugo de naranja y cinco panqueques de un dólar.

Mandy continuó jugando videojuegos en el celular mientras esperaban.

Oso estudió la calle, la gente y los coches que pasaban. Algunos hábitos son difíciles de erradicar. Algunos hábitos no deberían desaparecer en absoluto. Él lo sabía. También sabía que en el momento en que se sintiera cómodo sería el momento en que sucedería algo malo. Así que se mantenía alerta.

La camarera les trajo la comida y comieron sin hablar. Luego, salieron del restaurante y reanudaron su caminata hacia el banco. Oso revisó su teléfono y vio que faltaba un cuarto para el mediodía. No superarían la prisa del almuerzo. Pero los panqueques valieron la pena.

Llegaron al banco faltando cinco minutos para el mediodía. Oso sostuvo la puerta abierta para Mandy y la hizo pasar. Las cuatro filas hacia los cajeros serpenteaban a través de los postes acordonados. Estaban al final de la fila. Oso buscó el sobre dentro de su chaqueta y luego dejó caer las manos a los costados. Sintió la pequeña mano de Mandy deslizarse dentro de la suya. El contacto fue frío al principio, pero rápidamente se calentó.

—Bueno, mira quién es—, dijo una voz detrás de ellos. La voz era vieja y ronca con un toque de profundidad.

Oso y Mandy se volvieron. Oso le sonrió al hombre que sólo conocía como el señor Jones. El

anciano era su vecino del lado opuesto al psicólogo y se había convertido en una parte integral de su vida tanto como ella.

—¿Cómo está, señor Jones? — preguntó.

—Cansado del frío y cansado de ser viejo. Pero podría ser peor—. Le guiñó un ojo a Oso y dirigió su atención a Mandy. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte dólares. —Aquí tienes, cariño. Puedes agregar esto a tu depósito hoy.

Mandy tomó el dinero y se rio. —Gracias, señor Jones.

Oso dijo: —No tenías que hacer...

El señor Jones le hizo un gesto para que se detuviera. —¿Qué voy a hacer con eso? No tengo nietos propios. Ah, diablos, eso ya lo sabes. No te aburriré con mis historias.

—Bueno, tal vez no aquí en el banco, pero ¿qué tal si cenamos esta noche? ¿En nuestro lugar? — Le pareció natural invitar a su vecino anciano a su casa. Y a Oso le pareció extraño que se sintiera tan natural.

El señor Jones sonrió y asintió. —Gracias hijo.

Oso le devolvió la sonrisa y apretó la mano de Mandy entre la suya. Miró alrededor del vestíbulo del banco, a los clientes, a los cajeros y a los banqueros personales. Se dio cuenta de que conocía a la mitad de la gente que estaba allí. Nunca había conocido ni sentido un sentido de comunidad. Respiró hondo y dejó que la calma de la habitación lo invadiera. Se sintió relajado. Se sintió a gusto. Sintió que habían encontrado un lugar al que podían llamar hogar. Un lugar donde podría criar a Mandy. Un lugar donde sus pasados no podrían encontrarlos.

Quizás fue la calma. Quizás fue el sentido de comunidad. Quizás fue la sensación de relajación. Fuera lo que fuese, Oso no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde de que los cinco hombres que acababan de entrar al banco llevaban pasamontañas, estaban armados y gritaban a todos que se tiraran al suelo.

Al ver que él y el señor Jones no bajaron de inmediato, el hombre en el medio disparó un solo tiro. El único disparo alcanzó al señor Jones en la espalda. Cayó hacia adelante en los brazos de Oso y Oso se agachó junto con el señor Jones.

CAPÍTULO 9

Feng se acostó boca arriba y miró hacia el techo. La televisión reproducía de fondo una estación de noticias de veinticuatro horas. La misma transmisión de treinta minutos se había reproducido durante las últimas dos horas. La desconectó y contó manchas y marcas de agua en el techo. Un golpe en la puerta rompió su concentración.

Se levantó y caminó hacia la puerta.

—¿Quién es?

—Fletcher. Abra.

El anciano giró la cerradura hacia la izquierda y abrió el pestillo de seguridad. Abrió la puerta y asintió hacia Fletcher.

—Hora de irse.

Feng se volvió para recoger sus cosas.

—Deja todo. Guarda tus cosas cuando regreses.

—¿Regresaremos entonces?

Fletcher se encogió de hombros.

—Bueno, entonces necesito reunir los documentos que tu jefe necesita, ¿no?

—Coge sólo los documentos. Y date prisa—. Fletcher entró en la habitación para evitar que la puerta se cerrara.

El anciano agarró su maletín, sus gafas de sol y su chaqueta. Pasó junto a Fletcher y se detuvo en el pasillo. Fletcher dejó que la puerta se cerrara de golpe y condujo a Feng por el pasillo hasta el ascensor. Entraron en el ascensor, bajaron hasta el vestíbulo y luego cruzaron la entrada vacía. Un Range Rover negro esperaba frente a las puertas principales del vestíbulo del hotel.

Mientras atravesaban las puertas delanteras, un hombre salió del asiento del pasajero delantero y abrió la puerta trasera.

—¿No hay limusina esta vez? — preguntó Feng.

Fletcher no respondió. Extendió el brazo y le indicó al anciano que tomara asiento.

Feng subió al asiento trasero y se ató el cinturón de seguridad. No dijo nada a los hombres que iban delante del coche y ellos tampoco le dijeron nada a él.

Fletcher abrió la otra puerta trasera y se sentó detrás del asiento del conductor. Se puso el cinturón y colocó una pistola en su regazo.

—No hace falta decirlo—, dijo Fletcher. —Pero no intentes nada. O dispararé.

El anciano sintió que se le calentaban las mejillas y entrecerraba los párpados. Reprimió la ira. Se aseguraría de que Fletcher pagara por la forma en que lo había tratado. Pero ahora no era el momento y Feng no era un hombre joven. No podía enfrentarse a Fletcher solo. Tenía hombres que se encargarían del asunto por él. O tal vez incluso traer a Fletcher de regreso a Nueva York

para que pudiera mostrarle lo amable que puede ser un anfitrión. El alcance y el control de Feng sobre tantas personas fueron lo que lo hizo poderoso. No fuerza bruta.

Condujeron hacia el oeste por la Interestatal 88 y se incorporaron a la Interestatal 80 en dirección oeste en la frontera entre Illinois e Iowa. Condujeron durante otros noventa minutos y salieron antes de Des Moines por una carretera cuyo nombre Feng no entendió. Vio un cartel que indicaba Newton, Iowa, aunque el nombre no significaba nada para él. Al rato vio un cartel blanco con un borde negro y con el número catorce pintado en negro. Cruzaron un puente de un kilómetro y medio de largo sobre un lago y luego dos puentes más cortos. Después del segundo puente, pasaron un cartel que decía “Bienvenidos a Knoxville, Iowa. Capital mundial de las carreras de tierra ".

El conductor giró a la izquierda en una calle llamada Kennedy y condujo unos cuantos kilómetros más, pasando por tierras de cultivo áridas, antes de girar nuevamente a la izquierda por un largo camino de entrada que se curvaba detrás de una hilera de árboles. Una vez pasados los árboles, el anciano vio una casa enorme con varios coches aparcados en un patio pavimentado. Había coches de lujo de alta gama como Mercedes, Lexus, Audi y BMW. Aparcaron junto a un Range Rover negro a juego.

Los hombres que iban en el asiento delantero saltaron del coche. Uno abrió la puerta de Feng y se hizo a un lado. Feng se levantó de su asiento y cayó al pavimento. Estiró la espalda y las piernas y respiró hondo. Fletcher rodeó el coche y se detuvo frente a él.

—Sígueme—, dijo Fletcher.

El anciano fingió una sonrisa y asintió.

Fletcher pasó por delante del Range Rover y giró a la derecha, siguiendo un camino de ladrillos hasta un porche cubierto. Se detuvo y le tendió la mano.

—Espera aquí.

Fletcher abrió la puerta de entrada de madera con paneles de vidrieras y entró en la casa. Las voces subían y bajaban. La puerta se cerró. Feng miró hacia atrás y vio a los hombres del asiento delantero retrocediendo cinco metros. Uno llevaba una pistola en la mano. La sostuvo por la cintura y apuntó al suelo. El otro hombre parecía desarmado, pero Feng no tenía dudas de que había un arma dentro de su chaqueta.

Un momento después, Fletcher regresó e hizo un gesto a Feng para que lo siguiera al interior. El anciano cruzó el porche y la puerta abierta.

Un hombre alto y calvo se acercó con la mano en alto y la palma hacia afuera.

—Brazos arriba.

Feng frunció el ceño, pero hizo lo que le dijo. Extendió ambos brazos y miró al hombretón mientras éste pasaba una varita detectora de metales frente al cuerpo de Feng. La varita hizo clic y silbó, pero no emitió ningún pitido. El grandulón apagó el dispositivo. Asintió con la cabeza y se alejó.

—Vamos—, dijo Fletcher mientras se giraba y caminaba hacia un pasillo oscuro.

Feng suspiró y luego lo siguió. Miró por encima del hombro y se consoló con el hecho de que nadie los seguía. Por otra parte, podría haber diez hombres en la habitación de al lado. Giraron dos veces, una a la izquierda y otra a la derecha, y pasaron por varias habitaciones con las puertas cerradas. La casa estaba en silencio, salvo por el débil sonido de un cuarteto de cuerdas tocando.

Fletcher se detuvo al final del pasillo y se volvió.

—No le diré cómo manejar sus negociaciones, señor Feng. Pero le diré que a Boris Melikov no le gusta que lo jodan. No le gusta el sarcasmo. No le gusta que se modifiquen los términos

previamente acordados. No teme a ningún hombre, ni siquiera a uno tan poderoso como usted. No dudará en tomar el asunto en sus propias manos para completar este acuerdo.

Feng dio un paso adelante. Echó los hombros hacia atrás y mantuvo la cabeza en alto. —Escúchame. Puede que tenga cerca de setenta años, pero soy más poderoso que tu jefe en más de un sentido. Este acuerdo se concretará como yo diga y según mis términos. ¿Entiendes?

Fletcher se encogió de hombros. —No me importa, señor Feng—. Abrió la puerta y asintió hacia Feng. —Entra.

Feng cruzó la puerta y miró alrededor de la habitación. Las paredes estaban cubiertas con estanterías de madera, cada una repleta de libros. Tenía que haber miles de ellos. Parecían viejos. La habitación tenía al menos seis metros de altura y había una escalera corrediza en cada pared. En el medio de la habitación, cerca de la pared del fondo, había un gran escritorio de caoba. Detrás del escritorio había una silla alta de cuero frente a una ventana que iba del suelo al techo.

Feng se detuvo justo dentro de la puerta y se aclaró la garganta. La silla giró y él asintió con la cabeza al hombre sentado detrás del escritorio. El hombre se puso de pie y rodeó el escritorio. Se detuvo frente a Feng. Era alto. Probablemente un metro con noventa o más. Tenía hombros anchos y cabello rubio corto. Sus ojos eran azules y distantes. Parecía mirar a través del anciano en lugar de mirarlo a él. Extendió su mano y apretó con fuerza la de Feng.

—Boris—, dijo. Su acento era fuerte, distintivo y ruso. —Empecemos.

Feng retrocedió mientras Boris regresaba a su asiento. Luego caminó hacia el escritorio y se sentó. Detrás de él, la puerta se cerró con llave.

Borís sonrió.

Feng frunció el ceño.

—Es para nuestra protección. Una última línea de defensa, por así decirlo.

—¿Qué pasa con la ventana? —dijo Feng asintiendo.

Borís se encogió de hombros.

Feng estudió al hombre. Su rostro no tenía expresión. Sus ojos parecían muertos. Este era un hombre que tenía en mente la venganza, de eso no había duda. Feng había sido así gran parte de su vida y sólo ahora se había tranquilizado porque sabía que el final estaba cerca. Este acuerdo fue uno de los que necesitaba para ayudarlo a jubilarse. Los rusos ofrecieron una gran suma de dinero por los documentos.

—Nuestras conversaciones por teléfono—, dijo Boris. —Las primeras negociaciones. No creo que ese precio fuera del todo correcto.

—Tiene razón, señor Boris. No podría dejarlos por menos de diez millones.

Borís sonrió. Se reclinó en su silla y no dijo nada.

El anciano no respondió nada. Se enfrentaron en silencio durante más de cinco minutos.

El anciano habló primero. —Podría bajar a ocho.

—El acuerdo era de cinco.

—Los tiempos cambian, amigo mío. He tenido otras ofertas. Pero hablé de esto contigo primero, así que quiero que tengas el primer derecho de rechazarlo.

—¿Qué otras ofertas? ¿Quién ha hecho otras ofertas?

Feng sonrió y juntó las manos frente a su cara.

—No las revelaré por temor a represalias contra ellos.

—Podrías enfrentarte a represalias por mi parte por no revelar la información.

—Si haces un movimiento así, será el último movimiento que hagas. Soy viejo. Estoy listo para morir. No puedes quitarme nada. ¿Entiendes? Nada. Yo, sin embargo, puedo quitarte todo. Sé todo sobre ti y tus operaciones, señor Boris. Sé más de lo que quieres que sepa. Dejemos esto

y completemos el trato. Cinco millones como se acordó originalmente.

Boris enarcó una ceja. Sus mejillas se pusieron rojas y sus fosas nasales se dilataron un poco. Tomó un respiro profundo. Feng supuso que era un esfuerzo por ocultar la ira que su rostro ya traicionaba.

—Cinco millones—, dijo Boris.

Feng sonrió y se reclinó en su silla.

—¿Por qué Iowa?

Borís se encogió de hombros. —¿Por qué no? Es el último lugar donde nos buscarían.

Boris se puso de pie y caminó hasta la esquina de la habitación. Deslizó una sección de libros, revelando una caja fuerte escondida. Marcó un código y abrió la caja fuerte. Regresó al escritorio y colocó varios fajos de dinero en efectivo frente a Feng.

—Eso no es todo. Mis muchachos están en el banco recogiendo el resto ahora mismo.

CAPÍTULO 10

Jack esperó junto a las gradas de aluminio. El aire era fresco, pero no frío. Su chaqueta de cuero marrón estaba desabrochada. El parque estaba lleno de niños y familias jugando, caminando y divirtiéndose. No pudo evitar sentirse fuera de lugar. Miró su reloj. 11:45 a.m. Frank dijo mediodía, lo que significaba que estaría allí en los próximos cinco minutos. Jack miró hacia el campo de fútbol, y luego siguió mirando en todas direcciones en busca de señales de Frank u otros agentes del SIS.

En menos de cinco minutos Frank apareció desde el estacionamiento. Jack dejó las gradas para encontrarse con él en el medio. Frank lo vio, se giró y le hizo señas a Jack para que lo siguiera. Jack aceleró y alcanzó a Frank antes de que llegara al estacionamiento.

—¿Cuál es la urgencia? — preguntó Jack.

—Al igual que a ti, no me gusta estar al aire libre de esa manera.

Jack miró a su alrededor. —¿Algún motivo de preocupación?

—Nada más que una paranoia constante.

Jack se rio. Él entendía.

—Vamos. Quiero que conozcas a tu nuevo socio.

—¿No trabajarás conmigo?

Frank negó con la cabeza. —Ya no estoy en el campo, Jack.

—Un trabajador de oficina. ¿Quién lo hubiera pensado?

Frank no dijo nada. Llevó a Jack a la esquina del estacionamiento y abrió la puerta trasera del lado del pasajero del sedán oscuro.

Jack colocó su pie izquierdo adentro y agachó la cabeza para entrar al auto. Hizo una pausa al ver a la mujer en el asiento trasero. Su cabello castaño oscuro anillado caía sobre sus hombros y enmarcaba su rostro color moca. Se quitó las gafas de sol, dejando al descubierto unos ojos de color marrón oscuro. Incluso sentada, supuso que era alta, a juzgar por sus largas piernas.

Extendió su brazo hacia Jack.

—Jasmine Medina.

Jack tomó su mano y respondió. —Jack, ejem, John. ¿Quién diablos soy yo ahora, Frank?

—Sé quién eres—, dijo.

—Jack—, dijo Frank. —Entra. Necesitamos movernos.

Jack se sentó y cerró la puerta. No apartó los ojos de Jasmine. Llamar hermosa a la mujer era quedarse corto. ¿Qué diablos estaba haciendo, trabajando con el SIS? Tomó nota mental para averiguarlo.

Frank se giró en su asiento hasta mirar a Jack.

—Jasmine se unió a nosotros aproximadamente un año después de que te fueras. Ella es la mejor agente que tengo. No tengo ninguna duda de que ustedes dos podrán resolver esto si llega

tan profundo como creo.

Jack se aclaró la cabeza y dejó que las palabras de Frank se asentaran.

—¿Qué pasa con la CIA? ¿FBI? ¿Seguridad nacional?

—Nadie está hablando—, dijo Jasmine.

—Así es—, dijo Frank. —Alguien sabe algo y no quiere renunciar a ello.

—¿Qué hay de ustedes? — preguntó Jack. —¿Les estás dando algo?

—No. Nada. Ni siquiera los documentos.

—¿No debería alguien saber si son tan malos como dices que son?

Frank se encogió de hombros y se giró en su asiento para mirar hacia adelante.

—Yo les doy información, luego tengo que decirles sobre ti. Ninguno de nosotros quiere eso, Jack. Miró por la ventana. Las casas en hilera daban paso a viviendas unifamiliares. Las viviendas unifamiliares daban paso a las tierras de cultivo. Las tierras de cultivo daban paso a los bosques. Los árboles pasaban borrosos. Manchas de nieve cubrían la fina franja de hierba entre la carretera y los árboles. Llegaron a un claro y el coche se detuvo en el aparcamiento de una gasolinera.

Frank y el conductor no se movieron.

Jasmine se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta.

—¿Qué es esto? — preguntó Jack.

—Aquí es donde sales—, dijo Frank.

Jasmine asomó la cabeza hacia atrás en el auto.

—Vamos, Jack. Vamos.

Abrió la puerta y salió del auto. Siguió a Jasmine a través del estacionamiento. Extendió la mano y presionó un botón en un llavero. Las luces traseras de un sedán verde parpadearon dos veces. Jasmine rodeó el maletero y se dirigió a la puerta del conductor. Jack abrió la puerta del pasajero y entró.

Jasmine metió la llave en el contacto y puso en marcha el coche.

—¿Necesitas algo antes de irnos?

Jack negó con la cabeza.

—¿A dónde vamos?

—Cherry Hill.

—¿Qué hay ahí?

—Una pista.

Intentó sacarle más información durante el viaje a Cherry Hill, Nueva Jersey, pero Jasmine permaneció con los labios apretados. Jack cedió y permaneció en silencio los últimos quince minutos del viaje de cuarenta minutos.

Llegaron a Cherry Hill y Jasmine se detuvo en un estacionamiento. Estacionó el auto frente a una lavandería. Jack abrió la puerta y puso los pies en el suelo.

—Quédate aquí—, dijo.

—¿Qué? — Jack levantó las manos. —¿Por qué?

—Hazlo.

Le hizo un gesto con ambas manos y regresó a su asiento en el coche. Observó a Jasmine entrar a la lavandería. El frente del edificio constaba de grandes ventanales que iban desde el suelo hasta el techo, lo que le permitía vigilarla. Caminó hasta la esquina trasera y comenzó a hablar con un hombre. Jack se esforzó por distinguir los rasgos del hombre, pero el resplandor del sol en las ventanas se lo impidió. Puso la mano en el pomo de la puerta y pensó en salir. Decidió quedarse en el coche. Si Jasmine hubiera sido agente de campo en el SIS durante siete

años, entonces podría arreglárselas sola.

Jack buscó en los bolsillos de su abrigo un cigarrillo y suspiró cuando no encontró ninguno. Todos esos meses sin fumar se arruinaron gracias a la anciana griega.

Jasmine salió de la lavandería seguida por el hombre. Era de mediana edad. Delgado, excepto por un bulto redondo que sobresalía de su sección media. Tenía barba oscura y cabeza calva.

Jack abrió la puerta y empezó a salir. Jasmine le indicó que volviera a entrar. Pasó por delante de su puerta y abrió la puerta trasera. El hombre se sentó en el asiento trasero sin decir nada.

Jasmine subió al coche. —Jack, este es Igor. Nos va a llevar a una casa. ¿No es así, Igor?

El hombre asintió con un gemido.

Jasmine continuó. —Si se porta mal, me alcanza o intenta salir del auto, dispárale. ¿De acuerdo? Tu arma está en la guantera.

Jack abrió la guantera y sacó la pistola y la funda. Se preguntó qué habría pasado si alguien hubiera irrumpido en el coche mientras lo dejaban desatendido en la gasolinera. Inspeccionó el arma, una Glock 17 de 9 mm con un cargador de 17 balas. No era su arma preferida, pero serviría.

—A mí me funciona—, dijo Jack.

El hombre del asiento trasero empezó a dar indicaciones. Tenía un marcado acento ruso.

Jack se inclinó hacia Jasmine. —¿A dónde vamos?

Ella giró la cabeza hacia un lado y le lanzó una mirada que indicaba que no tenía intención de decírselo.

—Bien—, dijo.

Igor habló cuando pasaron junto a una casa tradicional blanca con ribetes verdes. —Allá.

Jasmine mantuvo el auto firme, giró a la izquierda en la siguiente calle y luego volvió a girar a la izquierda. Se detuvo junto a la acera y aparcó. Buscó debajo del volante. Tiró de una palanca. Se escuchó un clic y luego el maletero se abrió.

—Sal, Igor.

El hombre protestó. —¿Por qué?

—Simplemente lárgate—, dijo. —¿Quieres ayudar, Jack?

Jack salió del auto y caminó hacia el lado del conductor. Abrió la puerta y agarró a Igor por el brazo. Lo sacó del auto y luego lo empujó hacia atrás. Señaló el baúl abierto.

—Esta es tu oportunidad, amigo. ¿Fácil o difícil?

Igor sacudió la cabeza y escupió al suelo.

Jack giró rápido y golpeó fuerte al hombre en el abdomen. El hombre se inclinó, Jack lo empujó dentro de la camioneta y cerró el maletero. Igor empezó a patear el interior del maletero unos segundos después.

Jasmine le dijo a Jack que se quedara quieto y abrió el baúl nuevamente. Esta vez Jack se quedó allí con su Glock 17 apuntando al hombre en el baúl.

—Escucha, Igor—, dijo Jasmine. —Si necesito atarte y amordazarte, lo haré. No puedo dejarte en el asiento trasero. Si lo hiciera y decidieras huir, sería malo. O tal vez decidirías entrar corriendo a la casa detrás de nosotros...

—Yo no haría eso—, dijo Igor.

—…y eso sólo causaría un gran lío que resultaría en que dispararan a ti y a tus amigos. ¿Es eso lo que quieres? — Ella no esperó a que él respondiera. —No, por supuesto que no lo es. Créeme, tan pronto como terminemos, regresaremos a este lugar y te dejaremos salir del maletero. ¿De acuerdo?

Igor exhaló y pareció relajarse. Se acostó y cerró los ojos. No dijo nada.

Jasmine señaló el baúl y Jack cerró la tapa. Se metió en el asiento del conductor, subió las ventanillas, cerró las puertas y se reunió con Jack en la acera.

—Será mejor que caminemos desde aquí—, dijo.

Jack asintió.

—¿Cuál es el plan? — preguntó.

—Llamamos a la puerta.

—¿Y luego?

—Depende de lo que hagan después de que llamemos.

—Digamos que responden.

—Les hago algunas preguntas.

—¿Y si no contestan?

—¿Las preguntas o la puerta?

—Cristo—, dijo Jack. —¿Siempre eres así de difícil?

Jasmine sonrió y asintió.

—Cada segundo de mi vida.

Volvieron a girar a la derecha y luego cruzaron la calle. Caminaron hasta la casa blanca con ribetes verdes. Jasmine se paró frente a la puerta y Jack se paró a un lado entre la puerta y una ventana. Fuera de vista. Ella tocó la puerta. Esperó un minuto y volvió a llamar.

Jack escuchó sonidos ahogados desde el interior.

—Están dentro—, dijo.

Ella asintió y arqueó una ceja.

—¿Listo para derribar esta puerta por mí?

—No me pareces una damisela en apuros.

—No lo estoy. Pero estos son zapatos caros.

Ella se hizo a un lado y Jack se paró frente a la puerta. Retrocedió unos metros para tomar impulso. Sostenía su pistola en su mano derecha. Se abalanzó, pateó y rompió la puerta. Luego irrumpió por la abertura con su arma apuntando frente a él.

Cuatro hombres sentados en una mesa redonda lo miraron con el horror escrito en sus rostros.

—Ninguno de ustedes se mueva.

CAPÍTULO 11

Oso acercó a Mandy. La niña parecía estar en shock. Tenía los ojos vidriosos y la boca abierta. Se arrodilló junto al señor Jones y le puso la mano en la espalda. Aplicó presión a la herida de bala en un intento de reducir la cantidad de sangre perdida. Miró alrededor de la habitación. Todo sucedió en cámara lenta. Un cajero cayó al suelo. Los demás trabajaron frenéticamente en sus cajones tratando de prepararse para los hombres armados. Todas las personas en la fila tuvieron reacciones diferentes. Algunos se arrojaron al suelo. Una mujer se quedó quieta, congelada y llorando. Algunos otros retrocedieron hasta la pared del fondo, distanciándose de los cinco hombres que bloqueaban la única entrada y salida del banco.

Todos los banqueros que estaban sentados en sus escritorios desaparecieron de la vista, escondiéndose detrás y debajo de sus escritorios. Se escondían bajo la falsa seguridad que estos ofrecían. Temblaban, lloraban y suplicaban por sus vidas en el suelo alfombrado.

Las puertas de la oficina se cerraron de golpe. Una mala jugada, pensó Oso, que probablemente provocaría la ira de los hombres armados. Efectivamente, uno de los hombres se giró y apuntó con su rifle de asalto a una de las oficinas con la puerta cerrada.

—Todavía no—, dijo uno de los hombres enmascarados.

Un hombre salió de la última oficina. Era alto, estaba en forma y lucía mayor. Tenía una cabellera plateada y vestía un traje gris con corbata azul. El director del banco. Se acercó al frente del banco con las manos extendidas frente a él. Caminó lento y firme. Su rostro mantuvo la misma expresión durante la caminata. Una expresión entre shock, terror y desafío.

—Detente ahí—, gritó uno de los hombres armados.

El sonido de la voz del hombre actuó como un catalizador en el cerebro de Oso y los acontecimientos comenzaron a desarrollarse a velocidad normal.

—Sólo quiero que esto transcurra en paz—, dijo el director del banco.

Oso giró la cabeza y miró al gerente. Sacudió la cabeza y movió los ojos entre el gerente y el suelo.

El gerente ignoró a Oso y siguió avanzando mientras enderezaba sus brazos extendidos.

—Dije alto—. La voz era profunda y espesa. Un acento de Europa del Este o ruso.

Oso volvió la cabeza hacia el frente del banco.

El enmascarado levantó su rifle de asalto y apuntó al gerente.

El gerente se detuvo y levantó las manos. —Solo quiero que esto…

—Transcurra en paz. Sí, ya dijiste eso—. El hombre enmascarado empezó a caminar hacia el gerente. —Date la vuelta y ponte de rodillas.

El director no se movió.

—Ahora—, gritó el hombre.

Cuando el gerente todavía se negaba a moverse, el hombre enmascarado se abalanzó sobre él

y le clavó la culata de su arma en el estómago. El gerente cayó de rodillas, pero mantuvo los hombros hacia atrás y la cabeza en alto. Su rostro se puso rojo brillante y luego se oscureció a un tono púrpura mientras luchaba por respirar. Sin embargo, nunca recuperó el aliento. El hombre enmascarado se colocó detrás de él y colocó el cañón de su rifle contra la cabeza del gerente.

—Que esto sea una lección para todos ustedes—, dijo el hombre enmascarado.

Oso agarró a Mandy y la acercó a su pecho, cubriéndole los ojos y los oídos.

El disparo resonó en el banco. La habitación quedó en silencio.

—¿Alguien más quiere que esto se desarrolle pacíficamente? O tal vez, ¿irse de manera pacífica?

Nadie dijo nada.

El hombre empezó a ladrar órdenes en un idioma extranjero. Uno de sus hombres custodiaba la puerta. Otros dos se colocaron detrás del mostrador, gritaron a los cajeros y los obligaron a sacar el dinero en efectivo de sus cajones y arrojarlo en sacos de arpillera. Si un cajero no cumplía, lo golpeaban en la cara y le clavaban sus armas en la espalda hasta que obedecía.

El quinto hombre se unió al primero e interrogaron a los banqueros debajo de sus escritorios y escondidos en sus oficinas hasta que encontraran a uno que los llevara a la caja fuerte.

Oso centró su atención en el anciano que sangraba en el suelo. El señor Jones miró más allá de Oso. Sus ojos se centraron en algo que no era de este mundo. Oso palpó el cuello del anciano en busca de pulso. Lo encontró, pero se había vuelto difícil de detectar, desigual y débil. La respiración del anciano era superficial y el tiempo entre cada toma de aire se hacía cada vez más separado. Un hilo de sangre corrió desde la comisura de su boca y bajó por su mejilla hasta el suelo.

—Señor Jones—, dijo Oso.

Los ojos del anciano se abrieron y se centraron en Oso. Levantó su delgada mano frente a su pecho. Oso extendió la mano y agarró la mano blanca como el papel del anciano. El señor Jones apretó con fuerza. Sus labios se movieron y jadeos escaparon de su boca. Luego se quedó quieto. Su cabeza cayó ligeramente hacia la izquierda y sus ojos desenfocados miraban al vacío.

El hombre enmascarado en la puerta empezó a gritar.

Oso miró hacia arriba. La rabia inundó su cuerpo. Se puso de pie y se dirigió hacia el hombre que estaba en la puerta.

El hombre apuntó con su arma a Oso y gritó aún más fuerte usando palabras que Oso no pudo descifrar.

Oso se detuvo.

Afuera del banco, un coche de policía se detuvo y tres más estaban cerca. El hombre de la puerta se volvió. Oso sabía que esa era su oportunidad. Cayó unos centímetros y echó un pie hacia atrás. Listo para Golpear. Pero antes de que pudiera dar un paso, sintió un fuerte golpe en la cabeza. Cayó sobre una rodilla. Otro golpe alcanzó su cabeza con un ruido sordo. Cayó hacia adelante.

—Agarra a la chica—, dijo un hombre detrás de él.

Oso se puso sobre manos y rodillas. Intentó alcanzar a Mandy. Pero no pudo llegar a ella a tiempo. Uno de los hombres enmascarados la levantó.

—Oso—, gritó.

Oso se obligó a ponerse de pie y tropezó tras ella y el hombre que la llevaba sobre su hombro. Ella alcanzó a Oso. Gritó su nombre. Su pequeña mano agarró el aire.

Oso dio tres pasos.

Un hombre enmascarado saltó frente a él y le estrelló la frente con la culata de su rifle de

asalto.

Oso dio un paso atrás. Perdió el equilibrio. Lo recuperó.

El hombre lo golpeó en el estómago.

Oso se inclinó. Luego sintió otro golpe en la nuca. Y luego otro.

Se desplomó en el suelo.

Se escucharon disparos. Disparos únicos de la policía. Luego, ráfagas de fuego de los ladrones de bancos. Los gruñidos y gemidos de los hombres que recibían disparos y morían llenaron el aire después de que terminaron los disparos.

Oso levantó la cabeza y vio el cabello rubio de Mandy ondeando al viento mientras la metían dentro de un auto que esperaba. La puerta se cerró de golpe y el coche se alejó. Los bordes de su visión se oscurecieron. Luchó contra la hinchazón de su cerebro. Él arañó el suelo. Luego, quedó inconsciente.

CAPÍTULO 12

—Jack—, gritó Jasmine detrás de él. —Cuidado.

Los cuatro hombres en la mesa tardaron un momento en darse cuenta de lo que acababa de suceder. Entre las cartas sobre la mesa y la música a todo volumen de fondo, era fácil ver por qué no abrieron la puerta. Nunca oyeron a Jack tocar la puerta. Pero no les llevó mucho tiempo evaluar a Jack como una amenaza mientras estaba parado junto a la puerta destrozada, apuntándoles con un arma.

Uno de los hombres se levantó de su silla y sacó su pistola.

Jack disparó una bala. La bala alcanzó con un ruido sordo a uno de los hombres sentados. Jack no vio a quién. Estaba demasiado ocupado lanzándose hacia la derecha y fuera de la línea de fuego del hombre armado. Jack se arrastró unos metros y se presionó contra la pared al otro lado de la escalera. Miró a través de la puerta abierta y vio que Jasmine se había perdido de vista.

Los sonidos de los hombres arrastrando los pies al otro lado de la casa se calmaron. Jack esperaba que Jasmine asegurara la parte trasera de la casa. Quizás debería haber esperado para irrumpir. Quizás ella debería haberle dado un poco más de información. No tenía idea de lo que encontrarían aquí o si alguien corría peligro al tocar la puerta.

Miró alrededor de la habitación, asegurándose de que no hubiera espejos ni superficies reflectantes en las que pudiera ser visto. Ninguna. Sólo un par de sofás antiguos uno frente al otro. Una puerta cerrada separaba la habitación de la que estaba detrás. Avanzó poco a poco a lo largo de la pared en ángulo y se asomó por encima de las escaleras. Un espejo colgaba de la pared del fondo. En él podía ver al hombre de la pistola apoyado contra la pared al otro lado de las escaleras. No vio a ninguno de los demás.

Jack cruzó la habitación, abrió y cerró de golpe la puerta que separaba las dos habitaciones.

El hombre al otro lado de las escaleras gritó y comenzó a moverse, tal como Jack esperaba que hiciera. Jack apuntó y disparó un solo tiro por encima de las escaleras. La bala alcanzó al hombre en el costado de la cabeza y una nube de sudor, sangre y materia gris explotó en el aire y quedó suspendida allí mientras el hombre se desplomaba en el suelo.

Jack rodeó la escalera y se arrodilló sobre el cuerpo del hombre. Le revisó el pulso en el cuello, aunque a juzgar por el agujero en la nuca, el hombre estaba muerto. Jack agarró la pistola del muerto y la guardó en el bolsillo de su abrigo.

—Jack—, llamó la voz de Jasmine desde la parte trasera de la casa.

Caminó lentamente por el comedor hacia la cocina. Se abrió una puerta y de ella saltó un hombre armado con una escopeta.

Jack disparó y alcanzó al hombre en el pecho. El hombre cayó de rodillas y Jack le disparó otra bala en la frente. El cuerpo del hombre retrocedió y luego cayó hacia adelante. Jack pasó por encima del cuerpo, sin molestarse en comprobar el pulso, y miró hacia la puerta abierta. Unas

escaleras conducían a un sótano poco iluminado. Sonaba como si alguien más estuviera ahí abajo. Jack puso un pie en el primer escalón.

—Jack—, gritó Jasmine. Su voz procedía del mismo nivel de la casa, no de abajo.

Cerró la puerta del sótano y continuó por la cocina. Mantuvo su pistola en el aire, cerca de su cara. Cruzó una puerta y entró en una zona de lavandería. Allí vio a Jasmine. Hizo un gesto hacia el fondo de la habitación. Vio a un hombre de cabello castaño con una mujer joven frente a él. Tenía una mano alrededor de su cintura y en la otra sostenía un cuchillo. Presionó el cuchillo contra la garganta de la mujer.

—Detente ahí—, dijo el hombre con acento ruso.

—¿O qué? — preguntó Jack.

Los ojos de la mujer se abrieron y sus cejas se arquearon hasta la frente. Levantó una mano y agarró el brazo del hombre, pero no ejerció ninguna fuerza.

—La cortaré—, dijo el hombre.

Jack se rio.

—¿Que es tan gracioso?

—Que crees que me importa—, dijo Jack.

—No estoy bromeando, le cortaré el cuello—. Sacó el cuchillo y luego lo presionó en el cuello de la mujer. Una fina línea de sangre se formó debajo de la hoja.

—Entonces hazlo—, dijo Jack.

El hombre ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Su agarre sobre el estómago de la mujer se aflojó y la mano que sostenía el cuchillo se alejó unos centímetros.

Jack no esperó a que el hombre recuperara la compostura. Apretó el gatillo de la pistola con la mano extendida. La bala alcanzó al hombre en la frente. El cuchillo cayó al suelo y el hombre cayó de espaldas contra la lavadora. Jasmine corrió hacia adelante y arrancó a la dama de sus manos. El hombre se deslizó por el frente de la lavadora, dejando un rastro de sangre.

—Ibas a dejar que me matara—, dijo frenéticamente la mujer.

Jack negó con la cabeza. —Nunca iba a dejar que te matara.

—Le dijiste que lo hiciera.

—Sí, y no sabía qué pensar y aflojó su agarre y dejó caer el cuchillo unos centímetros. Me dio un tiro claro y no tuve que preocuparme de que él retrocediera y te abriera el cuello.

La mujer se quedó allí con la boca abierta. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando la gravedad de la situación se desplomó sobre ella. Rodeó el cuello de Jack con sus brazos y se acercó. Suaves sollozos escaparon de sus labios entreabiertos.

Jack se quedó rígido al principio, con los brazos extendidos a los lados. Finalmente, le acarició el pelo y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Oye, cálmate. Estás bien. Esta no puede ser la primera vez que estás en peligro si andas con hombres como este.

Ella no dijo nada. Los sollozos cesaron, pero ella se mantuvo firme.

—Jasmine, escóndela. Hay un cuarto hombre. Creo que está en el sótano. Necesitamos detenerlo. Necesitamos interrogarlo.

Jasmine agarró a la mujer y la llevó a la puerta trasera. Ella regresó y dijo: —Está bien, Jack. Saquémoslo de allí.

Regresaron a la cocina y Jasmine abrió la puerta mientras Jack cubría la abertura.

—Sube—, dijo Jack en la abertura. —No me hagas bajar ahí. Sube con las manos en alto.

El hombre del sótano no respondió. Sonidos de arrastrarse flotaron por las escaleras.

—Si tengo que bajar allí, te dispararé. Sé que escuchaste los disparos aquí arriba. Todos esos

disparos mataron a tus compañeros. Están todos muertos. ¿Quieres unirte a ellos?

El hombre del sótano empezó a hablar en un idioma extranjero. Jack no entendió lo que dijo. Volvió a mirar a Jasmine.

Ella asintió.

—Está maldiciendo en ruso.

Jack se encogió de hombros.

—Última oportunidad—, dijo y luego se volvió hacia Jasmine y habló lo suficientemente alto como para que el hombre en el sótano aún pudiera oírlo. —Cúbreme. Si lo ves, disparas.

Jack bajó dos pasos las escaleras.

—Estoy caminando. Voy a subir—, dijo el hombre. —Estoy desarmado.

Dos manos aparecieron detrás de la pared y el resto del hombre las siguió.

—Quítate la camisa y bájate los pantalones—, dijo Jack.

El hombre lo hizo y parecía estar desarmado.

Jack salió de la escalera del sótano y le indicó al hombre que subiera. Hizo que Jasmine lo cubriera y luego fue al pie de las escaleras y agarró las cosas del hombre. También revisó el sótano y le informó a Jasmine que estaba vacío. Subió las escaleras y le arrojó la ropa al hombre.

—Vístete.

—Jack—, dijo Jasmine. —Tenemos que salir de aquí. Llevémoslo al auto. Siéntate atrás con él. Lo interrogaremos en otro lugar.

—¿Dónde?

—Diablos, no me importa. Los bosques. Un baño de restaurante de comida rápida. Cualquier lugar excepto aquí.

Jack miró a su alrededor.

—Están todos muertos. ¿Cuál es la prisa?

—La información—, dijo. —El informe fue que eran cinco hombres.

El hombre sonrió y asintió.

Jack agitó su mano libre y le dio un puñetazo al hombre en la mandíbula. Luego lo agarró y lo arrastró fuera de la casa. Cruzaron la calle, dieron dos vueltas a la izquierda y subieron al coche. Jasmine conducía y Jack estaba en el asiento trasero con el ruso.

Igor empezó a golpear el maletero y a patear el asiento trasero tan pronto como el coche empezó a moverse.

CAPÍTULO 13

Oso se despertó con el sonido de voces encima de él. Las voces no estaban dirigidas a él, pero sabía que hablaban de él. Abrió los ojos y examinó la pequeña habitación. Una luz fluorescente teñida de amarillo iluminaba el espacio. Un hombre y una mujer estaban sentados a lados opuestos de él. Estaban vestidos con pantalones azul oscuro y camisas blancas con botones. Llevaban guantes de látex de color azul claro. Los documentos de identidad estaban prendidos con alfileres en los bolsillos de sus camisas. La habitación tembló y rebotó y sonó una sirena. Una luz roja se reflejó en una superficie exterior y atravesó el techo. Intentó sentarse, pero no podía moverse. Se encontraba atado.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó con voz quebrada.

—Simplemente relájese, señor Logan—. La mujer le puso un tensiómetro alrededor del brazo, justo por encima del codo.

Oso procesó la situación y buscó en su memoria pistas sobre cómo terminó allí. Estaba en una ambulancia. Le dolía la cabeza muchísimo. Sufrió un traumatismo craneoencefálico. Quizá uno grave. Lo amarraron porque temían una lesión en la columna. Un sudor frío le cubría los brazos, el pecho y la frente. Movió los dedos de los pies y apretó los puños. Todo funcionaba. Exhaló aliviado. Pensó en el momento en que sufrió la lesión. Había estado flotando sobre el cadáver del señor Jones. Un golpe en la cabeza. Y luego… Mandy. El miedo inundó cada célula de su cuerpo y sus músculos se tensaron.

—¿Dónde está Mandy?

Los paramédicos no respondieron.

—¿Dónde está mi pequeña? — Su voz se convirtió en un grito.

Los ojos de la mujer se dispararon desde la lectura de la presión arterial y se fijaron en su pareja. El hombre frente a ella se aclaró la garganta.

—Señor, no encontramos a ninguna niña con usted.

Oso negó con la cabeza. Tenía que salir. Luchó contra sus ataduras. Amarrado de lado a lado. Las finas tiras de tela que lo sujetaban no rivalizaban con su tamaño y fuerza. Sin mencionar su concentración y determinación. Su brazo derecho se soltó. Los médicos intentaron sujetarlo. Arrojó al hombre lejos de él y hacia el costado de la ambulancia.

—Señor—, dijo la mujer. —Cálmese.

Frenéticamente quitó la tapa de una aguja esterilizada y la sumergió en un frasco de líquido.

Oso se quitó las ataduras, deshaciendo cada una de ellas sucesivamente a lo largo de su cuerpo.

El hombre se arrastró hasta el frente y abrió una puerta de acceso entre la cabina y la parte trasera.

—Detén la ambulancia y habla por radio. Necesitamos a la policía.

Oso extendió la mano por encima de su cabeza y agarró al hombre por la pierna. Lo atrajo hacia sí. Entonces sintió un pellizco en el hombro. Miró a la mujer. Ella se inclinó sobre su brazo. En su boca estaba el capuchón de plástico de la aguja esterilizada. Sostuvo la aguja en su mano. Lo hundió hasta la empuñadura en el brazo de Oso.

El pánico, la rabia y el miedo se disiparon. Se sintió tranquilo. Se sentía como si estuviera flotando. El mundo se ralentizó un instante y él se hundió en la camilla.

La ambulancia dejó de moverse. Dejó de temblar. Las puertas traseras se abrieron y entró un oficial de policía. El hombre se volvió borroso mientras cruzaba hacia la luz artificial.

—Simplemente está en shock—, le dijo la mujer al oficial.

Oso sintió que la mujer le rodeaba el antebrazo con la mano. Ella le apretó el brazo para tranquilizarlo. Él la miró y luego al policía. El rostro del oficial ahora estaba claro.

El paramédico subió por la puerta de acceso para sentarse en la cabina con el conductor. El policía ocupó su lugar en la parte de atrás.

—No habrá más problemas, ¿verdad? — le dijo el policía a Oso.

Oso negó con la cabeza. Intentó hablar, pero sus labios no se movían. Al final gruñó un par de veces. Cerró los ojos. Sintió que la ambulancia comenzaba a moverse de nuevo. Quería luchar, levantarse, atravesar la puerta trasera y encontrar a Mandy. Pero no pudo.

Oso llevaba quince minutos solo en la habitación del hospital. El sedante que le dio la paramédica estaba desapareciendo. Pensó en levantarse e irse, pero primero quería hablar con los policías. Tenía que averiguar sobre Mandy. Tal vez la tenían y la traerían para verlo.

Una mano asomó y golpeó la puerta abierta. Un hombre dio un paso adelante. Vestía pantalones caqui y una chaqueta deportiva azul. Su camisa estaba desabrochada en la parte superior y no tenía corbata. Parecía tener unos cuarenta años y tenía el pelo gris mezclado con una cabellera castaña.

—Señor ¿Logan?

Oso asintió y se sentó.

—Soy el detective Larsen. Espero no molestarle. Necesitamos obtener una declaración suya.

—¿Dónde está Mandy?

El detective ladeó la cabeza.

—Mi pequeña niña. ¿Dónde está ella?

Larsen avanzó tres pasos y se detuvo al final de la cama.

—Señor Logan…

—Llámame Oso.

—De acuerdo. Oso, había una niña joven, de cabello rubio, que fue secuestrada.

La mente de Oso se aceleró. Pensó en ello. Él recordó. La sacaron. La metieron en el auto. Su cabello ondeaba al viento. Cerró los ojos y escuchó sus gritos una vez más.

—Sé que esto es difícil, señor Oso. Estamos haciendo todo lo que podemos y estamos en contacto con el FBI.

Oso pasó su pierna grande por el costado de la cama y saltó.

—No será suficiente, detective.

Larsen levantó las manos y retrocedió hacia la puerta.

—No puede hacer eso, señor. Lo están evaluando por una conmoción cerebral. Tiene que quedarse en el hospital esta noche.

Los bordes de la visión de Oso se oscurecieron y sintió que su cuerpo se balanceaba. Apretó los dientes y luchó contra los sentimientos.

—De ninguna manera me quedaré aquí mientras ellos la tengan.

—Oso, no tiene otra opción.

Oso buscó su ropa en la habitación. No la encontró. Se volvió hacia Larsen y lo señaló.

—Escúchame. No tienes idea de quién soy ni de lo que soy capaz. Si quieres ayudarme, está bien. Pero si no, mantente fuera de mi camino.

Larsen no dijo nada. Se paró en la puerta con las manos delante de él. Sacudió la cabeza lentamente.

—¿Tienes niños? — Preguntó Oso.

Larsen asintió.

—Entonces sabes por lo que estoy pasando.

Larsen siguió asintiendo.

—Dime todo lo que sabes—, exigió Oso.

Larsen se subió la manga de su chaqueta deportiva y miró el reloj. Se aclaró la garganta y dio tres pasos hacia Oso, deteniéndose a unos metros de distancia. Bajó la voz y dijo: —Saldré de turno en una hora. Haré que te saquen de aquí e iremos a algún lugar a hablar.

—¿Por qué? ¿Por qué no ahora?

Larsen le indicó a Oso que bajara el volumen. —Porque el hombre detrás de esto tiene la mitad del departamento en su bolsillo trasero, si sabes a qué me refiero.

Oso asintió. —De acuerdo. Una hora. Tráeme algo de ropa.

—¿Qué tamaño?

—Jodidamente extragrande.

CAPÍTULO 14

A cinco minutos de la ciudad, Jasmine giró por un camino de tierra y continuó hasta que se perdieron de vista desde la carretera. Estacionó el auto, salió y abrió el maletero. Jack miró por la ventana trasera después de que el baúl se cerró de golpe. Jasmine le ordenó a Igor que se sentara contra un árbol y luego le indicó a Jack que saliera.

—No te muevas—. Jack sacó su pistola de la funda y apuntó al hombre en el asiento trasero. Salió del auto y miró a Jasmine. —¿Ahora qué?

—Sácalo y tráelo aquí.

Jack se inclinó hacia adelante y asintió hacia el ruso.

—Ya escuchaste a la dama.

El hombre se deslizó sobre el banco y salió por la puerta abierta. Jack lo agarró por el codo y lo llevó detrás del auto.

—Ve y párate contra ese árbol—. Jasmine señaló un cornejo en flor.

Jack siguió al ruso hasta el árbol y luego lo mantuvo allí apuntando con su pistola. Miró por encima del hombro para ver cómo estaban Jasmine e Igor.

Colocó correas de nailon alrededor de las muñecas de Igor y una bolsa de tela negra sobre su cabeza.

—Siéntate—, dijo.

Igor se sentó y se reclinó contra la base de un pino.

—Estaremos de vuelta por ti en un minuto—. Jasmine caminó hacia Jack y se detuvo a unos cinco metros de distancia. —Jack, ven aquí.

Jack se acercó a ella. Mantuvo su arma a un lado y apuntó al ruso. Mantuvo sus ojos en Igor.

—Necesitamos obtener información sobre el panorama general, Jack. No me importa lo que hagamos con este tipo, sé que Frank querrá que lo detengan. Por mí no hay problema. Pero necesitamos sacarle toda la información que podamos antes de denunciar esto.

Jack asintió y no dijo nada.

—No sé si me tomará en serio. La mayoría de los hombres no creen que una mujer sea una amenaza. Al menos no hasta que les dé una patada en el trasero.

Jack sonrió.

—¿Cómo te va con las técnicas de interrogación? —preguntó ella.

—Más o menos—. Un eufemismo. Jack había perfeccionado su técnica desde sus días como infante de marina cedido a la CIA y luego como miembro del SIS. Incluso tenía un apartamento en Nueva York específicamente para los interrogatorios.

—Está bien—, dijo Jasmine. —¿Entonces puedes ayudarme?

—Seguro.

—¿Quieres empezar?

—Sí, Por qué no—. Señaló a Igor. —¿Estás seguro de que está bien allí?

Jasmine asintió. —Tiene atadas las manos y las piernas. Está encapuchado. No irá a ninguna parte.

Jack se acercó al ruso. El hombre se presionó contra el árbol como si intentara esconderse dentro de él. Jack lo golpeó en el estómago. El ruso se inclinó hacia delante. Jack lo agarró por la nuca y le levantó la cabeza. Le dio un revés en la cara.

—¿A quién reportas?

El hombre no dijo nada. No podía decir nada porque no podía respirar. Su rostro se puso rojo y se profundizó en un tono púrpura.

Jack empujó al hombre hacia adelante para que se inclinara y luego lo levantó. Repitió el proceso tres veces. El hombre inhaló con un gemido y luego respiró brevemente varias veces.

—Ahora—, dijo Jack, —dime a quién reportas.

—Nadie.

—¿Te gusta no respirar? ¿Quieres permanecer así para siempre?

El hombre cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Jack se colocó con una mano justo debajo del cuello del hombre. —Entonces dime lo que quiero saber.

—No sé nada.

Jack cacheteó con su mano libre el rostro del ruso. La palmada de la mano fue seguida por un gruñido del hombre.

—Dime.

El hombre no dijo nada. Los gruesos músculos de su mandíbula estaban tensos mientras apretaba la boca con fuerza.

Jack echó el brazo hacia atrás para golpear al hombre en la cara con un puñetazo con toda su fuerza. Sintió la mano de Jasmine en su muñeca. Él volvió a mirarla.

—Déjame encargarme de esto, Jack.

Jack levantó las manos y dio un paso atrás. —¿Crees que hice un mal trabajo?

El ruso movió su mirada entre Jack y Jasmine.

Ella dio un paso adelante, con una sonrisa en su rostro.

—Mira, uhm, ¿cómo te llamas?

—No soy nadie importante.

Ella siguió sonriendo. —Bien. Bueno, señor Consecuencia entonces. Pido disculpas por la técnica de mi compañero. La fuerza bruta no siempre es la mejor opción. ¿Cierto?

El rusa le devolvió la sonrisa. —No, no lo es—. Miró a Jack y luego a ella. —No funciona con mi gente. Somos fuertes. A diferencia de ustedes, los estadounidenses.

La sonrisa de Jasmine se amplió. Ella continuó. —Francamente, me miras y probablemente no me temas. ¿Cierto? — Ella no esperó a que él respondiera. —Pero deberías temerme más. Verás, no puedo vencerte como él. Lo que significa que tengo que recurrir a acciones más drásticas.

Sacó su pistola y le disparó al ruso en el pie.

Gritó y cayó a un lado. La bala le atravesó la parte superior del pie y salió por la parte inferior. Agarró el pie herido con ambas manos. La sangre brotó de las heridas de entrada y salida.

Jack se cruzó de brazos. Sonrió. Quedó impresionado.

—Ahora dime a quién le reportas—, dijo.

El ruso se había echado hacia atrás y se había sentado contra el árbol. Todavía sostenía su pie

con ambas manos, presionando con fuerza en un intento de detener el sangrado. —Su nombre… — Hizo una pausa para recuperar el aliento. Su rostro se torció y se volvió hacia arriba.

—¿Cuál es su nombre?

El ruso abrió los ojos y habló con los dientes apretados. —Lazar.

—¿Es un nombre o un apellido?

El ruso no dijo nada. Apoyó la cabeza contra el árbol y parecía estar perdiendo el conocimiento.

—Respóndeme—. Jasmine colocó el cañón de su arma contra su cabeza.

El ruso apoyó la cabeza contra el árbol y se volvió hacia un lado. Las lágrimas cayeron de las esquinas más alejadas de ambos ojos.

—Ese es su nombre de pila.

Jack observó asombrado la facilidad con la que Jasmine había obtenido la información. El hombre no temía la fuerza de Jack, pero se volvió loco ante la posibilidad de que Jasmine lo matara de un tiro a la vez.

—¿Cuál es su apellido? ¿Y dónde está? — preguntó Jasmine.

El hombre respiró rápidamente dos veces y una inhalación profunda. Mantuvo el aire en sus pulmones durante unos segundos y luego exhaló. —Chernov. Su nombre es Lazar Chernov. Está en Georgia.

—¿El país? — preguntó Jasmine.

—No, el Estado. Cerca de Atlanta.

Jasmine miró a Jack y asintió.

Se encogió de hombros y extendió las manos.

—Di el nombre—, dijo.

—Hay muchos de nosotros allí—, dijo el hombre.

Jasmine sacudió la cabeza y le hizo un gesto a Jack para que esperara.

—Espera. ¿Cuántos?

El ruso se rio. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. —Que se joda señora.

Ella volvió a apuntarle con su arma.

—Jasmine, detente—, dijo Jack. —Ven aquí por un minuto.

Ella retrocedió, manteniendo los ojos y el arma enfocados en el hombre sentado contra el árbol.

Jack dijo: —Echemos un vistazo a este tipo Chernov.

Ella asintió. Enfundó su arma. Metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono celular. Presionó y mantuvo presionado un solo botón y luego presionó otro botón para encender el altavoz cuando la línea comenzó a sonar. Frank contestó a mitad del segundo timbre.

—Jasmine, ¿qué tienen para mí?

—Tenemos un nombre. Lazar Chernov. Posiblemente en el área de Atlanta, Georgia.

—Está bien, dame un minuto.

La línea quedó en silencio. Jasmine se apoyó contra el costado del auto y miró a Jack. Se paró a unos metros de distancia, detrás de la esquina y detrás del baúl. Se miraron a los ojos durante unos segundos mientras Frank comprobaba el nombre.

El ruso gritó algo ininteligible.

—Cállate—, dijo Jack.

—¿Qué? — dijo Frank.

—Tú no—, dijo Jasmine.

—Ah, OK. Um, sí, nada de nuestra base de datos ni de la del FBI. Estoy llamando a la CIA

ahora y realizando una búsqueda en la base de datos de Seguridad Nacional al mismo tiempo.

Ni Jack ni Jasmine dijeron nada. El ruso gimió. Igor se quedó quieto, como lo había hecho durante el interrogatorio del ruso.

—Nada de la CIA. Ah, ahí está Lazar Chernov, también conocido como Lazlo y Lyov Chernov. Su paradero actual es Cantón, Georgia. Veamos qué más tenemos—. La línea volvió a quedar en silencio.

Jack preguntó: —¿Qué quieres hacer con él?

Jasmine se encogió de hombros y cubrió el micrófono del teléfono. —No me sirve de nada. Simplemente manchará de sangre todo el auto.

Jack levantó su arma. —¿Debería…?

—No—. Jasmine se rio. —Frank sabrá nuestra ubicación y enviará a alguien a buscarlo. Lo ataremos a un árbol o algo así—. Ella hizo un gesto hacia el baúl. —Mira, ahí.

Jack fue al asiento del conductor y abrió el maletero. Regresó a la parte trasera del auto y sacó un trozo de cuerda negra.

—Está bien—, dijo Frank. —Este es nuestro chico. Está conectado con esta célula. No puedo decir con seguridad que este tipo sea el mejor, pero ciertamente está en lo más alto. Tiene sentido dada la ubicación, tan cerca de Atlanta. Ustedes dos váyanse ahora. Enviaré un equipo para que limpie lo que hayan dejado.

Jasmine colgó el teléfono. Sonrió. —¿Ves?

—¿Qué pasa con Igor? — preguntó Jack.

—Tíralo en el maletero. Lo dejaremos en la ciudad.

Jack llevó la cuerda al ruso herido y le ató las piernas y luego las muñecas. Luego ató su pecho al árbol.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó el hombre.

—Yéndonos.

—¿Qué hay de mí?

Jack se encogió de hombros. Caminó hacia Igor sin mirar al otro hombre. El ruso gritó de fondo.

—Levántate.

Igor luchó para ponerse de pie. Jack se agachó y lo levantó. Lo llevó al auto y lo volvió a colocar en el maletero.

—No otra vez el baúl—, dijo Igor.

—Es sólo por unos minutos—. Esperó a que Igor entrara y luego cerró la tapa de golpe.

Diez minutos después lo dejaron a unas cuadras de la lavandería. Menos de quince minutos más tarde estaban en la Interestatal 95 en dirección sur, cruzando el puente Walt Whitman hacia Filadelfia.

—Tenemos doce horas—, dijo Jasmine. —¿Por qué no me cuentas qué has estado haciendo desde que dejaste SIS?

Jack giró la cabeza para mirar hacia la ventana. —Paso.

CAPÍTULO 15

—Ahí están—, dijo Boris.

—¿Mmm? — El anciano levantó la cabeza y miró a Boris, por encima del escritorio.

Boris extendió la mano y señaló la ventana.

El anciano vio a cinco hombres caminando hacia la casa. Cuatro de ellos llevaban bolsas de lona negras. Uno de ellos llevaba a una chica de cabello rubio. Feng entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante. La chica le resultaba familiar. Cuando los hombres pasaron junto a la ventana, se volvió. Cuando el hombre que llevaba a la niña se giró, el anciano pudo verla de cerca. Sabía por qué le resultaba familiar. Ella era la niña que había retenido en el complejo. La niña por la que Jack se había roto las pelotas cuando retuvo los documentos como rehenes.

—Tienes que estar bromeando—, murmuró.

—¿De qué hablas? — preguntó Borís.

—Nada—, dijo Feng. —No los quiero en la habitación.

Boris ladeó la cabeza y se reclinó en su silla.

—Lo digo en serio. El trato se cancela si entran a la habitación. Ni siquiera quiero que me vean.

Boris se inclinó hacia adelante y presionó un botón en su teléfono de escritorio.

—Sí, señor—, dijo Fletcher.

—Fletcher, no escoltes a los hombres hasta aquí. Aparentemente a nuestro invitado no le gusta su apariencia—. Boris miró al anciano. —¿Confías en el señor Fletcher?

Feng asintió.

Boris se inclinó sobre el teléfono. —Tú tráeme el dinero.

—De acuerdo. Estaré allí en cinco.

Boris colgó el teléfono y se recostó en su silla. Tenía una expresión divertida en su rostro mientras miraba al anciano. Entrelazó los dedos y los envolvió alrededor de la parte posterior de su cabeza.

—Es algo gracioso, Feng.

—¿Qué es?

—Ah, nada.

—¿Necesito recordarte quién soy?

Borís se rio. —Bien. Estaba pensando, aquí estás. Este hombre con una reputación increíble. Sin embargo, tienes miedo de que cinco de mis muchachos te vean. Cinco tipos en los que confío lo suficiente como para traerte tu dinero.

El anciano se encogió de hombros. Se negó a seguir este camino con Boris. Cuanto menos supiera Boris sobre el pasado de Feng con la niña, mejor. Ella era su problema ahora. Dios no lo

quiera si Jack estuviera en la ciudad. Sin embargo, no pudo entender esa parte. Todas las fuentes le habían dicho que Jack estaba muerto. Entonces recordó al compañero de Jack y supuso que la chica estaba allí con el hombre grande. Sin embargo, eso era tan malo como si Jack estuviera vivo y por ahí. No tenía ningún problema en dejar que Boris se ocupara de las consecuencias que podrían venir.

—¿Qué está tomando tanto tiempo?

Boris levantó las manos. Cogió su teléfono. Antes de que pudiera presionar cualquiera de los botones, alguien llamó a la puerta.

—Adelante—, dijo Boris.

Fletcher entró con cuatro bolsas negras.

—¿Necesitas contarlo? — Boris preguntó al anciano.

Feng asintió.

Boris hizo un gesto hacia su escritorio y Fletcher dejó las bolsas.

Feng abrió la cremallera de una bolsa. Boris abrió la otra. El dinero estaba apilado y agrupado en fajos de diez mil dólares. Les tomó varios minutos contarlo todo. Cuando terminaron, había un excedente de cien mil dólares.

—¿Por qué no se lo da al señor Fletcher? —, dijo Feng. —Ha sido muy amable conmigo.

Boris hizo un gesto hacia Fletcher sin dejar de mirar al anciano.

—Tómelo, señor Fletcher.

—¿Hay alguna otra manera de salir de su oficina? — preguntó el anciano.

Boris hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —Señor Fletcher, haz girar tu auto. Acompañaré a Feng fuera.

Fletcher salió de la habitación.

Boris se puso de pie, agarró dos bolsas y caminó hacia la pared exterior. Miró por encima del hombro y le dijo a Feng que tomara las bolsas restantes y lo siguiera. Luego, deslizó una de las estanterías hacia un lado y tiró de la manija de una puerta oculta que se abría al exterior.

—DETÉN EL AUTO—, DIJO EL ANCIANO.

—No—, dijo Fletcher.

—¿No eres cien mil dólares más rico gracias a mí?

El hombre en el asiento del pasajero delantero se volvió para mirar a Fletcher. Fletcher miró al anciano por el espejo retrovisor y sacudió la cabeza. Detuvo el auto en el arcén de emergencia y lo estacionó.

—¿Por qué necesitabas que me detuviera?

—Necesito hacer una llamada.

Feng abrió la puerta y se paró en quince centímetros de nieve y aguanieve. Maldijo en voz baja mientras el agua helada inundaba sus zapatos de seiscientos dólares. Encontró un lugar seco, sacó su teléfono móvil y llamó a Charles en París.

—¿Hola?

—Señor Charles, ¿cómo estás?

—¿Qué necesitas?

—Aún no te interesan las formalidades, ¿verdad?

—No particularmente.

Feng sonrió. —¿Cuál es tu acuerdo con el francés?

—¿Pierre?

—Sí, creo que ese es su nombre. Amigo del señor Jack, ¿correcto?

—Sí, ese es él. Finalmente aceptó trabajar para mí.

—Te refieres a nosotros.

—Sí, nosotros. Tú sabes lo que quiero decir.

El anciano se detuvo mientras pasaban tres caravanas de dieciocho ruedas. —Señor Charles, quiero que te pongas en contacto con él. Necesito que se haga un trabajo aquí.

—¿Nueva York?

—Iowa.

—¿Iowa? ¿Qué diablos estás haciendo en Iowa?

—Olvida eso. Vi algo aquí. Alguien. Creo que el socio de Jack Noble está aquí. Quiero cerrar el círculo, pero no quiero que nuestra organización se encargue de ello.

—Entendido. Lo llamaré.

El anciano colgó y volvió al coche. Se deslizó en su asiento.

—Llévame de regreso al hotel.

CAPÍTULO 16

Pierre se paró frente a la estufa a preparar el desayuno. Era agradable volver a tener una estufa funcionando. El apartamento de Kat era un fantástico lugar para alojarse. Un poco más grande que el suyo. Sus electrodomésticos eran más nuevos y eso lo agradecía.

—Pierre.

Miró por encima del hombro y vio a Kat caminando hacia él. No llevaba nada más que una camiseta blanca con mangas rosadas y de tres cuartos. Ella sostuvo su teléfono celular en su mano.

—Tu teléfono está timbrando.

—Ah—. Se secó las manos con una toalla y tomó su teléfono. Reconoció el número. —¿Hola?

—Hola, Pierre—, dijo Charles.

—Un momento—, dijo Pierre por teléfono. Luego cubrió el teléfono con la mano. —Regreso en un minuto—. Besó a Kat en la mejilla y salió del apartamento. Bajó dos tramos de escaleras y salió al patio.

—Lo siento—, dijo.

—Ningún problema. La privacidad es siempre una preocupación.

—Por supuesto. ¿Tienes un trabajo para mí?

Charles se rio entre dientes. —Podría ser. Pero primero necesito saber dónde están tus lealtades.

—¿Disculpa?

—Mata a la chica.

—¿Matar a quién? — Pierre miró alrededor del patio, prestando mucha atención a los rincones, los arbustos y otros posibles escondites. Escaneó los tejados de los edificios que componían el complejo.

Charles se rio. —Es una broma. No nos preocupamos por ella.

Pierre no dijo nada. Respiró rápidamente. Se mantuvo alerta y atento a cualquier sospechoso. Deseó estar armado.

—Necesito saber que una vez que te comprometas conmigo, con nosotros, estarás cien por ciento a bordo. Sin volver a tu antiguo trabajo. Ese Pierre está muerto después de que empieces. ¿Lo entiendes?

Pierre asintió y luego se sintió estúpido cuando se dio cuenta de que Charles no podía verlo. —Sí, puedo vivir con eso.

—Bien. Porque si destruyes mi confianza ya no estarás vivo.

—He trabajado en operaciones clandestinas toda mi vida adulta. Entiendo el secreto y la necesidad del secreto. Entiendo la lealtad. Una vez que esté de acuerdo, tendrás mi promesa de

que estaré vinculado a tu organización durante el plazo de nuestro acuerdo.

—De acuerdo. Estoy feliz con eso.

Pierre no dijo nada. Caminó hacia el edificio de Kat y se paró justo dentro del rellano.

—¿Cuánto me costaría conseguir que acabes con un amigo?

—¿Bromeando de nuevo?

—No.

—Dependería de qué tan buen amigo sea. ¿A quién tienes en mente?

—Eso es clasificado.

Pierre se rio. —Si quieres trabajar conmigo entonces tendrás que...

—¿Qué tal doscientos mil?

Pierre hizo una pausa. —¿Euros o dólares?

—Euros.

Doscientos mil euros podían ayudar a Pierre por un tiempo y él lo sabía. Podría llevarse a Kat, dejar la ciudad y mudarse cerca de la Riviera francesa.

—Mataré a quien quieras.

—Haz las maletas y toma tu pasaporte, amigo mío. Te vas a Estados Unidos. Haré que alguien se reúna contigo en De Gaulle a las seis de la tarde.

Pierre colgó su teléfono y se lo metió en el bolsillo. Sacó un cigarrillo. Se sentó en las escaleras frente al edificio. Pensó en las personas que conocía en Estados Unidos. La mayoría eran operadores de varias agencias gubernamentales. También conocía a algunos políticos, ya que había trabajado en seguridad en sus visitas a Francia. Sabía que no sería capaz de resolverlo, así que centró sus pensamientos en Kat. Las cosas habían vuelto a la normalidad y ahora él se iba. Pero lo estaba haciendo por ella. Él mismo se había convencido de ello. ¿Podría convencerla de eso?

Terminó su cigarrillo y lo arrojó al césped. Subió corriendo los dos tramos de escaleras y volvió al apartamento.

—¿Está todo bien? — preguntó ella.

Él sonrió. Caminó hacia ella. La tomó en sus brazos y la besó.

—Tengo que ir a los Estados Unidos esta noche.

Ella se apartó de él y retrocedió dos pasos.

—¿Para qué?

Caminó hasta el mostrador y se sentó en uno de los taburetes de la barra. Pensó por un segundo y luego respondió.

—Es por un trabajo. No puedo entrar en detalles. De hecho, todavía no conozco todos los detalles. Pero pagarán lo suficiente como para que podamos salir de París. Realmente podemos establecernos bien en el sur. Eso estaría bien, ¿no?

Ella sacudió su cabeza. Se secó los ojos. Sonrió. —Claro, Pierre. Seria agradable.

—Espérame. Regresaré en unos pocos días—. Saltó del taburete de la barra y caminó hacia ella. La abrazó y la besó. —Empieza a empacar las cosas que quieras traer.

Ella no dijo nada. Se alejó de él y regresó a su dormitorio. Cerró la puerta detrás de ella, dejándola abierta sólo una rendija.

Pierre caminó hacia la puerta y se apoyó contra el marco. Habló a través de la rendija.

—Tengo que irme. Tengo que ir a mi casa y al banco a conseguir algunas cosas. Te llamaré cuando llegue a Estados Unidos.

Kat no dijo nada.

—¿Kat?

—Está bien, Pierre.

CAPÍTULO 17

Clarissa abordó el 747. Su billete era para un asiento de primera clase. Encontró su asiento y se preparó para el vuelo de dos horas y media. Esperó a que se llenara la cabina antes de sacar su computadora portátil de su bolso. El asiento de al lado permaneció vacío y sintió que tenía suficiente privacidad para revisar la información en la memoria USB que Sinclair le había dado. Le había dicho que toda la información que necesitaba estaba en el disco portátil, incluida la puerta del aeropuerto internacional O'Hare de Chicago desde la que saldría su próximo vuelo. Ella lo había presionado para que le diera más información, pero fiel a su naturaleza reservada, Sinclair no quiso decir nada más.

Clarissa tuvo la fuerte sensación de que viajaba a una gran ciudad. A ella le habría parecido bien Chicago, pero no fue así. Dudaba que fuera la ciudad de Nueva York. No con su historia allí. Posiblemente Washington, D.C. Decidió no esperar más. Bajó la bandeja adjunta al respaldo del asiento frente a ella y colocó su computadora portátil en la bandeja. No hizo más que abrir la tapa de su computadora portátil cuando una azafata le informó que tendría que esperar hasta que estuvieran en el aire.

Aproximadamente diez minutos más tarde el avión rodó hacia la pista. Pero faltaban otros quince, antes de que pudiera usar su computadora portátil. Esta vez nadie la detuvo cuando encendió su computadora. Sacó la memoria USB de su bolso y la insertó en una ranura al costado. Se abrió una carpeta en la pantalla. Dentro de la carpeta había varios documentos.

El primer documento llevaba la etiqueta "Anastasiya Tvardovsky". Clarissa hizo clic en el archivo y lo abrió. El documento contenía una foto de una mujer que se parecía mucho a Clarissa, excepto por los ojos y el cabello oscuros de Anastasiya. La mujer era ciudadana rusa. Se suponía que llegaría a Estados Unidos en dos días. Al parecer, estos planes se habían puesto en marcha hace meses. Inicialmente, la NSA había interceptado la información que llegó a través de la comunidad de inteligencia. Tenían un plan para capturar a la mujer y Clarissa ocuparía su lugar.

A continuación, Clarissa abrió un archivo con la etiqueta "Itinerario". En la primera línea estaba su puerta asignada, C16. Tenía un vuelo de conexión a Des Moines, Iowa. Clarissa hizo una mueca ante la idea de tener que ir a Iowa. Tenía una reserva de coche a su nombre en el aeropuerto. También tenía una reserva para cinco noches en el hotel Embassy Suites en el centro de Des Moines. El documento contenía más instrucciones. Mientras se registraba, tendría que pedirle al recepcionista que buscara un paquete a su nombre. El contenido del paquete le dejaría claro qué hacer con ello.

Clarissa cerró el archivo y movió el puntero del ratón sobre un tercer documento. Éste llevaba la etiqueta "Boris Melikov". Levantó su dedo sobre el panel táctil y comenzó a golpearlo cuando hubo una fuerte explosión.

El avión cayó a lo que parecieron trescientos metros en tan solo unos breves segundos. Sonaron las alarmas y las luces se encendieron y apagaron. El avión se estabilizó por un segundo y luego comenzó a ladearse fuertemente hacia la izquierda. Comenzó a temblar. Del techo cayeron máscaras de oxígeno. Durante la caída, la computadora de Clarissa voló y se estrelló contra el techo sobre ella. Buscó en el asiento de al lado para encontrarla. Con una mano palpó el asiento mientras con la otra buscaba la máscara de oxígeno. Encontró la computadora, la colocó en su regazo y luego usó ambas manos para asegurar la máscara de oxígeno.

Se escuchaban sonidos de gritos y llantos. Pero ahogándolos estaba el increíble sonido del viento que soplaba. Clarissa guardó su computadora en su bolso y se inclinó hacia el pasillo. En la parte delantera del avión, una azafata se aferraba a un asiento. Ella estaba en una lucha por su vida. Su cuerpo estaba siendo arrastrado hacia la parte trasera del avión. Su cabello y su falda se agitaban frente a ella.

Clarissa notó que la presión había aumentado hasta niveles dolorosos en sus oídos. Se agarró con fuerza al reposabrazos y se giró en el asiento para poder ver detrás de ella.

Las cortinas de tela azul que normalmente separaban la primera clase de la turista estaban tan apretadas que se pegaban al techo. A través de la abertura, vio algo que la horrorizó. Nada de lo que había visto nunca la había dejado tan impotente. Faltaba una sección de tres metros de ancho del costado del avión, así como las filas de pasajeros que se habían sentado en el área general, incluidos los asientos traseros de primera clase.

Sintió que el avión se inclinaba hacia abajo y se encontró mirando al suelo. Tuvo que inclinar la cabeza para ver lo que antes había estado al nivel de los ojos. Se obligó a mirar hacia adelante otra vez. Agarró su bolso y buscó en los bolsillos con cremallera. Sacó dos fotografías y luego se inclinó hacia adelante en la posición de choque que había visto en la documentación previa al despegue del avión.

Sostuvo las fotografías justo más allá de sus rodillas.

Una era de ella y su padre cuando tenía once años. Acababan de pescar una enorme lobina negra durante un viaje en Carolina del Norte.

La otra foto era de ella y Jack, tomada hace cuatro años durante una de sus fases intermitentes. Deseó haber luchado más para retenerlo. Tal vez ella no estaría en este lío en este momento y tal vez Jack no hubiera muerto. Muerto porque le salvó la vida.

Y entonces, en medio del caos y la matanza de un 747 que caía al suelo debido a un agujero de tres metros en el fuselaje, Clarissa sintió que una ola de calma y serenidad la invadía. Se aferró a un solo pensamiento. Cuando el avión cayera al suelo, se reuniría con Jack y su padre.

SIN TÍTULO

Episodio 7

CAPÍTULO 18

El avión se sacudió, cabeceó y chirrió en su trayectoria directa hacia el suelo. Clarissa agarró la foto de ella y su padre en una mano y la de ella y Jack en la otra. Aunque estaban fuera de la vista con la cabeza entre las rodillas, las fotos la consolaron. Recordó la literatura a bordo que mostraba la necesidad de colocarse las manos sobre la nuca. Pensó que cualquier cosa que pudiera caer sobre ella sería lo suficientemente pesada como para no importar.

Recordó un documental sobre accidentes aéreos que vio en la televisión unos años antes. El programa reveló que la mayoría de los pasajeros no mueren en el impacto. Los cuerpos caen y los asientos suben tras el impacto. El hueso del fémur se rompe como ramitas, dejando cojos a los que sobreviven al impacto inicial. Las cabezas golpean y ruedan y los pasajeros quedan inconscientes. La mayoría de las víctimas no logran escapar de sus asientos y mueren lentamente por asfixia por el humo o dolorosamente quemados en el fuego.

La calma de Clarissa se desvaneció. Aunque había decidido morir, no quería sufrir en el proceso. ¿Cuánto faltaba para que lleguen al suelo? Quedaba un rayo de esperanza de que aterrizarían sanos y salvos. Esa esperanza se desvanecía un poco cada vez que el avión cabeceaba o caía o emitía un sonido como si se hubiera abierto más.

Luchó contra la presión contra su cuerpo y levantó el torso unos centímetros. Se giró en su asiento para echar un vistazo a la carnicería detrás de ella. Más asientos habían sido arrancados de los tornillos y pernos que los habían asegurado al suelo.

La primera clase no se había salvado.

Finalmente, la igualdad.

La abertura irregular del fuselaje reveló un cielo anaranjado brillante. ¿Luz? ¿Fuego?

Volvió su torso y su atención al frente de los asientos de primera clase. La azafata que recientemente se había aferrado a su vida no estaba a la vista. Perdió su batalla con la presión negativa. Fue aspirada fuera del avión como una cucaracha tirada por el inodoro.

¿Cuánto tiempo había vivido la mujer? Quizás se golpeó la cabeza al salir y quedó inconsciente o, más afortunadamente, se rompió el cuello. ¿O había escapado limpiamente a través del agujero, intacta e ilesa, disfrutando de la máxima caída libre desde diez o veinte o miles de pies de altura?

Clarissa vio a una niña pequeña sentada sola en diagonal frente a ella. No necesitaba ver la cara de la niña para darse cuenta de que estaba aterrorizada. Todos a bordo que lograban permanecer conscientes hasta el momento tendrían que estar asustados más allá de su capacidad.

Clarissa se ató el bolso al pecho. Se desabrochó el cinturón de seguridad y metió una pierna en el pasillo. El tirón y la presión casi la arrancaron del asiento. Se dio cuenta de que tenía que adoptar una posición que extendiera el tirón por todo el ancho de su cuerpo. Ahí era donde la azafata estaba en desventaja. Ella estaba de pie y mirando hacia la parte delantera del avión

cuando ocurrió la explosión, o lo que fuera. La mujer cayó instantáneamente.

Clarissa se levantó de su asiento. Mantuvo su cuerpo agachado y extendido. Una mitad en el pasillo y una mitad delante del asiento. Extendió la mano, hacia delante y en diagonal, y se agarró al apoyabrazos del asiento de la niña. Clarissa resistió la tentación de levantarse o intentar entrar desde la fila detrás de la niña. El movimiento en falso ahora la dejaría expuesta. Lista para que el agujero y el cielo se la tragaran viva.

Su mano derecha agarró el reposabrazos de la niña. Su mano izquierda rodeó el asiento frente a ella. Su plan era saltar, con el cuerpo bajo y plano. Con un movimiento fluido, se levantó de la protección de su asiento. Forzó su cuerpo a cruzar el pasillo, hacia adelante y en diagonal. Se pasó la mano izquierda por el cuerpo y agarró el reposabrazos del otro lado de la niña. Un momento después se agachó frente a la niña. Giró y se sentó. Se abrochó el cinturón. Rodeó a la niña con un brazo y colocó su cabeza junto a la del niña.

—Vas a estar bien.

La niña volvió la cabeza. Su cabello largo y castaño era azotado frente a sus ojos marrones. Sus mejillas manchadas de lágrimas estaban enrojecidas. Agarró la mano de Clarissa.

El avión se inclinó hacia adelante y el ruido que siguió aterrorizó a Clarissa hasta la médula. Ella ahogó un grito en su garganta.

No asustes a la niña.

Clarissa sintió la necesidad de mirar detrás de ella y ver si algún daño adicional acompañaba al sonido que acababa de escuchar. Pero para hacerlo tendría que ponerse de pie y esa no era una opción segura. ¿Había crecido el enorme agujero? ¿Se había partido finalmente el avión por la mitad?

Una voz débil intentó comunicarse desde arriba. Estaba hablando el piloto o el copiloto u otro miembro de la tripulación de vuelo. Iban a aterrizar. Habían encontrado un lugar y por eso el avión cayó en picada. Por supuesto, Clarissa no sabía si eso era lo que decían. De hecho, las voces de arriba podrían ser inventadas. O la de su padre o la de Jack. No estaba segura y no había manera de saberlo.

Un momento después el avión se estabilizó. El tirón permaneció, pero la presión hacia abajo y el posterior desgarro en su estómago se disiparon. Oyó de nuevo el sonido de la grava desde arriba. Le llamaron la atención las palabras “emergencia” y “aterrizaje”.

Abrazó a la niña con más fuerza, acercándola a su pecho. Se inclinó sobre la cabeza y el cuello de la niña.

Los últimos momentos del vuelo estuvieron llenos únicamente del rugido del viento. Sin crujidos. Sin gemidos. Sin gritos. Sin llantos. Sólo el viento. Más fuerte de lo que jamás lo había oído en su vida.

El avión chocó con el suelo y el viento cesó y comenzó el sonido de metal chirriando contra metal. Cosas que no estaban destinadas a torcerse y doblarse se retorcían y doblaban. Se rompieron y desgarraron. Los gritos y llantos regresaron.

Clarissa sintió que su cuerpo era sacudido de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Algo golpeó su cabeza. ¿O se había golpeado la cabeza contra algo? No importaba. Ella cayó inconsciente.

EL PRIMER SENTIMIENTO QUE TUVO CLARISSA FUE DE TEMOR. EL VERDADERO PELIGRO EN UN accidente era el humo, el fuego y las extremidades rotas. Sintió el calor del fuego. Nadó en el

humo negro. Movió los dedos de los pies, luego giró los tobillos y luego dobló las rodillas. Nada se sintió roto.

Una mano pasó por su cabello. Volvió la cabeza y vio a la niña arrodillada en su asiento.

—¿Estás bien? — preguntó la niña.

Clarissa se sentó y se elevó más hacia la nube de humo.

—Sí. Tenemos que salir de aquí.

La chica asintió.

—Quiero que te levantes del asiento y te agaches—, dijo Clarissa. —Quédate cerca de mí.

La niña se levantó de su asiento y se arrodilló en el pasillo. Se agachó y mantuvo sus ojos en los de Clarissa.

Clarissa se levantó de su asiento. Se arrodilló lo más que pudo mientras se permitía moverse. Le tomó un momento recordar en qué lado del avión estaba. Una vez que se orientó, comenzó a moverse hacia la parte trasera del avión. Miró a su derecha, al asiento que había ocupado anteriormente. El asiento había quedado aplastado. Si hubiera permanecido allí, estaría muerta.

Ella continuó. Sintió el calor del fuego, pero no pudo ver su brillo. ¿Dónde estaba el fuego? ¿El humo lo bloquearía por completo?

El plan de Clarissa era simple. Encontrar el desgarro en el costado del avión y salir.

Avanzó poco a poco hasta la parte trasera del avión con la niña detrás. El denso humo distorsionaba cualquier visión de su entorno. Clarissa no tenía idea de lo que le esperaba. El avión podría partirse en cualquier punto. Podrían caer en una grieta y quedarse atascadas. Ella operaba con fe ciega.

Unos metros más adelante, Clarissa distinguió la forma del agujero en el fuselaje. Parecía enorme. Al menos nueve metros de ancho.

El humo empezó a diluirse, subiendo hacia el techo y saliendo por el agujero. Clarissa abandonó su posición agachada y se quedó de pie con la espalda encorvada. Le indicó a la niña que se levantara.

Un incendio arrasó el interior del avión más allá del agujero. Los gritos desesperados de los supervivientes en la parte trasera del avión atravesaron el incendio y acompañaron al humo. Clarissa quería correr hacia ellos. Ayudarles. Salvarlos. Pero era imposible. Ella lo sabía. Le dolía el corazón y las lágrimas inundaron sus ojos. ¿Cuántos supervivientes morirían?

El verdadero peligro en un accidente era el humo, el fuego y las extremidades rotas.

Sentía que su piel iba a derretirse por el calor del fuego. Le dolía la garganta por el aire manchado de humo. Caminó sobre una delgada línea entre la vida y la muerte, y es por eso por lo que, a pesar del pánico y la desesperación, logró abrirse camino hasta el agujero en el costado del avión.

Llegaron a la apertura. Su corazón latía con más fuerza en su pecho. Tan cerca de la libertad. Todavía tan cerca de la muerte. Clarissa agarró a la niña. La levantó y la abrazó con fuerza contra su pecho. El avión estaba inclinado de lado y la caída desde el agujero hasta el suelo era de sólo unos pocos metros. Se colocó con cuidado en el borde y saltó. Navegó entre los restos, ganando velocidad a medida que se alejaban del avión.

Los vehículos de emergencia se acercaron con las luces altas parpadeando y las luces estroboscópicas encendidas. Las sirenas llenaron el aire. Por un momento, Clarissa se alegró de oír un sonido distinto al crepitar del fuego, el quemado de la carne y los gritos desesperados de los atrapados en el avión.

Siguió alejándose del avión, tratando de alejarse lo suficiente para evitar sufrir lesiones en caso de que ocurriera una explosión. Dejó a la niña en el suelo y agitó los brazos en el aire.

A medida que los vehículos se acercaban, sus faros iluminaban más la escena. El avión se había estrellado en medio de un campo. Destrozado, retorcido y dividido en tres secciones. La cabina estaba boca abajo y unos doce metros por delante del cuerpo del avión. La cola también se había partido y se encontraba en el borde de la iluminación artificial, apenas visible. Vio las siluetas de los cuerpos en el suelo. Probablemente salieron expulsado por el agujero durante el accidente. Los afortunados, pensó, que no tuvieron que sufrir en el incendio.

Sin embargo, una cosa le pareció extraña. No vio a ningún otro superviviente caminando por ahí. Eso no significaba que no los hubiera, por supuesto. Pero hasta el momento no había visto a nadie más aparte de ella y la niña.

Una patrulla se detuvo cerca, mientras los camiones de bomberos y ambulancias formaban un semiperímetro alrededor de los escombros.

Un joven oficial de pelo oscuro salió del coche patrulla. Alumbró el suelo con su linterna mientras se dirigía hacia Clarissa y la chica.

—Señora, ¿están bien usted y su hija?

—Sí—. Clarissa hizo una pausa por un momento. —Ella no es mi hija. Estaba sola en el avión. Me moví para sentarme a su lado después de la explosión.

El oficial asintió. Abrió el maletero del coche de policía y sacó una manta. Caminó hacia Clarissa y la niña y las envolvió con la manta.

—¿Pueden caminar?

Clarissa asintió. La niña también.

El oficial dijo: —Síganme.

Clarissa tomó la mano de la niña y siguieron al oficial. Caminaron unos treinta metros, alejándose de los restos. Se volvió y señaló hacia una ambulancia.

—Vayan allí y hagan que las revisen. Alguien vendrá para tomar declaración.

Siguieron caminando y el joven oficial regresó a su coche. Clarissa miró a la niña y notó que lloraba.

—¿Estás bien?

La chica negó con la cabeza. Levantó la pierna y señaló su pie, que estaba colocado en un ángulo extraño.

CAPÍTULO 19

Oso estaba sentado en el asiento del pasajero delantero del coche patrulla del detective Larsen camuflado. El detective había dicho que sólo estaría unos minutos. Eso fue hace diez minutos. En lo que a Oso concernía, estaban perdiendo el tiempo. Cada minuto que no buscaban a Mandy, ella podía estar un kilómetro y medio más lejos. Larsen todavía no le había dicho nada. Dijo que primero necesitaba hacer una parada.

Oso miró por encima de la pequeña casa de un piso. Abrió la puerta y puso un pie en el suelo. Cansado de esperar, iba a entrar. Cruzó el césped y luego Larsen salió de la casa. Saludó con la mano y le hizo un gesto a Oso para que entrara.

Oso caminó por el sendero de cemento agrietado que dividía el jardín marrón del frente. Se detuvo en el porche, delante de Larsen.

Oso dijo: —¿Qué es esto? ¿Qué está sucediendo? Necesitas decirme algo.

Larsen encendió un cigarrillo. Ofreció uno a Oso. Él se negó.

—Está bien, el tipo que vive aquí vio a tu pequeña hoy. La describió exactamente.

—¿Dónde está ella?

—Estoy llegando a eso. Primero quiero informarte sobre algunas cosas.

Oso abrió la boca para hablar. Cambió de opinión.

—El hombre que vive aquí es uno de mis informantes. Trabaja para un hombre llamado Boris Melikov. ¿Ese nombre te suena?

Oso buscó en su memoria. No se le ocurrió nada. Sacudió la cabeza.

—Es un terrorista ruso.

—¿Eso es un hecho?

—Opinión. Al menos es un matón. Él es el que mencioné en el hospital. Tiene la mitad de mi departamento en su nómina. Sospeché de él desde el principio. No hay manera de que alguien se salga con la suya con lo que logró en el banco. Estuvieron allí demasiado tiempo. Demonios, estamos a sólo dos minutos en coche del banco desde la comisaría.

Oso asintió y no dijo nada mientras le hacía un gesto a Larsen para que continuara.

—De todos modos, este tipo lo confirmó. Vio a los hombres regresar a la casa con bolsas de lona oscuras—. Larsen se detuvo y se secó la frente. —Y una pequeña niña de pelo rubio.

—Déjame hablar con él.

Larsen levantó las manos y extendió los dedos índices en el aire. Él dijo: —Te dejaré hablar, pero no te metas con este tipo. ¿De acuerdo? Es una de mis mejores fuentes. La mejor fuente que tengo para todo lo relacionado con Melikov. Nadie, y quiero decir realmente nadie, sabe que tengo a este tipo hablando. Estoy cerca de derribar a Boris. ¿Lo tienes?

—Sí—, dijo Oso. —Lo tengo. Ahora déjame hablar con él.

Larsen asintió. Abrió la puerta marrón de entrada y entró en la casa.

Oso cruzó la puerta. El aire cálido cubrió su rostro y se formó una fina capa de sudor. El olor residual de una cena quemada invadió su nariz. Dos lámparas antiguas iluminaban la habitación dándole un brillo amarillento.

El hombre se sentó en el sofá. Su pierna derecha se cruzó sobre la izquierda. Su pierna izquierda saltaba arriba y abajo. Tenía cabello castaño claro y un rostro delgado y pálido. Excepto por la mancha roja en su mejilla donde Larsen debió haberle golpeado.

—Este es mi socio—, dijo Larsen. —Su nombre es Logan.

El hombre asintió hacia Oso. Cruzó los brazos. No dijo nada.

—Dime qué viste—, dijo Oso.

El hombre se sentó. Se inclinó hacia delante y dejó caer los brazos sobre la rodilla doblada. Habló con una voz profunda, más profunda de lo que Oso esperaba de un hombre de tan pequeña estatura.

—Como le dije al detective, hoy estaba trabajando en casa de Melikov…

—¿Trabajas para él? — preguntó Oso.

—Sí.

—¿Eres parte de su organización?

—No—, dijo el hombre. —No es así. No salgo a cometer delitos ni nada de eso. Trabajo en la casa. Cocinar y esas cosas.

—Un sirviente.

El hombre frunció los labios y bajó la cabeza unos centímetros.

—Continúa—, dijo Oso.

—Me temo que realmente no hay mucho que contar. La puerta se abrió y entraron cinco hombres. Cuatro llevaban bolsas de lona, del robo al banco, supongo. Uno llevaba a una niña pequeña.

—Describe a los hombres—, dijo Oso.

—No recuerdo sus caras. No me fijé. Probablemente porque los había visto antes en la casa. Pero la chica destacó.

—Descríbemela.

—Pelo rubio. Parecía ser de diez años. Llevaba una camiseta roja y jeans. Me dirigí hacia ellos y uno de los hombres de Boris me dijo que fuera a la cocina. Realmente no sé qué pasó después de eso. Salí del turno una hora más tarde y no volví a ver a la niña ni a los hombres.

Oso estudió al hombre durante unos minutos. Lo miró a los ojos. El chico no vaciló. No apartó la mirada. No parpadeó sino una o dos veces. Oso le creyó.

—Creo que es legítimo—, dijo Larsen. —Él me ha proporcionado información sólida antes.

Oso caminó hacia el respaldo del sofá donde estaba sentado el hombre. Cada paso que dio fue lento y deliberado. Él preguntó: —¿Cómo te llamas?

El hombre iba a hablar, pero Larsen lo interrumpió.

—Eso es innecesario, Oso. No necesitas su nombre.

Oso se detuvo y miró a Larsen. Sintió que sus mejillas ardían. Respiró hondo y decidió conceder el nombre. Por ahora.

—Está bien, entonces no hay nombres. Esto es lo que vas a hacer. Mañana descubrirás dónde la esconden y le dirás que no se preocupe porque el Oso vendrá pronto por ella.

—Yo… yo no puedo hacer eso. Podrían matarme.

—Puedo matarte—, dijo Oso. —Y puedo hacer que sea mucho más doloroso que cualquier cosa que hagan.

—Oso—, dijo Larsen. —Vamos, él no está en condiciones de poder hacer eso.

—¿Crees que me importa? — dijo Oso. —En lo que a mí respecta, él está un nivel por debajo de esos bastardos. Los vio traer a una niña y no hizo nada para detenerlo.

—¿Qué crees que podría haber hecho? Estos hombres son asesinos.

Oso hizo una pausa. Rodeó el sofá y se detuvo frente al hombre. Se arrodilló hasta quedar a la altura de los ojos.

—Esa es mi pequeña. ¿Lo entiendes? No me detendré ante nada para rescatarla. No importa cuántas personas tenga que matar para rescatarla. No me importa si tengo que morir para que ella sea libre. No significas nada para mí. Boris no significa nada para mí. Larsen no significa nada para mí. Solo ella. ¿Tú entiendes?

El hombre meneó la cabeza arriba y abajo con un movimiento breve y brusco.

—De acuerdo. Hay una cosa más. O haces lo que te pido o la primera persona que mato es a ti.

—Oso—, dijo Larsen. —Eso no tiene lugar...

—Y la próxima persona será usted, detective. No estoy jodiendo por aquí.

Oso se puso de pie y se volvió hacia Larsen. Respiró hondo en un esfuerzo por recomponerse.

El rostro de Larsen estaba rojo brillante. Los gruesos músculos de su mandíbula trabajaron horas extras. Sus ojos estaban entrecerrados, oscuros y ardían de ira.

El informante se puso de pie. Extendió su mano hacia Oso.

—Lo haré, señor, eh, Oso.

Oso agarró la mano del hombre.

—Con una condición—, dijo el hombre.

—¿Cuál?

—Hazme un favor cuando todo esto termine.

Larsen dijo: —Espera un minuto. No sé qué…

—¿Cuál es el favor? — preguntó Oso.

—Te lo diré después de que hayas rescatado a la niña.

Oso dijo: —Haré cualquier cosa—. Y lo decía en serio.

CAPÍTULO 20

Todo lo que Clarissa quería hacer era alejarse de los escombros. Deslizarse hacia la oscuridad y desaparecer. Nadie tenía por qué saber que ella sobrevivió al accidente. Ni Sinclair, ni nadie.

Sostuvo a la niña en sus brazos. La adrenalina de la niña había desaparecido y el dolor de su tobillo roto la había golpeado con toda su fuerza. Las lágrimas corrían por su rostro. Ella apretó los ojos. Los suaves gemidos habían dado paso a los sollozos. Lloró por su madre.

—Por aquí—, llamó una voz desde cerca de la ambulancia.

Clarissa aceleró el paso. Tuvo cuidado de no ir demasiado rápido por miedo a que la niña se cayera. Todavía no sabía el nombre de la niña y no creía que fuera el momento apropiado para preguntar, aunque estaba segura de que el médico querría saberlo.

—¿Está inconsciente?

—No—, dijo Clarissa. —Ella lo hizo bien. Salió del avión y llegó hasta aquí. Pero es su tobillo, parece roto".

El médico señaló un lugar en el suelo y Clarissa dejó a la niña allí. Retrocedió unos pasos y observó al médico ponerse a trabajar. Examinó a la niña de pies a cabeza. Parecía que pasó una cantidad exorbitante de tiempo revisando su cabeza y cuello. Clarissa pensó que eso era estándar y probablemente una preocupación adicional considerando que parecían ser las únicas supervivientes de un accidente importante. Las únicas supervivientes que había visto hasta el momento.

El médico se puso de pie y se volvió hacia Clarissa.

—Tu pequeña estará bien—, dijo. Antes de que Clarissa pudiera corregirlo, él continuó. —Tiene un tobillo roto. Apuesto a que su tibia también está rota. Tiene mucha sensibilidad al tacto. La llevaremos a un hospital pronto. Hay que valorar al resto de heridos y ver cuántos heridos andantes y cuántos heridos graves tenemos. Una vez que sepamos eso, podremos trasladarla. No corre peligro de sufrir más lesiones.

Clarissa asintió. Decidió no decirle que ella no era la madre de la niña. Un viaje gratis lejos del lugar del accidente sonaba bien.

Él preguntó: —¿Viste muchos sobrevivientes?

Ella sacudió su cabeza.

—Solo nosotras. Hubo…— su voz se apagó y se detuvo unos momentos. —Había voces desde la parte trasera del avión. Pero el fuego era demasiado grande. Había llamas por todas partes y no podía llegar hasta ellas—. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

El médico extendió la mano y la agarró del brazo. Lo apretó tranquilizadoramente. —No hay nada que puedas hacer. Por eso estamos aquí. Si alguien en ese avión sobrevivió, lo sacaremos con vida.

Clarissa sonrió a pesar del dolor asociado con la pérdida de vidas de personas que nunca conoció. Las vidas de los supervivientes que no pudo salvar.

El médico entablilló la pierna de la niña para estabilizarla y luego la dejó sola junto a la ambulancia para comprobar las operaciones de rescate.

—Oye—, dijo Clarissa. —¿Cómo te llamas?

—Sarah—, dijo la niña.

—Soy Clarissa—. Se arrodilló y tomó asiento junto a la chica en el suelo. —¿Está bien si te acompaño al hospital?

Sarah asintió.

Clarissa palpó su bolso y encontró su teléfono celular. Sacó el teléfono. Lo encendió.

—¿Quieres llamar a tus padres?

Sarah cogió el teléfono y marcó el número de sus padres. Clarissa escuchó el sonido de una madre frenética al otro lado de la línea. El pánico se convirtió en sollozos y lágrimas de alegría cuando la niña dijo: —Hola, mami—, al menos el mundo de una persona estaba bien.

Pasaron veinte minutos y el médico regresó. El rayo de esperanza que alguna vez tuvieron sus ojos se había ido. En su lugar había tristeza y vacío.

Dijo sombríamente: —Ahora te transportaremos al hospital.

CLARISSA INTENTÓ IRSE CUANDO LLEGARON AL HOSPITAL, PERO UN EJÉRCITO DE ENFERMERAS, Y médicos la escoltaron junto con Sarah hasta una zona vacía de la sala de urgencias.

No fue hasta que el médico empezó a preguntar sobre el historial médico de Sarah que Clarissa habló.

—No soy su madre.

—¿Qué? — dijo una enfermera delgada y morena.

—La vi sentada sola y cambié de asiento mientras el avión caía. No quería que estuviera sola.

—Qué valiente de tu parte—, dijo el médico. —Ahora, ¿conoces alguna manera de llegar a su madre?

Clarissa metió la mano en su bolso y sacó su teléfono. Se lo tendió al médico, quien redirigió a Clarissa a la enfermera.

—Sí—, dijo Clarissa. —Ella la llamó desde mi teléfono.

Marcaron el último número y pusieron a la madre en la línea. Ella proporcionó al personal la información que necesitaban.

Clarissa se acercó a la cabecera de la cama y se inclinó hacia Sarah. Ella le susurró al oído.

—Me voy a ir ahora, ¿está bien’. Tu mamá estará aquí antes de que te des cuenta. Todo va a estar bien—. Clarissa hizo una pausa y pensó en los escombros. Recordó que el asiento en el que estaba sentada había sido aplastado, con el respaldo doblado, aplastado contra el suelo. Si hubiera permanecido allí, estaría muerta. —Gracias por salvarme.

La niña le sonrió a Clarissa. Volvió la cabeza y besó la mejilla de Clarissa.

Clarissa se llevó las manos a la cara y salió de la habitación.

—Señorita—, llamó una enfermera desde atrás. —¿A dónde va? Usted también necesita que la revisen. Pudo sufrir una conmoción cerebral o una lesión interna.

Clarissa ignoró la advertencia de la enfermera. Siguió el camino que tomaron cuando llegaron. Se giró hacia la sala de espera de la sala de emergencias en lugar de continuar por el pasillo hasta la puerta que los médicos usaban como entrada y salida. Pasó por la sala de espera.

Todos los ojos se dirigieron hacia ella. Intentó no prestarles atención. Sin embargo, el hecho de que todos la miraran la tomó un poco por sorpresa. Cuando llegó a las puertas dobles de cristal comprendió por qué. El cielo oscuro detrás de las puertas las convirtió en un espejo de ocho por ocho. Su ropa estaba rota, chamuscada y teñida de oscuro por las cenizas. El hollín le cubría la cara. ¿Cómo alguien había podido tomarla en serio hasta ese momento?

Ella miró por encima del hombro. Ubicó el baño. Entró y se lavó. No podía hacer mucho con su ropa, pero al menos pudo hacer que su rostro estuviera un poco más presentable.

La gente siguió mirándola después de que ella salió del baño. A ella no le importaba. Se paró frente a las puertas de vidrio y esperó a que se abrieran. El aire frío de la noche le picaba la cara y los brazos como miles de pequeños pinchazos. Ella no tenía abrigo. Se había perdido durante el accidente. Se cruzó de brazos y se abrazó con fuerza.

¿Dónde ir? Buscó en el aparcamiento un taxi o un servicio de transporte. No vi ninguno de los dos.

La pregunta persistió. ¿Dónde ir? Más importante aún, ¿qué hacer? El pensamiento que había tenido después del accidente volvió a surgir. Ella podría ser libre. Ella podría desaparecer. Nadie lo sabría jamás. No le había dado su nombre a nadie excepto a la niña. Por lo que todos sabían, Clarissa Abbot había muerto en el accidente aéreo.

Tal vez podría encontrar a Oso y Mandy. Empezar una nueva vida. Con su formación y nuevas habilidades podría iniciar un negocio con Oso.

Se sintió desgarrada. No era necesario tomar una decisión sobre qué hacer una vez que ella hubiera desaparecido en ese momento. Pero ella tuvo que tomar una decisión sobre si irse o no. Tenía un trabajo que hacer para Sinclair. ¿Debería acercarse a él? ¿O debería dejar que él y el resto del mundo creyeran que estaba muerta? ¿Qué pasaría con sus restos? ¿Sus pertenencias? Viajó ligero y no tenía equipaje facturado. Sólo equipaje de mano. Y lo tenía todo consigo. No habría cuerpo, ni computadora, ni ropa. Ni teléfono.

Miró su mano y el zumbido del teléfono móvil. Giró el teléfono en la palma de su mano para ver quién la llamaba. Sinclair. Ella no respondió.

Clarissa se metió el teléfono en el bolsillo. Miró al otro lado del aparcamiento, hacia un mar de coches, furgonetas y todoterrenos vacíos. Se bajó de la acera y empezó a cruzar la calle. Sus primeros pasos hacia la libertad. Una libertad que estaba a una parada de autobús urbano y a una estación de Greyhound.

Escuchó el sonido de un coche. Un automóvil que viajaba demasiado rápido para el estacionamiento de un hospital. Clarissa giró la cabeza hacia la izquierda y vio un par de faros apuntando hacia ella. Cerca. Demasiado cerca. Ella saltó fuera del camino y aterrizó en una estrecha franja de hierba suave.

Los frenos chirriaron. Una puerta se abrió y se cerró. Unos pasos se acercaron.

Se dio la vuelta sobre su espalda y se apoyó en los codos. El reconocimiento llegó a su mente al ver al hombre que se acercaba. Estaba en el equipo. Sin embargo, Clarissa sabía poco de él. Nunca habían trabajado juntos. Una vez le había preguntado a Sinclair sobre él y él le dijo que Randy estaba allí para limpiar el desastre que habían hecho.

Uno de sus brazos colgaba más que el otro. Cargaba un arma. Y al final estaba equipado con un recipiente. Sabía que el bote era un supresor.

—Randy—, dijo. —No dispares.

Randy dijo: —Levántate.

Se tomó su tiempo para ponerse de pie, asegurándose de mantenerlo en su línea de visión. Estaba desarmada. Tenía que estarlo para subir al avión.

—¿Qué pasa con el arma?

Randy levantó el brazo y miró de reojo el arma. —En caso de que decidas no venir.

—¿Qué te hace pensar que no iría?

—No respondiste la llamada de Sinclair.

Clarissa no dijo nada. Apretó su teléfono celular. Hubo que tomar muchas decisiones en fracciones de segundos para salir viva del avión. La idea de dejar su teléfono nunca se le había pasado por la cabeza. Por supuesto, el teléfono. Los rastreaban a todos a través de sus teléfonos móviles.

—Quiero decir, pensamos que era extraño que tu teléfono viajara treinta millas desde el lugar del accidente, hasta este hospital, y nunca te molestaste en llamar. Luego, cuando suena tu teléfono, simplemente lo miras y te lo metes en los pantalones—. Sus ojos recorrieron su cuerpo y se detuvieron en su abdomen.

Clarissa preguntó: —¿Qué estás haciendo en Omaha? ¿Por qué estabas aquí para empezar?

—No lo estaba. Estaba en Des Moines, Iowa.

Clarissa entrecerró los ojos y recordó todo lo que sabía sobre Des Moines e Iowa, que resultó no ser gran cosa.

—Ahí es donde ibas a terminar—, dijo.

Randy estaba allí para limpiar el desastre que causaron.

—Yo… yo, pero…

Él sonrió y dio un paso adelante. Levantó la mano y le pasó mechones de pelo detrás de la oreja.

Su cuerpo quería convulsionarse ante su toque. Ella luchó contra el impulso.

—No te preocupes, Clarissa—, dijo. —Mientras estés a bordo, no te voy a hacer nada. A menos que el jefe me indique lo contrario.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo en Des Moines si era allí donde iba?

Randy estaba allí para limpiar el desastre que causaron.

—Me he estado ocupando de algo en Minneapolis relacionado con lo que te estás metiendo. Sinclair me pidió que viniera a informarle. Después de eso iba a salir bajo fianza.

Ella observó sus ojos oscuros mientras se movían de izquierda a derecha. Su frente poblada y su rostro parecían relajados.

Randy dio un paso atrás. Guardó su arma. Dijo: —Entonces, ¿qué vas a hacer, muchacha?

Clarissa miró a su alrededor. Ningún lugar dónde correr. Ningún lugar para esconderse. Al menos, no un lugar donde no la encontraría Randy. Y si ella corría y él la encontraba, entonces tendría un desastre que limpiar. Parecía que habían tomado la difícil decisión por ella.

Ella dijo: —Vámonos a Iowa.

CAPÍTULO 21

El sol naciente perfilaba la silueta de los edificios King y Queen. Los dos edificios, junto con varios otros, salpicaban el perímetro de Atlanta. Habían viajado por la Interestatal 85 durante la noche y ahora estaban por la Interestatal 285, bordeando el perímetro de la entrada al Sur.

Jack dirigió su atención hacia adelante y avanzó entre el tráfico cada vez más denso. Pobres tontos, pensó. Disfrazados y conduciendo hacia un trabajo que odian. La mayoría de ellos probablemente estaban en la carretera tan temprano para evitar una de las atracciones menos populares de Atlanta: el tráfico.

Un kilómetro y medio más tarde, las luces rojas de freno iluminaban la carretera como un dragón festivo, serpenteando y elevándose sobre el asfalto.

—Cristo—, murmuró Jack.

—Una de las ciudades con peor tráfico del país—, dijo Jasmine. —La gente aquí pasa, en promedio, más de una semana completa sentada en el tráfico cada año.

Jack asintió. No dijo nada.

—Debería disminuir pronto. Luego tomaremos la Interestatal 75 y navegaremos tranquilamente hacia el norte.

—Deberías conseguir un trabajo en una estación de radio. Chica de tráfico. Te vendría bien.

—¿Crees?

—Voz de televisión, cara de radio—. Él miró y sonrió.

Jasmine puso los ojos en blanco y se volvió hacia la ventanilla del pasajero. Ella dijo: —¿Por qué no hablas mucho?

—Pensé que estaba hablando.

—Sabes lo que quiero decir.

Jack se aclaró la garganta. —No tengo nada que decir.

—¿Con todo lo que has pasado, no tienes nada que decir?

Jack se encogió de hombros. Avanzó poco a poco el coche y luego volvió a pisar los frenos, reduciendo la velocidad hasta detenerlo. Luego dijo: —¿Qué quieres saber?

—La respuesta a la pregunta que te hice ayer. ¿Qué has estado haciendo desde que dejaste la agencia?

—No te lo voy a decir.

Jasmine se movió en su asiento y se volvió hacia él. —¿Por qué no?

—Demasiado que contar. Demasiadas cosas que no debería contar.

Jasmine lo ignoró y volvió a moverse en su asiento.

No estaba tratando de enojarla. No conocía a la mujer y muchas de las cosas que había hecho a lo largo de los años no eran exactamente legales. ¿Por qué darle información que podría usar en

su contra?

—¿Por qué no me cuentas por qué te uniste al SIS? — preguntó Jack.

—¿Por dónde empezar? — dijo ella. —Bueno, me volé la rodilla en la universidad. Arruinó mis posibilidades de competir en los Juegos Olímpicos. Fui a la facultad de derecho. Terminé cuarta en mi clase. No tenía ningún deseo de ser abogada. Aplique al FBI y la CIA. La última me hizo pruebas. Recibí una llamada telefónica de Frank invitándome a una entrevista para un puesto especial. Bastante estándar.

Jack asintió. Noté una señal hacia la Interestatal 75 norte y comencé a maniobrar el auto a través de seis carriles de tráfico de punta a punta.

—¿Por qué no me cuentas por qué te uniste al SIS? — preguntó ella.

—Supongo que puedo decirte eso—. Los ojos de Jack se dirigieron rápidamente desde el espejo retrovisor al espejo del lado del pasajero. Cruzó un carril a la vez. Se detuvo en el carril de salida y continuó: —Yo era un infante de marina. De hecho, me prestaron a la CIA. Hice muchas cosas domésticas. Trabajé en Europa, Sudamérica. Estuve en Corea del Norte una vez, pero nadie sabe eso.

Jasmine asintió. —De acuerdo. ¿Y qué?

—El 11 de septiembre. Todo cambió.

—Por eso fui a la facultad de derecho. Nunca quise ser abogada. Quería cazar terroristas.

Jack la miró y notó que tenía los puños apretados. Miró más allá del tablero, el tráfico y el desorden de cruces de autopistas entrelazados que tenía delante.

—Sí, bueno, cambió las cosas para mucha gente—. Él la miró de nuevo y la vio asentir lentamente. —Entonces mi grupo pasó de trabajos domésticos y amistosos a Irak.

—¿En 2003?

—2001.

—¿Qué? — Ella ya no miraba hacia adelante. Su cabeza dio vueltas y miró a Jack, con la boca abierta un centímetro.

—El ochenta o noventa por ciento de los equipos fueron a Afganistán. Pero nosotros no.

—¿Qué buscaban en Irak?

—Todo cambió. Estábamos en el exterior. Proporcioné seguridad a los chicos de la agencia.

—¿Qué quieres decir?

Jack negó con la cabeza. —Larga historia. De todos modos, hubo un gran lío. La gente empezó a morir. Alguien intentó incriminarme. Fue…—, hizo una pausa mientras pensaba cuánto debería decirle. —Llegó bastante alto en la cadena de comando del gobierno.

—¿El presidente?

—No, no tan alto, y tampoco diré quién, qué o cuándo.

Ella asintió. No dije nada.

—Entonces, todo este lío nunca se resolvió realmente en ese momento. Aunque lo limpié más tarde.

—¿Cuándo estabas en el SIS?

—No. Eso no viene al caso. ¿Cómo y por qué me uní al SIS? De acuerdo—. Jack hizo una pausa y miró por encima del hombro izquierdo antes de incorporarse a la Interestatal 75 en dirección norte. —Obtuve mi alta y tenía tres meses de licencia acumulada. Me pagaron por esos tres meses sin hacer nada. Tenía planeado viajar. Terminé parando en Key West una semana después de que comenzara mi viaje. No me fui. No hasta dentro de tres meses. Estaba esperando, bueno, sí, esperando algo. Alguien. Frank apareció en su lugar. Me hizo una oferta de trabajo. Dos semanas después estaba en D.C., aprendiendo las costumbres del SIS.

—He leído algunos de tus expedientes—, dijo Jasmine.

Jack la miró y enarcó una ceja por encima del marco de sus gafas de sol.

—Los niños—, dijo Jasmine.

—¿Qué hay de ellos?

—Lo de los niños. Yo… no lo sé. Eso fue otra cosa, eso es todo. Cómo tú y Frank derrotaron a los secuestradores y luego, bueno, ya lo sabes.

Jack asintió. Dejó caer una mano sobre su muslo y la otra se movió hacia la parte superior del volante.

—Sí, lo sé. Todavía pienso en eso.

—¿Lo encontraste alguna vez?

Jack miró entre ella y la carretera unas cuantas veces. —¿No lo sabes?

Jasmine negó con la cabeza en respuesta.

—Si no está en los archivos—, dijo Jack, —entonces no puedo decírtelo.

—Jack—, dijo.

—Otro momento. Superemos esto y luego ya veremos.

Condujeron los siguientes quince kilómetros en silencio. Tomó una salida que los llevó a la Interestatal 575. Pasó por Woodstock y salió de la autopista en Cantón.

—No hay muchas opciones para un lugar donde quedarse aquí—, dijo Jack.

—No, no las hay. ¿Quizás deberíamos regresar a Atlanta?

Jack señaló hacia un Hilton. —Eso debería bastar.

Detuvo el auto en el estacionamiento y encontró un lugar para estacionar.

—Voy a conseguirnos un par de habitaciones—, dijo Jasmine.

Jack asintió y se estiró. Esperó hasta que Jasmine estuvo dentro del lobby del hotel y luego dio un paseo por la acera, entre el estacionamiento del hotel y la calle.

Los coches se amontonaron en un semáforo. Jack se alejó de ellos y cruzó el aparcamiento. Todavía no estaba muy interesado en que lo vieran. Cualquier automóvil en cualquier ciudad podría ser conducido por un miembro de las fuerzas del orden. Alguien que podría haber visto en algún momento el rostro de Jack. Por supuesto, ninguna foto suya jamás tomada se parecía a su aspecto actual. Se relajó un poco. Ralentizó su paso. Jasmine lo recibió en la puerta.

—Conseguí dos habitaciones, pero el horario de registro es hasta dentro de siete horas.

Jack miró su reloj. Las siete y media de la mañana. Miró más allá del aparcamiento y vio un Waffle House. Si Atlanta era la puerta de entrada al sur, Waffle House era el restaurante estrella.

Él dijo: —Vamos a resolverlo durante el desayuno.

Dejaron el coche en el aparcamiento y cruzaron la calle a pie. El edificio cuadrado de techo amarillo los recibió con olor a café, croquetas de patata y tortitas.

—Elijan un asiento. Ya estaré con ustedes—. La camarera tenía el cabello castaño y rizado que estaba en su mayor parte escondido debajo de una gorra roja que lucía una "A" azul de los Bravos de Atlanta. Parecía tener unos cuantos años más pasados de los cincuenta y unos cuantos kilos más de lo considerado delgado. Jack y Jasmine encontraron un asiento y la camarera les habló desde el otro lado del mostrador. —¿Qué quieren?

—Café, dos huevos y tres panqueques—, dijo Jack.

La camarera asintió y miró a Jasmine. —¿Qué hay de ti, cariño?

—Oh, tomaré lo mismo—, dijo Jasmine.

—¿Cómo quieres esos huevos? — dijo la camarera.

—Sorpréndeme—, dijo Jack.

—Revueltos—, dijo Jasmine.

La camarera les dejó el café y volvió a la parrilla para ayudar al cocinero.

—¿Quieres pasar por la casa? — preguntó Jasmine.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, estoy bastante segura de que sí. Recibí una llamada de Frank mientras estaba en el vestíbulo. Está enviando detalles por correo electrónico—. Sacó su teléfono y tocó la pantalla. —Sí, ahí está. No estamos tan lejos. Quizás quince o veinte minutos.

—Tenemos tiempo. Tiene sentido. Tal vez tengamos suerte y encontremos a nuestro chico paseando a su perro.

Jasmine se rio. —Sabes que no será tan fácil.

—¿Te envió algún detalle sobre el tipo?

Ella torció los labios hacia un lado y sacudió la cabeza. —Hasta ahora sólo la casa. Todavía están trabajando en el resto.

La camarera les entregó los platos desde el otro lado del mostrador. Comieron rápidamente sin hablar. Jack pagó la cuenta y tomó dos cafés para llevar. Salió del restaurante y se encontró con Jasmine en el coche. Ella había tomado el asiento del conductor. Jack no protestó.

—¿Listo para ver esta casa? — preguntó Jasmine.

—Más listo que nunca, después de conducir sin parar durante doce horas y luego llenarme de grasa, café y carbohidratos.

CAPÍTULO 22

Boris estaba sentado solo en su estudio. La habitación gritaba masculinidad con su escritorio de gran tamaño, tonos oscuros de madera y libros antiguos. Él lo había querido así. Cualquiera que entrara debería sentirse amenazado e intimidado. La gente normalmente lo hacía cuando estaba cerca de él, estuvieran o no en esa habitación. Incluso completos desconocidos tenían especial cuidado en apartarse de su camino en la acera o en el supermercado, entre otros lugares.

Se puso de pie al oír un golpe en la puerta. Cruzó la habitación y la abrió.

—Fletcher—, dijo Boris. —Me alegro de que hayas podido asistir.

Fletcher asintió y esperó a que Boris le hiciera un gesto para entrar.

—Siéntate allí—. Boris señaló hacia su escritorio.

Los hombres se sentaron uno frente al otro. Boris en su gran sillón de charol. Fletcher en una silla más pequeña y rígida con brazos de madera y asiento y respaldo acolchados.

—La razón por la que te quería aquí—, dijo Boris, —era para comenzar a revisar estos documentos. Necesitamos identificar nuestros objetivos iniciales.

—¿Qué son exactamente estos documentos?

Boris sonrió sin levantar la cabeza. —Se hizo un gran esfuerzo para obtenerlos—. Cogió una carpeta manila y la dejó sobre el escritorio. —Lo que me dicen es que alguien dentro del gobierno se ha dado la vuelta.

—¿El gobierno de Estados Unidos?

Boris se reclinó y golpeó el borde del escritorio con las yemas de los dedos. Él dijo: —Sí, eso es correcto.

—¿Para quién? ¿Para nosotros?

—No, no para nosotros. Tengo entendido que estos documentos estaban en camino a alguien o a algún lugar que está en oposición directa a Estados Unidos.

—¿Irak?

—No lo creo. Irán o Corea del Norte, si fuera una nación.

—¿Crees que podría haber sido otra organización?

—Es posible. Francamente, no importa.

—¿Cómo se enteró Feng de esto?

—Supongo que alguien le avisó al viejo. Pero no creo que se diera cuenta de lo que estaba obteniendo cuando contrató al hombre para robar los documentos. Y no creo que se diera cuenta de lo que tenía cuando me los vendió. Podría haber recibido mucho más dinero por ellos del que pagué. Demonios, habría pagado mucho más para conseguirlos.

Boris le dio a Fletcher unos minutos para que lo asimilara. El hombre entrecerró los ojos y asintió mientras analizaba la información.

Boris abrió la carpeta y hojeó un documento tras otro. —Más de cien lugares vulnerables a los que debemos apuntar. Cada lugar es una infraestructura crítica o psicológicamente importante para la gente débil de este país.

—Podríamos determinar los objetivos, Boris.

Boris levantó la cabeza y asintió. —Sí, es cierto. Pero lo que no sabemos son las debilidades, las vulnerabilidades de cada objetivo, amigo mío. Esta información lo tiene todo.

Fletcher extendió la mano y agarró un trozo de papel. —Puentes—. Miró del papel a Boris. —Podría decirte cómo derribar un puente.

Borís sonrió. Agitó la mano.

—Sigue leyendo.

Fletcher murmuró el documento, deteniéndose de vez en cuando para asentir y absorber la información. A medida que se acercaba al final, sus cejas permanecían arqueadas unos centímetros hacia su frente. Terminó de leer y dejó el documento sobre el escritorio, exhalando ruidosamente.

—Sí—, dijo Boris. —Podríamos descubrir cómo derribar un puente. Pero ese documento enumera los diez puentes principales, además del por qué y el cómo. Y eso no es todo. Mira lo que tenemos aquí.

Dejó caer una tras otra las pilas de papeles sobre el escritorio. Estaba todo ahí: aeropuertos, túneles y puentes, plantas de energía nuclear, monumentos nacionales, objetivos ambientales y lugares donde se reunirían miles de personas y las horas en que estarían allí. Para cada objetivo incluían instrucciones detalladas sobre cómo eludir o superar las medidas de seguridad.

—¿Cuál es el plan? — preguntó Fletcher.

Borís sonrió. Puso las palmas de las manos sobre el escritorio y se puso de pie. Caminó alrededor del escritorio y se detuvo detrás de Fletcher. Puso sus manos sobre los hombros del hombre y apretó. Dijo: —Vamos a alcanzar tantos objetivos a la vez como sea posible. Dentro de seis meses. En el día de descanso cuando estos pobres idiotas se reúnen para eventos deportivos. Visualizo más de un millón de muertos y heridos. Veo que los monumentos nacionales se desmoronan. Veo una catástrofe ambiental sin paralelo en la historia.

—Mayor que... — Fletcher se llevó la mano a la cara y se frotó las mejillas.

—Sí—, dijo Boris. —Incluso mayor que Chernóbil.

Boris soltó a Fletcher y el hombre se levantó de su silla. Caminó por la habitación y se detuvo en la pared del fondo. Apoyado contra la estantería.

Fletcher dijo: —¿Cómo sabemos que el viejo no se volverá contra nosotros?

Boris se rio y agitó la mano con desdén hacia su socio. —De todas las personas, él sería la última persona en llamar la atención. Si nos entregara, se pondría en duda cómo llegó a tener esos documentos.

—Buen punto. ¿Qué pasa con el topo en el gobierno?

Boris volvió a su silla. —Ojalá supiera quién es.

—¿Para unirse a nosotros?

—Para mátalo.

—¿Por qué?

—A mi modo de ver, él es el único que puede alterar nuestro plan. Su conciencia podría interponerse en su camino. Algunos de estos documentos han recomendado fechas para los ataques. Está previsto que asistan dignatarios. Mira este—. Boris levantó un papel para que Fletcher lo viera. —Habrá una Reina presente. Y ese no es el único evento donde estará presente alguien de notoriedad de otro país. ¿Te imaginas, Fletcher? No sólo los ciudadanos de Estados

Unidos estarán aterrorizados, sino que otras naciones se volverán contra este país y su gobierno por no proteger a sus ciudadanos famosos.

La sonrisa de Fletcher se amplió. —Brillante.

Boris se reclinó. Cruzó las piernas. Abrió un cajón y sacó dos puros. Señaló con uno en dirección a Fletcher.

—Sí, por favor—, dijo Fletcher.

Boris cortó los extremos y le entregó uno a Fletcher. Sacó dos cerillas de madera y las encendió.

—¿Ya has hablado con él? — preguntó Fletcher.

—¿Ivanov? — Borís asintió. —Le hice saber que teníamos algo especial en nuestro poder.

—¿Vas a ir a verlo? ¿O vendrá aquí?

—Dios, espero que no—, dijo Boris. —El viejo bastardo me da escalofríos.

Ambos hombres se rieron.

—Nunca lo conocí—, dijo Fletcher después de que la risa se apagó.

—Tienes suerte. Es, como dicen aquí en Estados Unidos, un bastardo sin corazón. Pero ahora está a cargo. Lo ha estado desde que Dorofeyev y sus hombres fueron asesinados frente a la costa sur de Francia.

—¿Qué pasó con eso? Atraparon al asesino, ¿no?

—Sí. El Delfín Negro es lo que pasó.

Fletcher se encogió de hombros y se estremeció.

—No tardó mucho en morir allí—, dijo Boris.

El silencio se apoderó de la habitación. Los hombres fumaron y miraron los papeles esparcidos sobre el escritorio.

—Jack no sé qué—, dijo Boris.

—¿Quién es ese?

—El asesino. Su nombre era Jack.

—Ojalá hubiera estado allí. No se habría salido con la suya.

Boris apoyó su cigarro en el borde de un gran cenicero de cristal. —Igualmente mi amigo. Así mismo.

CAPÍTULO 23

Pierre se deslizó por el asiento trasero del taxi detenido, abrió la puerta y salió a la acera. El conductor no salió. Sólo abrió el baúl. Pierre rodeó la parte trasera del taxi y cogió sus dos bolsos de lona grises. Cerró la tapa del maletero y el taxi arrancó.

Pierre se acercó a la acera y examinó la concurrida calle. No sabía a quién ni qué estaba buscando. Charles le había dicho que tenía que estar en la esquina de Madison y Market en Manhattan a las diez y media de la mañana.

Pierre miró su reloj. Las nueve y media de la mañana. Ignoró la multitud y buscó un lugar para tomar una taza de café. Vio una cafetería a una cuadra y media de distancia, al otro lado de la calle. Ajustó las correas del asa en sus manos y comenzó a caminar por la acera. Una pausa en el tráfico le dio la oportunidad de cruzar la calle. Después de otra media cuadra entró en el pequeño café llamado *Cuppa*.

Una atractiva mujer de veintitantos años con el pelo corto y rubio con mechones rosas le sonrió desde detrás del mostrador.

—¿Qué puedo ofrecerte? ¿Capuchino? ¿Quizás un café helado? Pareces un tipo de café helado.

—Café expreso. Doble.

—¿Eres holandés?

Pierre se rio. La sonrisa de la mujer se amplió y le guiñó un ojo.

—Soy francés—, dijo.

—Bueno, soy Marcy—. Ella le dio la espalda y comenzó a cumplir su orden. —¿Cuánto tiempo llevas en Nueva York?

—Dos horas, más o menos.

—Recién salido del barco, ¿eh?

—¿Disculpa?

Ella se giró y colocó su bebida sobre el mostrador. —Sólo una expresión, cariño. Entonces, ¿qué te trae a Nueva York? ¿Negocios o placer?

Se tomó un momento antes de responder. Olfateó el líquido negro en la pequeña taza que tenía en la mano. El olor hacía juego con la bebida, oscura y audaz.

—Negocios. Definitivamente no es placer.

Ella se inclinó sobre el mostrador. Su blusa desabrochada dejaba al descubierto sus pechos pequeños y desnudos. Ella dijo: —Puedo agregar el placer si vas a estar en la ciudad por unos días.

Pierre levantó la mirada de sus pechos a sus ojos. Él sonrió. Sacudió su cabeza. —Gracias por el café.

—Café expreso.

—Si, doble.

Tomó asiento en un rincón. Se levantó y cogió un ejemplar del Times de la mesa de al lado y hundió la cara en el periódico durante los siguientes quince minutos. Sintió que ella lo miraba fijamente, pero no miró hacia el mostrador. Puede que estuviera a miles de kilómetros de Kat, pero eso no significaba que pudiera entregarse a placeres culpables. No pasó mucho tiempo hasta que el otro lado de su conciencia creó un argumento un tanto convincente.

Kat no pareció contenta cuando él le dijo que tenía que ir a Estados Unidos a buscar trabajo. De hecho, parecía triste. No importó que con el trabajo viniera la promesa de suficiente dinero para semi-jubilarse durante unos años. Tiempo suficiente para que Pierre se recuperara mentalmente. Y no era como si no pudiera hacer uno o dos trabajos en la Riviera francesa. Por Montecarlo pasaban a diario muchas personas que merecían morir. Sólo tenía que dar a conocer su nombre.

No estaba seguro de que Kat lo estaría esperando cuando regresara. Tenía la sensación de que ella se marcharía. Dejaría atrás su trabajo y su apartamento e incluso su gato si fuera necesario en un esfuerzo por escaparse de Pierre.

Terminó su expreso. Dejó caer el periódico sobre la mesa. Se levantó y se dirigió a la puerta. Escuchó un suspiro detrás de él. Abrió la puerta unos centímetros y se detuvo. Volteo.

Pierre dijo: —¿Tienes un número de teléfono?

Marcy sonrió y le entregó un trozo de papel de bloc de notas. Él lo tomó de su mano y se lo guardó en el bolsillo sin leerlo. Si lo leyera, el número quedaría memorizado. Todavía no había decidido si la llamaría o no. Es mejor no tener el número almacenado en un lugar donde pueda acceder fácilmente hasta que tome una decisión de la que no pueda echarse atrás. Además, no sabía si todavía estaría en Nueva York al anochecer.

Pierre salió a la acera y caminó hasta la esquina. Allí se unió a una multitud de personas que esperaban para cruzar la calle. Un hombre hecho de bombillas cambió de naranja a blanco y el grupo se movió como una ameba por el asfalto.

Caminó hasta llegar a la esquina de Madison y Market. Miró su reloj. Diez a.m. Vio una hilera de mesas de bistró afuera de un restaurante y tomó asiento.

Un camarero salió. —¿Qué puedo traerte de beber?

—Estoy esperando a alguien.

—Será mejor que esperes en otro lugar, amigo.

Pierre sintió que la rabia crecía dentro de él. Los músculos de su pecho y brazos se contrajeron. Sabía que el hombre no duraría más de diez segundos si Pierre decidía eliminarlo. Él sonrió.

—Entonces tomaré un café.

El camarero desapareció en el interior del restaurante.

—Estoy de vuelta—, susurró Pierre en voz baja. Se sentía más él mismo que en mucho tiempo. Se preguntó si estar en el trabajo le permitiría cerrar el círculo. De vuelta al hombre que era. El hombre que quería volver a ser.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba que el camarero regresara con su café. Ya se sentía revitalizado por el café doble, pero pensó que un poco más de cafeína no le vendría mal. Vio un Mercedes blanco cuando se detuvo junto a la acera. La ventanilla trasera tintada del pasajero se bajó. Pierre instintivamente tomó su arma. Llegó con las manos vacías.

Un hombre asiático, delgado y mayor, miró a Pierre por encima de sus gafas de sol.

—Señor. ¿Pierre?

Pierre sacó cinco dólares de su bolsillo y los dejó caer sobre la mesa. Recogió sus maletas.

Caminó hacia el Mercedes.

Él dijo: —¿Eres el jefe de Charles?

El anciano asintió y luego dijo al conductor. —Ayude al señor Pierre con sus maletas.

Un hombre corpulento salió del coche y rodeó la parte trasera. Abrió el baúl. Coloco las bolsas de Pierre adentro. Le indicó a Pierre que lo siguiera. Esperaron en la esquina trasera del coche a que hubiera un hueco en el tráfico. No tuvieron que esperar mucho. El hombre abrió la puerta trasera del lado del conductor y le indicó a Pierre que entrara.

Pierre tomó asiento al lado del anciano. —¿Dónde me quedaré? — Esperaba que el anciano le dijera que se alojaría en uno de esos hoteles elegantes con vistas a Central Park.

—Conmigo. Al menos por esta noche. Mañana estará en un avión.

Pierre palpó el papel que llevaba en el bolsillo con el número de Marcy escrito. Lo arrugó en su mano.

—¿Un avión hacia dónde?

El anciano sonrió sin mirar a Pierre. Sus dientes manchados de amarillo se mezclaban con su piel envejecida. —Prometo decírselo mañana, señor Pierre.

—No tienes que tomarte la molestia de alojarme esta noche. Puedo conseguir un hotel cerca del parque.

—Tonterías—, dijo el anciano. —Se quedará conmigo. No es ningún problema. Además, no puedo arriesgarme a que se meta en problemas y revele sus razones para estar en Estados Unidos.

Excelente. Atrapado con este viejo bastardo toda la noche.

Pierre se encogió de hombros y miró por la ventana. El auto aceleró y luego se detuvo. El proceso se desarrolló varias veces más. La gente en la acera pasó de imágenes borrosas a imágenes fijas y de nuevo a imágenes borrosas. Pensó en Marcy del café. Su imagen también se confundió con la de Kat. Buscó dentro de su chaqueta su teléfono. Lo pensó mejor. Esperaría hasta estar en la casa del anciano. Tendría privacidad allí. Además, el viejo bastardo podría confiscar su teléfono y reemplazarlo por uno que pudiera rastrear a Pierre.

—Conductor, deténgase—. El anciano se removió en su asiento y se quitó las gafas. Miró a Pierre por un momento. —¿Está seguro de que puede hacer esto?

—He estado haciendo esto desde que tenía veinte años—, dijo Pierre sin dudarlo.

—Entiendo. Yo también he matado durante mucho tiempo. Aun así, podría darme una pausa para eliminar a alguien a quien he conocido y con quien he trabajado.

Los ojos de Pierre revoloteaban entre los del anciano. Profundas líneas se grabaron en los costados del rostro del anciano y bajaron por sus mejillas.

Pierre dijo: —Es un negocio. Eso es todo. Acepté el trabajo. Puedo hacer lo que necesites que haga.

—Conductor, continúa—. El anciano no cambió de posición en su asiento. —Jack Noble, es amigo tuyo, ¿correcto?

—Lo era—, dijo Pierre. —Él está muerto.

—Sí, eso he oído. Pero tiene, o tuvo, supongo, un socio. Un hombre grande.

—Oso.

—Sí, creo que Logan es su apellido.

Pierre no necesitó preguntar nada más para confirmar lo que sabía. Pero lo hizo de todos modos.

—¿Qué hay de él?

—Él es tu objetivo. Hay una niña que viaja con él...

—¿Clarissa? ¿La pelirroja?

El anciano apretó la mandíbula y cerró el puño. —Si la ves, mátala también. Pero no, me refiero a una niña.

Pierre extendió las manos con las palmas hacia arriba. Haría casi cualquier cosa por la cantidad de dinero que le ofrecía el anciano. Pero había una línea y esa línea estuvo a punto de ser cruzada.

—No niños. No mataré a una niña.

—Dios no, señor Pierre. Quiero que me la devuelvan. Ella es hija de una mujer que yo empleé. La mujer tuvo un final desafortunado y me siento obligado a asegurarme de que se cuide a la niña.

La sonrisa en el rostro del anciano provocó escalofríos por la espalda de Pierre. Había conocido a muchos hombres a los que clasificaba como malvados durante sus veinte años en la agencia. Pero ninguno tan malvado como el viejo. Pensó que podría estar en presencia del mismísimo diablo.

El viejo continuó. —Aunque puede que ella no esté con el señor Logan. Si no es así, hágamelo saber y le daré su ubicación.

—¿Por qué no dármela ahora?

—Se la daré cuando la necesite. De todos modos, si tiene que viajar a ese lugar para encontrarla, habrá un trabajo adicional disponible. Te pagaré generosamente.

—¿Qué tan generosamente?

—El doble de lo que se paga por este trabajo.

Pierre se pasó los dedos por la línea de la mandíbula, sintiendo el picor de su barba.

—¿Por qué no empiezo por ahí entonces?

—Aprecio su entusiasmo. Lo consideraré.

—Señor—, dijo el conductor. —Llegamos.

CAPÍTULO 24

—¿El tráfico nunca termina? — dijo Jack.

El viaje ya había durado diez minutos más de los veinte previstos. Y todavía les quedaban algunos kilómetros por recorrer.

—No—, dijo Jasmine. —Puedes estar conduciendo por la ciudad a las ocho de la noche y quedarte atrapado en un atasco.

—Al menos en Nueva York puedes caminar a todas partes o tomar el metro o el autobús.

—Sí, realmente aquí no planearon tan bien la ciudad. Supongo que simplemente se les salió de las manos.

Jasmine redujo la velocidad del auto mientras se acercaban a la entrada del vecindario. Giró a la derecha y se detuvo en la acera veinte metros más adelante.

—Está bien, Jack. Sin actos heroicos. ¿Entendido? Si nos ven, seguimos conduciendo. Si lo conseguimos, lo llamaremos y esperaremos a otro equipo.

Jack apartó la mirada de un labrador amarillo sentado detrás de una valla metálica y se volvió hacia Jasmine. No sabía lo que iba a hacer. Aún no se había formado un plan en su mente. Se sentía tan alejado de este aspecto de su vida que estaba seguro de que cualquier cosa que decidiera resultaría en una catástrofe para todos los que estuvieran en las inmediaciones.

—Estás en lo cierto, Jazz. No lo haré. Seguiré tu ejemplo.

—De acuerdo. Y no me llames Jazz.

Jack sonrió y levantó las manos. —Seguro, señora.

Ella le lanzó una mirada y puso la palanca de cambios en marcha. Se alejó de la acera y condujo dos cuadras antes de girar a la derecha. Ella asintió mientras se acercaban a un edificio colonial de dos pisos con revestimiento blanco y adornos rojos. —Eso es todo. Número dos-dos-cuatro.

Jack apoyó el codo en el alféizar de la ventana y se cubrió la mitad inferior de la cara con la palma. Giró ligeramente la cabeza para contemplar la mayor parte posible de la casa y el jardín circundante. Cuatro ventanas en la planta baja con una puerta roja en el medio. Arriba, tres ventanas. A cada lado de la casa había una valla de privacidad de madera de metro ochenta. Dos coches aparcados en la entrada. Uno de ellos estaba acabado. Parecía una vieja camioneta Toyota. El otro era un Lexus último modelo. El césped estaba cuidadosamente cortado con árboles rodeados de rocas y setos frente a la casa.

—¿Podemos pasar de nuevo?

Jasmine asintió. Señaló el callejón sin salida que tenían delante. —Daremos la vuelta allí y pasaremos de nuevo.

—¿Hay algo que te parezca fuera de lugar, Jazz?

—No. Y deja de llamarme Jazz.

Mantuvo el coche a veinticinco kilómetros por hora. Pasaron por delante de la casa por el lado del pasajero del coche y ahora Jack tenía el mejor punto de vista. Tomó nota mental de las matrículas para poder buscarlas desde el hotel. También se centró en la puerta principal. Sobre el pomo de la puerta había tres cerraduras de seguridad. Supuso que había al menos dos más en el interior que no se podían desbloquear desde el exterior. Una cadena y un cerrojo, pensó.

Notó un letrero negro y naranja colocado en la cerca. Decía "Cuidado con el perro de ataque" y tenía una imagen de un Doberman Pinscher debajo de las letras. Si bien aún no tenía un plan, sabía que no quería entrar a la casa por el patio trasero. Matar a un perro no era algo que quisiera incluir.

—¿Lo viste? — preguntó.

—Espera un minuto—. Jasmine mantuvo la vista al frente. Luego dijo: —Jack, mira.

Jack giró la cabeza hacia delante y examinó la calle. Un hombre vestido con un chándal plateado y azul caminaba por la acera hacia ellos. En su mano derecha sostenía una correa. Al final de la correa estaba atado un Doberman. Flanqueando al hombre había dos guardaespaldas, vestidos de manera similar. Se quedaron atrás a unos diez metros. Los tres hombres tenían el bulto distintivo de un arma que sobresalía de la cadera derecha de cada uno.

Jack dijo: —Ese es nuestro chico.

Jasmine agarró el volante con ambas manos y mantuvo una velocidad constante. Mantuvo la cabeza hacia delante, pero Jack pudo ver que sus ojos se habían desplazado hacia la izquierda para observar al hombre.

Ella dijo: —Creo que tienes razón.

—Sé que tengo razón—, dijo Jack. —Ese es el perro de la cerca.

—¿Qué?

—Perro de ataque. Había una señal de advertencia en la valla.

Jasmine no respondió.

El hombre los miró mientras pasaban. Jack sintió que se le encogía el estómago y su mano instintivamente buscó su arma.

El hombre asintió y saludó con la mano hasta la cintura.

Jack se relajó y se hundió en su asiento.

—Debe pensar que vivimos en el vecindario.

—Eso podría funcionar a nuestro favor, Jack. Un hombre así probablemente lo recuerde todo. Si nos vuelve a ver, caminando por la calle, lo que sea, nos reconocerá y no nos asociará con una amenaza.

—Necesitamos conseguir un perro.

—¿Qué?

—Un perro para pasear.

—Ah. Te entiendo, Jack.

Un plan comenzó a formarse. Era sólo el principio, pero antes de que pudiera desarrollar algo, le ayudó tener una estructura adecuada en su lugar. —Busca un parque. O un parque para perros. Algo así cerca.

—Búscalo en Google.

—¿Qué? — preguntó Jack.

—Usa tu teléfono—, dijo Jasmine.

Cualquier concesión que Jack hubiera hecho en materia de tecnología se había evaporado durante sus seis meses en Grecia. Habría estado conduciendo por todo este vecindario y el siguiente buscando un parque para perros si estuviera solo.

Sacó su teléfono y tocó la pantalla táctil. Encontró un ícono con la etiqueta "GPS" y lo presionó. Unos momentos más tarde apareció un mapa con su ubicación centrada.

—Ahí está—. Jack señaló su teléfono. —Gira a la izquierda al salir del vecindario y conduce una cuadra más por la carretera principal. Habrá un gran parque con área para perros.

—Y ahí es donde entra el perro, ¿verdad?

—Lo entendiste.

Quizás no tendrían que usar la fuerza con este hombre. Tal vez podrían entablar una conversación con él. Después de todo, así es como funcionaban estas células. Asimilarse a la comunidad local y atacar cuando llegue el momento. El hombre podría ser más abierto de lo normal si supusiera que eran una pareja de la zona. Tal vez podrían conseguir que Frank encontrara una casa que pudieran usar. Jack se dio cuenta de que eso no funcionaría. El tiempo de entrega requerido sería demasiado largo para adquirir una casa de alquiler. Tenían la opción de obligar a una familia a abandonar su hogar, pero eso podría tener consecuencias.

Jack no quería olvidar los detalles de la casa, así que desvió la conversación hacia esa dirección. —Entonces, ¿notaste algo fuera de lo común en la casa?

—Um, no estoy segura, Jack. ¿Hacia qué estás apuntando aquí?

—Piensa, Jasmine. Estaba allí, a plena vista.

Vio sus cejas alzarse hasta la frente y volver a hundirse. Lo hicieron cuatro o cinco veces. Tenía ambas manos en el volante. Sus dedos índices se levantaron y bailaron de lado a lado mientras procesaba la escena en su mente.

Ella dijo: —¿La camioneta azul?

—Bien.

—Estaba totalmente fuera de lugar. No pertenecía al vecindario. No debería haber estado estacionada al lado de un Lexus.

—Lo entendiste.

—Entonces, ¿qué está haciendo allí?

¿Qué hacía allí? Jack aún no lo había descubierto. Sólo tuvo una corazonada. —Debe pertenecer a alguien del grupo, pero no tan cercano como para que viva en la casa o con un rango lo suficientemente alto como para recibir un auto de primera categoría.

—Alguien lo reclutó entonces. ¿Cierto?

—Sí, muy probablemente. Alguien traído después. No es de confianza. No de Rusia.

—Eso no lo sabes con seguridad. Podrían ser rusos.

—Está bien—, dijo Jack. —Lo admito. Pero, si son de Rusia, no vinieron con Chernov.

Jasmine asintió con movimientos cortos y rápidos. Para Jack tenía sentido y sintió que la había convencido a ella también.

—Recuerdo los números de la placa—, dijo. —Los buscaremos.

Jasmine detuvo el auto en el estacionamiento principal del parque. Se detuvieron bajo un cornejo en flor. Sacó su teléfono celular y presionó algunos botones. Se acercó el teléfono a la oreja.

—Hola Frank—, hizo una pausa. —Sí, tenemos algo para ti—. Bajó el teléfono y miró a Jack. —¿Cuáles son esos números de matrícula, Jack?

Cerró los ojos y dijo la placa y luego la segunda. Jasmine las repitió por teléfono y luego tapó el auricular.

—Él los está buscando ahora.

Jack estaba seguro de que el Lexus volvería a ser de Chernov o de un alias. Se preguntó si el camión destartalado pertenecía a uno de los hombres que caminaban con Chernov o si el hombre

estaba dentro de la casa. Y si era así, ¿qué estaba haciendo allí?

—¿Tienes un nombre para el Lexus? Bien, ¿cuál es?

Jack miró a Jasmine. En sus manos había un bolígrafo y una libreta de papel. Esperó a que ella repitiera el nombre.

—Evan Lowery. Bien, ¿y el camión? Ella hizo una pausa. —Está bien, Frank.

Jack anotó el nombre e hizo un gesto hacia Jasmine para llamar su atención.

Volvió a tapar el micrófono del teléfono. —¿Sí?

—Pídele que compruebe el alias de ese nombre. Apuesto a que se trata de nuestro hombre.

Ella asintió y habló por teléfono. —Hola Frank, revisa el expediente de Chernov para ver si hay algún alias. A ver si aparece ese nombre de Lowery. Si no, haz una verificación cruzada de ambos nombres y busca qué coincide.

Le guiñó un ojo a Jack. Dijo: —Buena idea.

Jack esperó el segundo nombre. Se dio cuenta de que el trabajo volvería a él. Trozos y piezas. Lento pero seguro. Habían pasado ocho años desde la última vez que se asoció con el SIS. Sintió como si hubiera perfeccionado sus habilidades en esos ocho años trabajando para sí mismo. Quizás este era el trabajo para él. De todas las agencias, el SIS fue la que menos tuvo que ver con la burocracia gubernamental.

—El dueño del camión—, hizo una pausa. —Kenneth Quionesa—. Se giró y miró a Jack. —De acuerdo. Jack, ¿entiendes eso?

—Deletrea el apellido—, dijo Jack.

—Frank, ¿cómo se escribe ese apellido? — Repitió la ortografía en voz alta. —¿Entendido, Jack?

Jack garabateó el nombre. Él dijo: —Sí, lo tengo.

—¿Qué más sabemos sobre él? — le preguntó Jasmine a Frank. Un momento después tenían su fecha de nacimiento, lugar de trabajo y domicilio. —le preguntó

—Está bien—, dijo Jack. —Creo que deberíamos visitar a Kenny esta tarde.

CAPÍTULO 25

Oso y el detective Larsen estaban sentados en un automóvil estacionado en un tramo de carretera entre dos pequeños puentes. Esperaban al hombre que Larsen finalmente había identificado ante Oso como Curtis Hale.

Habían arreglado un plan con Curtis. Debía presentarse a trabajar esta mañana. Encontraría una manera de encontrar a Mandy. Después de confirmar que la niña estaba viva y bien, le informaría a su supervisor que necesitaba ir a la tienda a comprar algunos artículos básicos para el hogar. En lugar de conducir hacia el sur hacia la ciudad, iría hacia el norte por la autopista 14 y se reuniría con Oso y Larsen para entregarles la actualización.

—¿Crees que va a aparecer? — preguntó Oso.

Larsen se encogió de hombros. —Tu predicción es tan buena como la mía. ¿Puedes culparlo si no lo hace?

—No. A mi modo de ver, él sabe que es hombre muerto. Si lo atrapan, lo matarán. Si no hace lo que queremos, lo mataré.

Larsen negó con la cabeza. —No me digas cosas así. Hice un juramento, ¿sabes?

Oso se rio. No podía imaginarse a Larsen intentando arrastrarlo a la comisaría. Especialmente no con lo arraigado que se había vuelto el detective en el resultado de esta situación. Además, ya había dicho que la mitad del departamento estaba sobornando. La sospecha surgió en la mente de Oso. Quizás el propio Larsen estuviera en esa mitad que apoyaba al ruso. Decidió que tendría que encontrar una manera de poner a prueba a su nuevo asociado.

—Creo que es él—, dijo Larsen mientras señalaba hacia un automóvil que se aproximaba.

Oso salió del auto y se paró en la parte trasera del vehículo.

El auto redujo la velocidad, se detuvo y estacionó frente a ellos.

Oso esperó a que Larsen iniciara contacto con el hombre y luego dio un paso adelante. Él dijo: —¿Cómo está ella?

Curtis Hale miró a Oso y al detective. Luego miró hacia el suelo.

—Yo… yo no pude entrar a verla.

—¿Qué quieres decir? — Oso hizo todo lo posible por controlar su temperamento.

—Tienen un guardia cerca de su puerta. Lo intenté. ¿Sabes?, le llevé un bocadillo, pero…

Oso puso sus manos en sus caderas. Se volvió hacia Larsen.

—¿Por qué tendrían un guardia en su puerta?

Larsen lo pensó por un momento y luego levantó los hombros en el aire. —No estoy seguro.

—Sin embargo, la vi—, dijo Curtis.

—¿Cómo se veía ella? — preguntó Oso.

—Bien. Asustada. Sin embargo, ella me sonrió cuando hice contacto visual con ella. Así que supongo que no debe estar demasiado asustada.

—Ella ha pasado por esto antes—, dijo Oso.

Curtis sacudió la cabeza y extendió las manos.

—No estoy preguntando. Te lo estoy diciendo. Ella ha pasado por esto antes.

Larsen habló a continuación. —Tenemos los suministros en el maletero—. Llevó a Curtis a la parte trasera del auto para agarrar dos bolsas de papel llenas de artículos.

Oso permaneció al frente del auto. No obtuvo la información exacta que quería. Sin embargo, estaba feliz de saber que Mandy estaba viva. Tenía que encontrar una manera de llegar a ella. La idea de que ella estuviera dentro de esa casa con un terrorista lo devoraba. Metió la mano en su bolsillo y sacó una cámara. Detuvo a Curtis en su camino de regreso a su vehículo.

—Esto es lo que vas a hacer—, dijo Oso. —Tomas esta cámara y me consigues fotografías del exterior de la casa. La calle, el camino de entrada, el frente y la parte trasera de la casa. Dame fotos del interior. Cuando entres, dame fotos del camino que tomas hasta la habitación de Mandy. La cocina, el garaje, incluso los baños. Lo quiero todo en esta cámara. Iremos a verte esta noche.

Larsen levantó la mano y abrió la boca para hablar. Oso le lanzó una mirada y Larsen retrocedió. Nada iba a impedir que el gran hombre recuperara a su chica.

—¿Lo entiendes? — preguntó Oso.

—Sí—, dijo Curtis mientras tomaba la cámara de la mano extendida de Oso. —Lo tengo. Te conseguiré eso. Tanto como pueda.

—Todo—, dijo Oso.

Curtis asintió y entró en su coche. Encendió el motor, retrocedió seis metros y luego giró en U hacia la carretera.

Después de que el auto desapareció de la vista, Larsen se volvió hacia Oso y le dijo: —Es bueno saber que está viva.

Oso no dijo nada. Miró hacia el bosque que bloqueaba la vista del lago.

—La recuperaremos, Oso.

—No podemos esperar mucho más.

—Yo—, Larsen hizo una pausa. —Haré todo lo que pueda para ayudarte.

—¿Por qué? — preguntó Oso. —¿Por qué arriesgas tu cuello de esta manera?

—Es personal.

Oso pensó por un minuto cómo responder a esto. Después de todo, Larsen se había metido en una de las situaciones más personales en la vida de Oso. ¿Qué podría ser tan malo como para resistir ahora? ¿Por qué no quería que Oso supiera?

—¿Qué es? — preguntó Oso.

Larsen se dio la vuelta y regresó al coche sin responder.

Oso se reunió con él en el coche. No insistió en el tema. El detective hablaba cuando tenía ganas de hablar.

—Quiero ver la casa—, dijo Oso.

Larsen negó con la cabeza. Se detuvo en la carretera. Superó el límite de velocidad por treinta kilómetros por hora hasta llegar a la ciudad. Se detuvo a una cuadra del Ayuntamiento. Le dijo a Oso: —Sal aquí.

Oso abrió la puerta y dejó caer su pie a la calle.

—Ven alrededor de las seis. ¿Está bien, Larsen?

El detective asintió y se alejó. Oso miró a su alrededor buscando algo que hacer. No encontró nada. Caminó a casa y tomó una siesta.

CAPÍTULO 26

—¿Qué diablos estás haciendo ahí dentro? — Randy llamó desde la habitación.

Clarissa puso los ojos en blanco y no respondió. Volvió su atención al espejo y al tinte de su cabello. Diez minutos más y luego podría enjuagarlo. Ya se había colocado las lentes de contacto en los ojos. Los lentes cambiaron sus ojos de azul a marrón oscuro. Todo un cambio en sí mismo. Tenía curiosidad por ver cómo se vería cuando se enjuagara el tinte del cabello y las cejas. Su cabello rojo oscuro sería castaño oscuro.

Randy golpeó la puerta y gritó algo ininteligible.

—¿Qué? — preguntó ella. —Terminaré cuando termine. Vete.

Había elegido quince objetos tirados por la habitación y el baño con los que podría matarlo. Si fuera cualquier otro hombre, ya lo habría hecho. Pero sabía que tendría que darle un buen golpe a Randy para eliminarlo. Él era despiadado. De hecho, un psicópata. Era el único miembro del equipo de Sinclair que habitualmente trabajaba solo. Y fue fácil ver por qué.

Llamó a la puerta y volvió a gritar.

Clarissa no respondió. Lo escuchó alejarse y dejarse caer en la cama. ¿Qué diablos era la prisa? ¿Había algo predeterminado? ¿Había sido todo mentira y la llevaría a otro lugar?

Apartó las preguntas de su mente y abrió el grifo del agua. Se inclinó sobre el fregadero y comenzó a enjuagar una sección de su cabello. Quería volver a comprobarlo y asegurarse de que había cambiado de color antes de entrar a la ducha para enjuagar el tinte restante.

Agarró una toalla y secó la sección de cabello. Satisfecha con la transformación, abrió la ducha y se quitó la bata. Antes de entrar a la ducha, se aseguró de que la puerta del baño estuviera cerrada con llave. No tenía miedo de que Randy le hiciera algo, pero no dejaría pasar que intentara echarle un vistazo.

Terminó su ducha y se secó. Buscó en los cajones debajo del fregadero hasta que encontró un secador de pelo. Trabajando de memoria, se peinó como la mujer de la imagen. La transformación fue completa y asombrosa. Clarissa se miró en el espejo, pero era como si mirara a otra persona completamente distinta.

Se vistió y se maquilló mínimamente. Salió del baño y se dirigió a la mesa redonda en el otro extremo de la habitación. Allí, tomó asiento y abrió los documentos que Sinclair le había dado.

Randy se sentó y dijo: —Bueno, mira lo que tenemos aquí. Te ves medio decente ahora.

Clarissa lo ignoró y no dijo nada.

—Creo que consideraría salir contigo—, dijo Randy.

Clarissa levantó la vista y se rio. —Incluso si yo…— Ella lo ignoró y volvió a los documentos.

—Sí, lo que sea—, dijo Randy. Se puso de pie y se recogió el pelo grasiento en una cola de caballo. —Termina. Ya es hora de que sigas tu camino.

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto.

—¿Cuál es el plan?

—Entrarás y saldrás un poco más tarde.

Clarissa colocó las palmas de las manos sobre la mesa y se levantó. Corrió las persianas y examinó el aparcamiento. Más que cualquier otra cosa, era un hábito.

—¿Qué pasa si están vigilando el aeropuerto? ¿No parecerá extraño si entro y salgo?

Randy se acercó al armario y cogió una bolsa. La arrojó sobre la cama.

—Póntelos. Recoge tu cabello debajo de la gorra.

Clarissa rodó sobre su cama y se paró en el pequeño pasillo entre las dos camas tamaño doble. Cogió la bolsa y dejó caer su contenido sobre el edredón azul. Ella revisó la ropa. Un par de jeans con las rodillas rotas. Una camiseta gris con la bandera estadounidense. Un par de zapatillas que parecían tener quince años. Y una gorra de béisbol azul oscuro.

Ella dijo: —No deberías haberlo hecho.

—Lo menos que podía hacer. Sólo me costó ocho dólares en la tienda de segunda mano. No te preocupes por devolverme el dinero a menos que quieras hacerlo sexualmente.

Puso los ojos en blanco y levantó el lado izquierdo de la boca en una sonrisa que decía: "Vete a la mierda, perdedor". Agarró la ropa y regresó al baño. Sacudió la ropa. No se cayó nada, pero eso no la tranquilizó sobre su condición.

Salió del baño pareciendo un espantapájaros. Ella pertenecía a un campo de maíz, no a una habitación de hotel. Se metió el pelo debajo del sombrero y se acercó a la mesa. Sus archivos faltaban.

Ella preguntó: —¿A dónde se fue todo?

—Órdenes de Sinclair. No necesitarás esas cosas. De hecho, si tuvieras documentos sobre esta chica Enya se supone que deberías...

—Anastasiya.

Randy levantó las manos en el aire y dijo: —Como sea, como si me importara. De todos modos, si llegas allí con esos documentos, estás muerta. Ahora ya no me importa. Pero Sinclair parece pensar que eres nuestra mejor opción para esta operación. Lo logras y todo está bien, ¿verdad? Fallas y, bueno, ahí es cuando tengo algo de acción.

Clarissa no dijo nada. Metió su ropa en la bolsa vacía y salió de la habitación. Randy la siguió y la recibió en el vestíbulo del ascensor.

—¿Qué pasa con el equipaje? — preguntó ella.

Randy se encogió de hombros.

—Debería tener equipaje, ¿no? O al menos, eso estarían esperando.

—Por el amor de Dios, Clarissa. Sí, tenemos tu equipaje en el auto. No te preocupes. Sinclair lo arregló todo.

Sonó un ding y las puertas del ascensor se abrieron. Entraron. Randy continuó quejándose. —No puedo esperar a volver al maldito Minnesota. Lejos de ti.

Clarissa no le prestó atención. Comenzó a repasar mentalmente las siguientes horas. Llegarían al aeropuerto y ella se alejaría de Randy. Con suerte, sería la última vez que lo vería, a menos que le ordenaran ponerle una bala en la cabeza. Qué divertido sería eso. Ella sonrió.

Randy lo notó. —¿Qué?

Ella sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Llegaron al vestíbulo, ella salió del ascensor y cruzó la habitación. Esperó afuera durante al menos treinta segundos antes de que Randy saliera del hotel.

—Allí—, dijo, señalando hacia una camioneta plateada. No era el mismo vehículo que usaron la noche anterior.

Tardaron veinte minutos en llegar al aeropuerto. No hablaron durante el viaje. No hablaron cuando Randy se detuvo en la acera y dejó salir a Clarissa. Esperaba no tener que volver a hablar con él nunca más.

Saltó, abrió la puerta trasera del pasajero y agarró la bolsa con su ropa y su equipaje. Luego cerró la puerta y no miró hacia atrás mientras Randy y la camioneta se alejaban.

El aeropuerto era como cualquier otro aeropuerto internacional de tamaño mediano. La gente se arremolinaba en el pasillo. Algunos fumaban, otros hablaban, otros esperaban su transporte. Unos cuantos coches estaban parados junto a la acera. Uno de ellos podría estar lleno de rusos, y con ese pensamiento, Clarissa entró al aeropuerto. Vio un letrero que indicaba “baños”. Se dirigió al baño de damas.

Cinco minutos más tarde se paró frente a un espejo con ropa limpia. A sus pies estaba su nuevo equipaje. La ropa andrajosa que usó en el aeropuerto ahora estaba en el bote de basura. Su cabello estaba despeinado después de haber estado escondido debajo de una gorra durante casi una hora. Sacó un cepillo de su bolso y deshizo los enredos. Después de ocuparse de su cabello, Clarissa se maquilló más del que normalmente usaría. Por si acaso la habían visto en el camino.

Dio un paso atrás y se miró a sí misma.

Si tan solo Jack pudiera verme ahora.

Clarissa miró su reloj. Era hora. Ella sonrió ante su reflejo, agarró su equipaje y salió del baño.

La corta caminata desde el baño hasta la salida no tomó más de treinta segundos. El aire cálido que había sido bloqueado por sus jeans ahora se sentía frío al deslizarse entre sus piernas desnudas y debajo de su vestido. Se detuvo justo afuera de la puerta. Cerró los ojos y respiró profundamente. El aire olía a vapor de gasolina y a colillas de cigarrillos quemados. A ella no le importaba.

—Anastasiya.

Ella abrió los ojos. Un hombre fornido y calvo se dirigió hacia ella. Ella sonrió y asintió. Lo recordaba del expediente. Dijo: —Akim. Qué bueno verte.

Habló en ruso. —Estábamos preocupados. Deberías haber estado aquí hace veinte minutos.

Ella respondió en ruso: —Tenía hambre.

Akim sonrió y le dio una palmadita en la espalda. Extendió la mano y tomó su equipaje.

Deseó haber inspeccionado las bolsas más a fondo.

La condujo hasta un Nissan rojo de dos puertas y abrió la puerta del pasajero. Él empujó el asiento hacia adelante y luego arrojó su equipaje en el asiento trasero. Después de devolver el asiento a su posición normal, le indicó con un gesto que entrara al auto.

Clarissa entró y se abrochó el cinturón.

—¿Cómo estuvo tu vuelo? — preguntó Akim mientras cerraba la puerta y ponía el coche en primera marcha.

—Eh, un vuelo es un vuelo.

Akim asintió. Se incorporaron a la autopista y se dirigieron al este. Después de unos minutos habló.

—Boris está emocionado de que estés aquí. Tenemos planes y estamos poniendo las cosas en marcha. Son tiempos emocionantes, Anastasiya.

—En efecto.

CAPÍTULO 27

—Ese es el lugar.

Jasmine señaló una pequeña casa de ladrillo con una puerta marrón y contraventanas a juego. Condujo otra cuadra y estacionó el auto.

—Qué basura—, dijo Jack.

—Marietta Este.

Jack miró a su alrededor hacia el área desolada. Las casas eran pequeñas y mal construidas. El césped era marrón. No era raro para esa época del año. Pero se dio cuenta de que muchos de ellos no fueron atendidos durante varios años.

Dijo: —Nunca pasé mucho tiempo aquí, así que eso significa poco para mí.

Jasmine sonrió y sus ojos no se centraron en nada en particular. —Me crie cerca de aquí.

Jack decidió cambiar de tema. —Hay una base de la Fuerza Aérea cerca, ¿no?

—Sí. Dobbins. No muy lejos—. Agarró la manija de la puerta y tiró de ella. —¿Alguna vez estuviste allí?

—Yo estaba en la Infantería de Marina.

—¿Eso significa que no?

Jack no respondió. Salió del coche y empezó a caminar hacia la casa de Kenneth Quioness. La casa era pequeña. Jack la estimó en menos de trescientos metros cuadrados.

—El camino de entrada está vacío.

—Sin garaje.

—Nadie en casa.

—Deberíamos tocar primero, Jack.

Jack se encogió de hombros. Cruzó el césped muerto y llamó a la puerta destartalada. Trocitos de pintura marrón colgaban de la puerta y vibraban cuando sus nudillos golpeaban la madera. Esperaron un minuto y nadie respondió. Jack acercó la oreja a la puerta y escuchó. Todo silencioso. Señaló con la cabeza hacia una ventana.

Él dijo: —Echa un vistazo allí.

Jasmine escaneó el área y luego miró por la ventana. —Es un desastre. Pero parece vacío. Como si no hubiera nadie en casa.

Jack agarró la manija de la puerta. Para su sorpresa, estaba desbloqueada. Giró el pomo y la abrió. Dejó que Jasmine pasara primero y luego la siguió. Sostuvo su Glock en la mano y la mantuvo apuntando frente a él.

—Voy a revisar la parte de atrás—, dijo Jack. —Tú quédate aquí.

Ella asintió.

—Mantente alerta—, añadió Jack.

Caminó por un pasillo oscuro. Había tres puertas. Dos a cada lado y una al final. Supuso que

la que estaba al final daba a un baño. Abrió esa puerta primero, lenta y cautelosamente. Era un baño y estaba vacío. Apartó la cortina de la ducha sólo para asegurarse. Salió de la habitación y cerró la puerta. Luego, abrió la puerta a su derecha. La habitación estaba vacía. Solo había un poco de basura en el suelo en una esquina. La habitación tenía un olor fuerte que Jack asoció con marihuana.

Revisó el armario y lo encontró vacío. Se preguntó si Kenneth habría cultivado marihuana en la habitación en algún momento.

Regresó al pasillo y cerró la puerta detrás de él. Se detuvo antes de abrir la puerta de al lado. Cerró los ojos y escuchó. No pasaba nada en el frente de la casa. No se oía ningún sonido desde atrás.

Se tomó su tiempo para abrir la puerta. Metió el cañón de su arma por la pequeña rendija y luego empujó la puerta para abrirla por completo. Contra la pared del fondo había una cama. Una pila de ropa, de metro y medio de ancho y un metro de alto, estaba apoyada contra otra pared. La ropa no estaba doblada y simplemente estaba esparcida. Esta habitación también tenía un olor distintivo. Olía a huevos podridos.

Jack revisó el armario y usó su arma para mover la ropa colgada de un lado a otro. Luego revisó debajo de las sábanas y, finalmente, debajo de la cama. Salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Llegó al final del pasillo y vio a Jasmine parada junto a la ventana, mirando hacia la calle.

—¿Algún movimiento? — preguntó.

—No. ¿Hay algo ahí atrás?

—Un baño, una habitación vacía que huele a marihuana y un dormitorio desordenado.

—¿Crees que vive solo?

—Yo apostaría por ello. A la casa le falta ese toque femenino.

Se reunió con Jasmine junto a la ventana y contempló la calle vacía.

—Cuando era niña, visitábamos a mis abuelos todas las semanas. Vivían a una cuadra de distancia—. Jasmine asintió hacia una calle lateral. —En aquel entonces, los niños estaban en todas partes. Afuera, jugando. Montando en bicicleta. Era divertido venir a visitarlos.

Jack no dijo nada. Observó el rostro de Jasmine mientras hablaba. Su sonrisa se desvaneció lentamente y sus ojos se oscurecieron.

—Entonces las cosas cambiaron. El barrio fue empeorando. Cada vez había más niños sin respeto por sus padres ni por los mayores de la comunidad ni por ningún tipo de autoridad—. Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Se cruzó de brazos. —Mis abuelos fueron asesinados en su casa.

—Jesús.

Jack puso una mano sobre su hombro. Ella bajó el hombro y se giró.

—Sucedió hace diez años. Un año antes, murió mi padre, que estaba en Nueva York preparándose para su nuevo trabajo.

—¿Cómo?

—Estaba en la Torre Norte.

Jack asintió y no dijo nada. Tenía la sensación de que Jasmine no había terminado. También se dio cuenta de que esa era la razón detrás de su decisión de no convertirse en abogada.

—Luego, dos años después, un año después del asesinato de mis abuelos, mi madre se suicidó en el segundo aniversario de la muerte de mi padre—. Cruzó la habitación y se apoyó contra la pared del fondo. —Para entonces ya me había ido. Estaba en mi último año de la facultad de derecho. No sé si alguna vez me lamenté por nada de eso, Jack. No tuve tiempo. No

podía perder el tiempo. Y no puedo evitar pensar que, si hubiera regresado a casa y hubiera estado ahí para ella, al menos ella estaría viva.

Jack se acercó a ella y la tomó por los hombros. —No podrías haberlo sabido. Incluso si estuvieras aquí, ella todavía podría haberlo hecho.

—Lo sé. Sé que tienes razón. Aún…

—¿Qué fue eso?

Ambos corrieron hacia la ventana y vieron al hombre que creían que era Kenneth Quioness saliendo de su destartalada camioneta azul. Era alto y ancho, con una cabellera espesa y rizada de color castaño. Se movía con un toque de atletismo. Jack se dio cuenta de que derrotar al hombre podría ser un desafío.

—Vamos a la cocina—, dijo Jack.

Cruzaron la habitación y se metieron en la cocina. La puerta principal se abrió. Los pesados pasos de Kenneth resonaron por todo el suelo barato. Se dirigió hacia la cocina. Hacia ellos.

Jack le hizo un gesto a Jasmine para que se agachara detrás de la isla. Se quedó quieto, con el arma apuntando a la estrecha abertura entre la sala de estar y la cocina.

Kenneth entró con la cabeza gacha. Pasaron tres segundos completos antes de que notara a Jack parado allí.

—No te muevas—, dijo Jack.

—¿Quién diablos eres tú?

Jack no logró identificar el acento del hombre. Dijo: —Yo haré las preguntas. Toma asiento —. Jack señaló con su arma hacia la mesa apoyada contra la pared.

Kenneth se quedó allí por un momento. ¿Se iba a sentar? ¿O tenía algo más en mente? Finalmente, extendió la mano, sacó una silla y se sentó.

—¿Qué hacía usted esta mañana en casa de Lazar Chernov? — preguntó Jack.

—Eso es entre el señor Chernov y yo—, dijo Kenneth.

—No, eso es entre todos nosotros. ¿Qué estabas haciendo allí?

—No te voy a decir eso.

Jack sonrió. Salió de detrás de la isla y caminó hacia la mesa. Extendió la mano, agarró una silla y la apartó de la mesa. Él se sentó. Todo el tiempo mantuvo su arma apuntando al hombre corpulento.

Jack dijo: —Se cree que Chernov es un terrorista. Pasaste tiempo con él hoy. Creo que podrías ser un terrorista. ¿Sabes lo que les hacemos a los terroristas?

—¿Explotarlos?

Jack esbozó una media sonrisa falsa. Luego, se puso de pie rápidamente. Apartó la mesa de la pared y la arrojó detrás de él. Le dio una patada a la silla de Kenneth debajo del hombre. Kenneth cayó al suelo.

—¿Qué demonios? — dijo Kenneth mientras usaba la pared para ponerse de pie. Se inclinó y se frotó la cadera y la rodilla derechas. —Podría eliminarte aquí mismo, hombre.

Jack colocó su arma sobre el mostrador. Los ojos de Kenneth se fijaron en la Glock. Jack sabía que para sacarle algo a este hombre tendría que vencerlo. En ese momento supo que Kenneth no le tenía ningún respeto.

Jack dijo: —Adelante, hombre. Ve si puedes conseguirlo.

Kenneth se abalanzó hacia adelante. Dio dos pasos pesados hacia la isla en medio de la cocina.

Jack giró su cuerpo y saltó en el aire. Se dio la vuelta y clavó su codo en el puente de la nariz del hombre. Kenneth gruñó y cayó a un lado, golpeándose la cabeza con el refrigerador. Pero no

cayó al suelo. En lugar de eso, usó el refrigerador para mantener el equilibrio y se levantó. Extendió la mano por encima del aparato y se dio la vuelta. En su mano sostenía media botella de Jack Daniels. Dio un paso adelante y lanzó un golpe salvajemente a Jack.

Jack esquivó el golpe. Se inclinó y esperó a que el grandulón volviera a intentarlo. No tuvo que esperar mucho. Otra vez Jack esquivó el golpe. Volvió a levantarse, lanzando un gancho que hizo tambalear a su gran enemigo.

Kenneth cayó hacia atrás. Dejó caer la botella mientras bajaba. Su espalda chocó con el refrigerador y golpeó el suelo con fuerza. Su cabeza se estrelló contra el suelo con un ruido sordo.

Jack agarró su arma del mostrador y la metió en su funda. Agarró a Kenneth por los pies y lo llevó de regreso al centro de la cocina.

—Consigue un poco de cuerda, Jasmine.

Jack levantó al hombre inconsciente del suelo y lo sentó en una silla. Jasmine regresó con una cuerda y ataron las manos y los pies de Kenneth. Le aseguraron el torso y las piernas a la silla.

Después de unos minutos, Kenneth volvió en sí. Él dijo: —Jesús, hombre. ¿Qué diablos es todo esto?

—Te lo dije—, dijo Jack. —Lo único que quería saber era qué estabas haciendo en casa de Chernov esta mañana.

Kenneth miró a Jack y luego a Jasmine. —¿Quién es esa delicia?

Jasmine dio un paso adelante y sonrió. Luego le dio una patada a Kenneth en el pecho. Su cabeza giró hacia atrás y luego cayó hacia adelante. Su rostro se contrajo en un aullido doloroso, pero ningún sonido escapó de su boca. Luchó por respirar. Sus mejillas se pusieron de un rojo brillante. Finalmente, llenó sus pulmones y dejó escapar un fuerte gemido.

—Al diablo con ustedes—, dijo.

—¿Vale la pena morir por ello? — preguntó Jack.

Jasmine sacó su arma y caminó hacia la espalda de Kenneth. Colocó el cañón contra la cabeza del hombre.

Sacudió la cabeza en ráfagas rápidas. —Bien, bien. Te diré. Aléjala de mí primero.

Jack asintió y Jasmine retrocedió. Rodeó la isla y se paró junto a Jack.

—Tuve acceso a algo que él quería—, dijo Kenneth.

—Se más específico—, dijo Jack.

—Materiales. Pude conseguirlos y algunas otras cosas que Chernov quería. Nunca tuve ningún trato real con él antes. Bueno, sólo algunas ventas, pero eso es todo.

—¿Qué tipo de ventas? — preguntó Jasmine.

—Hierba—, dijo Jack.

Kenneth asintió. —Sí, hierba. Pero nos pusimos a hablar y resultó que podía ayudarlo y me ofreció pagarme mucho dinero. Suficiente dinero que podría sacarme de aquí, ¿sabes? Así que lo hice.

—¿Qué diablos le vendiste y qué iba a hacer con eso? — preguntó Jack.

Kenneth no dijo nada. Su respiración se aceleró y parecía que se iba a desmayar.

Jack sacó su arma. La clavó en un lado de la cara de Kenneth, debajo del pómulo.

—¿Qué diablos le vendiste?

—Quiere hacer una bomba, ¿vale?

Jack se alejó del hombre. Miró a Jasmine. Sus miradas se encontraron y ambos compartieron la misma mirada de preocupación mezclada con adrenalina.

—¿A quién más tenemos aquí? — preguntó Jack.
—Llamaré a Frank—, dijo Jasmine.

CAPÍTULO 28

Akim condujo el vehículo por el camino de grava. El auto se hundió y rebotó mientras atravesaba la estrecha abertura entre la línea de árboles que rodeaba la propiedad. Llegaron a un claro. Una extensión de césped verde y exuberante envolvía una casa en expansión.

—Hogar—, dijo Akim.

Clarissa sonrió y no dijo nada. Pensó que su tiempo fuera sería limitado y comenzó a hacer un inventario mental de la propiedad. Ella notó el mejor lugar para esconderse. La mejor ruta para escapar.

Akim entró en el patio cuadrado que servía de aparcamiento. Estacionó entre dos sedanes de lujo y apagó el motor del vehículo.

Clarissa alcanzó la manija de la puerta. Se detuvo cuando sintió la mano de Akim en su muslo izquierdo.

—Espera—, dijo.

Mantuvo los hombros mirando hacia la puerta. Volvió la cabeza. Dijo: —¿Qué estás haciendo?

Él le sonrió, revelando un par de dientes frontales astillados y manchados de amarillo.

—Pensé que tú y yo podríamos establecer algunas reglas básicas ahora. Cuando lleguemos allí, Boris podría...

—Te daré una regla básica. Quita tu mano de mi pierna o te la cortaré mientras duermes.

Akim se enderezó y retrocedió. Su sonrisa permaneció. Extendió las manos y dijo: —Me gustan las mujeres duras.

Clarissa se movió en su asiento. Parpadeó lentamente. Sonrió. Golpeó rápido y fuerte, clavando su palma derecha en el diafragma de Akim.

Se inclinó hacia delante y golpeó el volante con la frente. Una exhalación gutural escapó de su boca. Se aferró a su asiento y al tablero mientras intentaba llenar sus pulmones. Su boca se abría y cerraba y sus ojos se abrían de par en par. Parecía un pez que acababa de encontrarse dentro de una camioneta.

—¿Es eso bastante duro? — Clarissa abrió la puerta y salió del coche. —No olvides mis cosas.

Tres guardias se acercaron y la encontraron en medio del patio. Uno de ellos le tendió la mano y le gritó en ruso que se detuviera. Ella tomó nota de su apariencia mientras el grupo se acercaba. Se destacó de los otros dos. Su cabello era gris, fino y cortado cerca de su cabeza. Llevaba gafas de sol con montura plateada y demasiado pequeñas para su ancho rostro. Vestía pantalones deportivos y una sudadera con capucha, un gran contraste en comparación con la juventud de los otros dos hombres y los trajes a medida que vestían.

—Te estábamos esperando, Anastasiya—, dijo.

Ella sonrió y dejó caer las manos a los costados.

—¿Qué está haciendo Akim? — preguntó.

Clarissa miró hacia atrás por encima del hombro. Akim todavía parecía encorvado en el asiento delantero.

—Dijo que necesitaba un momento para recuperar el aliento. Saldrá en un minuto. Dijo que recogería mis maletas.

—Bien. Entremos. Boris está deseando conocerte.

Clarissa asintió y siguió al hombre mayor a través del patio. Los otros dos guardias esperaron a que ella pasara. Sabía que la seguían por el eco de sus pasos.

Ella escaneó el frente de la casa. Las ventanas se alineaban en el exterior. Apenas había un tramo de más de dos metros y medio entre ellas. Sabía que, si se trataba de un asalto a la casa, querría estar lejos de las paredes exteriores. Las balas atravesarían todos los ángulos. Su mirada se elevó hacia la línea del techo. Vio a tres guardias. Uno colocado en cada extremo de la casa y otro en el medio. Supuso que había al menos tres más tomando posiciones similares en la parte trasera, eso si la parte trasera tenía la misma forma que la delantera. Tomó nota mental de investigarlo.

Tomaron la acera hasta la entrada, pasando junto a setos y macizos de flores bien cuidados. Dos guardias más vestidos con trajes oscuros y empuñando armas semiautomáticas los recibieron con leves movimientos de cabeza cuando el grupo dobló la esquina y atravesó una abertura hacia el patio delantero. Antes de su llegada se había abierto una pesada puerta de hierro fundido.

—Detente aquí—, dijo el hombre mayor. Miró más allá de Clarissa y continuó. —Ve a buscar a Akim, se está tardando mucho. Te esperaremos aquí.

—¡Qué lugar! —, dijo Clarissa.

El hombre asintió y no dijo nada.

Ella preguntó: —¿Cómo te llamas?

Él se bajó las gafas de sol y la miró fijamente por un momento antes de responder. —Eso no tiene importancia.

Ella se encogió de hombros y luego se giró al escuchar el regreso de los dos guardias con Akim, quien entrecerró los ojos y miró a Clarissa.

—Toma sus maletas—, le dijo el hombre mayor a uno de sus hombres. —Entremos.

Uno de los hombres situado junto a la puerta la abrió e indicó al grupo que pasara.

Clarissa cruzó el umbral del vestíbulo. Rápidamente descartó la mayoría de los elementos que consideraba ornamentales. Sin embargo, tomó nota del complicado panel de alarma. Supuso que en algún otro lugar de la casa había un panel que hacía juego, o uno que fuera aún más complicado.

El hombre mayor señaló a Clarissa y sus hombres. —Espera aquí—. Dio tres pasos y miró al grupo. —Akim, ven conmigo.

Akim dejó caer las bolsas de Clarissa al suelo. Le hundió el hombro en la parte superior de la espalda al pasar. El impacto la hizo avanzar unos pasos. Ella se abstuvo de tomar represalias. Algo en lo que ella era mejor estos días.

—Ya es suficiente, Akim—, dijo el hombre mayor. —Discúlpate con Anastasiya.

Akim giró la cabeza lo suficiente como para que un ojo hiciera contacto con Clarissa. —Lo siento.

Akim y el hombre mayor doblaron por un pasillo y desaparecieron de la vista.

Clarissa empezó a dar un paso. Una mano en su hombro le indicó que permaneciera en el vestíbulo. Escuchó la voz de un niño y vio la espalda de una niña. El cabello rubio pasó borroso.

La hija de Boris, pensó. Aunque la voz sonaba algo familiar. Clarissa lo descartó y se empapó de cada centímetro de la casa disponible para ella.

Se oyeron pasos y apareció un hombre. Ella lo identificó como Boris basándose en las fotografías que había visto en el vuelo.

Él sonrió y extendió los brazos. —Anastasiya, es un placer conocerte.

Clarissa sonrió y dio un paso adelante. Ella se inclinó hacia su abrazo y giró su rostro de lado a lado para que él pudiera besar sus mejillas.

—Lo mismo, Boris.

—¿Puedo traerte algo? ¿Una bebida, algo de comida?

—No en este momento. Me gustaría ver mi habitación.

—Por supuesto—. Boris chasqueó los dedos a uno de los hombres y le ordenó que llevara a Clarissa a su habitación y luego la llevara a su oficina. —Te veré en unos minutos.

Clarissa siguió al guardia por un pasillo oscuro hasta su habitación. Dejó sus maletas sobre la cama y luego entró en el baño adjunto y se lavó las manos y la cara.

Unos minutos más tarde la acompañaron al despacho de Boris.

—Por favor, siéntate—, dijo mientras le hacía señas a su escolta para que saliera de la habitación.

Ella se sentó frente a él en su escritorio.

—No puedo expresar lo bueno que es tenerte aquí—, dijo.

—Sí, me imagino que mirar a todos estos hombres todo el tiempo se vuelve aburrido, dijo.

Boris se rio y se reclinó en su silla. Juntó las manos. Su sonrisa persistió mientras hablaba. —He oído eso sobre ti. Cosas muy divertidas.

Ella levantó los hombros y extendió las manos. *Si tan sólo supiera*.

—Tengo muchas preguntas sobre cómo van las cosas en casa—, dijo. —Pero creo que es mejor que empecemos en lo que estamos haciendo aquí.

—Estoy de acuerdo.

El asintió. —Bien—. Abrió un cajón del escritorio y se inclinó sobre él.

Clarissa aprovechó la oportunidad para echar un vistazo a la habitación. Nada fuera de lo común. Fila tras fila de libros. Al menos mil, tal vez más. Quería ver mejor por la ventana y la vista que ésta ofrecía. Le pareció extraño que no hubiera otra manera de salir de la habitación excepto por la forma en que ella entró.

Boris se enderezó y colocó un conjunto de archivos en el escritorio. —Espera hasta que veas lo que tenemos aquí.

Boris revisó los papeles y los colocó sobre el escritorio en pilas organizadas. Explicó los objetivos y las oportunidades y las mejores fechas para atacar. Clarissa asintió, sonrió y formuló preguntas sencillas.

—Ahora—, dijo, —tu papel en todo esto.

—Por favor, dímelo.

—Supervisaré la operación general. Pero necesito gente, gente fuerte, que sea líder en determinadas áreas estratégicas. Tres para ser exactos. Una persona en el este. Una en el oeste. Y una en el medio. Mis tres capitanes, por así decirlo.

—He leído a Maquiavelo—, dijo. —La mejor manera de infundir miedo en una organización es cortarle la cabeza a uno de sus capitanes. ¿Está eso en tus planes?

Boris ladeó la cabeza y se reclinó. Su sonrisa volvió. Sus ojos, sin embargo, se entrecerraron. Clarissa tuvo la sensación de que él se preguntaba si la había juzgado mal.

—Sólo si dicho capitán me da una razón para cortarle la cabeza—, dijo.

—Entonces esta capitana se asegurará de hacer todo lo que esté a su alcance para hacerte feliz con su trabajo.

Boris asintió y no dijo nada. Él no le quitó los ojos de encima. Ni siquiera parpadeo.

—¿Dónde quieres colocarme? — preguntó ella.

Boris se levantó y se alejó del escritorio. Caminó por la habitación por unos momentos y se detuvo frente a la ventana. Clarissa pensó en unirse a él para echar un vistazo al exterior. Decidió no hacerlo.

Volvió la cabeza e hizo contacto visual. —En siete días viajarás a la costa oeste.

—¿California?

—Te diré dónde en siete días.

—¿Por qué debe ser un secreto?

Se volvió de nuevo hacia la ventana. —Regresa a tu habitación y prepárate para la cena.

Clarissa permaneció sentada un minuto y luego se levantó y caminó hacia la puerta. Se detuvo antes de agarrar el mango. Miró por encima del hombro. Boris permaneció junto a la ventana, mirando al vacío, como si estuviera en trance. Abrió la puerta y salió al pasillo. Nadie la esperaba.

Caminó por el pasillo y volvió sobre sus pasos hasta su habitación. El tarareo de una joven flotaba por el pasillo. El sonido melódico se hizo más fuerte cuando Clarissa se acercó a una puerta abierta. Se detuvo fuera de la habitación. Dio un paso hacia la pared y colocó las palmas de las manos contra ella. Se giró hacia la derecha y miró dentro.

Clarissa nunca había visto un fantasma, al menos no que ella fuera consciente de ello. Pero la sensación en su estómago en ese momento era lo que imaginaba que se sentiría al ver el espíritu de una persona muerta.

—Mandy—, dijo en una voz un poco más alta que un susurro.

La niña se apartó de su escritorio. Sus ojos se agrandaron y su boca se abrió.

Clarissa se llevó un dedo a los labios. Entró en la habitación y cerró la puerta. Se encontraron a medio camino y se abrazaron. Mandy enterró su rostro en el pecho de Clarissa. Clarissa acercó la cabeza de la niña en un intento de amortiguar sus sollozos. Revisó la habitación en busca de una cámara de seguridad. No vio ninguna.

Mandy dejó de llorar y echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos azules se habían inyectado en sangre y sus pálidas mejillas estaban manchadas de lágrimas.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó Mandy.

—Es difícil de explicar, cariño. Estoy en una misión. La pregunta es ¿qué estás haciendo aquí?

—Me robaron en el banco. Lastimaron a Oso y me llevaron.

—¿Oso está aquí?

—Vivimos aquí ahora.

—Dame la dirección, Mandy.

La niña le dijo a Clarissa la dirección.

—Te voy a sacar de aquí. Tienes que confiar en mí.

—De acuerdo.

—Pero necesito que finjas que no me conoces.

—De acuerdo.

—No pueden saber quién soy. Creen que soy de Rusia.

—No diré nada.

CAPÍTULO 29

Oso se reclinó en su sofá y miró el reloj. Tenía una pierna estirada sobre el sofá. La otra sobre la mesa de café. Su timbre sonó a las seis en punto. Cruzó la habitación y abrió la puerta sin antes comprobar quién estaba allí. En su porche había dos agentes uniformados. Oso no dijo nada.

—¿Riley Logan?

Oso asintió.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas, señor Logan.

Oso dio un paso atrás y mantuvo la puerta abierta. —Vamos, adelante.

Los policías entraron. Uno señaló el sofá y asintió con la cabeza hacia Oso.

Oso tomó asiento y dijo: —¿Qué puedo hacer por ustedes?

Uno de los oficiales no le prestó atención a Oso. Caminó por la sala de estar, mirando detrás de sillas, mesas y libros.

El otro oficial se paró frente a Oso. —¿Dónde estaba alrededor de las dos de la tarde de esta tarde?

Oso se encogió de hombros. Pensó que los oficiales estaban allí para hablar sobre Mandy y la cuestión de su paradero lo desconcertó. Había estado con el detective Larsen a las dos de la tarde. Pero Larsen le había contado a Oso que la mitad del departamento de policías estaban comprados. ¿Podrían estos hombres ser parte de esa mitad?

—Aquí. No he hecho mucho, ya sabes, esperando saber algo sobre mi pequeña.

—Tenemos un testigo que dice que lo vieron con el detective Larsen, en las afueras de la ciudad, alrededor de las dos de la tarde. Hoy.

¿Curtis Hale?

Oso dijo: —Sí, supongo que eso suena bien.

—¿Qué estabas haciendo con él?

Oso mintió. —Le estaba mostrando los diferentes lugares a los que solíamos ir. Fuimos al lago y le mostré dónde fuimos a pescar hace unas semanas.

—¿En este clima?

—Sí, con este clima—. Sabía que sonaba mal, pero tenía que dar alguna razón para estar ahí fuera.

—¿Qué hace usted, señor Logan? — preguntó el otro oficial detrás de él.

—¿Eh?

—Para ganarse la vida. ¿A qué se dedica?

—Soy rico de forma independiente. Yo solo crío a mi pequeña. Leo. Veo la televisión.

El oficial detrás de él caminó detrás del sofá. Oso no miró hacia atrás.

—Suena como la vida de un holgazán.

—Trabajé para ello.

—¿Por qué no nos cuenta qué estaba haciendo con el detective Larsen?

—Lo acabo de hacer.

Los policías no dijeron nada. El que estaba detrás de él rodeó el sofá y caminó hacia la puerta principal abierta. Él cerró la puerta. Giró el cerrojo hacia la derecha y puso el seguro.

Oso empezó a tener la sensación de que estos dos agentes estaban en la mitad corrupta del departamento.

Oso preguntó: —¿Le pasó algo al detective Larsen?

—¿Por qué piensa eso?

Oso puso sus manos sobre sus rodillas y comenzó a ponerse de pie. Ambos oficiales levantaron las manos y le hicieron un gesto para que se sentara.

—Bueno—, dijo Oso, —he estado rodeado de policías con un plan oculto. Y estaría perdido si ustedes dos no fueran policías con un plan oculto.

Se miraron el uno al otro.

—Sólo díganos qué estaba haciendo, señor Logan.

Oso sintió que sus mejillas se enrojecían y su cuello se calentaba.

—Les dije. Me está ayudando a encontrar a mi pequeña, que es más de lo que ustedes dos bastardos están haciendo ahora mismo. Así que les agradecería que salieran de mi casa.

—El detective Larsen no es un buen hombre. ¿Le contó lo que pasó?

Oso se había estado preguntando a qué se había referido Larsen ese mismo día. Cuando Oso presionó, el detective se negó a responder.

—¿Sabe que perdió a su propia hija no hace mucho?

Oso negó con la cabeza.

—Su culpa. Imprudencia. Pero le echó la culpa a otra persona y ahora tiene un plan contra esa persona. Nos preocupa que lo esté utilizando para cumplir su propio plan.

—No sé de qué están hablando—, dijo Oso. —Simplemente íbamos a lugares que Mandy y yo frecuentábamos. No se habló de ningún plan.

Uno de los agentes abrió la puerta y salió al porche. Oso lo vio meter la mano en el bolsillo y sacar un cigarrillo. Le dieron ganas de fumar.

—Señor Logan, investigué un poco sobre usted. No hay mucha información por ahí.

Oso subió los hombros hasta las orejas y extendió las manos.

—¿Por qué no me cuentas dónde estaban usted y Mandy antes de venir a nuestra ciudad?

—Estábamos en Nueva York.

—¿Y?

Oso no dijo nada.

El policía esperó uno o dos minutos antes de volver a hablar. —Lo estamos observando, Logan. Será mejor que crea que lo estamos observando. Un paso fuera de la línea y lo pondremos tras las rejas durante un mínimo de cuarenta y ocho horas. Si lo pillan caminando imprudentemente, lo arrestarán. ¿Entendido?

Oso abrió la boca para hablar. Hizo una pausa por un momento. El policía estaba a sólo unos metros de distancia. La postura del hombre indicaba que subestimaba mucho a Oso, y Oso calculó el ataque en su mente. No estaba seguro de poder asegurar el arma del policía antes de que el otro oficial pudiera disparar.

—Sí—, dijo Oso. —Lo tengo. Ahora lárguense de mi propiedad.

LARSEN LLEGÓ UNA HORA MÁS TARDE.

—Qué bueno que hayas aparecido—, dijo Oso mientras abría la puerta.

—Llegué hace rato—, dijo Larsen desde el borde del porche. —Sin embargo, vi la patrulla.

Oso salió.

—¿Quiénes eran esos carromatos?

—Miller y Stevenson.

—¿Están de tu lado?

Larsen negó con la cabeza. Pasó junto a Oso y caminó por la habitación. Revisó en todos los mismos lugares que el policía había estado antes.

—¿Qué estás buscando? — preguntó Oso.

Larsen se acercó a Oso y habló en voz baja. —Estoy buscando un micrófono.

—Quizás deberíamos volver a salir entonces. Tengo preguntas para ti.

Larsen echó un último vistazo rápido a la habitación y luego salió. Oso lo siguió.

—Háblame de tu pequeña—, dijo Oso.

Larsen se apoyó en un poste de soporte y buscó dentro de su abrigo. Sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno e inhaló profundamente. Después de expulsar el humo, habló.

—Ella murió. Hace cuatro meses. Atropellada.

Oso esperó a que Larsen continuara. Cuando el hombre no dijo nada más, Oso le pidió más información. —¿Qué pasó con el conductor?

—La atropelló y se fugó.

—¿Estabas allí?

Larsen asintió.

—¿Fue tu culpa que ella estuviera en la calle?

Larsen negó con la cabeza.

—¿Acababa de salir a la carretera?

Larsen se frotó la mandíbula y pensó por un momento.

—Ella estaba en la acera. Yo estaba en el jardín, rastrillando hojas. Oí chirriar los neumáticos. Me volví y vi el coche que venía por la calle. Estaba en el lado equivocado de la calle. Se me cayó la pala. Le grité a mi hija. Estaba sentada en la acera con un montón de tiza, supongo que así lo llaman. Dibujaba flores o estrellas o algo así. Ella me escuchó y se giró. Se puso de pie de un salto. El auto se acercó. Salí corriendo, pero no llegué a ella a tiempo. El auto saltó la acera y la atropelló. Su cuerpecito…

Oso conocía el resto.

—Jesús, Larsen, yo...

Larsen levantó la vista. Se le habían humedecido los ojos. Estaban oscuros y enojados.

—Los policías que estaban aquí dijeron que tenías una plan. También dijeron que la muerte de tu hija fue culpa tuya.

Larsen arrojó su cigarrillo al césped. Aterrizó en un pequeño trozo de nieve sobrante. Encendió otro.

—En cierto modo, supongo que sí.

—¿Qué significa eso?

—Me acerqué demasiado a Melikov. Trajo demasiados problemas. Rechacé su oferta cuando lo confronté.

—Así que tienes un plan.

Larsen asintió. —Es un mal hombre. Querría que lo eliminaran sin importar qué. El hecho de que él haya hecho matar a mi pequeña sólo me alienta a apretar el gatillo yo mismo.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

Larsen cruzó el porche y apoyó las manos en la barandilla de madera. —Me he hecho esa pregunta muchas veces. Supongo que no lo sé. Creo que es la placa, hombre. Necesito atraparlo en el acto para justificarlo. Si veo al hombre que conducía el coche, apretaría el gatillo pase lo que pase. Pero con Boris necesito algo más.

—¿Lo viste bien?

—Sí, lo vi. Aunque no lo he visto desde entonces.

Oso no dijo nada. Sintió y comprendió el dolor del hombre. Ambos habían sido agraviados por el mismo hombre y Oso decidió que haría lo que fuera necesario para vengar a la hija de Larsen y rescatar a Mandy.

—Nuestro muchacho trabajará mañana por la noche. Boris está celebrando algún evento, una gala. Creo que es nuestra mejor oportunidad.

—¿Crees que podemos simplemente entrar allí? Seguramente alguien se fijará en ti. Alguien se acordará de mí del banco.

—El evento no es en su casa. Es en la ciudad.

CAPÍTULO 30

Jack y Jasmine llevaron a Kenneth al hotel con ellos. Un arma en medio de su espalda fue suficiente para mantenerlo obediente. Lo esposaron a una silla. Tuvieron que esperar a que Frank llevara un equipo a Atlanta para hacerse cargo del interrogatorio. Eso liberaría a Jack y Jasmine para perseguir a Chernov. El problema fue que Frank no pudo bajar a nadie hasta la mañana siguiente. Eso significó otra noche de sueño insuficiente.

Se turnaron para vigilar al hombre con relevos de dos horas. A Kenneth no parecía importarle que lo vigilaran ni el hecho de que estuviera esposado a una incómoda silla de la habitación de un hotel. Se quedó dormido poco después de las diez de la noche y todavía estaba dormido a las cinco de la mañana cuando llamaron a la puerta.

Jack se levantó y cogió su pistola de la cómoda. Cruzó la habitación. Miró por la mirilla y vio a dos hombres vestidos con trajes oscuros. Se dio cuenta de que debería haber despertado a Jasmine y pedirle que abriera la puerta, ya que reconocería a cualquiera que Frank enviara.

Jack abrió la puerta y al abrirla sostenía su arma a la espalda.

—¿Sí? — dijo él.

—¿Eres Jack Noble? — preguntó uno de los hombres.

Jack asintió. Dos personas más sabían que estaba vivo.

—Soy Fegan, este es Reed.

Fegan medía cerca de metro ochenta de altura y tenía el cabello oscuro y bien cuidado. Tenía una constitución atlética. Parecía el típico agente del gobierno. Reed, por otro lado, era más bajo que el promedio y tenía alrededor de veinte kilos de sobrepeso. Su cabello ralo estaba revuelto y sin peinar y su rostro estaba cubierto de barba incipiente. Sostenía una bandeja de cartón con cuatro tazas de lo que Jack supuso que era café.

—Pasen, chicos—, dijo Jack.

Se giró para guiarlos y vio que Jasmine se había levantado y estaba sentada en la silla que había ocupado momentos antes. Estaba un poco sorprendido de no haber notado que ella se movía en el fondo. ¿Alguna vez recuperaría sus habilidades?

—Buenos días, Jasmine—, dijo Fegan.

Ella sonrió y asintió.

Reed colocó la bandeja de cartón sobre la mesa. —Sírvanse—. Luego miró a Kenneth y añadió: —Tú no—. Reed se rio de su broma. Nadie más lo hizo.

Jack tomó dos tazas. Le entregó una a Jasmine y se quedó con la otra.

—Entonces, ¿qué harás con él? — preguntó Jack.

—Tenemos un lugar cercano para llevarlo—, dijo Fegan. —Comenzaremos con la información que te dio y luego profundizaremos. Veo que nos convertiremos en grandes amigos a lo largo del día. ¿No es así?

Jack observó cómo Fegan le sonreía a Kenneth. Era una sonrisa fría que tenía un toque de maldad. Lo reconoció e imaginó que él mismo había esbozado una sonrisa así una o dos veces.

Jasmine dijo: —Asegúrate de brindarnos actualizaciones durante todo el día. Todo lo que él te diga, lo quiero saber. Sabe más de lo que deja entrever, de eso estoy segura—. Miró a Kenneth por un momento. —Lo necesitamos mucho, chicos. Así que no importa lo trivial que crean que es, dígannoslo.

Fegan desvió la mirada de Kenneth a Jasmine. —Lo entiendo. Adelante, quítale las esposas de la silla.

Jack metió la mano en su bolsillo y sacó un juego de llaves. Abrió las esposas y se las quitó de las muñecas a Kenneth. El hombre instintivamente comenzó a frotarse las muñecas para estimular la sensación y el flujo sanguíneo. Reed se puso delante de Jack y le colocó un nuevo juego de esposas.

—Vamos, muchacho bonito—, dijo Reed mientras agarraba el codo de Kenneth y lo levantaba de la silla.

Kenneth enderezó las piernas y arqueó la espalda. Miró a Jack y le guiñó un ojo y le sonrió. —Encantado de trabajar contigo, Noble.

Cristo, tres personas más.

JACK Y JASMINE PERMANECIERON EN LA HABITACIÓN. ESTABAN ESPERANDO QUE FEGAN SE comunicara con ellos. Jack aprovechó la oportunidad para recuperar el sueño.

Se despertó y miró hacia la ventana. Un fino rayo de sol se coló a través de una pequeña abertura entre las pesadas cortinas y le dio en los ojos. Él se estremeció, se cubrió la cara y se sentó. Jasmine hablaba por teléfono, fuera de la vista.

Jack se levantó y caminó hacia el estrecho pasillo entre la parte principal de la habitación y la puerta principal. Jasmine estaba en el baño con su teléfono celular en la oreja. Le sonrió a Jack y levantó un dedo en el aire.

—Está bien, Frank. Suena bien. Creo que tenemos lo que necesitamos. Lo suficiente como para hacer un movimiento, eso es seguro.

Cubrió el micrófono y habló con Jack. —Se quebró. Rápido. Dijo todo. Tenemos suficiente para entrar. Fegan y... — Destapó el micrófono y habló con Frank. —Sí, eso suena bien. Los esperaremos y luego planificaremos nuestro próximo movimiento—. Colgó el teléfono.

—¿Qué dijo? — preguntó Jack.

—Resulta que nuestro chico Kenneth estaba mucho más involucrado de lo que pensábamos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es el segundo al mando de Chernov. Esto es profundo, Jack. Muy profundo.

—¿Qué tan profundo?

—Aún no tenemos un nombre, pero Chernov informa a otra persona aquí en Estados Unidos. Tienen algo en proceso. Por lo que Kenneth les dijo a nuestros muchachos, están planeando una serie de ataques y Chernov es responsable de coordinar todo en la costa este.

—¿Qué tan grande es esto?

—De Boston a Miami.

—¿Creemos que este tipo dice la verdad?

—Frank está trabajando en eso. Con la información que Kenneth dio, Frank puede consultar con amigos y ver si hay alguna información de inteligencia para corroborar lo que nos está

diciendo.

Jack regresó a la habitación. Apartó las cortinas y se sentó a la mesa. La luz del sol se sentía cálida sobre su piel, aunque dudaba que fuera tan cálida afuera.

Jasmine agarró el asiento contra la pared y lo arrastró hasta la mesa. Se sentó y dijo: —¿Qué tienes en mente, Jack?

—Es demasiado fácil.

—¿Qué quieres decir?

—¿Van apenas cuatro horas y este tipo lo dice todo?

Ella se encogió de hombros. —No es la primera vez, Jack. Reed y Fegan son buenos en lo que hacen—. El teléfono de Jasmine sonó y ella contestó. —Reed, sí, estamos listos para salir—. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

Jack se levantó, agarró su arma y su chaqueta. Siguió a Jasmine a través de la puerta y hacia el pasillo. Ella tenía una ventaja de tres metros y él luchaba por seguir el ritmo de la conversación que estaba teniendo. Llegaron al auto y él se subió por el lado del conductor. Arrancó el motor y esperó a que Jasmine se uniera a él.

Abrió la puerta, terminó su conversación y luego entró.

—¿A dónde? — preguntó Jack.

Jasmine sacó direcciones en el GPS. —Vamos a la casa de interrogatorios. Está a unos veinte cuatro kilómetros de aquí. No debería cambiar mucho nuestra distancia general con Chernov.

Jack sacó el coche del aparcamiento y siguió las indicaciones del GPS. Jasmine lo puso al día con la conversación que acaba de tener con Fegan.

—Lo tienen todo, Jack. La estructura de poder, la ubicación de otras células, incluso algunos de los objetivos que planean atacar.

—¿Por qué haría eso?

—Hicieron algunos tratos con él.

—No harían el tipo de tratos que devolverían ese tipo de información tan pronto.

Jasmine no dijo nada.

—Entonces, ¿te dio la información?

—No, ahí lo tienen escrito. Lo revisaremos cuando lleguemos allí. Entonces tendremos una oportunidad con Kenneth y podrás juzgar por ti mismo si él nos está engañando. Tal vez se sienta culpable por lo que ha hecho ahora que las cosas se están acercando a ser reales.

—Esa es otra cosa. ¿Cómo pasa este tipo de no estar en la organización a ser el segundo al mando, o lo que sea que diga ser?

—Supongo que nos estaba dando una línea, Jack.

Jack lo pensó un poco mientras el GPS le indicaba que girara a la izquierda y luego a la derecha. Kenneth le había mentido a alguien en algún momento de las últimas veinticuatro horas. Pero ¿a quién? ¿Había mentido en la casa o les había mentido a Fegan y Reed?

El GPS les dijo que giraran a la derecha una vez más y luego les dijo que su destino estaría a la izquierda. Jack observó la casa desde lejos. Notó la puerta principal abierta.

—¿Les enviaste un mensaje de texto y les dijiste que estamos cerca? — preguntó Jack.

—No—, dijo Jasmine. —¿Quieres que lo haga?

Jack negó con la cabeza. Redujo la velocidad del coche cuando pasaron por la casa. No pudo ver mucho a través de la puerta abierta.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó Jasmine.

—No estoy seguro—. Jack giró en U al final de la calle y pasó de nuevo por delante de la casa. Detuvo el coche unas casas más allá y aparcó junto a la acera.

Salieron y cruzaron el césped. Se dirigieron a la casa, permaneciendo cerca del frente de las casas vecinas para protegerse de la vista. Afuera reinaba el silencio. El barrio parecía vacío. Típico de un día laboral en una zona suburbana.

Llegaron a la casa y se acercaron a la puerta abierta. Jack entró primero y Jasmine lo siguió.

—¿Fegan? ¿Reed? — gritó ella.

Jack se detuvo para escuchar. Se escuchó un ligero zumbido de fondo. Nada más. Salió al pasillo y Jasmine se dirigió a la cocina.

—Jack—, gritó desde la cocina.

Salió del pasillo y cruzó la sala de estar. Entró en la cocina. Jasmine estaba parada frente a una isla, al lado del refrigerador. A sus pies había un charco de líquido carmesí. Jack rodeó la isla hasta el extremo opuesto. Miró al suelo. Allí, apilados uno encima del otro, estaban los cuerpos de Fegan y Reed, el de Reed, el más pesado, encima de Fegan.

Jack se arrodilló junto a sus cabezas. Ambos hombres habían sido baleados a quemarropa con un arma de pequeño calibre. Dos heridas de entrada en cada uno de ellos. Frente de la cabeza de Reed. Parte posterior de la cabeza para Fegan. Sin heridas de salida.

Miró a Jasmine, que ya tenía su teléfono móvil en la mano y estaba marcando.

—Espera—, dijo Jack.

—¿Qué?

—Sólo espera.

Miró alrededor de la cocina. No había prestado atención al zumbido hasta ahora. Vio que el microondas montado sobre la estufa estaba encendido y contando hacia atrás. Se levantó y miró dentro. Un único cuadrado gris del que sobresalían alfileres y cables giraba en círculo en la bandeja del microondas. Miró el cronómetro. Leyó veintisiete segundos.

—Jasmine—, dijo en el tono más tranquilo que pudo. —Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Ella giró la cabeza y le dirigió una mirada perpleja.

—Ahora. Corre.

Cruzaron la puerta y cruzaron el césped del vecino antes de que el explosivo detonara con un rugido atronador. Se lanzó hacia un lado y arrastró a Jasmine al suelo con él entre dos casas. Se deslizaron hacia la pared para protegerse de los escombros que caían a su alrededor.

—¿Que acaba de suceder? — preguntó ella.

—¿Que acaba de suceder? Era una trampa. Eso es lo que acaba de pasar.

Se puso de pie y miró a la vuelta de la esquina. Los escombros habían dejado de caer. Ayudó a Jasmine a levantarse del suelo y la llevó al coche.

—Entra. Necesitamos salir de aquí ahora.

Miró alrededor del vecindario. Varias personas se encontraban ahora afuera de sus casas. La mayoría de ellos sostenían los teléfonos a un lado de la cabeza. Algunos miraron en su dirección. Vio claramente a una persona con una cámara de vídeo apuntándoles. Jack se dio la vuelta y entró en el coche. Encendió el motor y aceleró.

Jasmine miró por la ventana con una expresión en blanco en su rostro.

Jack pensó en consolarla. Cambió de opinión. —Deberías llamar a Frank.

CAPÍTULO 31

—¿A dónde vas? — preguntó el guardia en la puerta principal.

Clarissa dijo: —Sólo vine a la ciudad para comprar algunas cosas.

—¿Le has dicho esto a Boris?

—No soy una prisionera aquí. Puedo ir y venir cuando quiera.

El guardia no se movió.

—Sí, él sabe que voy a salir. Ahora apártate de mi camino.

El guardia se mantuvo firme por un momento y luego se hizo a un lado. Clarissa pasó junto a él y encontró el coche que coincidía con las llaves que le había dado Boris. Presionó el botón de bloqueo en el llavero varias veces y vio encenderse las luces traseras de un cupé Lexus negro.

Se sentó en el asiento del conductor y puso en marcha el motor. Luego, buscó a tientas el GPS. Fue necesario realizar muchas panorámicas y acercamientos para ver los nombres de las calles individuales. No pudo ingresar la dirección que Mandy le había dado. Se guardaría en la configuración y alertaría a Boris de que había estado tramando algo. No tenía ninguna duda de que él la estaba vigilando detrás de ella. Estaba en su naturaleza.

Finalmente, encontró la calle y volvió a salir. Cerca de la casa de Oso había un centro comercial. Configuró el GPS para navegar hasta el centro comercial y luego se fue.

Veinte minutos más tarde entró en el aparcamiento del centro comercial. Aparcó en la parte trasera, frente a una tienda de ropa con descuento. Se tomó un momento para orientarse mientras miraba el GPS. Un mapa mental se formó en su cabeza. Salió del auto y comenzó a caminar.

Una pequeña ciudad pintoresca, pero no tan tranquila como esperaba. Muchos niños jugaban afuera. Se dio cuenta de que debían ser las vacaciones de primavera.

No creía que hubiera manera de poder vivir en un lugar como este. No había suficiente para su gusto. Además, era demasiado agradable, si es que realmente existiera tal cosa.

Dio una última vuelta y pasó por delante de cuatro casas. Se detuvo en la quinta. Sin llamar la atención, exploró la calle. Vacía. Una buena señal. No había coches esperando. No había gente mirando. Cruzó la pasarela de cemento, subió las escaleras y luego cruzó el porche. Llamó a la sencilla puerta de entrada.

Sintió ligeras vibraciones bajo sus pies cuando alguien cruzó una habitación hacia la puerta. Alguien grande. La puerta se abrió. Aunque la figura era poco más que una sombra, tenía la forma indistinguible del hombre que había venido a ver.

—Hola, Oso.

—Jesús, debes estar bromeando—. Abrió la puerta y rodeó a Clarissa con sus gruesos brazos, levantándola del suelo y apretándola con tanta fuerza que no podía respirar mientras estaba en sus manos. La empujó hacia adentro y la dejó en el suelo. Cerró la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí, niña?

—Es una larga historia.

—Tengo algunas horas de sobra.

—¿Tienes una cerveza?

—Seguro. Entra.

La llevó a la cocina. Se sentó ante la mesa estilo años cincuenta con bordes cromados. Abrió la nevera y sacó dos cervezas. Abrió las tapas y las dejó caer sobre el mostrador. Dejó una cerveza frente a ella y luego se sentó.

Oso dijo: —No puedo creer que estés aquí. ¿Ha pasado cuánto? ¿Seis meses?

Ella asintió. Tomó un trago de la botella.

—¿Qué has estado haciendo? — preguntó. —Y ¿cómo me encontraste aquí? ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Clarissa sintió que sus mejillas se sonrojaban mientras pensaba en cómo decirle que había visto a Mandy. Sólo sabía que tenía que ir a ver al gran hombre. No se hicieron planes más allá de eso.

—Es Mandy.

Oso bajó la cabeza y se hundió en su silla. Dejó su botella sobre la mesa. Cruzó los brazos.

—Voy a recuperarla—, dijo.

—Sé dónde está.

—Yo también. Y voy a buscarla.

—No, Oso, escucha. No lo entiendes. Mira, no puedo decir mucho, pero básicamente estoy encubierta. Me quedaré en la casa, al final del pasillo de donde está ella.

—Entonces tienes que sacarla de allí.

—No es tan simple.

—Diablos, no lo es. Sácala de ahí, Clarissa.

Dio un largo trago a la botella y pensó por un momento antes de hablar.

—Ese lugar es un complejo, Oso. El chico tiene seguridad profesional en todas partes. Guardias dentro de la casa. Afuera. Probablemente ubicados en el bosque que rodea la casa. No hay manera de que pueda salir con ella.

Oso descruzó los brazos y dejó caer las manos sobre su regazo. —¿Hablaste con ella?

—Sí. Ella tiene su propia habitación. Parece tener rienda suelta en la casa. La están tratando bien.

—Entonces, ¿por qué la retienen?

—Aún no conozco a Boris lo suficiente como para saberlo.

—Esta noche hay un evento. ¿Va a estar allí?

Clarissa se encogió de hombros. —No estoy segura de saber de qué estás hablando. Si está pasando algo, todavía no me lo han dicho.

—Íbamos a ir y sacarle más información a alguien. Pero, Clarissa, tienes que irte. Trae a Mandy.

—A qué te refieres con “íbamos”? ¿Y, cómo voy a sacarla de la casa?

Oso lo pensó por unos momentos. —Tienes razón. Supongamos que no puedes lograr que él le permita irse. Pero, ¿y si no se reduce la seguridad en la casa mientras están en el evento?

—¿Cómo debería saberlo? Seguramente habrá algo de seguridad. Por no hablar del sistema de alarma que tienen instalado.

—Maldita sea.

Clarissa extendió su mano sobre la mesa. La mano de Oso encontró la de ella.

—Estoy dentro—, dijo. —Me aseguraré de que esté a salvo y la sacaré. Pero cuando sea el

momento adecuado. ¿De acuerdo?

Oso asintió. Cogió la botella de cerveza y se la llevó a los labios. Volvió a ponerla sobre la mesa. —¿Tienes tu propio teléfono? ¿Un teléfono seguro?

—Sí.

Él le dio su número. —Envíame un mensaje de texto y cuéntame qué pasa esta noche. ¿De acuerdo? Si puedes traerla, entonces sucederá esta noche.

Ella dudó un momento y dijo: —Ayudaré tanto como pueda. Pero Oso, debes darte cuenta de que no puedo comprometer mi posición todavía. Tengo que conseguir algo sólido en este grupo. Eso no puede suceder si me revelo.

—Comprendido—. Oso hizo una pausa. —Si escuchas disparos, apártate del camino.

CAPÍTULO 32

Pierre abrió el maletín que le habían entregado después de salir del Aeropuerto Internacional de Des Moines. El maletín contenía dos pistolas Glock 17 de 9 mm, tres cargadores completamente llenos por arma y un silenciador para cada arma. También había un cuchillo táctico con funda para el tobillo.

Dejó el cuchillo y las revistas sobre la mesa. Inspeccionó cada Glock con cuidado, pasando el dedo por las armas mientras lo hacía.

También colocó una serie de fotografías sobre la mesa. Las fotografías eran del hombre que conocía como Oso. Sin embargo, nunca había trabajado directamente con Oso. Pierre sólo lo conoció a través de su asociación con Jack Noble. El trabajo resultó no ser tan malo como pensaba cuando Charles se lo presentó. No era cercano a Oso y, por lo tanto, no creía que quitarle la vida plantearía un problema moral. Especialmente no por lo que le pagarían por el trabajo.

En ese momento, una ola de duda invadió a Pierre. ¿Qué pasaría si el viejo y Charles simplemente lo estuvieran usando? Sabía que Oso era un cabo suelto. Pierre pensó en su propia implicación en la situación de Jack y Clarissa. Sus acciones entonces podrían haberlo dejado también como un cabo suelto.

El dilema rondaba por su mente mientras se preparaba para salir a echar un primer vistazo a la propiedad de Oso y a la posible ubicación del ataque. ¿Debería sacar a Oso ahora? Podría arriesgarse con el viejo y estar preparado para la batalla cuando regresara a Nueva York o París. Tal vez debería ponerse en contacto con Oso, de forma anónima, antes de tomar cualquier medida contra él. Quizás había algo que él no sabía. Quizá había alguna brecha en la organización.

Decidió no insistir en ello. Había dejado que lo que encontrara cuando llegara a la casa de Oso determinara su curso de acción.

Pierre se vistió y se puso un abrigo dos tallas más grande que la suya. Enfundó sus armas dentro del abrigo y colocó los cargadores adicionales en sus bolsillos. Finalmente, se ató el cuchillo alrededor de la parte inferior de la pierna. Dudaba que el cuchillo fuera de gran ayuda si se encontrara en condiciones de usarlo contra Oso.

Encontró su coche Ford alquilado en el aparcamiento del hotel. Condujo hacia el pequeño pueblo en el que el anciano le había dicho que vivía Oso. El camino era largo, llano y aburrido. Afortunadamente, el pueblo era pequeño y Pierre no tardó mucho en encontrar la calle de Oso. Aparcó junto a la acera a una manzana de distancia. Sacó un par de binoculares y enfocó la casa. La vista no era tan buena como esperaba, así que condujo otros treinta metros y se detuvo de nuevo. Ahora estaba a sólo unas pocas casas de distancia. Se pasó al asiento del pasajero y se agachó para quedar lo más fuera de la vista posible.

Pierre llevaba veinte minutos vigilando la casa cuando se abrió la puerta. Un hombre grande salió y Pierre reconoció que era Oso. Oso sostuvo la puerta mosquitera abierta y Pierre supuso que la niña sería la siguiente en salir. No daría el golpe aquí ni ahora, no con la niña cerca.

Pero la niña no salió, sino una mujer. Pierre entrecerró los ojos detrás de los binoculares. Le resultaba familiar, pero no podía ubicarla. El rostro se parecía a la mujer con la que Jack había estado en París. Clarissa, pensó. Pero el pelo era demasiado oscuro. Su cabello era rojo, rojo oscuro, pero rojo, al fin y al cabo. Esta mujer tenía cabello castaño oscuro. El parecido facial era asombroso y pensó que podría mencionárselo al anciano cuando lo llamara más tarde esa noche. Si lo llamaba.

Oso estaba en el porche. La mujer cruzó el patio y giró por la acera, caminando hacia Pierre. Bajó aún más su asiento en un intento de permanecer fuera de la vista. Si bien quería verificar si ella era la mujer de París, ser descubierto ahora supondría un gran problema en la forma en que planeaba hacer el trabajo.

Permaneció inmóvil durante diez minutos por si la mujer decidía parar y atender una llamada telefónica o fumar un cigarrillo. La idea hizo que Pierre deseara fumar su propio cigarro y buscó a tientas en su chaqueta hasta que encontró un paquete sin abrir. Quitó el envoltorio de celofán y se puso un cigarrillo en la boca. Lo encendió, cerró los ojos e inhaló. Estaba a punto de sentarse y regresar al asiento del conductor cuando se abrió la puerta del lado del pasajero.

Pierre dejó caer el cigarrillo y buscó dentro de su chaqueta. Se quedó helado cuando sintió el frío cañón de una pistola en la parte superior de su cabeza.

—No te molestes—, dijo un hombre. —Pon tus manos donde pueda verlas.

Pierre lentamente sacó las manos de su abrigo y las colocó en el aire frente a él.

—Siéntate.

Pierre hizo lo que le indicaron.

—¿Qué carajos haces vigilando mi casa? Espera un minuto. ¿No te conozco?

Pierre volvió la cabeza y le sonrió a Oso. —Sí, me conoces.

Oso observó al francés moverse incómodo en el sofá. En cualquier otro momento lo ataría y haría sudar a Pierre. Pero el tiempo era una mercancía.

—Repasa esto de nuevo—, dijo Oso. —Y dime por qué estabas sentado afuera de mi casa.

Pierre se aclaró la garganta y se masajeó las sienes con los pulgares.

—Permítame comenzar diciendo que desde que Jack perdió la vida en Rusia he estado deprimido.

Oso asintió. No dijo nada. Mantuvo sus ojos en Pierre, su mano en su arma y su arma apuntando al francés.

—Recibí una oferta de trabajo de Charles—, dijo Pierre.

—Entonces, ¿del viejo?

—Sí, de manera indirecta, supongo que se podría decir eso. Pero creo que Charles ha asumido un papel cada vez más importante en su organización. Ahora dirige las cosas en Europa.

—De acuerdo.

—Me pidieron que hiciera un trabajo y me dijeron que me pagarían bien.

—¿Que tan bien?

—Doscientos cincuenta.

—¿Dólares?

—Euros.

Oso estrechó su mano libre frente a él. —Nada mal.

Pierre se encogió de hombros.

—¿Entonces el trabajo era eliminarme?

—Sí, pero no lo descubrí hasta que estuve aquí.

—¿Y estabas dispuesto a hacerlo?

—Sí. Tal vez. No sé. No sé si hubiera podido seguir adelante.

Oso se levantó y el puntero de su arma cayó hacia el suelo. Caminó hacia el frente de la habitación. Trató de entender por qué el viejo querría que lo mataran. ¿Qué había hecho? Siempre era Jack quien se ocupaba del anciano. Oso ayudó, pero se mantuvo al margen de todo lo demás.

—Pierre, ¿por qué?

Pierre volvió a encogerse de hombros. —¿Preguntas por qué cuando aceptas un trabajo?

Oso negó con la cabeza. Ese fue un buen punto. Cuando empiezas a hacer preguntas las cosas rápidamente empeoran.

—Está bien, entonces, ¿cómo supieron que estaba aquí?

Pierre se recostó en su silla y dejó caer la cabeza sobre el cojín superior. Sus ojos se movieron de un lado a otro mientras examinaba el techo.

—El viejo nunca me dijo cómo lo supo. Me acaba de dar la dirección.

—¿Dijo algo que te pareció inusual?

—Sí—, dijo Pierre mientras se inclinaba hacia adelante. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y apoyó el codo en la rodilla. —Ahora que lo pienso, dijo algo bastante extraño.

Oso dejó de pasear. Su mente se aceleró y sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba.

—La niña—, dijo Pierre. —Mencionó a la niña. Dijo que, si ella estaba contigo, debía llevarla.

—¿Matarla?

—No, llevarla. Llevarla de vuelta con él.

—¿Y si ella no estuviera aquí?

—Debería llamarlo y él me dará una ubicación. Dijo que también tendría otro trabajo disponible.

—¿Qué clase de trabajo? — preguntó Oso.

Pierre sacudió la cabeza mientras levantaba los hombros.

Un golpe en la puerta sobresaltó a ambos hombres. Oso levantó un dedo y una ceja y señaló a Pierre. —No te muevas—. Cruzó la habitación y abrió la puerta. —Detective—. Se hizo a un lado, abrió la puerta y dejó entrar a Larsen.

—¿Quién diablos es éste? — preguntó Larsen.

—Lo enviaron a matarme—, dijo Oso. —Pero ahora él nos va a ayudar. ¿Es así?

Pierre asintió. —Estoy a tu servicio.

—¿Qué tipo de experiencia tiene? — Larsen le preguntó a Oso, ignorando al francés.

—Infinidad. Trabajó para el gobierno francés. Hizo algunas cosas como autónomo. Trabajó con mi antiguo socio varias veces.

—¿Tu confías en él? — preguntó Larsen.

Oso hizo una pausa. Sus ojos pasaron del detective al francés. Estudió a Pierre por unos momentos y dijo: —Sí. Él va a arreglar esto.

—Bien—, dijo Larsen. —Nadie aquí lo conoce. Él es nuestro tipo para esta noche.

—¿Qué significa eso? — preguntó Oso.

—Él va a trabajar en el evento como camarero. Tengo equipo de comunicación para que pueda darnos una visión en tiempo real de lo que sucede dentro. Tenemos unas horas para hacer nuestros planes.

CAPÍTULO 33

Jack pasó por la entrada del barrio de Chernov y redujo la velocidad. Jasmine no habló durante el viaje. Pensó que sabía lo que pasaba por su mente. Decidió preguntar.

—¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza lentamente, luego se detuvo y lo miró. Ella dijo: —Podríamos haber sido nosotros, Jack.

—Eso no es nada nuevo. Es el riesgo que conlleva el trabajo.

—Lo sé. Y hemos perdido hombres antes. Pero ni siquiera estaban fríos todavía. Sus cuerpos todavía estaban calientes. Acababa de suceder. Estuvimos a treinta segundos de tener que ser reensamblados por algún equipo forense.

Jack asintió. Los mismos pensamientos habían cruzado por su mente. Sin embargo, los hizo a un lado. Tenían un trabajo que hacer y él quería atrapar a esos bastardos antes de que se fueran.

—Jasmine, tenemos que dejar esto atrás y ocuparnos de nuestra misión. Sabían que alguien más vendría. Por eso pusieron la bomba.

—¿No crees que fue sólo para destruir la escena del crimen?

—Es posible. Pero creo que la realidad es que alguien estaba allí cuando llegamos. Colocaron el explosivo y se dieron a la fuga.

—¿Crees que esperaron lo suficiente para ver si tuvieron éxito?

Jack se tomó su tiempo para responder. La fuga resonó una y otra vez en su mente. Primero a velocidad máxima, luego a media velocidad y, finalmente, en cámara lenta. Intentó detectar cualquier cosa que estuviera fuera de lo común. Un coche que no perteneciera y hubiera pasado por allí en ese momento. Cualquiera que hubiera estado merodeando afuera o sentado en su porche antes de la explosión. ¿Y adónde habría ido la persona que colocó la bomba cuando Jack y Jasmine entraron a la casa? No podían pasar por el frente, por lo que la parte trasera era su única ruta de escape. Jack recordó que no había podido registrar la casa. Jasmine lo llamó a la cocina cuando encontró los cadáveres y él solo había llegado a la mitad del pasillo.

—Estoy pensando que tenía un auto en la calle de al lado. Quizá salió corriendo por detrás, saltó una valla y luego se largó.

Jack detuvo el auto en un estacionamiento vacío en Waffle House, donde una vez estuvo. Salió y metió la mano en el bolsillo. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

Jasmine salió del auto y lo rodeó. Ella estaba junto a él.

—Eso te matará, ¿sabes?

Jack se rio. No es que le hiciera gracia el chiste. El estrés había aumentado hasta el punto en que no tenía otra salida. Todavía.

—¿Echas de menos esto? —preguntó Jasmine.

Jack hizo una pausa. Reflexionado sobre los seis meses en Grecia. El sentimiento de paz. Y a

pesar del estado de calma en el que su mente había entrado allí, no había ningún lugar en el que preferiría estar ahora que en medio de las cosas.

—Sí, extraño esto.

—¿Crees que te quedarás con nosotros cuando esto termine?

Jack no estaba tan seguro. —No sé sobre eso. Pero seguiré involucrado en algo.

—¿Volverás a tu antiguo negocio?

—No sé. Hay muchas opciones. Hay muchas cosas que puedo hacer con mis talentos.

Terminó el cigarrillo, lo dejó caer al suelo y lo apagó con el tacón del zapato. Volvieron al coche y se dirigieron al barrio de Chernov. Pasaron por su casa y vieron que el camino de entrada estaba vacío. Jack se dio la vuelta y pasó por segunda vez. Giró a la derecha en la siguiente calle y aparcó. El sol se estaba poniendo y el cielo ya tenía un tono azul oscuro.

—¿Delante o detrás? — preguntó Jasmine.

—Entremos ambos por detrás.

—Entonces no sabremos qué está pasando delante.

—Soy consciente de eso, Jasmine. Pero no quiero que ninguno de los dos esté solo en caso de que haya alguien esperando allí.

Las casas de dos calles paralelas se unían entre sí. No había ningún callejón ni carril de acceso detrás de ellos. Todos compartían la misma valla trasera.

—Tenemos dos yardas por recorrer—, dijo Jack. —Seamos rápidos.

Jack saltó la primera valla y Jasmine lo siguió. Corrieron a lo ancho del jardín y saltaron la siguiente valla, con un movimiento fluido. Cruzaron corriendo el patio siguiente y se detuvieron en la valla que separaba el patio del de Chernov.

—Espera un segundo—, dijo Jack.

Jasmine asintió. Se reclinó contra la cerca y sacó su arma, sosteniéndola frente a ella y apuntando hacia el suelo.

Jack se estiró y miró por encima de la valla. Escaneó el patio y dijo: —No veo perros. Las luces están apagadas. Vamos.

Él fue primero y Jasmine lo siguió. Se mantuvieron cerca de la valla lateral que separaba los dos patios. Avanzaron hacia la casa. Luego, se abrazaron a la pared exterior de la casa, deteniéndose en cada ventana y mirando hacia adentro.

—El lugar parece vacío—, dijo Jasmine.

—Sí, parece que estaban listos para moverse.

—¿A dónde? Cristo, debería llamar a Frank—. Sacó su teléfono y tocó la pantalla varias veces. Colocó el teléfono junto a su oreja. —Frank, mira, tenemos problemas aquí—. Hubo una breve pausa y Jasmine asintió varias veces. —Estamos frente a la casa de Chernov y el lugar está desierto. Sí. Sí. ¿Qué? — Cubrió el teléfono con la mano. —Él no quiere que entremos, Jack.

—Que se joda.

Jasmine destapó el teléfono y habló. —¿Cuánto tiempo va a tomar eso, Frank? Quiero decir, en serio, tenemos dos hombres caídos y una casa vacía. Alguien intentó hacernos volar por los aires. Casi lo logró. Estos muchachos podrían estar moviéndose para prepararse para la siguiente fase. ¿Dónde diablos es eso? — Otra larga pausa. Esta vez Jasmine negó con la cabeza y miró a Jack con la confusión en su rostro. —¿Qué hay en Iowa?

Jack le respondió con la palabra "Iowa" en forma de pregunta.

Ella se encogió de hombros. —Está bien, Frank. Mantennos informados y cuéntanos más sobre Iowa cuando tengas la oportunidad—. Colgó el teléfono y miró a Jack. —¿Qué es lo que quieres hacer?

—Vamos a entrar. No me importa lo que diga Frank. No voy a esperar doce horas para ver esta casa. Alguien podría venir y limpiarla y no tendremos nada. Estos tipos se fueron a toda prisa. Apuesto a que cometieron un error y dejaron algo atrás.

Jasmine se puso de pie y caminó unos pasos de un lado a otro. Ella paró. Asintió hacia Jack.

—Vamos a hacerlo.

Caminaron hasta la puerta trasera. Jack tiró del mango y cedió.

—Desbloqueado.

Abrió la puerta y entró con el arma en la mano y apuntando al frente. Él se detuvo. Escuchó. La casa estaba silenciosa y fría.

—Jesús—, dijo Jasmine. —Hace más frío aquí que afuera.

Jack miró alrededor de la habitación. Frente a ellos había un sofá grande con un sofá más pequeño al lado. Los dos asientos formaban una L. Un televisor de pantalla plana colgaba de la pared. Había una mesa de café cuadrada de madera en el medio de la habitación. A su derecha había una cocina llena de electrodomésticos de acero inoxidable. Una isla separaba las dos zonas.

Cruzaron la habitación hacia el frente de la casa.

—Despejemos las escaleras y luego subimos—, dijo Jack.

Fueron habitación por habitación y encontraron que todas estaban vacías, tanto abajo como arriba. Los muebles habían quedado atrás, pero las cómodas, los estantes y los escritorios habían sido limpiados.

—Vamos—, dijo Jack. —Tiene que haber algo aquí.

—Tal vez deberíamos revisar el microondas—, dijo Jasmine.

Jack se rio entre dientes y sacudió la cabeza. Entonces se le ocurrió que no habían revisado la cocina. Le hizo un gesto a Jasmine para que lo siguiera. Bajaron las escaleras y se dirigieron lenta y silenciosamente hacia la cocina. Si alguien se hubiera escondido detrás de la isla, sabría que los dos estaban en la casa. Jack aceleró el paso.

Se detuvo en el pasillo justo antes de llegar a la gran sala. Cerró los ojos y escuchó cualquier movimiento. No hubo ninguno.

—Espera aquí—, dijo.

Jasmine retrocedió unos metros y Jack entró en la habitación. Mantuvo ambas manos en su arma y apuntó frente a él, listo para disparar. Se presionó contra la pared, manteniendo unos metros entre él y la isla. Cuando estuvo directamente frente al final de la isla, se inclinó. El área entre la isla y el resto de la cocina estaba vacía. Jack dejó escapar un fuerte suspiro y se dirigió hacia la despensa. Puso su mano en el pomo de la puerta.

—Jack, tienes que ver esto—, llamó Jasmine desde otra habitación.

Se reunió con ella en la habitación que parecía haber sido utilizada como oficina. Ella lo miró cuando él entró y él dijo: —¿Qué pasa?

—No sé cómo nos perdimos esto, Jack—. Desdobló un mapa de los Estados Unidos. Había varias áreas marcadas con un círculo rojo.

—Me pregunto qué son esas áreas. ¿Objetivos? ¿Grupos?

—No estoy segura. Pero voy a tomar una foto de esto y se la enviaré a Frank.

Jack señaló el centro del mapa y el círculo rojo más grande. —Mira. Iowa.

Jasmine sonrió y asintió. Sus ojos se encontraron con los de Jack.

Él le devolvió la sonrisa. Luego notó que los ojos de Jasmine se agrandaban y sus pupilas se dilataban.

—Jack, cuidado—. Dejó caer el mapa y tomó su arma.

Jack levantó su arma y comenzó a girar. Entonces sintió algo pesado golpear su cabeza con

fuerza. Él cayó al suelo. Le dolía la cabeza y la sangre cálida le corría por la frente y por un lado de la cara. Su visión se oscureció. Sintió otro golpe en la cabeza y se desmayó.

Cuando Jack volvió en sí, la casa estaba otra vez en silencio. Tenía la misma sensación de vacío que cuando entraron. Esta vez no confiaba en ese sentimiento. Palpó el suelo y encontró su arma. Luego se impulsó. El dolor se extendió desde la parte superior de su cabeza hasta su cara. Se le revolvió el estómago y sintió que iba a vomitar. Unos momentos más tarde las náuseas disminuyeron. Levantó una pierna y luego la otra. Usó el borde del escritorio para ayudarse a ponerse de pie.

El mapa estaba sobre el escritorio. Había caído boca abajo cuando Jasmine lo dejó caer.

Jasmine.

¿Dónde estaba ella?

—¿Jasmine? — gritó Jack.

No hubo respuesta. Miró alrededor de la habitación. Vio su arma y su teléfono en el suelo. Extendió la mano para agarrar ambos artículos. La habitación dio vueltas y también su estómago. Jack cayó hacia adelante. Extendió el antebrazo delante de la cabeza para frenar la caída. Unos momentos más tarde se estabilizó y se levantó, recuperando el teléfono y el arma en el camino.

Regresó al escritorio y le dio la vuelta al mapa. Estudió las áreas rodeadas por un círculo. Cherry Hill, Nueva Jersey. Atlanta, Georgia. San Diego, California. Austin, Texas. Y un pequeño pueblo en las afueras de Des Moines, Iowa.

Destacó la última ubicación. Había tres flechas apuntando hacia el círculo. Significaba algo. Y era todo con lo que Jack tenía para trabajar. Cogió el mapa y salió de la casa por la puerta principal. Caminó media cuadra y giró a la derecha en la primera calle. Poco después se encontraba junto al coche. Entró, puso la llave en el contacto y salió a toda velocidad del vecindario.

Las preguntas inundaron su mente. En cierto modo, había vuelto a ser él mismo. Pero en otros aspectos estaba cometiendo errores de novato. ¿Cómo no había notado a quienquiera que estuviera dentro de la casa? ¿Había entrado después de que él saliera de la cocina? La despensa, ¿por qué no había revisado la despensa? Y la pregunta que resonaba una y otra vez: ¿por qué seguía vivo?

La mejor respuesta que se le ocurrió fue que quienquiera que estuviera en la casa no era uno de los jugadores principales. Debieron haber entrado en pánico, atacaron rápidamente y se llevaron a quien supusieron que era el más débil de los dos. Quizás miraron a Jack y pensaron que el golpe había causado suficiente daño. Que se había desangrado en el suelo o que ya estaba muerto.

Veinte minutos más tarde se dirigía hacia el sur por la Interestatal 75 en dirección al aeropuerto de Atlanta. Sacó el teléfono de Jasmine y llamó al último número que había marcado.

—Jasmine—, respondió Frank. —¿Qué está sucediendo?

—Es Jack.

—¿Jack? ¿Está todo bien?

—No, Frank. La atraparon.

—¿Qué quieres decir con que la atraparon?

—Nos tendieron una emboscada. Me tomó por sorpresa. Se la llevaron.

—Jack, ¿dónde estás? Llevaré un equipo allí lo antes posible.

Jack colgó el teléfono y lo arrojó sobre el asiento vacío del pasajero.

—Haré esto solo.

SIN TÍTULO

Episodio 8

CAPÍTULO 34

Jack bajó la ventanilla y respiró hondo. El coche se detuvo en silencio. Se estacionó detrás de cuatro vehículos, esperando recibir una multa por estacionamiento prolongado.

La mujer que estaba al principio de la fila se había detenido demasiado lejos del dispensador automático de boletos. Abrió la puerta y salió de su auto. Mitad dentro, mitad fuera. Una pierna en el suelo. La otra en el auto. Se agarró a la parte superior del marco de la puerta con una mano. Con la otra se acercó a la máquina expendedora de billetes.

Miró por la ventana del lado del pasajero. Allí se encontraba la Terminal Norte del Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson de Atlanta. Examinó la carretera de sentido único de seis carriles iluminada artificialmente que separaba el aparcamiento de la terminal. La multitud que cruzaba la calle era densa. El carril más alejado estaba lleno de coches parados. Amigos, compañeros de trabajo y seres queridos. Viajeros que van o vienen. Felices o tristes o indiferentes. Un espectro completo de personas, emociones y situaciones.

La puerta de un coche se cerró de golpe. Jack volvió la cabeza. Una puerta con rayas rojas y blancas se levantó en el aire y la mujer al frente de la fila pasó su pequeño vehículo híbrido más allá de la máquina expendedora de boletos. El coche azul desapareció en la franja naranja del aparcamiento.

Tres, luego dos, luego uno. Los coches se detuvieron, extendieron los brazos, se repartieron las entradas y se abrió la puerta.

Un minuto después, Jack recibió su boleto de estacionamiento. Lo puso al tablero a pesar de la advertencia impresa de no hacerlo. No importaba. No tenía intenciones de recuperar el vehículo.

Permaneció en el carril de paso hasta llegar a la última fila del garaje. Giró a la derecha y condujo hasta el final. Encontró un lugar vacío y estacionó el auto en el rincón más alejado del garaje. Abrió la guantera y arrojó las llaves dentro. Abrió el maletero y colocó su pistola debajo de la rueda de repuesto. Echó un vistazo a la parte delantera, trasera y al maletero del coche para asegurarse de que no había dejado nada atrás.

Dentro de la Terminal Norte ubicó el mostrador de Delta en el otro extremo, cerca de la Terminal T. Se unió a una fila que serpenteaba a través de varias filas, todas separadas por una cuerda de terciopelo azul. Un hombre con uniforme de Delta se le acercó. El uniforme le hacía parecer mucho más importante de lo que realmente era.

El hombre asintió y dijo: —¿Alguna maleta para registrar, señor?

—No—, dijo Jack.

—Puedes venir aquí y utilizar nuestro registro automático.

—Necesito un boleto.

El hombre miró a su alrededor, primero a la fila y luego a los cinco empleados ocupados

trabajando detrás de las computadoras, registrando a la gente y recogiendo su equipaje. Miró por encima del hombro hacia un grupo de quioscos de ordenadores. Entre dos filas de ordenadores había otro empleado.

—Ven conmigo—, dijo el hombre.

Jack miró por encima del hombro. La fila en la que se encontraba se había duplicado en tamaño. Se agachó bajo la cuerda de terciopelo azul y siguió al empleado de Delta.

El hombre dijo: —Gracie, ¿puedes ayudar a este caballero? Necesita un boleto para—, miró por encima del hombro a Jack. —¿A dónde va, señor?

—Des Moines.

—Des Moines, Gracie.

Gracie sonrió al hombre y luego a Jack. Ella dijo: —Claro, cariño. Da un paso adelante.

Jack asintió en agradecimiento al hombre y luego caminó hacia el improvisado mostrador de venta de boletos. Aunque había dos computadoras, nadie más podría trabajar detrás del mostrador con Gracie parada allí. Ella era una mujer mayor. Grande y morena, con pelo corto con mechas grises y una sonrisa contagiosa.

Ella dijo: —Des Moines, ¿eh?

—Sí, señora—, dijo Jack.

Gracie castigó su teclado con las gruesas yemas de sus dedos. Sus ojos se movían de un lado a otro. De izquierda a derecha y de derecha a izquierda. —¿Qué está pasando ahí afuera en, eh, Iowa?

Jack se encogió de hombros.

—Entonces solo es algo espontáneo, ¿eh? — preguntó ella.

Jack se rio y dijo: —Sí, estoy seguro de que mucha gente se dirige a Iowa sin pensarlo.

—Es una mujer, ¿no?

Jack suspiró. Asintió con la cabeza. —Sí, voy por una mujer.

—Apuesto a que se conocieron en línea, ¿no? Lo que llaman a eso, citas computarizadas. ¿Cierto?

Jack respondió con una sonrisa.

Gracie dijo: —Está bien, esto es lo que tengo. Hay un vuelo que sale dentro de treinta minutos y sin escalas hacia Des Moines, Iowa.

—Excelente. ¿Cuánto cuesta?

— Tres con treinta, señor.

Jack sacó su billetera del bolsillo trasero. Deslizó la tarjeta de identificación que decía que era John J. Martin, fuera de su escudo protector. Sacó una tarjeta de crédito con el mismo nombre. Sintió la necesidad de mirar por encima del hombro mientras le entregaba la licencia de conducir y la tarjeta de crédito a Gracie. No había usado ninguna de las dos en ningún momento. No sabía si fueron robadas o si habían sido fabricados para su uso exclusivo. Quizás Frank le había tendido una trampa. O tal vez, después de la captura de Jasmine, Frank terminó con Jack y marcó la identificación y la tarjeta de crédito.

Tres policías se reunieron cerca. Uno era viejo. Uno era joven. Y uno parecía tener la edad de Jack. Los policías tenían la misma postura. Sus manos en sus cinturones de herramientas. Tenían los pulgares metidos dentro del cinturón, palmas y dedos apoyados en el exterior. Sus manos derechas estaban a centímetros del mango de sus armas. Sus rostros, inexpresivos. Ninguno miró a los demás. Sus ojos entrenados escanearon la terminal, sin posarse en ninguna persona, contemplando toda la escena. Un trabajo aburrido, en su mayor parte. Pero si algo sucediera, serían los primeros en la fila para la acción.

El policía que parecía tener la edad de Jack estaba mirando en dirección a Jack. Sus ojos avanzaron poco a poco. Giró ligeramente su cuerpo. Llegó al mostrador de venta de entradas y esos ojos en constante movimiento se detuvieron. Miró a Jack, pero al mismo tiempo más allá de él. Sin embargo, se demoró más de lo normal y eso le dio a Jack un motivo de preocupación.

Jack contuvo la respiración. Cinco segundos parecieron treinta. Se preguntó si su foto colgaba en una habitación de abajo o de arriba. Una habitación que pocas personas vieron alguna vez. Sólo los policías tenían el privilegio de verla, y los presuntos delincuentes que llegaron a poner un pie allí.

Finalmente, el oficial siguió adelante. Miró hacia otra parte. Jack exhaló y se volvió hacia Gracie nuevamente.

—Aquí tiene su tarjeta de crédito, señor Martin—. Gracie deslizó la tarjeta por el estrecho mostrador. —Terminaré con tu licencia en un segundo—. Unos minutos más tarde colocó la licencia de conducir falsa sobre el mostrador. —¿Algún equipaje, señor Martin?

—Ninguno. Sólo yo.

Gracie le entregó a Jack su boleto y le dijo: —Ahora sólo tienes unos treinta minutos. Cuando pases por ese pequeño pasillo de allí—, extendió la mano y señaló por encima del hombro, —gira a la izquierda. Dirígete al control de seguridad norte, no al control principal. ¿Entendido? Esperarás tres veces más en el punto de control principal. Utiliza el carril del viajero experto, ya que no llevas equipaje de mano. Luego sigue las indicaciones hacia el tren y bájate en la terminal C. Luego, estarás a una corta distancia a pie de la puerta de embarque.

Jack tomó el boleto y sonrió. —Gracias, señora.

CAPÍTULO 35

Dos días después de la luna llena, la luna iluminó la acera, la calle y los edificios. Oso miró por encima de las cabezas de Larsen y Pierre, por encima de los tejados. Se centró en la luna y pensó en Mandy. Había habido mucho tiempo para la culpa desde el secuestro. Sin embargo, Oso había logrado dejar esos pensamientos a un lado. Pero en ese momento, tan cerca del momento en que se reunirían, luchó con sus sentimientos. Luchó con la idea de que la había decepcionado. Esperaba que no se notara en su rostro y, al mismo tiempo, esperaba que así fuera.

Oso estaba a unos metros de los otros dos hombres. Escuchó a Larsen repasar el plan por tercera vez.

Pierre iba a hacerse pasar por camarero en el evento de Boris. Supusieron que registrarían al personal, por lo que el arma de Pierre estaría escondida fuera del edificio. Pegada con cinta adhesiva al interior del contenedor de basura. Durante una pausa para fumar, recuperaría el arma. Sin embargo, antes de hacer eso, tenía que localizar a Mandy y Clarissa. Oso tenía la esperanza de que ambos estuvieran presentes. Facilitaría el trabajo.

Larsen abrió el maletero de su coche y se metió bajo la tapa. Sacó una bolsa de ropa roja. Pierre se metió el cigarrillo entre los labios y cogió la bolsa.

Larsen dijo: —Ese es tu uniforme.

Pierre abrió la cremallera del bolso e hizo una mueca a la ropa. Dijo: —¿Es lo que usarán los demás?

Larsen asintió. —Sí, tengo un amigo en la empresa de catering. Pruébatelo.

Pierre se cambió junto al coche, sin molestarse en esconderse de la vista.

—Piel y huesos—, dijo Oso. —¿Cómo lograste durar veinte años en el campo?

Pierre se rio y no dijo nada en respuesta. Deslizó la camisa blanca abotonada con cuello sobre su camiseta interior. Luego se abotonó lentamente la camisa hasta el cuello y se metió la camisa en la cinturilla de sus pantalones negros.

—¿Como me veo?

—Como un camarero francés—, dijo Oso.

Larsen sonrió y dijo: —Te ves bien. ¿Puedes hablar con acento americano?

—¿Quieres que hable así? — dijo Pierre, burlándose de la pregunta.

—No es así—, dijo Larsen. —Simplemente tono normal y uniforme.

Pierre asintió. —Lo he hecho antes—, dijo con el acento estadounidense más neutral que pudo lograr. Dio una última calada a su cigarrillo y lo dejó caer en la calle. Una nube de ceniza roja estalló en el aire y se desvaneció instantáneamente.

Oso se acercó y apagó el cigarrillo con el talón. —¿Cuál es el siguiente paso?

Larsen dijo: —Está bien, estamos a unas cuadras de la sala donde se lleva a cabo esto. Es una galería de arte.

—¿De propiedad rusa? — preguntó Oso.

Larsen negó con la cabeza. —En esa sección de la ciudad, todos los edificios tienen dos pisos de altura con primeros pisos altos. Todos tienen sótanos. No esperaría que sucedieran muchas cosas allí abajo. Probablemente es usado para almacenamiento. Nos encontraremos con equipos de seguridad en los tejados—. Larsen miró hacia los edificios que los rodeaban. —Esperaría ver seguridad en la parte superior de la galería, los edificios delante y detrás, y probablemente a una cuadra de distancia en cada dirección. Oso—, Larsen señaló en dirección a Oso, —Tú y yo exploraremos eso.

Oso asintió. No dijo nada.

Larsen continuó: —Es imperativo que nos avises antes de que estés listo para irte con la chica. ¿Entiendes eso Pierre? Necesitamos crear una distracción.

—¿Qué tienes en mente? — preguntó Oso.

Larsen levantó un dedo y sacudió la cabeza. —Verás. No quiero revelar eso todavía.

La curiosidad de Oso se apoderó de él y trató de imaginar qué consideraría Larsen una distracción. No se le ocurrió nada interesante.

—¿Oso? — dijo Larsen. —¿Me escuchaste?

Oso negó con la cabeza. —Lo siento.

—Tendrás que estar preparado para la transferencia, Oso. Estaré a un kilómetro y medio de distancia. Pierre hará un pequeño reconocimiento para ver si se dieron cuenta de su ausencia en el evento y luego nos reuniremos todos en la casa.

—Entendido—, dijo Oso.

Larsen volvió a inclinarse hacia el maletero y sacó una bolsa. Recuperó dos radios y un auricular. Le entregó a Oso una radio y el auricular a Pierre. Se quedó con la otra radio. —Todos estos están sintonizados en una frecuencia específica para que podamos comunicarnos. Pierre, esto será invisible en tu oído. Funciona en ambos sentidos todo el tiempo. Habla cuando quieras hablar. Nos oirás cuando hablemos.

Pierre agarró el dispositivo y lo deslizó dentro de su canal auditivo. —Estoy familiarizado con cómo funcionan.

—Oso—, dijo Larsen. —Tu quédate con el auto. Yo voy a pie y acompañaré a Pierre al evento.

Oso estrechó la mano de ambos hombres y les deseó suerte. Sostuvo la mano de Pierre unos segundos más y lo miró fijamente a los ojos. —Hazlo bien, Pierre.

Pierre asintió y luego él y Larsen se dieron la vuelta y se alejaron.

Oso se apoyó en el coche y los vio doblar una esquina y desaparecer de la vista. Hacía frío y no había traído chaqueta. Pensó en volver a la casa a buscar una, pero sabía que sería una tontería. En cambio, se sentó dentro del auto. Encendió el calentador. Puso la palanca de cambios en marcha y dio la vuelta. Se limitó a girar a la derecha, siguiendo un perímetro de cuatro cuadras.

Resistió la tentación de desviarse de su camino y pasar por la galería de arte. No valía la pena correr el riesgo de ser descubierto por alguien que pudiera conocerlo, o por el equipo de seguridad que pudiera tomar nota de él.

Su radio hizo clic y siseó y la voz de Pierre llegó a través del altavoz. —Estoy dentro. Lo logré sin problemas. Hay seguridad en el interior. Me revisaron, pero no encontraron nada. No sé si podré llegar al contenedor de basura sin que me vean. Al menos no ahora. Quizás cuando la fiesta comience. Está bastante vacío aquí en este momento.

Larsen habló a continuación. —Genial, Pierre. No te metas en problemas y avísanos cuando

veas a la chica.

Oso no dijo nada. Agarró el volante con fuerza e inspiró y exhaló. Lento pero seguro. Se sintió bien volver a la acción.

CAPÍTULO 36

Boris examinó a la multitud dentro de la galería de arte. Jóvenes y viejos en blanco y negro. Ricos y pobres. No reconoció al ochenta por ciento de las personas en la sala. Oportunistas, pensó. Venían a comer la comida y beber el alcohol que él había pagado. Las personas que quedaban en la sala, las que él conocía, eran una mezcla de policías, políticos locales y sus propios hombres. En definitiva, gente que estaba ahí por dinero. Estaban de su lado porque estaban en su nómina. O le tenían miedo. O ambos. Cualquiera de las dos cosas era suficiente para comprar un poco de lealtad. Por ahora.

Odiaba ser anfitrión de estos eventos. Pero así fue como se hicieron las cosas. Boris entendió que dirigir una organización criminal en Estados Unidos requería un esfuerzo adicional. Sabía que las fiestas y eventos caritativos le ayudarían a ganarse el cariño de la comunidad.

Invitó a los policías que sabía que se desvivían por mirar hacia otro lado cuando surgía su nombre.

Dejó entrar a los políticos y se aseguró de que cuando se fueran, sus bolsillos estuvieran más llenos. De esa manera, cuando necesitara un favor, estarían listos para defenderlo.

En cuanto a las cosas malas, todo fueron rumores. Crimen de bajo nivel. Algunos robos. Sus muchachos habían maltratado a algunas personas. Los campesinos, como le gustaba llamarlos, no tenían idea de lo que realmente había planeado.

—Señor. Melikov, lo he estado buscando por todas partes.

Boris se volvió y se encontró cara a cara con Michael Hiller, el alcalde de Knoxville.

—Alcalde Hiller—, dijo Boris. —¿Cómo está?

En lugar de decir bien o entablar una pequeña charla, el alcalde Hiller lanzó un discurso de campaña. Habló de su próxima carrera electoral y de la necesidad de financiación y del desafío que planteaba su competidor. No sólo para él, sino para toda la ciudad de Knoxville. Boris hizo lo mejor que pudo para parecer que estaba prestando atención. Él asintió con la cabeza. Sonreía cuando lo creía oportuno. Pero, al final, sus pensamientos se fueron a otra parte.

Pronto enviaría a Anastasiya a Portland, Oregón. Todos estarían en su lugar. Podrían comenzar a planificar, prepararse y practicar para el ataque. La idea del caos y la destrucción de lo que iba a ser responsable le provocó un escalofrío. Era un buen sentimiento. Se deleitaba con ello.

—Ahora, ¿podré contar con usted, señor Melikov?

Boris enarcó las cejas y buscó lo último que escuchó decir a Hiller. —Por supuesto que puede, señor. Cualquier cosa que necesite.

Hiller se rio y aplaudió. Frotó sus manos y dijo: —Bueno, ¡entonces aceptaré un cheque de donación ahora mismo!

Boris sonrió y dijo: —Por supuesto. Me ocuparé de eso…— Sintió que su teléfono vibraba y

buscó dentro de su chaqueta. Miró el identificador de llamadas y le tendió la mano al alcalde. —Señor, si me disculpa, esta es una línea de emergencia. Tengo que aceptar esta llamada.

—Claro, señor Melikov.

Boris dijo: —Espera—, cuando contestó el teléfono y se abrió paso entre la multitud, sonriendo y asintiendo con la cabeza a todos los que pasaba. Había estado parado más cerca del frente que de atrás, por lo que salió por la entrada de la galería. Entró en el aire fresco de la noche, que le proporcionó un agradable respiro del calor y la congestión del interior. Las farolas proyectaban charcos de luz pálida sobre la amplia acera. Encontró un punto oscuro cerca del edificio y se detuvo.

—Lazar—, dijo Boris. —¿Qué está pasando?

—Estamos en Iowa—, dijo Lazar Chernov.

—¿Puedes repetirlo?

Chernov no respondió.

—¿Dijiste que estás en Iowa?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Estábamos comprometidos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Mi hombre aquí, Kenneth, de alguna manera los federales llegaron a él.

—¿Lo tienen ahora?

Chernov vaciló. —No, él está conmigo ahora. Los federales lo tenían y lo estaban interrogando. Lo rescatamos. Mató a dos de los agentes.

—¿Recibieron alguna información de él?

—Sí, pero limpiamos la escena.

—¿Cómo?

—Explotó la casa.

Boris vaciló un momento y luego dijo: —¿Quiénes eran? ¿CIA? ¿FBI?

—No sé. Lo que te puedo decir es que hubo al menos dos más. Matamos a uno de ellos y tenemos al otro con nosotros.

—¿Quién es él?

—Ella, señor. Y aún no lo sabemos. Ella no quiere hablar.

Boris examinó el área a su alrededor y al otro lado de la calle. Bajó la voz. —Esto es lo que vas a hacer. Llévala a mi casa. Esperarás en la sala de estar principal. Llevarán a la mujer y a su hombre Kenneth abajo. Todos esperarán a que regrese. Voy a hablar contigo primero y luego con los otros dos. Ahora, ¿hay alguien más contigo que deba conocer?

Chernov se aclaró la garganta. Boris se lo imaginó mirando a su alrededor, asustado y nervioso. —No, despedí a mis otros hombres.

Boris sintió que Chernov estaba mintiendo, pero decidió no presionarlo. —Muy bien. Ustedes tres diríjanse al complejo y yo notificaré a seguridad que están en camino—. Colgó el teléfono y se lo metió en el bolsillo. La ira creció y pateó la pared con la suela de su zapato. Atlanta había quedado comprometida. Ahora tenía que determinar una nueva ubicación y reclutar nuevos hombres.

¿Cuánta información les había dado Kenneth a los federales? ¿Cuánto sabía el hombre? Se podría arruinar toda la operación. Volaron una casa. Vaya cosa. Si Kenneth hubiera hablado, podrían haber transmitido la información digitalmente.

Chernov había sido elegido cuidadosamente y se había ganado la confianza de Boris. Esa

confianza es la razón por la que Boris le permitió al hombre reclutar su propio equipo. Si Kenneth hubiera traicionado a Boris, entonces no sólo estaría en juego su cabeza, sino también la de Chernov.

La mejor manera de infundir miedo es cortarle la cabeza a uno de tus capitanes.

Aviso sonoro.

Un consejo que Boris podría seguir.

CAPÍTULO 37

—Quiero irme—, susurró Mandy.

Clarissa puso una mano tranquilizadora en el hombro de la niña y la apretó. —Lo sé, cariño.

—Sólo quiero correr hacia la puerta y desaparecer.

Las palabras estaban muy cerca de sus propios pensamientos después del accidente aéreo.

Clarissa miró a izquierda, derecha y detrás de ella. No reconoció a nadie cerca. —Ven conmigo—. Sacó a Mandy del área de exhibición y la llevó a un pequeño salón. Se presionaron contra la pared mientras pasaba una fila de camareros con bandejas de champán y bocadillos. Le hizo un gesto imperceptible a Pierre cuando pasó. El salón quedó en silencio después de que los camareros abandonaron el área. Siguieron adelante y ella se encogió ante el eco creado por sus tacones contra el suelo de baldosas. Retrocedió hacia la puerta del baño de damas y empujó a Mandy hacia adentro.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó Mandy.

—Te sacaremos de aquí.

—¿Cómo? ¿Quiénes?

—Hay un hombre aquí, es amigo de Oso. También era un buen amigo del señor Jack.

Mandy la miró con ojos enormes y no dijo nada.

—Él te sacará a escondidas en breve. Lo que necesito que hagas es que te quedes atrás, fuera de la vista de Boris por un rato, para poder hablar con el hombre que te sacará. ¿Puedes hacer eso?

—¿Cómo se llama?

—No puedo decírtelo todavía.

—¿Te veré de nuevo?

—Por supuesto que me verás de nuevo.

—Me refiero a esta noche. Aquí.

—Después de hablar con él, iré a buscarte y te pondré en posición. Esto tiene que hacerse correctamente—. Golpeó la punta de la nariz de la niña con el dedo índice.

Mandy miró fijamente a Clarissa. Su rostro se contrajo, asustado y sonrojado.

—Créeme, Mandy—, dijo Clarissa.

Mandy asintió. Agarró la mano de Clarissa y la arrastró hacia la puerta. —Vamos.

Clarissa acompañó a Mandy hasta el fondo de la galería, donde se colocaron mesas con comida.

Ella escaneó la habitación. Encontró a Pierre. Tomó una línea directa con él y al pasar le dijo: —Encuéntrame atrás—. Continuó hacia el frente de la galería y luego se dio la vuelta. El lugar estaba lleno. Los mayores, los jóvenes, los bajitos, los calvos. Evaluó todas las amenazas

potenciales en la habitación y había muchas. Calculó que el quince por ciento de los asistentes podrían representar un problema. No era una buena señal. Por otra parte, sólo unos pocos de ellos tendrían la misma formación y habilidades que ella y Pierre.

Entró en el mismo pasillo por el que había acompañado a Mandy unos minutos antes. Esta vez pasó por los baños y empujó una puerta batiente que conducía a la cocina. El personal la ignoró en gran medida. Los cocineros continuaron cocinando. Los camareros continuaron sirviendo comida y alcohol. Vio a un hombre abrir una puerta mosquitera que conducía al exterior y lo siguió.

Dio dos pasos y se detuvo en el patio de concreto. Una bombilla naranja arrojaba un tenue haz de luz sobre el área. Pierre se giró cuando la puerta mosquitera con marco de madera se cerró de golpe detrás de ella. En una mano sostenía un cigarrillo encendido. Se lo llevó a los labios. Dio una calada profunda. En la otra mano sostenía una pistola. El arma apuntaba hacia el suelo.

Clarissa miró a la izquierda. Parecía correcto. Sobre la cabeza de Pierre. Dio un paso atrás y buscó detrás de su espalda, buscando la manija de la puerta.

—Relájate—, dijo Pierre. —Es para ti.

—Eso es de lo que tengo miedo.

—No la bala. El arma.

Clarissa dejó caer las manos a los costados. Dio dos pasos y se detuvo al borde del patio de concreto. Bajó el primero de los seis escalones de madera anclados al cemento. Se tomó su tiempo, caminando lenta y cautelosamente. Todo el tiempo escaneó el lote trasero y los lotes y edificios adyacentes. Sabía que un hombre como Boris tendría seguridad en todas partes. ¿Dónde estaban ellos?

—Hay seguridad por todos lados—, dijo Pierre. —En algunos de los edificios. También una unidad móvil.

Ella miró hacia arriba. No vio nada. No dijo nada.

—Él está del otro lado ahora mismo.

Clarissa le tendió la mano. Pierre hizo girar el arma en su palma y se la entregó, con el mango hacia ella y el cañón hacia él. Se subió la blusa y se metió el arma dentro de la cintura.

—¿Tienes un uso específico para esto esta noche?

Ella sacudió su cabeza. —Todavía tengo una misión que cumplir. Eliminarlo impediría eso y nos devuelve al punto de partida. O al menos cerca de ello.

—Deberías matarlo.

Ella ignoró su sugerencia. Dijo: —¿Qué pasó, Pierre? ¿En Rusia?

Pierre sacó un cigarrillo apagado del paquete y se lo llevó a la boca. Lo encendió con el viejo en la otra mano y luego lo descartó arrojándolo al contenedor de basura. Se secó la boca con el dorso de la mano. Su rostro se endureció. Miró en su dirección, pero sus ojos se centraron en otra parte.

—Por favor, Pierre. Necesito saber.

—Nos mantuvieron en un calabozo. Nunca traté…— Su voz se apagó. Continuó unos segundos después. —Digamos que violamos todas las reglas éticas que debemos respetar. Nos mantuvieron encadenados en un hoyo. Ni siquiera podíamos soportarlo. Nos golpearon. Intentaron quebrarnos. Conmigo lo lograron, aunque nunca lo admití. Pero Jack se mantuvo fuerte.

Clarissa no pudo hacer nada más que asentir.

—Entonces—, continuó Pierre, —cuando llegó el momento, fuimos juzgados por un militar. Se llama Ivanov.

El rostro de Clarissa se iluminó al reconocerlo. —Conozco ese nombre.

Pierre asintió. Dijo: —Él es un mal hombre. Le gustan muchas cosas. Dediqué algún tiempo a recopilar información sobre él después de mi regreso a Francia. Definitivamente no está en el lado correcto—. Dio una calada y echó la cabeza hacia atrás. Sopló humo hacia el cielo. Se elevó y creó un halo alrededor de la bombilla que estaba fijada al costado del edificio. —En lo que respecta a Ivanov, éramos culpables incluso antes de poner un pie en la sala del tribunal. Jack asumió la culpa. Estaba preparado para hundirme con él. Pero Jack no lo aceptó. Él asumió toda la culpa y eso me garantizó mi libertad. Después de regresar, intenté continuar con la agencia. Fue inútil, realmente. La depresión me envolvió. Normalmente, un agente sería despedido, ya sea en sentido figurado o literal, por tal comportamiento. Trabajaron conmigo. Duré tres meses y luego me fui. Después de eso, traté de beber hasta morir. No pude. Me metí el cañón de mi arma en la boca varias veces. Pero fui demasiado cobarde para apretar el gatillo.

—Y ahora te sientes culpable.

—Por supuesto que me siento culpable. ¿No lo harías? Preferiría morir junto a él que vivir mi vida como un cobarde.

—No eres un cobarde.

Él la miró a los ojos y lentamente sacudió la cabeza. —No te corresponde a ti decidir.

—Si hubieras muerto o te hubieran encerrado, no estarías aquí para ayudar a rescatar a Mandy.

Pierre se encogió de hombros.

—Es la redención, Pierre. Jack arriesgó su vida por esa niña. Ahora es tu turno. Haz lo correcto para ella y haz lo correcto por Jack.

Una leve sonrisa cruzó los labios de Pierre. —Gracias.

No estaba segura de sí lo decía en serio.

—Voy a volver a entrar—, dijo Clarissa. —Espera cinco minutos y luego pasa por la cocina. Ella estará caminando hacia los baños. Ella asentirá una vez y guiñará un ojo dos veces. Tú haces lo mismo. Ella te seguirá a la cocina y afuera.

El asintió.

—A Sinclair le vendría bien un tipo como tú. Haz lo correcto con Jack esta noche y hablaré por ti.

Dejó a Pierre afuera y se deslizó por la cocina, de regreso al área de exhibición de la galería. Se detuvo dentro del pasillo y examinó la habitación, comenzando en la esquina más alejada y avanzando hacia la mesa de refrigerios. Boris todavía estaba ocupado con un grupo de caballeros mayores. Clarissa pensó que parecían políticos o abogados. Chupadores de sangre.

Encontró a Mandy. Consultó su reloj. Había pasado un minuto desde que dejó a Pierre. Ella dijo: —Mandy, escúchame. Esto es lo que va a pasar—. Le dio a la niña instrucciones simples y enfatizó que debía asentir una vez y parpadear dos veces.

—¿Qué ojo?

Clarissa se rio. —Supongo que no importa. No creo que muchos niños de diez años en esta fiesta vayan a estar en el pasillo en cuatro minutos guiñando el ojo y asintiendo.

Mandy desvió la mirada y sonrió tímidamente.

—Tres minutos. Necesito dejarte ahora. Aunque estaré observando. ¿De acuerdo?

Mandy asintió y dejó su vaso de ponche sobre la mesa. Miró su reloj y dijo: —Entendido.

CAPÍTULO 38

Jasmine miró a su alrededor a través de la ventana de forma ovalada. La oscuridad le impedía ver. El avión privado aterrizó en una pequeña pista cerca de un pequeño aeropuerto. Había árboles por todos lados. Sin señales. Al menos ninguna que pudiera ver en la oscuridad o que significara algo para ella. No tenía idea de dónde estaban. Los hombres que la secuestraron no le habían hablado. Ni una sola palabra desde que abandonaron la casa en Georgia. Si hablaba, le clavaban una pistola en el cuello, en la mejilla o en el pecho.

Siguió a Chernov fuera del avión. Detrás de ella venía Kenneth Quioness. Había otros dos hombres que ella no reconoció. Se pararon al lado del avión. Los hombres formaron un círculo a su alrededor.

Pensó que volvería a probar suerte y dijo: —¿A dónde me llevas?

—Cállate—, dijo Chernov.

Un coche se detuvo. La obligaron a sentarse en el asiento trasero. Chernov estaba sentado a su derecha. Kenneth a su izquierda. El coche se alejó del avión. Pasaron por el hangar. Miró a la izquierda y vio un estacionamiento que conducía a una carretera. Pasaron por allí.

¿Por qué no salían del aeropuerto?

Cuando el auto se detuvo, ella miró hacia adelante y vio por qué.

Chernov salió del coche y la agarró del brazo. Él tiró y ella se deslizó por el asiento. Era un hombre fuerte y le preocupaba que, si se oponía, él le arrancaría el hombro. Él asintió hacia ella y luego hacia el helicóptero y dijo: —No intentes nada.

Kenneth se unió a ellos unos segundos más tarde. Ambos hombres la tomaron del brazo y la escoltaron hasta el helicóptero. Kenneth subió primero, luego Jasmine y finalmente Chernov.

El helicóptero se elevó en el aire. Nuevamente, los hombres se sentaron a su derecha y a su izquierda, impidiéndole poder ver bien el terreno debajo. No es que hubiera importado. Ella todavía no tenía idea de dónde estaban. Cuando vio el helicóptero, esperaba escuchar algo, cualquier cosa que le diera una indicación. Pero no tuvo tanta suerte. Chernov le entregó su casco, pero los auriculares no estaban conectados con el resto. Así que el casco solo ayudó a reducir el ruido constante y el golpe del artilugio en el que volaban.

Se sentó quieta, entre los hombres, en una fila detrás del piloto. Sopesó sus opciones y estas se redujeron a dos. Siéntate y no hagas nada, o golpea a Chernov, a Kenneth y al piloto. Entonces se estrellarían. Todos morirían. Ella no ganaría, pero, desde luego, no perdería. Ninguna opción le atraía demasiado. Al final, no importó. Después de unos minutos, vio al piloto señalando más allá del parabrisas delantero. Estiró el cuello en un esfuerzo por tener una mejor vista. Vio una pista de aterrizaje iluminada en forma de x que destacaba contra el cielo cada vez más oscuro.

Jasmine se recostó. Se cruzó de brazos. Esperaría y vería qué oportunidades se le presentaban en el próximo destino.

Menos de cinco minutos después, el helicóptero aterrizó. Miró a izquierda y derecha a través de las ventanas y vio un extenso césped rodeado por las siluetas oscuras de los árboles. El césped y los árboles rodeaban la casa sobre la que habían aterrizado.

¿Qué tipo de casa tiene una pista de aterrizaje para helicópteros y quién viviría allí?

—Fuera—, gritó Chernov, aunque apenas sonó como un susurro en medio del ruido creado por los rotores del helicóptero.

Se deslizó hacia la izquierda y cayó al suelo a través de la puerta abierta. Había cuatro hombres en el tejado. No había nada distinguible en ellos. Homogéneos, pensó. Todos tenían armas automáticas. No podía distinguir las armas exactas en la oscuridad y con el viento de los rotores agitándole el pelo sobre la cara.

Jasmine sintió una mano en cada codo. La arrastraron hacia una esquina del techo. Al principio se mantuvo firme, pero luego, rápidamente se dio cuenta de que ese sería el camino más directo hacia un final rápido. Dejó que las manos a sus codos la guiaran. En el borde del tejado había una escalera que se adhería a la casa en diagonal y conducía al suelo.

Kenneth la soltó del brazo y empezó a bajar las escaleras. Chernov la instó a bajar y luego él la siguió.

Oyó despegar el helicóptero. Miró por encima del hombro. Se elevó en el aire y luego giró hacia el este y desapareció en la noche.

Al pie de las escaleras había dos hombres más. Para ella eran tan poco interesantes como los cuatro de arriba. Excepto por sus armas. Ambos iban armados con metralletas HK MP7. Sus armas tenían silenciadores y cargadores extendidos, lo que le indicó que tenían cuarenta balas a su disposición. Cada una. Un arma ideal para el combate cuerpo a cuerpo. Popular entre un equipo de operaciones especiales altamente encubierto en los EE. UU. Si bien los hombres no la impresionaron, sus armas ciertamente sí.

El hombre a su izquierda se acercó y abrió la puerta. Volvió a su posición, manteniendo sus ojos en Jasmine. Ella miró de él a su arma y, luego, de nuevo a él.

Sintió la mano de Chernov en su espalda y cruzó la puerta abierta. Se pararon en un pasillo oscuro. Notó dos puertas a cada lado y una al final. Todas las puertas estaban cerradas.

—Adelante—, dijo Chernov.

Siguió a Kenneth.

—Detente—, dijo Chernov después de pasar la segunda puerta.

Jasmine se detuvo y se dio la vuelta. Vio a Chernov en la puerta. Marcó un código y esperó. Escuchó una serie de pitidos y luego un clic. Se agachó y giró el pomo de la puerta. Empujó la puerta para abrirla. Él dijo: —Entra.

Ella entró. Los dos hombres la siguieron. Sintió las vibraciones de sus pasos en las escaleras.

—No puedo ver nada—, dijo Jasmine.

Hubo un clic y luego un rayo de luz viajó sobre su cabeza e iluminó el área frente a ella. Ella jadeó. Después de todo, hubiera preferido estar en la oscuridad.

—Continúa—, dijo Chernov.

Ella lo hizo. Llegó al final de las escaleras. Dio tres pasos más y se detuvo en la pared. Se dio la vuelta y esperó a que los hombres llegaran al fondo. Si alguna vez hubo un momento para actuar, era ahora. Jasmine se reclinó contra la pared para estabilizarse y respiró hondo. Ella imaginó su primer movimiento y luego atacó. Kenneth estaba más cerca de ella y recibió la peor parte del ataque. Ella se lanzó hacia él, usando la pared como trampolín. La fuerza que la ayudó a crear fue suficiente para derribar a Kenneth con dos golpes sucesivos. Uno en su garganta, el otro en su plexo solar. Cayó al suelo y se quedó allí como un montón de ropa sucia. Una masa

acurrucada que luchaba por respirar, hablar o moverse.

Dejó que su impulso la llevara hacia adelante. Intentaría un ataque similar contra Chernov. Ambas manos, al mismo tiempo, garganta y plexo solar. Desafortunadamente, Chernov había comenzado a reaccionar en el momento en que se lanzó hacia Kenneth. Ella lo vio y lo supo y todavía no estaba preparada para él. La pesada linterna de metal cayó sobre un lado de su cabeza. Su propio impulso jugó en su contra. La parte inferior de su cuerpo continuó hacia adelante, la parte superior de su cuerpo no. Ella retrocedió, pero sólo hasta la mitad. Su nuca golpeó el suelo con un ruido sordo. La habitación a su alrededor estaba oscura. ¿Estaba inconsciente? ¿O Chernov había apagado la luz durante la pelea?

Jasmine colocó las palmas de las manos en el suelo, debajo de los hombros, y empujó hacia arriba. No estaba inconsciente. Puso las rodillas debajo de ella, pero fue un mal movimiento. Una bota conectó con su costado, cerca de su estómago. El impacto de la patada fue suficiente para levantarla del suelo y darle la vuelta. Ella aterrizó con fuerza sobre su espalda. El aire escapó de sus pulmones. Un intento de darse la vuelta fue rápidamente frustrado por una mano en su cabeza. La levantaron por el pelo hasta dejarla sentada.

—Perra estúpida—, dijo Chernov mientras continuaba levantándola.

Jasmine luchaba por respirar. El esfuerzo redujo cualquier posibilidad que tuviera de asestar otro golpe. Ella miró a su alrededor. La linterna proporcionaba una iluminación mínima detrás de ella. Sus ojos se abrieron ante las cosas que vio. Tuvo que recuperar el aliento. Tenía que seguir luchando.

—Kenneth—, dijo Chernov. —¿Estás bien?

El hombre gruñó y se puso de pie tambaleándose, usando las escaleras para levantar su cuerpo del suelo.

—Maldita sea, Kenneth, al menos toma la linterna.

Kenneth dio la vuelta usando las escaleras y luego la pared para sostenerse. Tomó la linterna de la mano extendida de Chernov y alumbró hacia Jasmine.

Ella se estremeció cuando la luz golpeó sus ojos. De inmediato, sus pulmones se expandieron y el aire húmedo entró por su boca. Acercó el brazo al pecho y clavó el codo en el costado de la cara de Chernov. Él la soltó y ella intentó quitarle los pies de encima. Otro mal movimiento. Mientras ella se agachaba para darle la patada, él bajó el puño y la alcanzó en la mejilla. Estaba en una posición incómoda y, si bien el golpe no fue particularmente fuerte, fue suficiente para hacerla perder el equilibrio. Ella cayó hacia atrás.

Chernov saltó sobre ella y usó su peso contra ella. Él dijo: —Consigue las esposas—. La presionó contra el suelo y le extendió los brazos por encima de la cabeza.

Jasmine sintió el frío metal tocar sus muñecas y luego envolverlas. Primero su izquierda, luego su derecha. Ella no pudo hacer nada para detenerlo. Lo intentó, pero sus golpes, patadas, mordiscos y cabezazos no lograron liberarla del agarre de Chernov.

Escuchó un clic, luego otro. Entonces Chernov exhaló y se apartó de ella. El sonido del metal chirriando contra el metal llenó la habitación y sintió que sus brazos se estiraban mientras eran levantados en el aire. Su cuerpo los siguió. Un momento después, quedó suspendida en el aire, con los dedos de los pies apenas tocando el suelo.

—Bájala un poco—. Chernov pasó junto a ella y agarró la linterna mientras Kenneth soltaba las cadenas unos centímetros.

Sus pies tocaron el suelo y sus brazos cayeron un poco. No fue mucho, pero fue suficiente.

Chernov apuntó la linterna hacia un rincón de la habitación. Se acercó y abrió una caja montada en la pared. Accionó un gran interruptor con marco rectangular y se encendieron tres

luces. Una al pie de las escaleras y dos encima de Jasmine. Proyectaron una luz amarilla por toda la habitación.

A Jasmine le quedó claro que estaba en un calabozo.

CAPÍTULO 39

Pierre estaba detrás de la galería de arte. Repitió la conversación que había tenido con Clarissa una y otra vez en su cabeza. Intentó deshacerse de la culpa, pero no pudo. Hacía seis meses que no podía hacerlo. ¿Por qué podría hacerlo ahora? Para él no tenía sentido. Fue entrenado para no tener conciencia. ¿Cómo podía alguien con conciencia hacer las cosas que él había hecho durante sus veinte años en la agencia?

Estábamos del lado correcto.

Un adolescente vestido con vaqueros, una camiseta y un delantal irrumpió por la puerta mosquitera. Llevaba dos bolsas de basura, una en cada mano. Pierre se hizo a un lado y dejó pasar al joven, contento de haber recuperado ya su arma del interior del contenedor de basura. El niño volvió a dar los seis escalones, de dos en dos, abrió la puerta de un tirón y desapareció dentro del área de la cocina.

Pierre tenía que tomar decisiones. La primera, si llevarse o no a la niña, ya estaba decidido. ¿Pero qué hacer una vez que se la llevara? Esa era la pregunta que rondaba por su mente. Lo más honorable sería cumplir su parte del trato con Oso y devolverle la chica. Es lo que prometió. Claro, existía la certeza de que Oso lo mataría si se negaba a obedecer. Después de todo, estaba allí para matar a Oso.

Sin embargo, Pierre descubrió que el atractivo del dinero era fuerte. Y para colmo, Clarissa estaba dentro. Podría atraerla y acabar con ella también. Seguramente el anciano estaría doblemente feliz si lo hiciera. Si Oso valía doscientos cincuenta y el anciano ofrecía más del doble del pago a cambio de la niña, no lograba imaginar lo que pagaría si también se hubieran deshecho de Clarissa. ¿Setecientos cincuenta? ¿Un millón? El dinero tentó a Pierre como una puta de veinte dólares después de seis semanas atrapada en una habitación de diez por diez con cuatro agentes masculinos.

La puerta se abrió de nuevo y el mismo joven entró con una tercera bolsa de basura. Él preguntó: —¿Puedo fumar?

Pierre asintió y sacó dos cigarrillos. Encendió ambos. Le entregó uno al adolescente.

—Bonita noche—, dijo el chico.

Pierre asintió.

—Se suponía que saldría con esta chica esta noche. Una nena completamente. Se suponía que un amigo mío trabajaría en este trabajo. Aunque llamó diciendo que estaba enfermo. Entonces me pidieron que lo reemplazara.

—¿Y lo hiciste?

El chico se encogió de hombros. —Me ofrecieron dos dólares extra la hora. Además, si no lo hubiera hecho, habrían despedido a mi amigo.

—Así que abandonaste a la chica para salvar el trabajo de tu amigo.

—Sí.

—Imbécil.

El tipo se rio y dijo: —Gracias por el humo—. Tiró el cigarrillo encendido al contenedor de basura, subió las escaleras y regresó a la cocina.

Pierre miró hacia el contenedor de basura y notó una corriente de humo que se elevaba sobre él. El cigarrillo había provocado un pequeño incendio. Pierre sonrió. Sacó su encendedor y prendió fuego a más basura. Luego miró su reloj y se dio cuenta de que solo faltaban unos segundos para encontrarse con Mandy.

Las únicas personas en la cocina eran los cocineros y el adolescente. Pierre asintió y el chico le devolvió la sonrisa. Pierre se acercó a la puerta batiente y miró a través de una ventana redonda abierta en el centro. Vio a la niña en el pasillo. Sólo había dado unos pocos pasos de camino al baño. Empujó y se detuvo.

La niña lo miró, asintió una vez y le guiñó un ojo, una vez con cada ojo. Suficientemente cerca. Pierre le devolvió el saludo y le guiñó un ojo. Ambos caminaron el uno hacia el otro y Pierre se giró y la hizo pasar delante de él. Cruzaron la cocina, que estaba vacía excepto por los cocineros y el adolescente, que esta vez no reconoció a Pierre. El tipo tenía la cabeza gacha y sus manos trabajaban en una bandeja de metal con una esponja.

Pierre abrió la puerta mosquitera y esperó a que saliera Mandy.

—Rápido—, dijo. —Baja las escaleras y gira a la derecha.

Bajó las escaleras una a una, se detuvo al final y giró a la derecha.

—Vete. Camina delante de mí por un minuto. Te alcanzaré.

Pierre estaba en las escaleras. Escaneó los tejados de los edificios cercanos. No vio a nadie. Sin embargo, sabía que eso no significaba que estaban solos. Alguien podría estar encorvado o mezclado en un área donde Pierre no podría distinguirlo del edificio y del cielo. Sacó el arma de sus pantalones y la sostuvo con fuerza. Comenzó a caminar en la misma dirección que Mandy. La alcanzó unos segundos después.

—¿A dónde vamos? — preguntó ella.

Él no respondió. Le puso una mano en el hombro y con la otra sostuvo el arma. Sus ojos escanearon los edificios. Ladrillos rojos durante el día. Masas negras por la noche. Su corazón se aceleró. Algo no estaba bien. Él se detuvo. Cerró los ojos. Centró a la chica frente a él. Le pasó un brazo por la cara, cubriéndole los ojos, los oídos y la boca y levantó el arma por encima del hombro.

Mandy se retorció para liberarse de su agarre. Cada movimiento hacía que se acercara más y más.

Pierre levantó el arma unos centímetros y la giró hacia adentro. Abrió los ojos. Miró la parte superior de su rubia cabeza. Sujetó el arma con fuerza y puso el dedo en el gatillo. Lo sintió helado contra la punta de su dedo índice.

Escuchó un clic, como el sonido de una pequeña ramita al romperse. Miró hacia arriba, a la izquierda. Vio un destello de luz. Vi a un hombre parado allí. Lo vio levantando un arma y apuntándoles.

Pierre levantó el brazo y rápidamente apuntó en dirección al hombre. Apretó el gatillo tres veces. Al menos una bala alcanzó al hombre, que cayó hacia atrás y cayó al suelo.

Pierre tomó a Mandy en brazos y se escondió detrás del primer callejón que pudo encontrar. Corrió tan rápido y tan fuerte como pudo. Cruzó la calle sin mirar a la izquierda ni a la derecha. Continuó hasta llegar al siguiente callejón, entre dos edificios. Él se detuvo. Dejó a la chica en el suelo y luego se inclinó, recuperando el aliento. La niña lloró. Pierre la acercó y la abrazó.

—Lo siento, cariño—, dijo. —Tenía que hacerlo o nos habría disparado.

Ella continuó llorando.

Miró al cielo y dijo: —Jack, hice lo correcto contigo y confío en que tú harás lo correcto conmigo.

CAPÍTULO 40

Oso estaba parado frente a una pared de ladrillos, entre dos focos de luz proyectados por las farolas colocadas sobre postes de madera. El aire estaba en calma. Las manzanas de edificios a ambos lados del callejón lo protegían de la brisa. El estrecho callejón estaba vacío. Los coches pasaban por las calles de la ciudad en cada extremo. Ninguno se detuvo. Ninguno se volvió. La vista de arriba no ofrecía señales de vida. Ninguna luz se filtraba a través de las cortinas transparentes. Ningún ruido se colaba por las ventanas rotas. El callejón, al igual que la ciudad misma, tenía la apariencia de estar, a falta de una palabra mejor, muerto. Por supuesto, Oso ahora se dio cuenta de que Knoxville no era nada de lo que parecía.

Intentó pasar tan desapercibido como podía hacerlo un hombre de su tamaño. Miró su reloj y vio que Pierre llegaba diez minutos tarde. Oso se olvidó de intentar permanecer fuera de la vista.

Sacó su radio y dijo: —¿Pierre? ¿Larsen? ¿Alguien ahí?

Levantó el dedo del botón de transmisión y recibió estática en respuesta. ¿Había sido traicionado? Miró a la izquierda y luego a la derecha. Todavía estaba solo. Comenzó a elaborar un plan en caso de que las cosas empeoraran.

Finalmente, se escuchó una voz a través del altavoz de la radio. —Oso, soy Pierre. Tengo a Mandy. Estamos a unas cuadras.

Oso se inclinó y puso las manos en las rodillas. Respiró hondo y exhaló. Se llevó la radio a la cara y dijo: —¿Hacia dónde? Empezaré a ir hacia ustedes.

—No—, dijo Pierre. —Sigue el plan. Demasiadas piezas móviles complican las cosas.

Oso asintió y luego dijo: —Está bien.

La radio volvió al silencio. Oso caminó un tramo de tres metros del callejón. Se detuvo, mirando al norte, y notó que pasaban varios coches por la calle. Ocho coches en total. Cuatro muy juntos, luego una ligera pausa, luego cuatro más. No se detuvieron, y eso era lo único que le importaba a Oso. Continuó paseando. En ese momento ya había recuperado su pistola y la sostuvo en su mano, dejándola colgar hacia un lado.

Unos pasos resonaron por el pasillo y se detuvo. Los sonidos vinieron detrás de él. Lentamente giró la cabeza hacia la derecha y miró por encima del hombro. Vio dos siluetas. Una empuñaba un arma. La otra medía menos de metro y medios de alto. Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ellos.

—Oso—, gritó la voz familiar.

Oso se arrodilló y esperó a Mandy. Ella chocó con él y lo golpeó con la fuerza de un auto pequeño. Le rodeó el cuello con sus pequeños brazos. La envolvió y la levantó en el aire.

Pierre siguió acercándose, lentamente.

Oso observó con cautela. Después de todo, habían enviado al hombre para matarlo. Quizás todavía tenía la intención de hacerlo.

Oso asintió.

Pierre se detuvo y asintió en respuesta.

—Clarissa se reunirá con nosotros en la casa esta noche—, dijo Pierre.

—Deberíamos regresar entonces.

—Deberíamos separarnos.

—No es seguro.

—Tampoco lo es viajar en grupo.

—Pierre...

—Llévala, ve al auto y llega a la casa. Caminaré. Creo que me instalaré enfrente de la casa.

—¿Por qué?

—Para estar atento a los malos.

—No saben nada de mí, Pierre. Ven a la casa. Entra. Esperaremos a Clarissa y elaboraremos nuestro plan.

Pierre no dijo nada. Saludó a Oso, se dio vuelta y corrió por el callejón. Dobló la esquina. El eco de sus pasos se apagó.

Oso dejó a Mandy en el suelo y la miró. —¿Estás bien?

Ella asintió y se secó las lágrimas de las mejillas y los ojos.

—¿Seguro? ¿Te hicieron daño? ¿Te hicieron algo?

Ella sacudió su cabeza. —No, fueron amables conmigo. Tenía mi propia habitación. Estuvo bien.

Un peso se quitó del pecho de Oso. Agarró la mano de Mandy. —Vamos. Creo que podríamos saltarnos el coche y simplemente ir a la casa.

—¿Qué pasa si tenemos que irnos más tarde?

—Es el coche de Larsen, no el nuestro.

—¿Quién es Larsen?

—Lo conocerás pronto.

Caminaron de la mano hasta el extremo sur del callejón. Doblaron a la izquierda en la esquina. Las farolas convirtieron la noche en día en la carretera principal. Todas las tiendas estaban cerradas y las luces apagadas. Oso miró sus reflejos en las ventanas oscuras. El tráfico de la calle Principal, a dos cuadras de distancia, zumbaba de fondo. El ruido bloqueó el sonido de pasos detrás de ellos hasta que fue demasiado tarde. Oso se dio la vuelta y vio a dos hombres, armados, parados a tres metros de ellos.

El chico a la derecha de Oso habló con acento ruso. Él dijo: —¿A dónde crees que vas con nuestra chica?

Oso sintió que Mandy se apretaba junto a él en su lado izquierdo. Él puso su mano sobre su hombro. Justo dentro de su chaqueta estaba su arma. Pero no se atrevió a alcanzarla por miedo a que los hombres les dispararan. Tenía que acercar a los hombres. Atraerlos. Esa sería una pelea que podría ganar. Pero hasta que eso sucediera, sabía que estaba jodido.

CAPÍTULO 41

Jack aterrizó en Des Moines después de las nueve de la noche. Tomó un coche de alquiler. Contactó a Frank. Habían reducido su zona de búsqueda a una ciudad cercana llamada Knoxville. La mejor suposición, había dicho Frank. Jack negó con la cabeza. Bien podría haber metido la mano en un sombrero y sacar el nombre. Se consoló en una cosa. Las conjeturas de Frank fueron mejores que los datos que proporcionaron los demás.

Salió del aeropuerto y condujo hacia el sureste por la autopista 5. Veinte minutos más tarde se encontró en Knoxville.

La ciudad era pequeña y tranquila y no ofrecía muchas respuestas para encontrar a Jasmine. Condujo por las calles de la ciudad en forma de cuadrícula de este a oeste y de norte a sur. Girando a la izquierda y luego a la derecha, al azar. Algo lo empujó. Algo le decía que siguiera adelante. La encontraría si seguía. Y eso era lo que haría. No se detendría hasta encontrarla y mataría a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Se encontró de nuevo en la calle Principal. Ya había recorrido toda su longitud hacia el oeste y ahora estaba dando un paso hacia el este. Llegó al borde del distrito del centro. Giró a la derecha en la Calle 5ta y, nuevamente, a la derecha en Robinson. Condujo otra cuadra y se detuvo junto a la acera. Apagó sus faros. Se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos mientras examinaba la acera que tenía delante.

Jack vio a cuatro personas. Dos hombres parados uno al lado del otro, de espaldas a Jack. A unos tres metros delante de ellos se encontraban un hombre y una niña. El hombre parecía enorme. La forma era demasiado familiar para Jack.

No podría ser.

Miró a los dos hombres, de espaldas a él, uno al lado del otro. Los estudió. Se pararon con una postura similar. Ligeramente encorvado. Brazos izquierdos colgando. Brazos derechos levantados a la altura del codo. Frente a sus cuerpos apuntaron con armas al hombre y a la niña. Jack no podía verlo, pero había visto la postura lo suficiente como para saberlo.

Jack colocó su mano izquierda en la manija de la puerta. Su mano derecha viajó instintivamente dentro de su chaqueta, alcanzando su arma. No tenía una. Tuvo que abandonarla en el aeropuerto.

—Cristo—, murmuró en voz baja.

Uno de los hombres dio un paso adelante. El brazo del hombre se estiró y Jack vio el arma. Un coche giró en una esquina casi al mismo tiempo y sus faros iluminaron la escena. No había cómo negarlo.

Oso y Mandy.

La columna, las manos y los pies de Jack hormiguearon. Se le erizaron los pelos de la nuca. La emoción que sintió al ver a su viejo amigo se disipó rápidamente cuando se hizo evidente la

gravedad de la situación en la que se encontraban. El pánico comenzó a invadirlo. Todo el entrenamiento y la experiencia de Jack se pusieron en marcha y canalizó sus emociones en acción.

El hombre se acercó a Oso. Jack sabía que su amigo necesitaba una mano. Algo que Jack podría proporcionar. El elemento sorpresa. Puso el coche en marcha y arrancó. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto. El caucho ardía al romperse contra el camino irregular. Puso su mano sobre la bocina y no la soltó.

Oso reaccionó como Jack supuso que lo haría. Con su mano izquierda empujó a Mandy detrás de él. Con su derecha desarmó al tipo que había vuelto la cabeza, mirando a Jack. Luego Oso lo estranguló. El segundo hombre observó cómo se acercaba el coche alquilado de Jack. Jack pisó el freno y los neumáticos chirriaron. Jack golpeó la acera y giró el volante hacia la derecha, haciendo que el auto hiciera una cola de pez. Se detuvo de lado con los neumáticos traseros en la calle y los delanteros en la acera. Sólo una puerta de coche y tres metros de hormigón separaban a Jack del hombre.

Jack abrió la puerta y se abalanzó contra el hombre aturdido. El tipo levantó el brazo y apretó el gatillo, disparando salvajemente al aire. La bala no alcanzó a Jack por varios metros. El hombre no se recuperó lo suficientemente rápido y Jack le quitó el arma con su mano izquierda. Clavó su mano derecha en el puente de la nariz del hombre.

—¿Jack? — dijo Oso.

Jack se inclinó y le asestó cuatro golpes más en la cabeza al hombre. Luego levantó la vista y sonrió a su viejo amigo, quien ya se había deshecho de su atacante.

—¿Eres realmente tú? — El hombretón se puso las manos detrás de la cabeza y miró a Jack con incredulidad. Abrió la boca repetidamente, pero los únicos sonidos que escaparon fueron gruñidos ininteligibles.

—Me encantaría quedarme aquí y ponerme al día, tal vez tomar una taza de café, pero tengo asuntos que atender—. Miró a los hombres en el suelo. —Parece que tú también. ¿Te importaría formar equipo?

Oso asintió.

—Sube al auto y lleva a Mandy contigo.

El trío se subió al vehículo alquilado, Jack salió a la calle y luego salió de la ciudad.

Después de uno o dos minutos, Oso dijo: —¿Qué diablos pasa con esa barba? ¿Y el pelo? Y…— hizo una pausa, su rostro era una mezcla de confusión, emoción y adrenalina. —Estás muerto. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Jack sonrió. —No estoy muerto.

—Señor. ¿Jack?

Jack miró por encima del hombro a Mandy. —¿Sí, cariño?

Mandy se inclinó hacia adelante y asomó la cabeza entre los asientos delanteros. —Me alegro de que no estés muerto.

Jack se rio. —Yo también.

—Tenía miedo por ti.

—¿Por mí? No debes tener miedo por mí. Al igual que no debo tener miedo por ti. No cuando Oso está cerca para protegerte.

La niña sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Oso.

Jack miró a Oso. —¿A dónde vamos?

Oso le dio indicaciones para llegar a la casa y Jack le contó todo lo que había sucedido. Le habló del Delfín Negro. Sobre la fuga y el agente paralizante. Oso tenía preguntas sobre eso y

Jack tuvo que encogerse de hombros. No había tenido tiempo de abordar el tema con Frank. Jack se mudó a Grecia y pasó los seis meses allí. Le contó cómo intentó llamarlo, pero el número estaba desconectado. Oso solo asintió y no ofreció excusas sobre el motivo. Jack le contó cómo terminó de regreso en Estados Unidos y el compromiso que asumió con Frank.

Y luego le habló de Jasmine y los rusos y del complot para un ataque terrorista masivo.

—Jesús, Jack—, dijo Oso. —Esa es una gran historia.

—No podrán inventarlo, grandulón—. Jack miró por la ventana una hilera de casas oscuras con patios en forma de caja. ¿Estaba Jasmine dentro de una de estas casas? —Ahora sólo necesito encontrar dónde la tienen.

—Podemos ayudar con eso.

—¿Sí? — preguntó Jack. —¿Nosotros?

Oso sonrió. —Sí, nosotros—. Señaló al otro lado del tablero. —Esa es la casa. Gira en la siguiente calle. Deberíamos aparcar a unas cuantas casas de distancia.

CAPÍTULO 42

La multitud dentro de la galería había disminuido durante la última media hora. Clarissa pensó que, si iba a salir sin ser detectada, ahora sería el momento. Un gran grupo se reunió junto a la puerta principal. Estaban hablando, abrazándose y despidiéndose. Ella se unió a ellos. Se colocó en medio del grupo mientras avanzaban al unísono a través de las puertas.

Ella miró por encima del hombro. Nadie la había visto irse. Una escapada limpia.

Se quedó con el grupo, desplazándose hacia atrás, mientras salían de la galería y giraban a la derecha. Un hombre, cerca del frente, dijo: —Vamos a tomar una copa al bar de Ted.

Los demás miembros del grupo expresaron su aprobación.

Clarissa pensó que debería unirse a ellos y buscar una oportunidad para salir del interior del bar.

Caminaron aproximadamente una cuadra hasta Ted. El hombre del frente, quien sugirió que el bar mantenía la puerta abierta, era alto y tenía una cabellera llena de pelo gris y negro. Llevaba gafas de forma circular con montura de acero. Tenía una amplia sonrisa en su rostro. Soltó el apodo de cada persona, o su nombre real, o tal vez un nombre que inventó en el acto. Cuando todos habían atravesado la puerta abierta y sólo quedó Clarissa, bajó la mirada y dijo: —Bueno, no tengo ningún nombre para ti, ¿verdad?

—Janice—, dijo rápidamente.

—Bueno, hola, Janice. Soy Gary. ¿Quieres tomar una copa?

Ella sonrió, pasó de largo y buscó el anonimato que sólo un bar oscuro y lleno de gente podía proporcionar. El grupo se apiñó alrededor del camarero y ella pasó, eligiendo una mesa vacía hacia la parte trasera del establecimiento. Se sentó de espaldas a la pared. Tenía una vista de la habitación, el bar y la puerta. Si alguien entrara, ella se daría cuenta. Al menos así lo haría cuando Gary se apartara de su camino.

—¿Te puedo ayudar? — preguntó ella.

—¿Qué tal una bebida? — preguntó él.

—Voy a pasar.

—¿Estás esperando a alguien?

Ella lo miró, luego a la puerta y luego de nuevo a él. —Sí.

Levantó las manos y dio un paso atrás. —Estaré en el bar si no aparece.

Deseó no haber seguido al grupo al interior. Gary le estaba poniendo difícil pasar desapercibida. Su permanencia junto a su mesa había atraído varias miradas no deseadas en su dirección. Se acercó una camarera y Clarissa pidió una cerveza. Unos momentos después, la camarera regresó con la cerveza y la dejó sobre la mesa. Clarissa tomó un largo trago de la jarra de cristal congelada y saboreó. La barra permaneció en equilibrio durante varios minutos. Nadie entró. Nadie salió. La gente eligió mesas y algunos permanecieron en los taburetes.

¿Cambiará pronto el equilibrio? ¿Algunos de los hombres de Boris abandonarían la fiesta y se refugiarían en el bar de Ted?

Clarissa terminó su cerveza, dejó caer un billete de cinco dólares sobre la mesa y colocó la jarra encima del dinero. Siguió un pasillo detrás de ella hasta el baño de damas. Entró al baño y notó una ventana en la pared opuesta. Ella fue a inspeccionarla. Había suficiente espacio para que ella pudiera pasar. ¿Qué había del otro lado? Giró el pestillo por la mitad y levantó el panel de cristal. Se levantó y asomó la cabeza. El espacio entre ese edificio y el siguiente tenía más de metro y medio de ancho. Bastante espacio. Giró la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. El callejón conectaba con la calle Principal y la calle Marion.

Ella sacó su arma. Que su arma cayera en el baño al pasar por la ventana abierta no sería lo ideal.

Con su arma en mano, Clarissa se levantó y salió por la ventana abierta. Se sentó en el alféizar de la ventana y giró su pierna izquierda. Luego la derecha. Saltó al callejón recubierto de asfalto y caminó hacia la calle Principal.

La parte más traicionera de su viaje sería caminar por el centro, un radio de cinco cuadras lleno de demasiadas farolas y, en esa noche en particular, demasiados rusos. Se quitó los tacones y los recogió. Corrió por el callejón. Redujo el paso en un intento de mezclarse una vez que llegó a la calle Principal. Se dirigió hacia el este y giró a la derecha en la calle 4ta, luego a la izquierda en Robinson. Faltaba una cuadra para entrar a la zona residencial del pueblo.

Unos pasos resonaron en los edificios que la rodeaban. Vinieron de atrás. Indicaban que quien estaba detrás de ella se movía con rapidez, posiblemente corriendo.

Apretó el mango de su arma y se la llevó al pecho. Su mano izquierda envolvió su derecha, manteniéndola firme.

Los pasos se acercaron a ella rápidamente. Esperó hasta que estuvieron a seis metros y se dio la vuelta. Con los brazos extendidos y el arma apuntando a la primera persona que vio.

Un hombre y una mujer, vestidos con chándales oscuros con tiras reflectantes, se quedaron inmóviles. Los miró de arriba abajo. Llevaban zapatillas para correr a juego con los chándales. El hombre extendió el brazo delante de la mujer y la hizo pasar detrás de él. Habló entre respiraciones profundas: —No tenemos dinero encima.

Clarissa negó con la cabeza. —Lo lamento. Alguien me persigue.

La mujer miró por encima del hombro del hombre. —Podemos llamar a la policía por usted.

—No es bueno. Sólo olviden que me vieron. Por favor.

Clarissa giró sobre sus talones y echó a correr y no aflojó hasta correr casi un kilómetro. Disminuyó ligeramente su ritmo y corrió otro kilometro en menos de tres minutos.

Vio la casa de Oso. Un auto en el camino de entrada. Luz del porche encendida. Una luz encendida dentro de la ventana delantera. Se encendió la luz al costado, donde recordaba que estaba ubicada la cocina. Se agachó junto a un coche aparcado en la acera y observó la casa mientras recuperaba el aliento. Finalmente, satisfecha de que el área estaba despejada, cruzó la calle y cruzó el jardín delantero de Oso. Ella se paró frente a la puerta. Se arregló la ropa. Dejó caer los talones al suelo y sostuvo su arma detrás de su espalda. Luego llamó a la puerta.

CAPÍTULO 43

—¿Quién diablos eres tú? — preguntó el chico.

Jasmine levantó la cabeza y miró fijamente al ruso que se había identificado como Boris. Eran los únicos dos en el sótano utilizado como una especie de mazmorra. Ella no le dijo nada.

—Voy a preguntarte nuevamente y espero una respuesta. ¿Quién eres?

—¿O qué? — dijo ella. —¿Qué vas a hacer? ¿Golpearme?

Boris sonrió, dejó escapar una suave risita y se inclinó. Puso una mano en su cintura y la deslizó por su costado, deteniéndose justo más allá de sus costillas. Le apartó el pelo cubierto de sangre y tierra a un lado de la cabeza. Dijo en voz baja: —No voy a vencerte. Sólo voy a dispararte. Y eventualmente matarte.

Jasmine giró la cabeza y miró fijamente la pared, esa pared que podría ser lo último que viera. Respiró hondo y se compuso.

Boris dijo: —¿Y bien?

—Púdrete.

—Vuelvo enseguida—. Boris se dio vuelta y se alejó de ella. Subió las escaleras, una a la vez, un pesado paso tras otro.

Jasmine colocó la parte superior de su espalda contra la pared, dejando que sus brazos se relajaran. El flujo de sangre volvió a sus muñecas. El dolor permaneció. Miró a su alrededor, comprobando la pared y el suelo en busca de algo que pudiera usar contra Boris cuando regresara. No encontró nada. Incluso si lo hubiera hecho, no podría alcanzarlo. No mientras estaba encadenada a la pared.

Su mejor oportunidad era rodearlo con las piernas y trepar. Apretar y mover las piernas hacia arriba y envolverlas alrededor de su cuello. Sin embargo, eso sólo resolvería un problema. Ella todavía estaría atrapada allí abajo, y alguien bajaría y la vería encadenada y a Boris muerto en el suelo. Probablemente le dispararían una bala en la cabeza antes de preguntar qué pasó.

Dejó de lado ese pensamiento y trató de aceptar el hecho de que estaría muerta antes del amanecer. No es que ella supiera la hora exacta. No mientras estuviera atrapada en un sótano sin ventanas.

¿Debería simplemente ceder? ¿Darle su nombre? ¿Decirle para quién trabaja y qué estaba haciendo?

Destruir todo por lo que había trabajado y cada gramo de su formación. Además, Boris no se limitaría sólo a su nombre, y ella lo sabía. También parecía ser el tipo de hombre que podía recopilar mucha información basándose en su nombre. Entonces, incluso si ella se negaba a hablar más, él podría usar sus recursos para obtener la respuesta, haciéndola inútil para él. Y cuando se trataba de hombres como él, lo inútil no era lo ideal.

Al final, decidió que lo mejor sería aguantar el mayor tiempo posible. Se habían tomado la molestia de traerla aquí, dondequiera que estuviera, desde Atlanta. Querían algo de ella y no se desharían de ella hasta que lo tuvieran.

Lucha, resiste, mantente fuerte.

La puerta se abrió y el rincón más alejado de la habitación junto a las escaleras se iluminó. Oyó a Boris empezar a bajar las escaleras. Luego escuchó dos pares más de pasos descendiendo detrás de él. Había traído refuerzos.

Coño.

Él dobló la esquina y ella se puso tensa. Tenía una bolsa negra en sus manos. Los hombres que bajaron con él eran dos que ella no reconoció. Boris se detuvo frente a ella. Los hombres se colocaron a su lado, fuera del alcance de sus piernas.

—Tuvimos una fiesta esta noche—, dijo Boris. Supongo que hubo un par de cientos de personas allí. Principalmente gente que no conozco. Sanguijuelas que simplemente aparecen para recibir bebida y comida gratis. ¿Sabes por qué hacemos esto?

Jasmine miró al suelo y no dijo nada.

—Para que me toleren a mí y a mis hombres. A la policía, a la mayoría de ellos, no les importa. Tengo dos en mi casa ahora mismo.

Jasmine miró a su izquierda y a su derecha a los hombres que estaban a su lado. No parecían policías.

Borís sonrió. —No, ellos no. Son míos, de Rusia. De todos modos, ¿dónde estaba?

—Cállate y continúa con esto—, dijo Jasmine. —No me importa tu vida social.

—¿No les dije que parecía luchadora?

Jasmine reprimió una sonrisa. —No tienes idea. Déjame salir de estas cadenas y te lo mostraré.

Boris dio un paso hacia la izquierda, giró y dio un paso hacia la derecha. —Oh, pronto estarás libre de esas cadenas. Pero no estarás en condiciones de hacerme nada a mí, ni a estos hombres, ni a los policías corruptos de arriba.

—Amenazar mi vida es una pérdida de tiempo. Estoy lista para morir. Es una realidad cotidiana en mi trabajo.

—¿Y con quién es ese trabajo?

Jasmine no respondió.

—Solo dime tu nombre y para quién trabajas y veré si te dejo ir.

Ella todavía no respondió.

Boris suspiró y bajó la cabeza. —Me parece bien—. Abrió la cremallera de la bolsa y la abrió de par en par. Metió la mano y sacó un vial y un envoltorio de plástico transparente que contenía una jeringa.

—Espero que seas sanitario—, dijo.

Borís se rio. Quitó el plástico y quitó la tapa de la aguja. Lo sumergió en el vial y llenó la jeringa. Él dijo: —¿Sabes qué es esto?

Jasmine negó con la cabeza.

—Bueno, en ruso lo llamamos... — hizo una pausa y sonrió. —No te importa el ruso, ¿verdad?

Ella sacudió su cabeza otra vez.

—Llamémoslo simplemente suero de la verdad. Te lo voy a inyectar. Después de unos minutos estarás mareada, feliz y con los labios sueltos—. Él se detuvo por un momento. Sonrió. —Al mismo tiempo, podría doler un poco.

Jasmine dejó caer la cabeza. Se centró en los pies de Boris mientras él se acercaba. Vio a los hombres acercándose a ella en su visión periférica. Ahora era el momento. Empujó hacia atrás contra la pared y luego explotó hacia adelante, empujando su pierna izquierda hacia la pared y su pierna derecha hacia adelante. Atrapó a Boris en el estómago o en la ingle, no podía decirlo y asumió que probablemente era un poco de ambas cosas. Dejó caer el vial y la aguja y cayó al suelo.

Bajó la pierna derecha y la empujó contra la pared. El hombre a su izquierda era el más cercano, así que empujó su rodilla izquierda hacia su pecho y luego empujó su pierna hacia abajo y hacia un lado. Su pie conectó con la rótula del chico. Su pierna se dobló anormalmente hacia atrás. Le pareció oír uno o dos chasquidos. El hombre dejó escapar un gruñido y un grito. Cayó al suelo, agarrándose la pierna deformada.

Jasmine sintió que sus brazos se movían hacia arriba, seguidos de que su cuerpo se estirara. La sacaron del suelo. Giró la cabeza hacia la derecha y vio que el tercer hombre había agarrado las cadenas y comenzado a tirar hacia abajo. La cadena pasaba por una polea montada en el techo. La cadena se conectaba a sus muñecas y cada vez que él tiraba, ella tiraba hacia arriba.

El hombre de su izquierda permaneció en el suelo. Sus manos rodearon su rodilla.

Boris se arrodilló y descansó un minuto, recuperando el aliento, supuso.

Finalmente, se puso de pie y dijo: —Mantenla quieta.

El hombre a su derecha acortó la distancia y le rodeó las piernas con los brazos. La empujó hacia adelante, lejos de la pared. Estaba estirada en diagonal, con los brazos cerca de la pared y los pies hacia el centro de la habitación.

Ella pateó, se retorció y giró. Resultó ser un desperdicio de energía. Sintió un pellizco en el costado y miró hacia abajo. Boris le había clavado la aguja en el abdomen. No era el lugar ideal, pero pronto haría su magia. Ahora, la única decisión que tenía que tomar era fingir que funcionó antes de que realmente lo hiciera.

Sabía cómo se sentía la droga. Se la habían aplicado durante su entrenamiento. Ella imitó el efecto. Su farsa sólo duró dos minutos. La droga hizo efecto. Su mundo se ralentizó a la mitad de velocidad, tal vez menos. Ella quedó inerte y sintió que su cuerpo golpeaba el suelo.

CAPÍTULO 44

Cuando Jack y Oso entraron en la casa, Pierre se puso blanco como un fantasma y cayó de rodillas. Abrazó a Jack. Le agradeció por salvarle la vida. Luego, el francés se disculpó profusamente por traicionar a Jack y aceptar trabajar para Charles y el anciano. Le dijo a Jack que esperaba que sus acciones y su esfuerzo por rescatar a Mandy le permitieran perdonarlo. Dijo que haría cualquier cosa que Jack quisiera para compensar sus transgresiones.

Luego, Pierre se unió a Larsen y Mandy en la cocina.

Jack y Oso se sentaron uno frente al otro, poniéndose al día con los acontecimientos de los últimos seis meses.

La casa quedó en silencio después de un golpe rápido y decidido a la puerta.

Oso dijo: —Jack, ¿por qué no me traes eso?

—¿Por qué yo?

—Me estoy preparando para empezar a cenar.

—¿Cuándo te volviste tan domesticado?

—Piensa lo que quieras, Jack.

Jack se rio. Se levantó del sofá y cruzó la habitación. Se paró frente a la puerta. Agarró la perilla y la giró hacia la derecha. Abrió la puerta. El rostro que lo saludó era uno que conocía demasiado bien. Un rostro en el que pensaba todos los días. Más de una vez al día. Y durante la mayor parte de los últimos diez años.

—Clarissa.

Los ojos de Clarissa se abrieron como platos. Su boca se abrió mientras intentaba hablar. No dijo nada. Rodeó a Jack con sus brazos, lo acercó y besó su mejilla.

Él hizo lo mismo. La levantó y la llevó hasta el umbral. Cerró la puerta de una patada y la sentó. —¿Qué estás haciendo aquí? — Le pasó las manos por el cabello y añadió: —¿Qué le hiciste a tu cabello?

—Yo... debería preguntar lo mismo—. Ella le pasó las manos por el pelo y tiró ligeramente de su barba. —¿Estas vivo?

Jack se palpó el pecho y la cabeza y dijo: —Sí, eso creo.

—¿Cómo fue esto… dónde has estado? — Miró al otro lado de la habitación, a Oso, que estaba recostado contra la pared, con los brazos cruzados y una gran sonrisa en el rostro. —¿Sabías sobre esto?

Oso dijo: —Me acabo de enterar esta noche. No tenía idea.

La habitación tenía un ambiente cálido. Amigos reunidos. La sonrisa en sus rostros contaba una historia que cualquier extraño podría leer.

—Quería decírtelo—, dijo Jack. —Pero dijeron que necesitaba permanecer invisible. Soy un fantasma. Todos piensan que estoy muerto. No pude comprometer eso, aunque lo intenté una o

dos veces.

—¿Dónde estabas? — exigió. Sus puños se curvaron en bolas y los golpeó contra el pecho de Jack.

Él envolvió sus manos alrededor de sus muñecas, manteniéndolas juntas. La tensión entre ellos comenzó a desvanecerse. Se inclinó hacia adelante. Soltó sus brazos y envolvió los suyos alrededor de su espalda. Sus labios cruzaron el vacío y se encontraron en el medio.

Se retiró un minuto después y continuó: —Cuando regresé a Estados Unidos hace unos días, lo primero que hice fue ir a tu apartamento.

—Eso podría haber sido arriesgado.

Jack alzó los hombros un poco. —Tal vez. El superintendente dijo que te fuiste hace seis meses. ¿A dónde fuiste?

—Yo—, hizo una pausa y se mordió el labio inferior. —Me uní al equipo de Sinclair.

—¿Estás aquí por la misma razón que yo entonces? ¿Para derrotar a los rusos?

—Me estoy haciendo pasar por una de ellos. Iba a hacerme cargo de su grupo principal de la costa oeste.

—¿Por qué estás parada aquí ahora mismo?

Clarissa miró más allá de Jack y le sonrió a Mandy. —La ayudé a escapar esta noche.

—¿Arruinaste el trabajo?

—Tal vez—. La sala quedó en silencio durante medio minuto y luego Clarissa dijo: —¿Qué tienes que ver con los rusos?

—Frank fue quien me sacó de esa prisión infernal rusa. Él también es el que…

—¿Skinner? — preguntó Clarissa.

Jack asintió. —Sí, Frank Skinner.

—¿Estás trabajando para él otra vez”

—Por ahora. Tengo una deuda que pagar. Él me salvó la vida.

Clarissa asintió y le hizo un gesto a Jack para que continuara.

—Ya no trabaja en el campo, así que me asoció con uno de sus mejores agentes. Estábamos en Atlanta. Se la llevaron.

—¿Quién?

—Los rusos. Ella está aquí. Toda la inteligencia y la evidencia apuntan hacia aquí.

Clarissa se levantó y pasó junto a Jack. Caminó por la habitación y se detuvo para apretar el brazo de Oso. Ella asintió con la cabeza hacia Larsen, sonrió a Pierre y abrazó a Mandy. —Si no han descubierto mi identidad, entonces puedo llevarte allí. Él confía en mí. Todos confían en mí. No nos impedirán entrar.

—¿Tienes un auto aquí? — preguntó Jack.

—No muy lejos—, respondió Clarissa.

Jack miró a Oso y luego al reloj de la pared. Casi media noche. Sería fácil permanecer contento después de reunirse con las personas que consideraba su familia. Todos estaban relajados y felices. Pero había un trasfondo oscuro en el sentimiento que reinaba en la habitación. —Me encantaría que esta reunión fuera en términos más agradables, pero parece que tenemos trabajo que hacer. Planifiquemos esto.

Los cinco se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Clarissa les explicó la distribución de la casa y de la propiedad. Explicó dónde estaban colocados los guardias.

—Podemos hacer esto—, dijo Jack.

—Quiero unirme a ustedes—, dijo Pierre.

Oso y Jack se volvieron hacia el francés.

—Puedes confiar en mí—, dijo Pierre. —Permíteme compensarte.

—Está bien—, dijo Jack. —Entrégame y te mataré primero.

Pierre asintió sin dudarlo.

—Quiero entrar—, dijo Larsen.

Oso negó con la cabeza. “Detective, necesito que se quede con Mandy. Llévela a algún lugar seguro.

—Maldita sea, quiero mi venganza.

—Sé que sí, pero no estás capacitado para este tipo de cosas. Nosotros sí.

Larsen apretó la mandíbula y se agarró a los bordes de la mesa. Las venas de su cuello se marcaron y sus mejillas temblaron de ira.

—Puedes ayudarnos—, dijo Jack. “Necesitamos armas. Dos rifles de francotirador y cualquier arma táctica que puedas conseguir.

Larsen miró a Oso. —¿Qué pasa con el informante?

—Que se joda—, dijo Oso. —No nos consiguió nada y no quiero pagarle nada.

Larsen respiró hondo una serie de veces y su ira pareció disminuir un poco. Él dijo: —Puedo conseguirte armas. Iré ahora. Me tomará media hora—. Se levantó de la mesa y salió de la casa sin decir una palabra más.

Jack esperó hasta que se cerró la puerta principal y dijo: —¿Podemos confiar en él?

Oso asintió. —Él los quiere muertos tanto como nosotros.

Jack se volvió hacia Clarissa. —¿Dónde tendrían a Jasmine?

Ella se encogió de hombros. —Mantuvieron a Mandy en una habitación al final del pasillo donde estaba yo. Pero dudo que ahí mantengan a un agente.

—Yo también. ¿Viste alguna vez algún tipo de celda de detención o un sótano o algo así?

—No.

—Dondequiera que esté, estará vigilada y encerrada. De ninguna manera se arriesgarán a dejarla salir.

Oso asintió y Clarissa también.

Jack dijo: —¿Qué más tenemos que hacer mientras estamos allí?

—Los documentos—, dijo Clarissa. —Tienen información sobre varios objetivos. Debilidades y mejor momento para un ataque conjunto. Monumentos, infraestructura, y más. Es malo.

Jack asintió y no dijo nada. Los documentos eran su segunda prioridad y no tenía intención de salir de casa sin ellos.

—Deberíamos conseguirlos—, dijo Clarissa. —Y eliminar a todos en esa casa. Lo más importante es eliminar a Boris.

—Frank podría quererlo vivo—, dijo Jack.

—No sé si saldría vivo. No después del expediente que leí sobre él.

—Frank querrá saber quién es el jefe en Rusia.

—Puedo acercarme a él. Él confía en mí—, Clarissa hizo una pausa y sonrió. —Él confía en Anastasiya. Le diré que alguien me golpeó afuera de la galería. Eso lo pondrá un poco nervioso. Entonces ustedes comienzan el ataque por dentro. Lo dejaré inconsciente.

—¿Todos los demás? — preguntó Pierre.

Jack miró más allá del grupo. Asintió hacia la niña sentada en la mesa de la cocina.

—Mandy—, dijo Oso. —Ve a tu habitación y prepara una bolsa con algo de ropa y esas cosas.

Jack esperó hasta que la chica estuvo fuera del alcance del oído. —Los mataremos a todos.

—Necesitamos un plan—, dijo Oso.
Jack se inclinó sobre la mesa y abrió los brazos. —Esto es lo que estoy pensando.

CAPÍTULO 45

—¿Cómo te sientes? — Boris le dijo a la mujer que yacía en el suelo. Sus párpados temblaron y luego permanecieron entreabiertos. Ella lentamente miró de él al techo y a las escaleras. Sus ojos se detuvieron en las escaleras y dijo: —No tiene sentido. Nunca lo lograrás. Además, ni siquiera puedes mantenerte en pie. Inténtalo.

Observó a la mujer mover su mano en cámara lenta. Sus dedos tardaron un minuto en recorrer siete centímetros. Las lágrimas se formaron en sus ojos y se deslizaron por sus mejillas hasta el suelo, formando un pequeño charco. Boris la agarró por la camisa y la levantó. La apoyó contra la pared. La agarró por las mejillas y la obligó a mirarlo.

—¿Puedes hablar? ¿Por qué no dices algo por mí?

—Algo—, dijo.

Borís sonrió. “Es una pena no haberte conocido en circunstancias diferentes. Tú y yo podríamos haber hecho algo juntos. ¿Lo sabes?

La mujer dijo: —Algo—. Su cabeza se balanceó hacia un lado y sus ojos se cerraron.

—Correcto—, dijo Boris. —¿Por qué no empiezas diciéndome tu nombre?

—Jazz—, hizo una pausa. —Jasmine.

Boris asintió con la cabeza al hombre que estaba a su lado, quien luego garabateó su nombre en una libreta. —¿Jasmine qué?

—Medina.

—Jasmine Medina. Eso es adorable. ¿Cuál es tu pasado? No, mejor aún, ¿para quién trabaja la señora Medina? O es la señorita, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y para quién trabaja usted, señora Medina?

—Nadie.

—Ahora no lo creo.

—Somos fantasmas.

—¿Fantasmas?

—No existimos.

—Bueno, obviamente existes. Estás sentada frente a mí ahora mismo.

Jasmine negó con la cabeza y sonrió.

—¿Cómo se llama la organización? ¿Quién es tu jefe?

—Ese—, dijo.

—¿Como en la letra ”s”?

Ella medio asintió, su cabeza colapsaba sobre su pecho después de cada movimiento hacia arriba.

—Está bien, ¿qué?

—SIS.

—¿Y qué es eso?

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Mantuvo su mirada durante medio minuto y dijo: —Un grupo de fantasmas.

Boris suspiró y se volvió hacia su hombre. —Tomen nota del SIS y enviaremos a alguien a casa para comprobarlo—. Él se volvió hacia ella. —Señora Medina, ¿quién es tu jefe en el SIS?

—No hay jefes.

—Seguramente alguien tiene que dirigir y decidir cuáles son tus asignaciones.

—Frank.

—¿Frank qué?

Ella se encogió de hombros. —Nunca pregunté.

Boris asintió a su hombre y volvió a mirar a Jasmine. —Me ha llamado la atención que cuando mis hombres te detuvieron en nuestra casa en Georgia, tenías un compañero contigo al que dejaron atrás. ¿Cómo se llama?

—John—, dijo.

—¿John qué?

—John Martín—. Ella sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Ese es su nombre real?

—Es un nombre falso porque realmente es un fantasma.

—Dijiste que eras un fantasma. ¿Es Jasmine Medina un nombre falso?

Ella se encogió de hombros.

Boris la abofeteó, ni fuerte ni ligeramente.

—Es mi verdadero nombre.

—¿Cuál es el verdadero nombre de John Martin?

—Jack Noble.

Boris se puso de pie y caminó hasta el otro extremo de la habitación. —¿Jack Noble? Ese nombre, tan familiar—. Regresó a su posición frente a Jasmine y dijo: —¿Por qué reconozco ese nombre?

—Probablemente él sea la razón por la que tus dientes están tan torcidos.

Boris ignoró la última declaración. —¿Qué estaban haciendo ustedes dos en mi casa en Georgia?

—Acercándonos a ti—. Hizo una pausa, inclinó la cabeza hacia atrás y forzó una sonrisa. —Te vamos a derribar—. Ella cerró los ojos. Su cabeza se inclinó hacia abajo y luego hacia arriba. —No hay nada que puedas hacer para detenernos—. Ella se lamió los labios. Sonrió. —Mátame. Mata a Jack. Mata a Frank. No importará—. Su cuerpo se contrajo y tosió. Respiró hondo y se estabilizó. —Te tenemos y vamos a acabar contigo, con tu grupo, con cada hombre, una vida a la vez.

Boris se puso de pie. La ignoró. —Es suficiente por ahora. Encadena sus muñecas, pero déjala sentada. Déjala dormir. Revisaremos los detalles con ella por la mañana. A ver si regresa. Quizás después me ponga en contacto con Ivanov.

CAPÍTULO 46

Jack yacía en la oscuridad junto a Pierre. Intentó permanecer inmóvil mientras sujetaba el cordón que mantenía la tapa del maletero cerrada, pero sin seguro. El coche redujo la velocidad. Voces apagadas se colaron por la rendija que dividía el asiento trasero. El coche se hundió por el lado del pasajero y luego saltó. Jack supuso que Oso acababa de salir. Eso significaba que estaban cerca.

El detective Larsen había regresado con un alijo de armas. No lo admitiría, pero Jack supuso que el detective había asaltado las acciones del equipo SWAT. Para Oso, trajo dos rifles de francotirador semiautomáticos Heckler & Koch MSG90. Una buena opción y popular entre la policía y el ejército. También, le había traído a cada uno una Glock 17. Y cada uno recibió una H&K MP5 equipada con un cargador de 30 balas y un cargador de repuesto, lo que les daba sesenta balas, o veinte tiros cuando configuraban el arma en su modo de disparo en ráfaga de tres tiros. Finalmente, le entregó a cada uno un par de gafas de visión nocturna ATN.

Tenían el poder del fuego. Tenían a Clarissa para que los llevara al lado de la casa. Tendrían la oscuridad de la noche y el elemento sorpresa.

—¿Estás listo? — preguntó Jack.

—Sí—, dijo Pierre. —Y Jack, nunca tuve la oportunidad de agradecerte por salvarme la vida en Rusia.

—No lo menciones.

—Tengo que. Eso lo fue todo para mí. Me levanta el espíritu que estés vivo. Voy a…

—Pierre—, interrumpió Jack. —Detente. Tenemos un trabajo que hacer. Ayúdame a completar esto y entonces estaremos empatados. No me importa el acuerdo con el viejo y Charles, ni cualquier otra cosa que haya sucedido en Rusia. Estamos aquí ahora y tenemos un trabajo que hacer.

—De acuerdo.

El coche empezó a moverse de nuevo. Primero despacio. Luego, hizo un giro brusco. El viaje se volvió accidentado. Había gravilla aplastada bajo el peso del coche. Los neumáticos levantaron pequeñas piedras y algunas de ellas golpearon el tren de aterrizaje del coche. El ruido seguramente sería notado por los guardias que Clarissa les dijo que estarían colocados en el patio.

Un minuto después, el coche se detuvo y dio marcha atrás. Ella estaba dando marcha atrás, como habían planeado. Eso permitiría a Pierre y Jack salir del baúl sin ser detectados. El auto se detuvo y se sacudió un poco cuando Clarissa lo estacionó.

Oyó botas en la acera. Más de un par. La puerta de Clarissa se abrió, sus pies tocaron el suelo, dio unos pasos y luego la puerta se cerró. Las botas se detuvieron. Clarissa se alejó del coche y les dijo algo a los guardias. El sonido de sus pasos se apagó.

Jack se puso las gafas de visión nocturna y las encendió. Levantó la cabeza y vio que Pierre hacía lo mismo. Luego, Jack le dio a Pierre una señal de que se irían en treinta segundos. Según el diseño de la propiedad que Clarissa le había proporcionado, a Oso le tomaría menos de un minuto cruzar la zona boscosa entre el complejo y la carretera. Clarissa tardaría menos de treinta segundos en cruzar el aparcamiento y entrar en el recinto. Una vez dentro, debía encontrar a Boris y convencerlo de que necesitaba hablar con él en privado.

Un reloj interno contaba los segundos. La cuenta atrás fue interrumpida por el sonido de la música. Una vieja canción. Jack no pudo ubicarla. Sonaba francés.

—Mierda—, dijo Pierre.

Jack escuchó al francés buscar a tientas y luego la música se detuvo. Se le había olvidado silenciar su celular. Jack sacudió la cabeza y no dijo nada. La tensión llenó el baúl. Esperaron, pero no escucharon nada que indicara que alguno de los guardias hubiera escuchado el tono de llamada del teléfono celular.

—Salgamos—, dijo Jack. Levantó poco a poco la tapa del maletero y miró detrás de ellos. Otro centímetro más y miró hacia un lado. —Despejado por aquí.

—Aquí también—, dijo Pierre.

Levantaron el baúl lo suficientemente necesario para poder salir. Cayeron al suelo. Se arrastró dieciocho metros hacia la izquierda y encontró un claro. Era hora de esperar a que los tres guardias colocados en el techo se agruparan. Entonces comenzaría el ataque.

CAPÍTULO 47

—Lo tengo—, dijo Clarissa, liberando su brazo del agarre del hombre. Miró alrededor del vestíbulo y vio la mirada de otro hombre. —¿Dónde está Borís?

—¿Dónde has estado? — preguntó el hombre.

—Eso no es de tu importancia. ¿Dónde está Borís?

El hombre giró la cabeza hacia la derecha, hacia el pasillo.

Clarissa atravesó el vestíbulo y recorrió el pasillo. Se detuvo en la puerta de la oficina de Boris. Respiró hondo y se pasó las manos por el pelo en un esfuerzo por parecer desaliñada. Tiró y se puso el vestido para dar el efecto de que lo habían roto. Finalmente, llamó a la puerta.

La puerta se abrió y Boris se paró frente a ella. Sus ojos estaban oscuros por la ira. Él solo la miró antes de darse la vuelta y regresar a su escritorio. Él levantó una mano y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Boris.

—Silencio.

Ella no dijo nada. Cruzó la habitación y se sentó frente a su escritorio.

—¿Dónde estabas?

—Por eso vine aquí. Me atacaron”

—¿Tú? ¿Atacada?

—Sí—. Bajó la mirada hacia el suelo y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Dónde?

—Fuera de la galería. Salí a tomar un poco de aire fresco. Decidí tomar una copa en el bar de al lado.

—¿Hiciste qué?

—Sé que no debería haberlo hecho. Sólo tenía que salir de esa galería por un tiempo. No me sentía cómoda con esa gente.

Borís se encogió de hombros. Parecía estar creyéndose la historia. —¿Y luego qué pasó?

—Yo estaba en el bar. Tomé asiento cerca de la parte de atrás y pidi una bebida. Fui al baño de señoras y este hombre me siguió.

—¿Como se veía?

—Nunca pude verlo bien.

Boris entrecerró los ojos y la miró mientras hablaba.

—Me estaba mirando en el espejo y él irrumpió, la puerta me bloqueó la vista. Luego vino detrás de mí y trató de atacarme. Me tomó del pelo y trató de quitarme el vestido.

—¿Y simplemente lo dejaste?

—Por supuesto que no. Lo ataqué. Dejé un desastre sangriento en el baño. Y luego hui.

—Entonces, ¿por qué no volviste aquí?

—Quería. Pero sólo había una manera de salir del bar y era por el frente. Corrí por el lugar, pero todos me vieron y debieron escuchar lo que había pasado atrás.

—¿Nadie fue allá atrás?

Supongo que habían empezado a hacerlo, pero lo maté demasiado rápido. Creo que lo acabé demasiado bien. No sé si vivió. Todos me vieron. Todos en el bar me vieron. Salí calle abajo y me escondí un rato, pero aún podía ver el bar. Vino la policía, esperé y luego se fueron.

Boris levantó un dedo. —Espera un minuto, puedo hacer una llamada y arreglar esto con la policía—. Cogió el teléfono. Clarissa se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la de él. Él se detuvo y la miró. —¿Qué?

—Esta noche no, Boris—, dijo. —Espera hasta la mañana. Después de todo, pude llegar al auto y regresar aquí. Si aparece la policía, podrás tratar con ellos en persona, ¿verdad?

—Eso es cierto. Probablemente sea mejor así. No irás a ninguna parte durante unos días. ¿Entendido? — Se reclinó en su silla. Abrió un cajón y sacó un cigarro. Se lo ofreció a Clarissa, quien lo rechazó. Encendió una cerilla de madera y encendió el cigarro.

El olor del cigarro llenó rápidamente la habitación. Le recordaba a su padre. Estudió a Boris durante unos minutos y se preguntó si planeaba enviar a algunos de sus hombres en mitad de la noche para interrogarla más a fondo.

Decidió intentar sondearlo con una conversación. —¿Cómo estuvo la gala esta noche?

Borís se encogió de hombros. —Siempre es una pérdida de tiempo. Odio besar a esos tontos. Odio Iowa. Odio a Estados Unidos.

Llamaron a la puerta y Boris dejó su cigarro en el borde del cenicero de cristal en la esquina de su escritorio. —Discúlpame un momento—. Se levantó y salió de detrás del escritorio. Cruzó la habitación y abrió la puerta.

Clarissa permaneció sentada y escuchó la conversación.

—Señor, la niña ha desaparecido.

—¿La agente? Está encerrada abajo. Como logró…

—La agente no, señor. La niña pequeña.

—Ella estaba en la fiesta. Se suponía que Anastasiya estaba vigilándola.

Clarissa sintió el calor de su mirada a través del respaldo de su silla.

—Déjame—, dijo Boris.

La puerta se cerró y luego escuchó el distintivo clic de la cerradura. Se tomó su tiempo para darse la vuelta. Ella observó su reflejo en la ventana. Metió la mano dentro de su chaqueta. ¿Iba por un arma? Se sintió como una tonta por entrar desarmada. Jack había argumentado que necesitaba un arma, pero temía que la registraran cuando iba a ver a Boris o después de entrar. Entrar armada habría sido una sentencia de muerte si la hubieran descubierto.

Él dejó caer la mano a su costado y ella no vio ningún arma. Caminó lentamente por la habitación. Se detuvo detrás de ella. Puso sus manos sobre sus hombros.

Clarissa miró su reloj. Había pasado suficiente tiempo y el ataque comenzaría pronto.

—Anastasiya, mi asistente más prometedora, ¿dónde diablos estuviste esta noche y dónde está la niña?

Ella no dijo nada. Sintió sus manos acercándose alrededor de su cuello. Ella miró fijamente a la ventana, a él y luego más allá de él. Vio el cañón atravesar el estacionamiento, desde el bosque. El ataque había comenzado. Ahora era el momento de atacar. Ella se giró en su asiento y le golpeó en la entrepierna con el codo y él le soltó el cuello. Ella saltó de la silla. Cogió el pesado cenicero de cristal del escritorio. Lo acunó contra su antebrazo y giró su cuerpo hacia la derecha, luego giró hacia la izquierda. Su brazo derecho se estiró detrás de ella y giró con gran

fuerza. El pesado cenicero de cristal conectaba con Boris en el lado izquierdo de su frente. Inmediatamente se desplomó en el suelo. Sostuvo el cenicero sobre su cabeza y lo cerró de golpe una vez más, asegurándose de que estuviera inconsciente.

Clarissa puso a Boris boca arriba. La sangre manaba de un profundo corte en su frente. Ella lo ignoró y le abrió la chaqueta. Agarró la pistola que había enfundado allí. Se colocó detrás del escritorio, abrió los cajones y revisó los archivos y los papeles. Encontró otra pistola. Continuó buscando algo con qué sujetar a Boris. Encontró un rollo de cinta adhesiva y decidió que era su mejor opción. Ella le envolvió los tobillos, luego las rodillas y luego las manos detrás de la espalda. Luego conectó los tres. Lo arrastró detrás del escritorio y caminó hacia la puerta.

El plan requería que esperara a que llegaran Jack, Pierre u Oso.

CAPÍTULO 48

Jack observó la posición de Oso en el bosque. Pierre vigilaba el patio, asegurándose de que nadie se acercara a ellos.

—Es casi la hora—, dijo Jack.

—De acuerdo.

Tres rápidos disparos amortiguados fueron seguidos cada uno de ellos por una ráfaga de fogonazo. Jack giró la cabeza y vio a los tres guardias en lo alto del techo caer muertos. Aparecieron dos más. Se realizaron dos disparos más desde el bosque. Los hombres cayeron. Eso dejó a un guardia más en el techo. Lo más probable era que no se hiciera visible, lo que significaba que las unidades en tierra pronto se darían cuenta del ataque.

—Ahora—, dijo Jack. Miró por encima del hombro y vio que Oso se acercaba. Oso había abandonado uno de los MSG90 y había apuntado el otro al techo. Le indicó a Jack que iba a rodear el perímetro hacia el oeste. Jack esperaba que el hombretón pudiera dispararle al último guardia del tejado que quedaba.

Pierre se movió primero, manteniéndose cerca del suelo y detrás de un automóvil para cubrirse. Se levantó y disparó cuatro ráfagas de tres balas hacia la oscuridad. Jack miró y vio caer a tres hombres. Vio un equipo acercándose desde el área cerca de la puerta principal. Disparó una vez y eliminó al hombre del medio. Los otros dos se detuvieron. Disparó varias veces más y alcanzó al hombre de su derecha. El chico de la izquierda se giró y empezó a correr. Jack disparó de nuevo y le dio en la espalda, cerca de la base del cuello. Cada disparo alcanzó una pulgada por encima del anterior. La última bala penetró el cráneo del hombre y, mientras caía, una nube de sangre flotaba en el aire.

Jack y Pierre comenzaron a avanzar hacia la casa. Cruzaron el patio rápidamente presionados contra la pared. Se dirigieron al oeste. Según la descripción de Clarissa, allí era donde se ubicaban las entradas alternativas, así como el acceso a la azotea.

Jack miró hacia el campo y vio a Oso encorvado. Oso le dio una señal para hacerle saber que el área alrededor de Jack estaba despejada. Él y Pierre caminaron bajo unas escaleras que conducían al techo.

—Voy a subir allí—, dijo Pierre.

Jack le hizo una señal a Oso y luego dijo: —Ve. Oso te tiene cubierto.

Pierre se perdió de vista y se dirigió al tejado. Jack escuchó una ráfaga de fuego y el ruido sordo de un cuerpo golpeando el tejado. Pierre había encontrado al sexto guardia.

Se abrió una puerta. Jack se presionó contra la pared. Escuchó múltiples pasos, suaves y lentos. Vio aparecer el cañón de un arma y un hombre lo siguió. Escuchó un disparo y cayó. Jack miró al otro lado del campo y vio a Oso ponerse de pie, deshacerse de su rifle y comenzar a acercarse. Jack giró hacia su derecha y eliminó al siguiente hombre. Oso disparó y el tercero

cayó.

Jack esperó a Oso. En ese momento, los hombres que estaban dentro sabían que estaban bajo ataque. Habían eliminado a quince hombres durante el ataque inicial. Clarissa calculaba que en la casa había veintidós personas, además de Boris. Jack sabía que también podría haber hombres de Atlanta. Contaba con toparse con ellos. Esperaba toparse con ellos. Tenía un pequeño asunto pendiente que resolver con ellos.

Pierre volvió a bajar las escaleras. —La azotea está despejada. Revisé el otro lado de la casa y no hay nadie ahí afuera. Lo mismo ocurre detrás de la casa, aunque probablemente deberíamos vigilarlo. Puedo hacer eso.

Jack no quería que se separaran, pero tener a alguien detrás de la casa para atrapar a cualquiera que huyera era una buena idea. Se descubrió deseando que hubieran podido traer al detective en lugar de dejarlo a cargo de Mandy. Podrían haber alquilado una habitación de hotel y esconderla allí.

—Está bien—, dijo Jack. —Una vez que veas a uno de nosotros adentro, entras.

Pierre asintió y desapareció por la esquina de la casa.

Jack abrió la puerta y metió el cañón de su MP5 por la abertura. No vio a nadie. Sin embargo, escuchó voces. Voces aterrorizadas y desesperadas. Entraron al largo y estrecho pasillo. Había una puerta a cada lado. Otro más al final del pasillo. Oso pateó la de la derecha. Estaba vacía. Luego, le dio una patada a la de la izquierda. También vacía. Se dirigieron a la tercera puerta. Antes de intentar abrirla, aparecieron dos hombres al final del pasillo. Uno disparó. Oso dejó escapar un gruñido y luego abrió fuego, enviando tres ráfagas separadas de tres balas por el pasillo, alcanzando a un hombre con tres balas y al segundo con seis. Ambos hombres colapsaron.

—¿Estás lastimado? — preguntó Jack.

Oso se tomó un momento para responder. —Sólo un poco.

—¿Puedes continuar?

—Sí.

Siguieron por el pasillo y llegaron al final. Jack se levantó las gafas de visión nocturna. La casa parecía vacía. Debería, después de haber eliminado a diecisiete de sus habitantes.

Jack se agachó y examinó el área abierta en el centro de la casa. La puerta principal estaba abierta. Oyó coches arrancando y saliendo.

—Maldita sea—, dijo Jack. —Busquemos a Clarissa ahora.

—¿Qué pasa con esa última habitación?

—Ve a comprobarla. Te cubriré desde el final del pasillo.

Ambos regresaron al oscuro pasillo. Jack esperó al final y vigiló la sala abierta y el comedor. Oyó abrirse la puerta trasera. Apuntó su arma. Pierre entró. Se hicieron señas y Pierre se movió hacia la esquina de la habitación donde podía ver a Jack y vigilar la puerta principal y el segundo pasillo que estaba fuera de la vista de Jack.

—Jack—, dijo Oso. —Es un sótano.

—De acuerdo. Échale un vistazo.

—Hay alguien ahí abajo.

—Mátalos.

—Están pidiendo ayuda.

Jasmine.

—Ve a revisar la casa con Pierre—, dijo Jack.

Pasó junto a Oso en el pasillo y bajó corriendo las escaleras. Se giró y vio a Jasmine tirada

allí. Él se acercó a ella. Se arrodilló a su lado para comprobar el pulso. Estaba viva y apenas consciente.

—Hola, Jack—, dijo una voz detrás de él con un marcado acento ruso. —Tenía la sensación de que eras tú. O bueno, ella la tenía. Dijo que Jack estaba aquí y que nos iba a matar a todos.

Jack no dijo nada. Se levantó lentamente y miró por encima del hombro. Reconoció al hombre que había visto un día antes pasear a su perro. Era Chernov.

—Entonces, por supuesto—, continuó Chernov, —la noqueé. No hay forma de que algún antiguo agente nos vaya a derrotar.

—Diecisiete muertos, hasta el momento.

Chernov se rio. Entonces pronto cumpliré dieciocho años. En general, eso es. Ahora date la vuelta lentamente y saca el arma. Sujétala por el cañón.

Jack hizo lo que le dijeron y se volvió hacia Chernov.

—Tírala—, dijo Chernov, señalando el MP5.

Jack se arrodilló, dejó el arma en el suelo y luego la empujó hacia Chernov.

—Estúpido americano—. Chernov mantuvo su arma apuntando a Jack. Sacó un cigarrillo y lo encendió. —Déjame preguntarte algo, Jack Noble. Cuando mataste a mi hermano, ¿le diste una muerte honorable o te acercaste sigilosamente detrás de él como el marica que eres?

Jack se encogió de hombros. —¿De quién diablos estás hablando?

—Se llamaba Aleksander Chernov. Era el guardaespaldas de Dorofeyev.

Jack asintió. —Yo no lo maté. Se cayó de un barco. Aunque gritó como un niño.

Chernov dio un paso adelante y se detuvo frente al arma de Jack. La recogió, apuntó a la cabeza de Jack y dijo: —Dime, antes de que te mate, ¿cómo te sentirás si te eliminan con tu propia arma?

Jack sonrió.

Chernov le devolvió la sonrisa. Se arrodilló, dejando que el cañón del arma que tenía en la mano descansara en el suelo mientras alcanzaba la de Jack. Apartó los ojos de Jack. No pasó mucho tiempo, apenas uno o dos segundos. Pero eso fue suficiente.

Jack se abalanzó detrás de él y sacó su Glock de su cintura. Él giró su brazo.

Chernov miró hacia arriba, al principio desconcertado, y luego, el reconocimiento cruzó por su rostro cuando vio el arma en la mano de Jack. Levantó el MP5 del suelo y la levantó bruscamente. Tiró del gatillo. No pasó nada.

—Puse el seguro—, dijo Jack. Disparó un solo tiro. Golpeó a Chernov en el centro de su frente. Su cuerpo se retorció hacia atrás y luego cayó hacia adelante. Jack se acercó y sacó el MP5 de las manos del ruso muerto.

—¿Que está sucediendo? ¿Qué está sucediendo? — preguntó Jasmine.

Jack miró por encima del hombro y luego giró sobre sus rodillas. —Jack está aquí, Jazz. Ahora estarás bien.

—Te lo dije—, hizo una pausa, respiró hondo y se levantó del suelo, —No me llames Jazz—. Ella le sonrió y le tendió los brazos.

Jack la liberó de sus grilletes, la ayudó a levantarse del suelo y dijo: —Todavía no sé qué tan seguro es allí arriba. ¿Te sientes lo suficientemente fuerte como para empuñar un arma?

Ella asintió. —Eso creo—. Luego se secó el sudor y la sangre de la frente y la cara y tomó la Glock de la mano extendida de Jack.

—Sígueme.

CAPÍTULO 49

Clarissa se puso tensa al primer golpe en la puerta de la oficina. ¿Era Jack, Oso o Pierre? Miró alrededor de la oficina. Había una entrada y una salida. Se puso el arma en el pecho y se paró detrás de la puerta. —¿Quién es?

—Oso.

Agarró la manija y la giró lentamente. La abrió un poco y miró a través de ella. Vio la enorme figura de Oso asomándose en el pasillo. Pierre estaba a su lado.

Abrió la puerta y condujo a los dos hombres a la habitación. Después de que pasaron, ella asomó la cabeza por la puerta y revisó el pasillo. Vacío. Cerró la puerta y abrió la cerradura.

—¿Dónde está Jack? — preguntó ella.

—Encontramos un sótano—, dijo Oso. —Fue a revisarlo. Apostando que ahí es donde retenían a su compañera. Debería estar aquí en un minuto.

—¿Lo dejaste solo? ¿Qué pasaría si hubiera alguien ahí abajo preparado por si alguien llegara?

—Me dijo que limpiara la casa con Pierre.

—¿Acaso tú…?

—Sí.

—¿A cuántas personas eliminaste?

—Alrededor de una docena y media.

—Hay más que eso.

—Bueno, no están en la casa.

Clarissa sacudió la cabeza y extendió una mano hacia atrás, agarrando un mechón de cabello. Miró a Pierre y levantó una ceja, buscando cualquier comentario que él pudiera tener.

Pierre no dijo nada.

Comprobó la puerta dos veces. Se aseguró de que estuviera cerrada. Caminó por el espacio entre el escritorio y la puerta. Quería salir de la habitación. Encontrar a Jack. Sería un error y ella lo sabía. No te desvíes del plan a menos que suceda algo catastrófico. Hasta el momento no había sucedido nada.

—¿Ese es él? — preguntó Oso mientras señalaba al hombre atado en el suelo detrás del escritorio.

—Sí—, dijo Clarissa. —Boris Melikov.

El ruso gimió y rodó ligeramente de lado a lado. Levantó la vista y sus ojos se abrieron cuando vio que Oso se agachaba y lo agarraba por la camisa.

Oso levantó a Boris en el aire y le gritó. —¿Te gusta secuestrar niñas?

Borís negó con la cabeza.

Oso abofeteó al hombre en la cara, con la mano abierta y luego con el revés.

La cabeza de Boris giró hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió. Miró perezosamente a Oso antes de que su cabeza cayera hacia un lado. Los párpados temblaron y luego permanecieron cerrados.

—¿Qué le hiciste? — preguntó Oso y dejó caer a Boris al suelo.

Clarissa se encogió de hombros. —Estará bien—. Ella hizo una pausa. —A tiempo.

—El bastardo tiene suerte de no estar consciente ahora.

—¿Ahora qué? — preguntó Pierre.

—Esperamos a Jack—, dijo Oso.

Pierre se dirigió a un rincón de la habitación y miró por la ventana. Golpeó ligeramente el cristal con el cañón de su MP5. Sus ojos entrenados escanearon el estacionamiento. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda. De adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante.

Oso tomó asiento detrás del escritorio y abrió cada cajón del escritorio, inspeccionando el contenido.

—¿Qué estás buscando? — preguntó Clarissa.

—Jack necesita esos documentos. Pensé en prepararlos para que podamos salir de aquí lo antes posible.

Clarissa señaló una pila de papeles sobre el escritorio. —Están ahí.

—De acuerdo. Voy a comprobar si hay algo más que Boris tenga aquí. Tal vez tengamos suerte y encontremos algo que uno de ustedes, fantasmas, pueda usar.

Boris gimió en el suelo. Rodó hacia un lado y finalmente estaba sobre su espalda.

Clarissa estaba de pie junto a él. Casi se sintió mal por el hombre. Tenía un camino difícil por delante. Varias agencias iban a querer hablar con él. Una vez que lo usaran y obtuvieran toda la información que pudieran de él, lo empujarían a una celda a cien metros bajo tierra.

La habitación quedó en silencio. Clarissa miró a Boris. Oso leyó los papeles en el escritorio. Pierre observó un estacionamiento inmóvil. Los tres reaccionaron cuando la puerta se estrelló. Sin embargo, sus reacciones llegaron demasiado tarde.

—Deténganse, policía—, ladró un hombre. Entró en la habitación con un arma semiautomática similar a la que empuñaban Oso y Pierre. Tenía pantalones oscuros y una camisa oscura. Llevaba un casco de Kevlar en la cabeza. Un chaleco antibalas le cubría el pecho y la espalda.

Clarissa miró al hombre con incredulidad. Apuntó su arma directamente hacia ella. —Oficial, estamos…

—Cállate—, dijo el policía. —Todos dejen caer sus armas. Intenten cualquier cosa y la mujer muere.

Oso estaba sentado con las manos sobre el escritorio. Se reclinó en su silla y se levantó lentamente. Levantó las manos en el aire y salió de detrás del escritorio. Pierre colocó su Glock y su MP5 sobre el escritorio y se alejó unos metros. Clarissa dejó caer su pistola al suelo y levantó las manos en el aire.

—Muévete a la esquina—. Hizo un gesto con la cabeza mientras mantenía su arma apuntando a Clarissa. Una vez que los tres estuvieron acurrucados en un rincón de la habitación, el policía dijo: —Pasen.

Un hombre ruso con cabello rubio hasta los hombros entró en la habitación. Vestía pantalones negros y una chaqueta negra. Sacó un cuchillo y cortó la cinta adhesiva de las muñecas, rodillas y tobillos de Boris. —Déjame ayudarte, Boris.

Boris se tomó su tiempo para ponerse de rodillas y luego usó su escritorio para levantarse del suelo. Se limpió la sangre de los ojos y la cara con las palmas. Dio un paso adelante y se paró

frente a Oso. —Dile que se mueva.

—Lo escuchaste—, dijo el policía.

Oso se quedó quieto.

—Muévase—. El policía disparó una bala al techo sobre el grupo. Una nube de yeso descendió sobre la habitación.

Oso seguía sin moverse.

El policía sacó una cachiporra de su cinturón táctico. Dio un paso adelante y golpeó con el grueso garrote de goma el abdomen de Oso. El hombre corpulento se inclinó. No mucho, pero lo suficiente para que Boris se inclinara y agarrara a Clarissa.

—Déjala—, dijo Pierre.

El policía le lanzó su cachiporra a Pierre y alcanzó al francés en el costado.

Pierre gimió y retrocedió unos metros. Envolvió sus brazos alrededor de su abdomen.

Boris obligó a Clarissa a sentarse en el borde del escritorio. Caminó delante de ella y dijo: —¿Me traicionaste, Anastasiya? ¿Por qué? ¿Cuánto te pagaron estos hombres?

Clarissa sonrió y no respondió.

Boris dijo: —No volveré a preguntar.

Ella todavía no respondió.

Boris giró la cabeza, miró al policía y luego a Oso. Sonrió al gran hombre. Luego le golpeó con el revés de la mano en la cara a Clarissa.

—Bastardo—, dijo Oso con los dientes apretados.

El impacto del golpe giró la cabeza de Clarissa hacia un lado y giró su cuerpo unos centímetros. Se tomó unos momentos para recomponerse. —No soy Anastasiya. Está en una celda en Langley, Virginia. Diciendo todos tus secretos.

Boris retrocedió. —¿Qué? ¿Quién eres?

Clarissa se enderezó y dijo: —Jódete.

Boris empujó a su hombre a un lado y agarró su pistola del suelo. Retrocedió unos metros, apuntó a Clarissa y dijo: —Dime qué diablos está pasando aquí.

CAPÍTULO 50

Jack llegó a lo alto de las escaleras y salió al pasillo. Jasmine estaba muy cerca. Vio a Kenneth Quioness sólo medio segundo antes de que el hombre le clavara su gran puño en el estómago.

No hubo tiempo para prepararse para el golpe. El impulso de Jack hizo que su cabeza y su pecho avanzaran. La fuerza del golpe de Kenneth hizo que el abdomen de Jack retrocediera. Jack se encontró desplomado y se llevó las manos a la cara para suavizar el golpe que sabía que recibiría de la rodilla de Kenneth.

Kenneth dio un paso adelante. Agarró la nuca de Jack. Levantó la rodilla. El golpe podría haber sido severo y suficiente para dejar a Jack en el suelo durante uno o dos minutos. Sin embargo, sus manos y muñecas absorbieron el impacto y la rodilla sólo sirvió para clavar la parte posterior de las muñecas de Jack en su frente. De todos modos, se cayó y quedó tendido en el suelo como un inválido indefenso.

Kenneth estaba a la derecha de Jack, mirando hacia abajo y riéndose de él dijo: —¿Dónde está ese socio tuyo? Quiero que me vea pisotear tus sesos contra el suelo. El hombre levantó su pie derecho en el aire y lo colocó sobre la cara de Jack.

Jack levantó ambos brazos y los envolvió alrededor del tobillo de Kenneth. Giró hacia su izquierda, haciendo que el hombretón se abriera de pies. Jack continuó rodando hasta que chocó con la pared. Reevaluó la ubicación de Kenneth. El hombre estaba en el suelo, sentado con una pierna sobre Jack.

Jack se sentó y clavó su puño en el plexo solar de Kenneth. El golpe aterrizó con un ruido sordo y expulsó el aire de los pulmones de Kenneth. El hombre se movió hacia adelante sobre su pierna extendida.

Jack se puso de pie. Agarró a Kenneth por la nuca. Acercó la cabeza del hombre hacia él. Al mismo tiempo, movió su rodilla derecha hacia arriba y hacia la cabeza del hombre. La rodilla y la cara de Kenneth se encontraron con un crujido repugnante. Jack le soltó la cabeza y él cayó de espaldas, con la nariz abierta en el puente y doblada hacia la derecha.

—Jasmine—, dijo Jack. —Encuentra mi arma.

Jasmine atravesó la puerta abierta y se arrodilló. Cogió el arma de Jack y se la tendió.

—¿Quieres hacer los honores? — preguntó.

Ella sacudió su cabeza.

Jack dejó caer su mano derecha a su costado, con los dedos abiertos y la palma hacia afuera. Sintió a Jasmine presionar la Glock en su mano. Apretó el arma con fuerza y puso su brazo frente a él. Apuntó el arma a la cabeza de Kenneth.

Kenneth giró la cabeza de izquierda a derecha. —No lo hagas—, logró decir.

—Dame una razón por la que no debería hacerlo.

Kenneth no respondió.

Jack apretó el gatillo. La bala se estrelló en la frente de Kenneth y el hombre dejó de existir. Sólo un caparazón con ojos sin vida mirando a Jack.

Jack se volvió hacia Jasmine y le preguntó: —¿Estás bien?

Ella asintió y tomó su mano extendida. Él la levantó y le dijo: —Vamos a buscar a los demás y larguémonos de aquí.

Caminaron hasta el final del pasillo. Jack se detuvo y examinó la gran sala. Todavía estaba vacía. Se tomó su tiempo para caminar los cinco metros hasta el siguiente pasillo. La puerta principal estaba abierta. Miró a través de la puerta abierta hacia la oscuridad. No vio nada. No lo esperaba. La entrada principal estaba bastante bien protegida de la vista exterior y también funcionaba a la inversa. Cruzaron el pasillo tomándose su tiempo. Contó las puertas, giró hacia donde Clarissa le había dicho y se detuvo a unos metros de la puerta de la habitación donde lo esperaban.

—¿Qué te dice tu instinto? — preguntó él.

—No creo que se pueda confiar en mis sentidos en este momento—, dijo Jasmine.

—En los míos tampoco—. Jack dio dos pasos rápidos. —La puerta está entreabierta—. Miró por la abertura y luego dio un paso atrás.

—¿Qué es?

—Alguien los encontró—. Miró a Jasmine y notó que tenía el H&K MP5 colgado alrededor del pecho. Le tendió la pistola y dijo: —Cambiemos de armas.

Levantó la correa sobre su cabeza, le tendió el MP5 y luego le arrebató la pistola de la mano.

Jack dijo: —Hay tres hombres allí. Dos rusos y un policía malo. El policía malo tiene un chaleco antibalas. Voy a dispararle dos veces. Entras detrás de mí y eliminas al ruso de pelo rubio. Lleva un traje negro.

Jasmine asintió.

—¿Estás seguro de que estás preparada para esto?

Ella asintió de nuevo.

—De acuerdo. A mi cuenta. Tres dos uno…

Jack se llevó el arma al pecho y sostuvo el cañón con la mano izquierda. Abrió la puerta de una patada. Escaneó la habitación en una fracción de segundo, más rápido de lo que los hombres que estaban allí podían responder. El rubio ruso estaba a la izquierda del escritorio. Parecía estar desarmado. Sin embargo, las apariencias podían engañar. Jack sabía que, si tenía un arma, pasarían al menos tres segundos antes de disparar. Jasmine debería poder neutralizarlo antes de que pasaran esos tres segundos.

El hombre que supuso era Boris estaba de pie frente al escritorio. Parecía estar armado. Detrás de Boris, sentada en el escritorio, estaba Clarissa. Debía tener cuidado si disparaba en dirección a Boris para no alcanzarla con una bala errante.

A la derecha del escritorio vio a Oso y Pierre. Estaban frente a él. Ambos estaban desarmados. El policía estaba unos metros delante de ellos, manteniéndolos a raya con su arma de fuego. La espalda del policía estaba en dirección a Jack. Al menos así fue cuando Jack abrió la puerta de una patada.

El policía se giró. Jack apuntó y apretó el gatillo. Tres balas alcanzaron al policía, una encima de la otra. Las tres lo golpearon en el chaleco. El policía disparó salvajemente, sus balas se esparcieron en la habitación y se estrellaron contra la pared. El impulso del policía, combinado con el impacto de los primeros tres disparos, lo hicieron darse la vuelta. Jack volvió a apretar el gatillo. La primera bala alcanzó al policía en el hombro. La siguiente en su cuello. Y la tercera se estrelló contra su casco. El oficial corrupto cayó al suelo.

El rubio ruso había sacado su arma y estaba empezando a descargarla hacia Jack.

Jack cayó de rodillas. Vio el brazo de Jasmine extendido sobre su hombro. Ella disparó tres tiros. El primero alcanzó al ruso en el pecho. Los dos siguientes lo golpearon en la cara.

Boris también había empezado a darse la vuelta. Clarissa intentó saltar sobre él, pero él logró evadirla y luego pasó su brazo libre alrededor de su cuello. Presionó el cañón de su pistola contra su cabeza.

—Tú—, dijo Boris. —Suelta el arma. ¿Quién diablos eres tú?

Jack bajó su arma y la dejó caer al suelo. Miró a cada persona que estaba en la habitación. Sus ojos pasaron de Pierre a Oso y a Clarissa. Luego, miró fijamente a Boris y dijo: —Jack Noble.

Boris sonrió y un atisbo de reconocimiento cruzó por su rostro. —Mi jefe no puede esperar a verte de nuevo.

—¿Quién es tu jefe?

—General Ivánov.

—Entonces ustedes dos tendrán algo de qué hablar en el infierno.

—Habrás estado allí años antes que nosotros, Noble.

Jack se llevó la mano a la espalda. Envolvió su mano alrededor de su pistola mientras Jasmine la colocaba en su palma.

Jack dijo: —¿Quieres que le dé un mensaje para ti?

—Eso no será necesario, Jack. Lo veré en unos días—. Boris hizo un gesto con la cabeza. —Ustedes dos, muévanse contra la pared, cerca de la puerta.

Jack apartó los ojos de Boris por un segundo y vio a Oso y Pierre moverse hacia la pared junto a él. ¿Cuál era el plan de Boris? ¿Tenía más hombres en camino? ¿Estaba planeando matar a todos en la habitación excepto a Clarissa? Repasó mentalmente el último minuto. Tenía que detener a Boris, aunque sólo fuera por unos momentos más.

—¿Cuando vas? — preguntó Jack. —¿O viene aquí?

—No es algo de lo que debas preocuparte.

—¿Cómo vas a llevarnos a todos allí?

Borís sonrió. Deslizó la mano que rodeaba el cuello de Clarissa unos centímetros hacia abajo. Hizo un gesto con el arma mientras hablaba. —Solo seremos dos, Jack. El resto de ustedes se quedarán en Iowa. Tu lugar de descanso, por así decirlo.

—La única persona que descansará aquí serás tú, Boris—, dijo Jack.

Borís se rio. Sus ojos se arrugaron mientras lo hacía. Su mano izquierda cayó un poco más, hacia abajo. El arma se alejó de la cabeza de Clarissa y apuntó hacia un área de la habitación que no tenía nada más que libros.

Jack giró su mano izquierda, levantó el arma y estiró el brazo. Rápidamente apuntó y apretó el gatillo. Ser diestro, apuntar y disparar en menos de un segundo con la mano izquierda no era lo ideal. La bala falló y se estrelló contra la ventana detrás del escritorio en lugar de impactar en la cabeza de Boris.

Boris se quedó helado por un segundo. Su sonrisa todavía estaba grabada en su rostro. Había miedo en sus ojos. Giró su mano izquierda y agarró la tela que rodeaba el pecho de Clarissa. Ella giró hacia la izquierda, girando y obligándose a alejarse de Boris. Lejos de ser su escudo humano.

Boris adelantó la otra mano y apuntó con el arma en dirección a Jack. No se tomó tiempo para apuntar, simplemente disparó. La bala pasó por encima de la cabeza de Jack y se estrelló contra la pared detrás de él y Jasmine. Sintió pequeños trozos de paneles de yeso caer en la nuca.

Jack levantó la mano derecha, estabilizó la izquierda y disparó dos tiros más. Ambos se conectaron con Boris. Uno en el pecho y el otro justo entre los ojos.

El arma se soltó de la mano de Boris y cayó al suelo. Clarissa se soltó de su agarre y corrió hacia Jack.

Jack la abrazó. Se tomó un momento para aclarar su mente y luego dijo: —¿Los documentos? ¿Dónde están?

Oso dijo: —El escritorio.

Jack se acercó al escritorio y cogió un montón de papeles. Ahora no era el momento de revisarlos. Tenían que salir.

—Son esos—, dijo Oso.

Jack miró por encima del hombro y asintió. Miró a su alrededor buscando algo donde colocar los papeles. Vio un maletín detrás del escritorio, contra la pared. Lo agarró y dejó caer los papeles dentro.

—Necesitamos salir de aquí—, dijo Oso. —Es posible que vengan más policías.

—Está bien—, dijo Jack.

Se agruparon, se armaron y abandonaron la oficina. Por el pasillo, hacia el vestíbulo y por la puerta principal. Localizaron una camioneta de pasajeros en el patio. Fue fácil de encontrar ya que destacaba frente a los vehículos de lujo. Pierre conectó la furgoneta y Oso condujo. Atravesaron el aparcamiento a toda velocidad y bajaron por el camino de grava. Giraron a la derecha en la calle Kennedy y a la izquierda en la autopista 14.

—Necesitamos recoger a Mandy—, dijo Oso.

Jack asintió. No dijo nada. Una parada más. Ojalá sin disparos.

Oso sacó su teléfono celular y llamó a Larsen. Larsen le dijo a Oso que estaría esperando en el vestíbulo del hotel con Mandy.

Llegaron al hotel diez minutos más tarde. Larsen salió con la chica. Jack y Oso salieron del auto.

Oso corrió hacia Mandy. La levantó del suelo y la apretó contra su pecho.

—¿Confío en que todo haya ido bien? — preguntó Larsen.

—Sí—, dijo Jack. —La mayoría de ellos están muertos.

—Deberías venir con nosotros, Larsen—, dijo Oso. —Al menos por esta noche. Aquí no será seguro para ti.

Larsen aceptó unirse a ellos.

Condujeron hacia el este por la Interestatal 80 durante cuatro horas y cruzaron hacia Illinois. Encontraron un hotel a sesenta y cinco kilómetros de Chicago. Alquilaron tres habitaciones para pasar la noche. Jasmine se puso en contacto con Frank y él consiguió un avión privado para llevarlos a Washington D.C. por la mañana.

CAPÍTULO 51

Clarissa cruzó el aparcamiento del hotel. El aire de la noche era fresco y húmedo y llevaba la dulce fragancia de los cornejos en flor. Un anillo brumoso rodeaba la luna y corrientes de finas nubes flotaban en el cielo oscuro.

Continuó treinta metros y luego sacó su teléfono celular. Hizo una llamada a Sinclair. Respondió a mitad del cuarto timbrazo.

—Sinclair, soy Clarissa.

—¿Qué pasó?

—Las cosas se salieron de control. No éramos los únicos en la ciudad.

Sinclair permaneció en silencio por un momento. —¿Recibiste tu misión de Melikov?

—Melikov ya no dará más encargos.

—¿Quien estuvo ahí?

—Realmente no puedo decirlo.

—¿Por qué no?

—Él preferiría que no lo hiciera.

—Puedo averiguarlo, Clarissa. Y no quieres que lo descubra por mi cuenta.

—Es Jack.

—¿Noble?

—Sí.

—Pensé que estaba muerto.

—Yo también.

—¿Para quién trabaja?

—Creo que el SIS de nuevo.

Sinclair no dijo nada.

—Y creo que deberíamos unirnos a ellos para acabar con el hombre para el que trabajó Melikov.

—¿Sabemos quién es?

—Boris dijo un nombre. Jack sabía quién era.

—¿Lo obtuviste?

—Estaban sucediendo muchas cosas.

Sinclair hizo una pausa y sonó como si se estuviera rascando la barba incipiente de su cara. —¿Jack aceptará trabajar con nosotros?

—Estoy segura de que lo hará.

—¿No has preguntado? ¿No se ha ofrecido?

—Correcto.

—Si puedes convencerlo, me apunto.

—Gracias, Sinclair.

—Llámame mañana con una actualización.

La línea quedó en silencio y ella guardó su teléfono en el bolsillo de su abrigo. Juntó los bordes con cremallera de su chaqueta y se dio la vuelta. Vio a Jack parado a tres metros de distancia. Ella se quedó helada.

—¿Cuánto tiempo has estado ahí? — preguntó Clarissa.

—Tiempo suficiente.

Se mordió el labio y soltó su abrigo, dejando caer las manos a los costados. —¿Podemos trabajar juntos?

—Claro, pero no es por eso por lo que estoy aquí.

Ella permaneció inmóvil mientras Jack se acercaba a ella. Se detuvo a quince centímetros de distancia y la alcanzó. Sus manos se sentían frías al tacto, cálidas para su alma y eléctricas para su corazón. Él la acercó y se inclinó hacia delante. Su ritmo cardíaco se duplicó. Sus labios se encontraron. La agarró por la cintura. Ella levantó una mano y la deslizó detrás de su cabeza, pasando las manos por su cabello.

Jack se apartó y dijo: —Pensé en ti todos los días. En esa celda esperando mi falso juicio. En el Delfín Negro. Tu cara es lo último que recuerdo haber pensado antes de tomar mi último aliento cuando me dieron ese agente paralizante para fingir mi muerte. Todos los días en Grecia, cuando veía salir y ponerse el sol, pensaba en ti. Te veía en todo.

Clarissa se derritió ante las palabras que había anhelado escuchar de Jack durante tanto tiempo. Ella dijo: —Lo mismo me ocurrió.

Jack sonrió, se inclinó y la besó de nuevo.

—Vamos a tu habitación—, dijo.

—Está bien—, dijo. Luego añadió: —Espera. La estoy compartiendo con Oso.

Ella dio un paso atrás. —Estoy compartiendo con Jasmine.

Jack miró a su alrededor como si la respuesta lo estuviera esperando en un cartel.

Clarissa dijo: —Podríamos conseguir otra habitación.

Jack asintió. La agarró de la mano y la condujo al interior del vestíbulo del hotel. Se acercaron a un hombre mayor que estaba detrás del mostrador. Tenía el pelo gris y ralo, bigote abundante y ojos marrones.

—¿Puedo ayudarles amigos?

—Una habitación—, dijo Jack.

—Lo siento, no hay vacantes.

—¿No hay vacantes? — repitió Jack.

—Sí.

—¿Cómo es eso posible? Estamos a sesenta y cinco kilómetros de Chicago.

—Supongo que es esa convención—, dijo el hombre.

—¿Qué convención? — preguntó Jack.

—Oh, alguna convención de ciencia ficción y fantasía que están teniendo ahora mismo.

Jack se volvió hacia Clarissa y dijo: —Supongo que eso explica los elfos que vi antes.

Su decepción desapareció momentáneamente y se echó a reír.

Jack miró al anciano y dijo: —Gracias de todos modos, amigo.

Clarissa lo tomó de la mano y lo condujo por el vestíbulo. Regresaron afuera y encontraron un banco cerca del edificio donde se sentaron, hablaron, se besaron y se relajaron.

Después de un rato, Jack miró su reloj. —Las cuatro de la mañana. Realmente deberíamos dormir un poco. Mañana será un día largo.

Ella asintió y se puso de pie. Agarró su mano y lo levantó. Caminaron de la mano por el vestíbulo hasta el ascensor. Se separaron, Jack fue a la derecha y Clarissa a la izquierda, cuando llegaron a su piso.

CAPÍTULO 52

—Jack, Jasmine—, dijo Frank. —¿Cómo estuvo el vuelo?

Jack asintió y Jasmine dijo: —Bien.

Jack miró alrededor de la habitación pintada de gris. Miró hacia la calle de la ciudad. El edificio pasaba desapercibido. Tenía que ser así, ya que estaba en el centro de Washington D.C.

Frank pasó junto al mostrador vacío de la recepcionista y se detuvo frente al grupo.

—Creo que conoces a la mayoría de ellos—, dijo Jack.

Frank asintió. —Logan, ¿cómo estás?

Oso sonrió. No dijo nada.

—Clarissa, tengo entendido que nos ayudarás con esta... operación—. Los ojos de Frank se detuvieron en Mandy, sonrió y le guiñó un ojo. Luego miró a Larsen y dijo: —No creo que nos conozcamos.

—Detective Larsen, Knoxville, Iowa, P.D. Al menos lo era.

—Él se arriesgó por nosotros, Frank—, dijo Jack. —Ese departamento es corrupto. Larsen necesita nuestra ayuda ahora.

—Veré qué puedo hacer. No debería ser difícil. Los pondré a él y a la niña en un lugar seguro hasta que esto termine y luego hablaremos—. Frank miró luego a Pierre y sonrió. —Ha pasado mucho tiempo, Pierre.

Pierre se puso de pie y extendió la mano. Frank la agarró. Hubo una mirada de complicidad compartida entre los hombres.

Frank dijo: —Me alegro de que estés de nuevo de nuestro lado, Pierre.

Pierre miró a Jack, quien se encogió de hombros.

—Lo sabemos todo, Pierre—, dijo Frank. —Hiciste la elección correcta. Quiero hablar contigo y con Oso sobre hacer un trabajo para nosotros. Queremos atar todos los cabos sueltos que existen respecto a esta situación—. Frank hizo una pausa y asintió hacia el maletín que sostenía Jack. —Cierto anciano fue responsable de entregar material altamente clasificado a las manos equivocadas.

—Sin mencionar que el bastardo me quería muerto—, dijo Oso.

Frank asintió. Luego señaló a Jack y Jasmine y dijo: —Ustedes dos vengan conmigo.

Jack se puso de pie y esperó a que Jasmine hiciera lo mismo. Le sonrió a Clarissa. Le apretó el hombro. Luego siguió a Frank más allá del mostrador vacío de la recepcionista hasta un pasillo bien iluminado. El pasillo no tenía puertas excepto una al final.

Frank se detuvo, pasó una tarjeta por un lector y luego abrió la puerta, que conducía al vestíbulo del ascensor. Había tres ascensores. Uno a la derecha, a la izquierda y en frente. Frank siguió adelante, volvió a deslizar su tarjeta y presionó la flecha hacia abajo al lado del ascensor.

Pasó un momento y el ascensor se abrió. Frank metió el brazo en el ascensor y con el otro les indicó a Jack y Jasmine que pasaran.

Jasmine entró, luego Jack. Había cinco botones en el lado derecho de las puertas. Dos eran para abrir y cerrar las puertas. Un tercero tenía un símbolo de alarma. El cuarto estaba etiquetado con una “L” y el quinto con una “B”. Jack observó cómo Frank presionaba el botón "B".

El ascensor bajó y las luces se atenuaron. Descendieron durante aproximadamente treinta segundos. Jack calculó mentalmente que habían viajado cerca de sesenta metros cuando el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas.

—¿Nueva sede? — preguntó Jack.

Frank enarcó una ceja y asintió. Luego los condujo a través de dos puertas de seguridad y, finalmente, a su oficina. Tomó asiento detrás de su escritorio. En la superficie no había nada más que un teclado, un monitor de pantalla panorámica y un bloc de papel amarillo. Encima de la libreta había un bolígrafo negro.

—Los documentos, Jack—. Frank le tendió la mano.

Jack levantó el maletín y lo dejó encima del escritorio.

Frank colocó el maletín en su regazo. Sacó los documentos y los puso frente a él. Los revisó uno por uno. Él asintió. Sacudió la cabeza, gruñó y gimió.

Jasmine se inclinó hacia adelante y lo imitó.

Frank miró a Jack y dijo: —¿No tenías idea?

Jack negó con la cabeza. —Nunca lo habría hecho si lo hubiera sabido.

—Ese negocio en el que estás...

—Ya terminé con eso—, interrumpió Jack. —No más.

—¿Volverás a trabajar para mí?

—No digo que…— Miró a Jasmine, quien parecía observar la conversación con gran interés y añadió: —Al menos, todavía no.

—Entonces, ¿qué piensas? — preguntó Frank.

—Terminemos esto.

—¿Ivánov?

—Sí.

—¿Cómo llegamos hasta él?

—Clarissa—, dijo Jack. —Ella se hizo pasar por una agente rusa. Lo suficientemente bien como para engañar al hombre número uno de Ivanov aquí.

—¿Entonces crees que podrá llegar hasta Ivanov? ¿Quizás llevarlo a algún lugar donde ustedes dos puedan llegar hasta él?

—Así es.

—De acuerdo—. Frank se inclinó y Jack escuchó que se abría un cajón. Frank reapareció un momento después con dos carpetas azules de pasaporte. Las arrojó sobre el escritorio. —Sus identidades para este viaje. Vuelan a Atenas. Bajan y visitan a Alik y miren si puede sernos de alguna utilidad en esto. Él conoce el diseño, ¿verdad?

—Él conocía el Delfín Negro.

—Lo tenemos allí para ti.

—¿Alguna vez vas a decir exactamente cómo lo lograste?

—No.

Jack negó con la cabeza. No dijo nada.

—Una vez que te reúnas con Alik, organizaré el transporte a Rusia.

Jack cogió su pasaporte sin mirar dentro.

—¿Clarissa necesita nuestra ayuda para llegar allí? — preguntó Frank.

—No, estoy seguro de que su equipo puede arreglarlo—, dijo Jack.

—¿Ella está lista entonces?

—Sí.

—¿Para quién trabaja?

—Sinclair.

—Cristo—, dijo Frank.

—Tienes que dejarlo pasar, Frank. Necesitamos su ayuda en esto.

Jasmine dijo: —¿De qué se trata esto?

—Nada—, dijeron Jack y Frank al mismo tiempo.

—Antes de tu tiempo—, añadió Frank.

Jasmine levantó las manos en un gesto de "retroceder" y se puso de pie. —Deberíamos ponernos en marcha. Necesitamos llegar al aeropuerto.

—Organizaré sus vuelos mientras van en camino.

Los sacó de la oficina. A través de dos puertas de seguridad. Pasó su tarjeta junto al ascensor y las puertas se abrieron. Regresaron al vestíbulo. Mandy y el detective Larsen se habían ido.

—¿A dónde fueron? — preguntó Jack.

—Están a salvo, Jack—, dijo Frank.

Jack miró a Oso, quien asintió mientras apretaba los labios.

—Tienes que confiar en mí, Jack—, dijo Frank. Señaló a Oso y Pierre. —Vengan conmigo por un minuto.

Los acompañó hasta una esquina y hablaron en voz baja. Tres minutos después regresaron.

Todos se pusieron de pie.

Frank dijo: —Clarissa, toma el próximo vuelo a Rusia. Coordínalo con Sinclair—. Le entregó una tarjeta. —Memoriza ese número. No importa qué teléfono esté cerca, puedes comunicarte conmigo a ese número. Llámame cuando estés instalada y averiguaremos dónde está Ivanov y cuál es la mejor manera de llegar hasta él.

—Está bien—, dijo Clarissa.

—Ustedes dos—. Frank señaló a Oso y Pierre. —Reserven el primer vuelo a Nueva York—. Le entregó a Oso una tarjeta. —Llámame tan pronto como aterrices. Tengo un lugar seguro donde puedes quedarte.

—Está bien—, dijo Oso.

—Jack—, dijo Frank.

—Frank—, dijo Jack.

—Cuida a mi chica.

—Él es el que fue golpeado en esa casa—, dijo Jasmine.

Frank sonrió por un momento y luego miró a través de la puerta de vidrio hacia la calle. Señaló una limusina. —Su vehículo está ahí fuera.

El grupo de cinco atravesó las puertas dobles de cristal y salió a la acera. Subieron a la limusina y se dirigieron al aeropuerto de Dulles.

CAPÍTULO 53

—¿Cuál es el daño? — dijo Iványov.

Julij levantó la vista del informe que tenía en el regazo. Se secó una fina capa de sudor de la frente. —Todos los jugadores están muertos, excepto Anastasiya.

—¿Dónde está ella?

—Desaparecida.

Ivanov tamborileó con los dedos en el borde de su escritorio. Miró a Julij. Su joven pupilo desvió la mirada y se centró en un punto en blanco sobre el escritorio. Ivanov siguió su mirada. ¿Cómo había sucedido esto? Tenían todo en su lugar. Luego, Nueva Jersey se vino abajo. Atlanta se topó con los federales. Y ahora Iowa. Pero, más importante aún, Boris y Chernov habían quedado incapacitados. Todo se había arruinado. Levantó las manos y las apretó en un puño. Golpeó con los puños el escritorio.

Julij se estremeció y miró a Ivanov.

—¿Cómo pasó esto?

Julij vaciló y luego dijo: —Señor, no lo sabemos.

Ivanov se levantó y le dio la espalda al joven. Miró por la ventana. El sol poniente arrojaba un brillo anaranjado sobre el normalmente marrón y lúgubre patio detrás de su oficina. ¿Cómo se recuperarían? ¿A quién tenía en Rusia que pudiera enviar y retomar donde los demás lo habían dejado? Donde los demás habían fracasado.

—¿Alguna otra mala noticia? — preguntó Iványov.

—Sí—, dijo Julij.

Ivanov miró por encima del hombro. —¿Qué?

—Los documentos, señor. Ya no están.

Ivanov apretó la mandíbula. —¿Quién creemos que los tiene ahora?

—La CIA tal vez. Posiblemente Seguridad Nacional. Sea quien sea, no hay forma de recuperarlos. Nuestro hombre en el gobierno probablemente no tenga los recursos.

Ivanov apoyó la barbilla en el pecho. Sacudió su cabeza. —¿Se acabó entonces?

—Nunca nada termina, señor. Pero es posible que nos lleve un tiempo recuperarnos. Hemos tenido tantas pérdidas estos últimos seis meses.

—¿Quién está detrás de esto?

—No lo sabemos.

—¿Quién está detrás de esto?

—No estamos seguros.

Ivanov se volvió. Puso sus manos sobre su escritorio y se inclinó hacia adelante. Entrecerró los ojos y dijo: —¿Quién está detrás de esto?

—Existe la posibilidad de que sea... que sea Jack Noble.

Ivanov retrocedió hasta llegar a la pared. Sintió que el calor se le escapaba de la cara y se le hacía un nudo en el estómago. —Jack Noble—, hizo una pausa, —está muerto.

—Eso es lo que pensamos. Pero un hombre en la casa en Iowa, bueno, se escondió y escuchó el nombre. Él lo vio. Nos envió una foto y estaba bastante cerca. Noble ahora tiene barba y su cabello es un poco más largo. Pero dijo que era él.

—Imposible. Murió en el Delfín Negro.

—No, señor. Está vivo. Mató a nuestros hombres. Tomó los documentos. Y tenemos razones para creer que él sabe que somos nosotros los que estamos detrás de todo.

Ivanov no respondió. Se quedó mirando su escritorio con incredulidad.

—¿Señor?

Ivanov levantó lentamente la vista. Se encontró con la mirada de Julij y la sostuvo por un momento. Luego estalló en un ataque de ira. Comenzó en el centro de su escritorio y con su mano derecha, derribó todo y luego hizo lo mismo con la izquierda. Papeles, bolígrafos, teclado, ratón y monitor. Todos cayeron y se estrellaron contra el suelo. Luego, se paró frente a su escritorio, respirando con dificultad. Habló lentamente y dijo: —Veamos si podemos conseguir la ubicación de Noble. Y trata de conseguir un equipo de seguridad aquí.

Julij asintió. No dijo nada.

—Dios nos ayude si Jack Noble llega aquí primero.

SIN TÍTULO

Episodio 9

CAPÍTULO 54

Oso y Pierre se sentaron uno al lado del otro en un banco, frente a Rat Rock en Central Park. El sol se escondió detrás de espesas nubes que presagiaban una tormenta primaveral. La gran roca que estaba frente a ellos era tan gris como las nubes, y si no fuera por los árboles en ciernes y los rascacielos al fondo, se habría mezclado con el cielo detrás de ella.

La roca protegió a los hombres del viento frío. La zona estaba tranquila y en calma. Los escaladores, que normalmente escalaban la roca, estaban ausentes hoy. Demasiado frío y demasiado temprano. El patio de recreo detrás de ellos estaba vacío, ya que todos los niños habían vuelto a la escuela.

Caminantes, corredores y ciclistas pasaban a intervalos esporádicos. De sus orejas colgaban finos cordones blancos. Las gafas de sol les protegían los ojos. Ignoraron en gran medida a los dos hombres que parecían estar disfrutando del sol en una fresca mañana de dos grados en la ciudad de Nueva York.

—Estuviste dentro del complejo del anciano, ¿verdad? — preguntó Oso.

—Recuerdo bastante bien el diseño—, respondió Pierre.

Oso asintió. Aunque nunca había estado dentro de la casa del anciano, la había visto desde fuera. Escuchó historias sobre el interior. Mandy había estado allí. Clarissa también, pero le resultaría difícil recordar el diseño. No importó. Ella no estaba presente para ayudar.

—Si podemos entrar, estoy bastante seguro de que puedo localizar su oficina—, dijo Pierre.

Oso pensó por un momento. —De ninguna manera podemos entrar. Ese lugar está vigilado como la Casa Blanca. Hay equipos de seguridad móviles en el exterior y siempre un equipo por los cuatro lados. Un equipo en la entrada principal y otro en la parte trasera. Además de eso, todo tiene acceso electrónico controlado.

Pierre asintió. —Así es.

Ninguno de los dos habló durante unos minutos. Todo lo que Frank les había dicho era que eliminaran al anciano. No proporcionó más instrucciones ni ofreció ayuda adicional. Mátenlo. Simple y llanamente. Oso no dudó en aceptar. El anciano firmó un contrato por su vida. Ahora pagaría.

—¿Alguna idea? — preguntó Pierre.

—Necesitamos acecharlo. Descubrir su rutina—. Oso hizo una pausa mientras dos mujeres pasaban corriendo. —Ese día que pasaste con él, ¿algo te pareció habitual? ¿Desayunaron en un lugar específico? ¿En cierta cafetería?

Pierre se reclinó y tomó un sorbo de una taza de café desechable. El vapor escapaba por la estrecha rendija de la tapa. —No es que lo haya visto. Me recogió alrededor de las 10 a.m. y nos dirigimos a su casa. Esperamos allí hasta que me fui. Si tiene alguna rutina, no me la dio a

conocer.

—De acuerdo. Eso es lo primero que debemos establecer.

—Entonces tendremos que seguirlo por un tiempo. ¿Podemos acercarnos al complejo para hacerlo?

Oso negó con la cabeza. —Será una exageración. Sin embargo, no podemos confiar en la suerte, así que tenemos que encontrar una manera.

—¿Deberíamos llamar a Frank?

—No—, dijo Oso. —Tengo a alguien que podría ayudarnos.

—¿Quién?

Oso miró de reojo a Pierre. Todavía no estaba seguro de hasta qué punto podía confiar en el francés. Era mejor mantener el nombre bajo la manga. —Te avisaré cuando necesites saberlo.

Pierre asintió. —Entendido.

Un grupo de niños pequeños se acercó desde el oeste. Oso calculó que eran veinte niños. Siguieron a una mujer vestida con pantalones caqui y un suéter azul cubierto por un chaleco negro. Supuso que ella era su maestra. Pasaron junto a Oso y Pierre, siguiendo el sendero circular hasta el parque detrás del banco.

—¿Crees que Frank cumplirá su parte del trato? — preguntó Pierre.

—¿Qué, darte un trabajo?

—Sí.

—¿De verdad quieres un trabajo en el SIS?

Pierre levantó los hombros unos centímetros y extendió las manos.

—Haz este trabajo y ponte de su lado—, dijo Oso. —Pero no querrás ser parte de ese grupo. Confía en mí.

—¿Trabajaste para ellos también?

—No, pero Jack sí. Durante dos años. Tal vez las cosas hayan cambiado desde entonces, pero según lo que me dijo, nunca trabajaría allí.

Pierre no habló. Miró la formación rocosa frente a ellos.

—Trabajar por cuenta propia es lo mejor—, continuó Oso. —Diablos, ya viste eso. ¿Cuánto te ofrecen por sacarme?

—Dos cincuenta—, Pierre hizo una pausa para dar una calada a su cigarrillo. —Euros—, añadió.

Pasaron unos minutos y Oso se levantó y empezó a caminar. Pierre lo siguió. Caminaron hacia el norte hasta la 67 y luego se dirigieron hacia el oeste hasta llegar a Columbus. Volvieron a girar hacia el norte y caminaron cinco cuadras más hasta la 72, donde estaba ubicado el departamento que Frank les proporcionó. Se detuvieron frente a la puerta.

—Pasemos por la casa del anciano—, dijo Oso.

Dieron media vuelta y se dirigieron al este. Caminaron dos cuadras. Frank tenía un coche para ellos. Lo tenía estacionado en la calle 72, al lado del parque. Diez minutos más tarde estaban en la carretera.

Oso condujo de memoria. Habían pasado más de seis meses desde que estuvo afuera del complejo del anciano. Pasaron por delante de la enorme casa y luego dieron la vuelta a una manzana de distancia. Oso detuvo el auto a un lado de la carretera una vez que tuvieron una vista del complejo. Estaban frente a la entrada trasera, donde estaban aparcados los coches. Había pocas posibilidades de que Feng saliera por la puerta principal. Si saliera, sería por la parte de atrás.

—Ese es el auto—, dijo Pierre. —El Mercedes blanco. Ese es el auto en el que me recogió.

Oso asintió. Se recostó. Miró a Pierre y dijo: —Agáchate.

—¿Dónde están los equipos de seguridad?

—Me lo pregunto yo mismo. Quizás no deambulan durante el día. Sólo de noche.

—Los chicos en el tejado probablemente ven todo durante el día—. Pierre señaló por encima de la casa, al hombre armado que estaba parado en la esquina más cercana a ellos.

—Probablemente deberíamos retroceder—, dijo Oso.

Puso su mano sobre la palanca de cambios. Paró. La puerta trasera de la casa se abrió y salió el anciano. Un hombre corpulento lo siguió y luego pasó junto a él hacia el Mercedes blanco.

—Ese es el conductor—, dijo Pierre.

—Necesitamos darle la vuelta al auto. Él conoce nuestras caras. El conductor conoce la tuya. Quizás conozca la mía.

Oso puso marcha atrás y retrocedió seis metros, luego giró el volante y se alejó otra manzana. Se quedó mirando por el espejo retrovisor, esperando que el Mercedes se pusiera en marcha. No tuvo que esperar mucho. El Mercedes salió del aparcamiento y se dirigió hacia ellos.

—Agáchate—, dijo Oso mientras se agachaba en su asiento.

Pierre hizo lo mismo.

Esperaron hasta que pasó el coche y luego se sentaron. Oso puso el coche en marcha y siguió al Mercedes blanco.

Condujeron hasta Queens. El vehículo que iba delante de ellos giró hacia la 73. Se detuvo en la acera frente a un restaurante.

Oso pasó y se detuvo al final de la calle, observando desde el espejo retrovisor.

El conductor salió del Mercedes y rodeó la parte trasera del vehículo. Abrió la puerta de Feng. El anciano salió. Se dirigieron hacia el restaurante.

Sonó una bocina y Oso desvió la mirada. Detrás de él se había formado una fila de coches. Bajó la vista un centímetro, vio que el semáforo se había puesto en verde y dijo: —Mañana vendremos aquí a almorzar.

CAPÍTULO 55

El largo vuelo a través del Atlántico y Europa pasó rápidamente para Jack. Tuvo cuarenta y ocho horas de acción ininterrumpida y siete tragos de whisky que agradecer por el sueño que encontró en el avión.

Jack y Jasmine aterrizaron en Atenas poco después del mediodía. Tomaron un vuelo de conexión a la isla de Creta. Alquilaron un coche pequeño y se dirigieron hasta la ciudad de Palaiochora. Le resultaba difícil creer que sólo llevaba una semana fuera. Su vida había cambiado drásticamente en el lapso de siete días. Los seis meses de relajación, que aparentemente lo habían reprogramado, no eran más que un pensamiento distante ahora, como velas a la deriva en mar abierto.

Redujo la velocidad del auto mientras se acercaba al café y se detuvo junto a la acera.

—¿Este es el lugar? — preguntó Jasmine.

—Sí—, dijo Jack. —Viví aquí durante seis meses.

Jasmine salió del auto y miró a su alrededor. —Es hermoso. Aunque debe haber sido aburrido.

—En primer lugar. Luego se volvió relajante. No puedo explicarlo. Un sentimiento que sólo había tenido una vez en mi vida.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando pasé tres meses en Key West.

Ella no dijo nada.

Jack entró al café y un anciano salió de detrás del mostrador. —Jack, amigo mío, ¿cómo estás?

Jack se encontró con el hombre a medio camino y le estrechó la mano. —Estoy bien. Necesito conseguir algunas cosas del apartamento y luego nos pondremos en camino.

—Seguro, seguro. Déjame conseguirte la llave—. El anciano se deslizó detrás del mostrador y se perdió de vista.

Jack miró a su alrededor. Los ancianos asintieron en su dirección mientras tomaban sorbos de café y comían bocadillos. Jack dijo: —¿Ha estado alguien aquí desde que me fui? ¿Buscándome a mí o a Alik?

El anciano asomó la cabeza y la sacudió. —No, ha estado tranquilo. Tuvimos algunos hombres aquí toda la semana. Americanos. No nos dijeron quiénes eran. Sólo dijeron que estaban aquí para protegernos durante una semana.

Jack miró por encima del hombro a Jasmine. Ella levantó una ceja y asintió. Fue un gesto lo suficientemente claro como para decirle a Jack que Frank había enviado varios equipos a Creta.

—Aquí está—, dijo el hombre mientras se levantaba. Salió de detrás del mostrador. Arrojó la llave en dirección a Jack.

Jack levantó la mano y agarró la llave en el aire, luego pasó junto al hombre hacia las escaleras. Le indicó a Jasmine que lo siguiera. Subieron las escaleras. Se tomó su tiempo y se mantuvo alerta. No tenía motivos para desconfiar del anciano. Pero alguien más podría haber aparecido la semana pasada y amenazarlo. Esa misma persona podría estar esperando, o tener un equipo esperando, en el apartamento de Jack.

Llegaron al último piso. Jack levantó un dedo dirigido a Jasmine y luego presionó su oreja contra la puerta. No escuchó ningún sonido. Su mano agarró el pomo de la puerta y lo giró. Sin seguro. La llave había sido innecesaria. Alguien había estado allí, lo supiera o no el viejo griego. La puerta se abrió y Jack esperó. Nada ni nadie se movió en el interior. Entró y le hizo un gesto a Jasmine para que lo siguiera.

Nada parecía fuera de lugar. Parecía lo mismo que podía recordar. Había llegado a un punto en el que no inventariaba mentalmente una habitación antes de irse. El apartamento era un borrón de seis meses en su mente. Si hubieran movido el sofá, lo habría notado. Pero si faltara un cuchillo en un cajón, pasaría desapercibido.

—¿Buscas algo en particular? — preguntó Jasmine.

—Tengo algunas armas aquí. Escondidas en una caja fuerte en la parte de atrás. Si no fuera por ellas, no habríamos venido aquí.

—¿De verdad crees que ese viejo de abajo te vendió?

—No.

—¿Por qué estás siendo tan cauteloso entonces?

Jack no respondió. Entró en la cocina y cogió un cuchillo de carnicero de un bloque de madera. Salió al pasillo. Escuchó a Jasmine agarrar un cuchillo también.

Abrió la puerta de su antigua habitación. El desorden que lo recibió fue la confirmación de que alguien había estado aquí, dentro del apartamento. La ropa estaba tirada por el suelo. La cama fue desmantelada y los colchones volteados y colocados a la mitad de la cama. La única pregunta era si eran los rusos o los griegos los que habían estado dentro.

—No sabía que eras tan vago, Jack.

Miró a Jasmine y sacudió la cabeza. —De todos modos, no hay nada allí. Quienquiera que haya sido perdió el tiempo.

Se dio la vuelta y regresó al pasillo. Pasó por la puerta cerrada de la habitación de Alik. Abrió la puerta de un armario. Se arrodilló y se echó mantas y toallas al hombro. Sacó una caja fuerte de metal. Marcó un código y abrió la puerta. Sacó una Beretta de 9 mm y se la entregó a Jasmine. Sacó una segunda arma y se la metió en la cintura. Cogió las revistas extra y algo de dinero en efectivo y luego cerró la caja fuerte.

Jasmine inspeccionó el arma y suspiró. —Me siento segura otra vez, Jack.

El asintió. —Yo también. Bueno casi—. Miró hacia la puerta de Alik. —Revisemos su habitación también—. Pasó junto a Jasmine. Agarró su Beretta y colocó el cañón al lado del borde de la puerta. Intentó abrirla un poco. Apenas se movió. —¿Qué demonios?

—¿Qué es?

—La puerta no se mueve—. Golpeó la puerta. Se abrió centímetro a centímetro. —¿Hay alguien ahí?

Ninguna respuesta.

Siguió empujando y pateando la puerta, hasta que finalmente rompió por la mitad. Vio varios objetos en el suelo amontonados como una barricada. Sus ojos se dirigieron al fondo de la habitación donde notó una serie de cables. Rastreó los cables y vio que estaban conectados a la puerta. Los cables venían la mitad de la habitación. Uno corrió hacia un lado y se conectó a un

dispositivo en la cómoda. El dispositivo tenía una pantalla LED verde. La pantalla tenía dos números, grandes y en negrita. Un tres y un cero. Un cronómetro. Congelado. No estaba en cuenta regresiva.

—Cristo.

—¿Qué es?

—Una bomba.

—¿Qué?

—Alguien nos estaba esperando.

Salieron del apartamento. Cerró la puerta. Llegó al pie de las escaleras y se acercó al mostrador donde estaba parado el anciano. Les estaba sonriendo.

—Tienes que sacar a todos de aquí—, dijo Jack.

La confusión se extendió por el rostro del hombre. Su sonrisa se desvaneció. —¿De qué estás hablando, Jack?

—Hay una bomba en una de las habitaciones de arriba. La habitación que usaba Alik. Alguien estuvo ahí. Saquearon mi habitación. Y pusieron una bomba en la otra.

—¿Una bomba? — dijo el anciano en voz alta.

Los tenedores cayeron contra los platos. Las tazas de café cayeron al suelo y se hicieron añicos. Los clientes del café se levantaron y corrieron hacia la puerta. Qué semana había sido para ellos. Un tiroteo y ahora esto.

—Sí, una bomba—, dijo Jack. —Salgan. Llamen a la policía. No les digan que estuve aquí. Solo di que estabas limpiando el lugar y la encontraste en uno de los dormitorios.

—¿No va a explotar?

—No. Aún no. No subas allí ni pierdas el tiempo. Podrías activarla.

El anciano asintió. Dejó caer su delantal al suelo y pasó junto a Jack y Jasmine, hacia la puerta principal. Se detuvo afuera y esperó a que lo siguieran. Luego cerró la puerta y salió calle abajo.

—Pobre chico—, dijo Jasmine.

Jack asintió y no dijo nada. Regresó al auto y se sentó detrás del volante. Esperó a Jasmine y luego se alejó de la acera y dejó atrás la ciudad.

—¿A dónde vamos ahora?

—A comprobar cómo está Alik. El único problema es que no recuerdo la ruta exacta.

Jack había observado el camino hacia la casa de la anciana griega en sentido contrario. Cuando se fue con los hombres de Frank, condujeron desde la casa hasta el pequeño aeropuerto, que estaba en el extremo opuesto de la isla. Sabía que habían viajado hacia el norte cuando salieron del café hace una semana. Trató de recordar cualquier punto de referencia que pudiera haber estado oculto en lo más profundo de su memoria. No eran muchos, y los que sí recordaba no estaban cerca de una esquina.

—Deberíamos llamar a Frank—, dijo Jasmine.

—Aún no. Quiero ver a Alik primero. Además, es temprano en Washington D.C.

—Tal vez pueda ayudarnos a llegar a la casa.

Jack negó con la cabeza. —Tengo una idea. Conozco el camino desde la casa al aeropuerto. Si nos dirigimos hacia allí, conoceré el camino que se cruza y podré volver.

Diez minutos más tarde vio la carretera. Giró a la derecha y condujo hasta la casa. Giró por un camino de tierra, pasó una hilera de árboles y se detuvo detrás de la camioneta en la que había viajado la semana anterior.

—Quédate alerta—, dijo.

—Está bien—, dijo Jasmine.

—Los señores eran viejos. La mujer era mayor. Pero quién sabe quién pudo haber venido la semana pasada.

—De acuerdo.

Apagó el motor y salió. Se acercó a la casa lenta y cautelosamente. El aire estaba tranquilo y templado. Nada parecía fuera de lugar. En las ventanas colgaban cortinas que bloqueaban cualquier vista del interior de la casa. Escuchó los pasos de Jasmine detrás de él. Aparte de eso, ni un solo sonido. Entonces la puerta se abrió de golpe y Jack se detuvo. Apuntó su arma a la puerta abierta y esperó.

CAPÍTULO 56

La anciana griega salió con un cigarrillo encendido en la mano. Se llevó la mano a la boca y dio una calada larga y profunda.

Jack guardó su arma y asintió hacia la mujer.

Ella asintió y dijo: —Tu amigo se ha ido.

—¿Qué quieres decir?

—Se fue.

—¿Murió?

—No.

—¿A dónde fue él?

—Dondequiera que lo llevaran.

—¿Quién se lo llevó?

—Algunos hombres.

—¿Cuantos hombres?

—Varios.

—¿Los conocías?

—No.

—¿Eran americanos?

—No tenían esos acentos.

—¿Qué eran entonces?

—No estoy segura.

—¿Cómo sonaban los acentos?

—Como el de él.

—¿Ruso?

—Sí.

Jack miró por encima del hombro a Jasmine. Todavía tenía su arma en la mano y apuntó a la puerta principal. No intentó animarla a que la guardara. Volvió a mirar a la anciana y dijo: —¿Está tu hijo por aquí?

—Él está trabajando.

—¿Dónde?

Ella se encogió de hombros.

—¿Vio a los hombres?

—No.

—¿Estaba él aquí cuando vinieron?

Ella sacudió su cabeza.

—¿Te amenazaron?

Ella no respondió. Levantó la cabeza y miró hacia los árboles.

—¿Dijeron que volverían para hacerte daño?

—A quién le importa lo que dijeron.

—¿Cuándo pasó esto?

—Ayer.

Un día después de haber eliminado a Melikov y Chernov.

Lo siento, Alik.

—Teníamos hombres aquí. Hombres que se suponía debían vigilar a Alik. Protegerlo.

Ella asintió.

—¿Que les pasó a ellos?

—Están muertos.

—Gracias por tu tiempo.

Jack se giró y caminó hacia el pequeño coche de alquiler. Se detuvo frente a Jasmine.

—Esos eran nuestros muchachos—, dijo Jasmine. —Estaban bien entrenados. Se habrían necesitado varios hombres para eliminarlos...

—Sé quién fue—, dijo Jack.

—¿Quién?

—Los mismos tipos que me capturaron en Italia.

Jasmine dio un paso atrás, fuera de su camino. No dijo nada.

—Llama a Frank—. Se sentó detrás del volante y arrancó el coche. Se alejó antes de que Jasmine lograra cerrar la puerta.

—Jesús, Jack—. Dio una palmada en el tablero. —Cálmate.

—Él me salvó la vida. Me sacó de ese infierno. Lo único que hice fue dejar que le dispararan y ahora lo secuestraran. Probablemente ya lo hayan matado. Cristo, considerando la tortura a la que lo están sometiendo, espero que ya lo hayan matado.

—No hables así. No sabes lo que está pasando. Está bien, lo encontraremos y lo rescataremos.

Jack no dijo nada. Se concentró en la carretera mientras conducía el pequeño coche al límite.

—Voy a llamar a Frank—. Sacó su teléfono celular y realizó la llamada. —Frank, sí, soy Jasmine. Sí, están sucediendo muchas cosas aquí—. Ella hizo una pausa. —Fuimos a la ciudad y recogimos algunas cosas del apartamento de Jack—. Una pausa. —¿Qué? Fue su idea. Cállate un momento, Frank. Había una bomba en el apartamento. No se había activado, pero estaba ahí. El lugar también había sido destrozado. Estaban buscando algo y planeaban hacer estallar a quienquiera que los persiguiera. Luego salimos a ver a Alik. Él no estaba allí, Frank. Alguien se lo llevó y mató a nuestros muchachos.

—Asegúrate de decirle que fueron rusos. Probablemente los mismos tipos que me atraparon.

—Frank, escucha, Jack cree que fueron los tipos que lograron capturarlo en Italia—. Cubrió el micrófono y miró a Jack.

Notó un destello de esperanza en sus ojos.

—Él cree que tiene una pista sobre ellos. Contratistas privados vinculados a Ivanov.

Jack asintió. Él ya se había dado cuenta de eso.

Dejaron atrás la zona boscosa y se dirigieron hacia el norte, hasta el aeropuerto de Chania. Frank tenía un contacto allí que podía conseguirles un avión privado.

—¿A dónde dijo que nos llevaban? — preguntó Jack.

—Ucrania. Un lugar llamado Járkov. Frank tiene otro contacto allí que puede ayudarnos a cruzar la frontera hacia Rusia. Desde allí hay un viaje de unos seiscientos cuarenta kilómetros

hasta Moscú.

—¿Moscú? — Los ojos de Jack viajaron entre ella y la carretera. —No sé exactamente dónde estaba, pero sé que no estaba cerca de Moscú.

—Tienes razón. El Delfín Negro está cerca de Orenburg. Eso está cerca de la frontera con Kazajstán. Y el lugar donde te retuvieron a ti y a Pierre fue Volgogrado. Probablemente lo recuerdes de tus libros de historia como...

—Stalingrado—, interrumpió Jack. —Recuerdo.

Jasmine asintió.

—Entonces, ¿por qué no nos dirigimos allí?

—Frank cree que Ivanov está en Moscú ahora mismo.

—Espero que tenga razón si nos vamos a quedar atrapados viajando en coche. Es un largo camino entre Moscú y Stalingrado.

—Volgogrado.

—Lo que sea.

Jasmine lo ignoró. —Frank no es el único que reúne información. Tiene a otros involucrados. Otras agencias.

—¿Quienes?

—No estoy segura. Él no me lo dijo.

Jack se encogió de hombros.

—¿Por qué lo haría? — Dijo Jasmine. —De todos modos, una vez que lleguemos a Moscú nos reuniremos con Clarissa. Ella estará allí. Tal vez ya habrá podido concertar una reunión con Ivanov.

Jack se puso tenso. La idea de que Clarissa estuviera en la misma habitación que el autoritario general le inquietaba. Si Ivanov tuviera una sola duda sobre su identidad, mataría primero y haría preguntas después.

—Ella estará bien, Jack. No te preocupes.

Jack la miró y levantó un hombro. Clarissa era una mujer dura y bien entrenada. Ella podría manejarlo. Él lo sabía.

—No puedes ocultarlo—, dijo Jasmine. —Los vi a los dos juntos.

—No es nada.

—Sí, nada—. Jasmine se rio.

—Nos conocemos hace mucho tiempo, ella y yo.

—No tienes que darme explicaciones, Jack.

No dijo nada.

Ella señaló a la derecha. —Ahí está.

Jack redujo la velocidad y giró a la derecha. Condujeron por el aeropuerto hasta la esquina noroeste del estacionamiento, tal como Frank les había indicado que hicieran. Retrocedieron hasta aparcar el coche en un lugar que bordeaba la hierba y luego apagó el motor.

—¿Te dio una hora específica? — preguntó Jack.

—No. Simplemente dijo que el hombre estaría aquí.

—¿Te dio una descripción?

—Sí—. Jasmine volvió la cabeza y sonrió. —Un hombre.

—Es ese—. Jack hizo un gesto con la cabeza.

El tipo que se acercó tenía unos sesenta años, era calvo y llevaba gafas. Llevaba un mono azul manchado de grasa. Se detuvo a seis metros de distancia, sonrió y saludó.

Jack examinó el estacionamiento en busca de cualquier señal de peligro. No vio ninguna.

—¿Te parece bien? — preguntó Jack.

—Sí.

—¿Te sientes segura?

Sacó la Beretta de debajo de su chaqueta con la mano derecha. Trazó la longitud del cañón con el dedo índice izquierdo. Una leve sonrisa se formó en sus labios.

—Sí—, dijo ella. —Muy segura.

Jack salió, agarró sus bolsas de lona y las dejó en el suelo. Llegó al interior del coche y colocó las llaves en la guantera. Presionó el botón de bloqueo y cerró la puerta.

El hombre se detuvo a cinco metros delante del coche. —Tengo un avión esperándolos, amigos—. Se dio la vuelta y añadió: —Vamos.

Jasmine miró a Jack. Se encogió de hombros y dijo: —Supongo que deberíamos seguirlo.

El hombre los condujo hasta un carrito de golf. Se sentó al frente. Jack y Jasmine atrás. Los condujo a través del estacionamiento, más allá de las pistas y de una terminal donde media docena de aviones esperaban a que los pasajeros abordaran. Condujeron otros cinco minutos y luego se detuvieron junto a un pequeño avión de pasajeros.

—Ese es tu avión—, dijo el anciano.

Jack salió del carrito de golf. Tomaron sus maletas. El anciano se alejó sin decir una palabra más. Caminaron hacia el avión blanco adornado con rayas azules. Una puerta lateral, detrás de la cabina, se abrió y un hombre los saludó.

—¿Jack, Jasmine?

Jack asintió.

El hombre bajó unas escaleras y dijo: —Suban a bordo. No queremos perder nuestro turno.

Jack subió primero y se detuvo frente al hombre.

—Soy el piloto y soy amigo de Frank. Eso debería ser suficiente, ¿verdad?

Jack asintió. El piloto tenía su nombre y eso era todo lo que necesitaba.

Jasmine pasó junto a Jack y él la siguió hasta el avión. Se sentaron. Veinte minutos después estaban en el aire, camino a Ucrania.

CAPÍTULO 57

La habitación de hotel que Sinclair había reservado para Clarissa era pequeña y sencilla y estaba situada en el centro de Moscú. El tamaño de la habitación no le molestaba. No pensaba pasar mucho tiempo en Rusia. Además, la vista desde su ventana de la Catedral de San Basilio era impresionante. Miró por la ventana el hermoso edificio. Parecía una hoguera elevándose hacia el cielo. Sus pensamientos se dirigieron a Jack, como tantas veces lo habían hecho en los últimos días. Su tiempo juntos fue corto pero poderoso. Ella sintió la atracción de él en su corazón. Le preocupaba que eso pudiera empezar a afectar su toma de decisiones.

Miró más allá de San Basilio, hacia el extremo este del distrito de Arbat, donde se encontraba el apartamento de Anastasiya. Sinclair le había dicho que esperara un paquete con las llaves del edificio y del apartamento. Clarissa tenía previsto dar un paseo a última hora de la tarde. Podría haber cualquier cantidad de espías o funcionarios del gobierno esperando el regreso de Anastasiya. Quería estar preparada si ese fuera el caso.

Oyó un golpe en la puerta y cruzó la habitación. Se detuvo en la puerta para comprobar quién era por la mirilla. No reconoció al hombre que estaba al otro lado.

—¿Quién es? — preguntó.

—Marco.

Deslizó la cerradura de seguridad y abrió la puerta. El chico que estaba parado en el pasillo era de su altura, pero probablemente pesaba veinte kilos más. Tenía el pelo castaño. Las patillas se extendían hasta la mandíbula y mantenía un mechón de pelo recortado debajo del labio inferior. Ella se hizo a un lado y lo dejó entrar.

Pasó junto a ella. Llevaba una bolsa de lona en la mano derecha. Miró alrededor del apartamento. No dijo nada.

—¿Qué te dijo Sinclair?

Marco se encogió de hombros sin mirar atrás. Dejó la bolsa sobre la mesa. Se giró para mirar a Clarissa. —Buen lugar—. Su acento era europeo. Español.

Ella no dijo nada. Lo observó desde el otro lado de la habitación.

Marco permaneció inmóvil. Del bolsillo interior de su abrigo sacó un cigarrillo y un encendedor y encendió el cigarrillo. Dio una profunda calada y la sopló hacia el techo. Miró a su alrededor de nuevo y luego se decidió por Clarissa. Le sonrió.

—¿Hay algo más? — preguntó ella.

—Pensé que tal vez debería quedarme por aquí un tiempo. Mostrarte cómo usar las armas. Invitarte a cenar.

Clarissa estaba de espaldas a la puerta, manteniéndola abierta. —No como y ya sé cómo usarlas. Creo que deberías irte.

Se acercó a ella con el cigarrillo colgando de la boca. —Irse no es divertido.

—Supongo que no te hablaron de mí.

—Tampoco necesitaban hacerlo. Puedo decir ahora que tienes todo lo que me gusta—. Se detuvo a cincuenta centímetros de ella. Extendió la mano y colocó su mano derecha sobre su brazo izquierdo. Mantuvo contacto visual y se inclinó.

Clarissa sonrió durante uno o dos segundos. Levantó su mano izquierda, debajo y luego alrededor del brazo derecho extendido de Marco. Ella tiró y giró. Levantó su mano derecha y atrapó al hombre debajo de su barbilla. Ella lo empujó hacia atrás, hacia el pasillo. Aterrizó sobre su cabeza y se desmoronó hasta convertirse en una bola y luego se estiró boca abajo.

Lentamente se puso sobre manos y rodillas. —¿Qué diablos fue eso?

—Te dije que te fueras. No escuchaste.

Se agarró a la barandilla de madera y se puso de pie. Dio un paso hacia Clarissa y se detuvo. Le hizo un gesto con las manos. —No lo vales—. Se giró y subió las escaleras. Miró hacia atrás por encima del hombro y escupió.

Su primera reacción fue salir al pasillo. Una sola patada en la mitad de la espalda lo enviaría escaleras abajo tambaleándose. Se había golpeado la cabeza, probablemente varias veces. Podría romperse el cuello.

En lugar de eso, retrocedió y cerró la puerta con llave. Quienquiera que fuera Marco, trabajaba para un amigo de Sinclair. Era mejor morderse la lengua que morder la mano que la alimentaba.

Esperó junto a la puerta con la oreja pegada a ella. Escuchó que el eco de los pasos de Marco disminuía y, finalmente, se desvanecía hasta quedar en nada. Satisfecha de que él se hubiera ido, se acercó a la mesa donde él dejó la bolsa de lona. Se inclinó sobre la mesa y abrió la cremallera de la bolsa, estaba maravillada ante la colección de armas que le habían traído. Había dos pistolas Marakov PMM de 9 mm de fabricación rusa con cargadores de 12 balas. También había una metralleta PP-19 Bizon de 9 mm. El arma de nueve pulgadas de largo estaba equipada con un cargador de 64 balas y podía ocultarse fácilmente debajo de su abrigo. En la bolsa había dos cargadores adicionales de 64 balas. Tanto las pistolas PMM como la PP-19 usaban cartuchos Marakov de 9x18 mm. Además, encontró dos cuchillos tácticos con fundas para los tobillos, así como fundas para las pistolas.

Clarissa dejó las armas sobre la mesa. Las recogió una a la vez y las inspeccionó. Estaba bien equipada y lista para enfrentarse a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Se ató uno de los cuchillos alrededor de la pierna derecha, entre la pantorrilla y el tobillo. Ella miró las fundas. Una estaba destinada a ser atada alrededor de su muslo. No era ideal para lo que estaba a punto de hacer. La otra funda era un par de pantalones cortos de compresión. Los pantalones cortos tenían dos bolsillos en la parte trasera, justo por encima de la cintura, que le permitirían ocultar ambas pistolas detrás de su espalda.

Se desnudó, se puso los pantalones cortos y se puso los jeans sobre los pantalones cortos. Aseguró las pistolas detrás de su espalda. Miró la metralleta Bizon. El arma era lo suficientemente corta como para poder ocultarla debajo de su chaqueta. Pero si alguien la detuviera, ya fuera un policía o un agente, la encontraría con rapidez y, posiblemente, pondría fin a su misión.

Clarissa miró alrededor de su apartamento y decidió guardar la metralleta en un cajón de la cómoda, debajo de su ropa. Agarró un suéter para ocultar los ligeros bultos cerca de su espalda baja, una buena idea en caso de que terminara adentro y tuviera que quitarse la chaqueta. Finalmente, se puso su pesada chaqueta de cuero marrón y salió del apartamento.

Después de cuatro tramos de escaleras y una corta caminata por un vestíbulo estrecho, estaba

afuera. Hacía frío, estaba gris y había niebla. El sol se escondía bajo en el cielo detrás de un muro de nubes oscuras. La nieve se amontonaba entre medio a un metro de altura a los lados de las carreteras, antes blanca y ahora negra por los gases de escape de los coches.

Se dirigió hacia el este, hacia el edificio de apartamentos de Anastasiya. La aplicación GPS de su teléfono la guio. Pasó por la Plaza Roja y por San Basilio, que desde el suelo parecía aún más impresionante. Se volvió y admiró el edificio fortificado que conocía como el Kremlin.

La caminata tomó más tiempo de lo que debería haber sido una caminata de un kilómetro y medio. Culpó a las multitudes, al clima y, tal vez, a su propia curiosidad. Nunca había estado en Rusia y el centro de Moscú le resultaba fascinante.

Los edificios históricos y las multitudes de turistas desaparecieron entre los edificios de apartamentos, las tiendas y los restaurantes. La multitud era igual de densa, pero estaba formada principalmente por lugareños.

La sensación de conciencia de Clarissa se intensificó. Cada rostro era una amenaza potencial. En cada coche que pasara podría haber alguien dispuesto a matarla. Se mantuvo cerca de la gente y al lado de los edificios, lejos de la calle. Llevaba un sombrero y se recogió el pelo oscuro debajo. Pero las gafas de sol que traía no sirvieron para nada y llamaron más la atención de la que quería, así que se las metió en el bolsillo.

Localizó el edificio de Anastasiya. Estaba media cuadra. Había callejones a ambos lados del edificio. Tomó tres fotografías rápidas con su teléfono y luego colocó el dispositivo dentro del bolsillo de un abrigo.

El edificio tenía portero. Estaba afuera vistiendo una pesada chaqueta negra y un sombrero. Probablemente reconocería a Anastasiya si la viera, por lo que Clarissa decidió no acercarse más. No tenía llave y eso podría levantar algunas sospechas.

Quería echar un vistazo al bloque detrás del apartamento, así que giró a la derecha en una calle paralela y luego giró a la izquierda. Caminó dos cuadras y giró nuevamente a la izquierda. Ahora estaba en la calle detrás del edificio, que resultó ser de un solo bloque de ancho. Sin callejones. No había forma de escapar del edificio de apartamentos por detrás. Los callejones terminaban sin salida o se conectaban detrás de él. No llegaban a la calle en la que se encontraba.

El cielo siguió oscureciéndose con el presagio de una tormenta inminente. Había menos lugareños en la calle. Se dio cuenta de que no era buena idea permanecer fuera por más tiempo. No tenía sentido quedar atrapada en una tormenta primaveral a un kilómetro y medio de su hotel.

Se dirigió hacia su hotel. Se detuvo a dos cuadras del edificio de apartamentos de Anastasiya y tomó algunas fotografías más, acercándose al portero. Quizás Sinclair podría conseguirle un nombre.

—¿Anastasiya?

Su corazón se detuvo y su estómago se hundió. Los músculos se contrajeron por reflejo. La voz vino desde frente a ella. Ella dejó caer la cabeza y se dio la vuelta. Se alejó a paso rápido.

La voz volvió a llamar en ruso. —Hola, Anastasiya. Vuelve aquí.

Sus ojos escanearon la calle de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Buscó algo que bloqueara la vista del hombre sobre ella y le permitiera escapar al mismo tiempo.

—¿Adónde vas?

Echó una rápida mirada por encima del hombro y vio al hombre que la había llamado. Era alto, de aspecto atlético y vestía una gabardina oscura, de esas que hacían fácil esconder un arma. Se acercó a ella, zigzagueando entre el tráfico de peatones. Estaba a una cuadra de distancia. Lo suficientemente lejos como para que ella se le escapara. Lo suficientemente cerca como para poder eliminarla de un solo disparo, si tuviera el arma adecuada debajo del abrigo.

Sus pies se movían rápidamente a través de la nieve compacta. Tenía que tomar decisiones aún más rápido. ¿Debería entrar en una tienda o en un callejón? Estaría acorralada. ¿Correr al hotel? Ella renunciaría a su guarida.

Una multitud se reunió a treinta metros frente a ella en un autobús detenido. Viejos y jóvenes. Hombres y mujeres. Subieron uno a la vez. Llegó al autobús después de que subiera la última persona. Saltó al último escalón mientras el conductor cerraba la puerta.

—Por favor—, dijo. —No tengo pasaje, pero necesito subir a bordo.

—Lo siento—, dijo el conductor. —Tienes que pagar.

Sacó la cabeza y miró detrás del autobús. El hombre corría hacia ella. En su mano derecha sostenía una pistola.

—Ese hombre viene detrás de mí. Tiene un arma. Él me va a matar.

El conductor giró la cabeza, luego entrecerró los ojos, luego se enderezó y dijo: —Entra.

Clarissa subió dos escalones más y se detuvo junto al conductor. La puerta detrás de ella se cerró. —¿Puedes salirte de la ruta?

—Puedo llevarte a donde necesites ir.

—Simplemente piérdelo y me bajaré y podrás llevar a estas personas a donde necesitan ir.

El conductor asintió. Tomó el micrófono del tablero. —Vamos a pasar de largo las próximas paradas. Todos siéntense. Regresaré en unos minutos.

Los gemidos de los pasajeros que iban detrás dieron paso al gemido del gran motor diésel mientras el autobús arrancaba.

Clarissa puso su mano sobre el hombro del conductor. Ella apretó y dijo: —Gracias.

CAPÍTULO 58

Járkov, Ucrania, era probablemente un lugar agradable en verano. Los árboles verdes se mezclaban con los edificios de color tostado y caqui que se elevaban en espiral hacia afuera en un patrón circular desde el centro de la ciudad. A finales de marzo, cuando las temperaturas rondaban el punto de congelación mientras el sol extendía sus rayos desde arriba, los árboles muertos cubrían el suelo alrededor de esos mismos edificios y la escena parecía desolada.

El avión continuó hacia el noreste, pasó la ciudad y aterrizó en lo que parecía ser una pista abandonada.

Jasmine encendió su teléfono y abrió un mapa centrado en su ubicación. Lo sostuvo frente a Jack y dijo: —A medio camino entre la ciudad y la frontera.

El piloto salió y abrió la puerta. Bajó las escaleras y desapareció de nuevo.

—Supongo que esa es nuestra señal—, dijo Jack.

Jasmine asintió y se puso de pie.

Jack salió al pasillo, agarró sus maletas y se dirigió hacia la parte delantera del avión. Se detuvo en la puerta y asomó la cabeza. Se detuvo un coche, un gran sedán último modelo de color negro. De él salieron dos hombres. El hombre del lado del conductor se quedó al lado del coche. El hombre del lado del pasajero caminó hacia el avión.

Jack dejó caer las bolsas y buscó detrás de su espalda. Agarró su Beretta y la mantuvo fuera de la vista.

El hombre se detuvo a metro y medio de la base de las escaleras. Levantó los brazos hacia los lados y estiró los dedos. Habló con acento americano. —Estoy desarmado. Puedes guardar tu arma, Jack.

—¿Qué hay de él? — Jack asintió hacia el conductor.

—Está desarmado. Estamos de tu lado.

Jasmine puso su mano sobre el hombro de Jack y se inclinó para mirar hacia afuera. Ella le sonrió al hombre en el suelo. —Jack, ese es Harris. Es uno de nosotros—. Pasó junto a Jack y bajó las escaleras.

Jack guardó su arma y recogió las bolsas. Mientras se levantaba, notó que Harris metió la mano en su abrigo. Jack volvió a dejar caer las bolsas. Alcanzado detrás de su espalda. Su mano se envolvió alrededor del mango del arma. Luego vio emerger la mano de Harris con dos carpetas de pasaportes de color azul oscuro. Jack soltó el arma. Respiró hondo, luego tomo las bolsas y bajó las escaleras.

Jasmine ya estaba camino al auto. El conductor caminó por detrás, la recibió y le abrió la puerta trasera del pasajero.

Harris se acercó, tomó una de las bolsas y luego le entregó a Jack su pasaporte. —No creo

que tengamos problemas para cruzar. Estos pasaportes son legítimos.

—¿Qué pasa con los pasaportes que nos dio Frank?

—Hemos tomado precauciones adicionales con estos.

—¿Qué tipo de precauciones?

—Monetarias.

—¿Pagó a alguien en la frontera?

—Pagan por tener a alguien en particular en la frontera—. Harris se dio vuelta y caminó hacia el auto. El baúl se abrió de golpe. Lo levantó con una mano y arrojó la bolsa de lona con la otra.

Los hombres se cruzaron, Harris al lado del pasajero, Jack al lado del conductor. Abrió la puerta trasera y se deslizó junto a Jasmine.

—¿Vamos directamente a la frontera? — preguntó Jasmine.

—Sí—, dijo Harris. —Después de eso, te llevaremos a tu auto.

Hablaron poco durante los treinta minutos de viaje. Jack no dijo nada en absoluto. Miró por la ventana y vislumbró tierras de cultivo áridas entre espesos grupos de árboles que formaban una barrera de tres metros de ancho entre la carretera y el terreno abierto. Se preguntó por qué no habían planeado dejarlos salir cerca de la frontera. Podrían cruzar a pie por algún lugar apartado y concertar un encuentro más adelante. El escenario se desarrolló en su mente. Encontró un problema importante. La zona estaría patrullada. Demonios, incluso podría haber una barrera física. Probablemente, era más seguro arriesgarse a cruzar donde podían pagarle a alguien que arriesgarse a ser detenido por el ejército ruso en un campo que cruzaba una línea arbitraria.

El vehículo redujo la velocidad y finalmente se detuvo detrás de una fila de autos. Era una línea de diez autos. Tardarían unos minutos en pasar.

Harris se giró en su asiento y dijo: —Mantengan la calma. Querrán mirar sus pasaportes. No harán ninguna pregunta. No hablen. No hagan contacto visual. Darán instrucciones sencillas. Síganlas y cruzaremos sin problemas.

Jack asintió. Miró más allá de Harris. La escena que se avecinaba parecía sacada de los años setenta. Al lado de la carretera había un antiguo edificio con estructura de madera. Las ventanas estaban oscurecidas. Una valla alta rematada con alambre de púas rodeaba el edificio por tres lados y atravesaba el paisaje hasta donde alcanzaba la vista. Frente al edificio había dos guardias armados. Supuso que había algunos más dentro. Cuatro hombres armados más se posicionaron alrededor del coche al principio de la fila. Un hombre se paró junto a la ventanilla del conductor y habló. Dos más estaban delante del coche y el último detrás.

El proceso se repitió a medida que llegaba el siguiente coche. En el sexto auto sacaron al conductor y al pasajero. Los inspeccionaron, luego el auto. Después de eso se reanudaron las operaciones normales.

Finalmente, llegó su turno. El conductor movió el auto y se detuvo cuando uno de los hombres armados extendió las manos.

Las cuatro ventanillas bajaron. El aire frío entró, se arremolinó alrededor del auto y los envolvió. Jack resistió la tentación de apretarse la chaqueta. La medida podría alertar a los guardias.

El guardia se acercó a la ventanilla del conductor y dijo: —Pasaporte— y esperó a que el conductor le entregara el suyo.

El conductor obedeció.

—¿Por qué visitas Rusia hoy? — preguntó el guardia.

Jack desvió su línea de visión de los dos hombres armados que estaban delante del coche a

Harris. La cabeza de Harris se giró hacia un lado. La expresión de su rostro coincidía con el sentimiento en el estómago de Jack. Harris había dicho que no harían preguntas.

El guardia se enderezó y pareció señalar la parte delantera del coche. Uno de los hombres abandonó su posición y se dirigió al lado del pasajero del vehículo. Le pidió a Harris su pasaporte y siguió con una pregunta. —¿A qué te dedicas?

—Contratista—, dijo Harris. —Todos somos contratistas. Venimos de Estados Unidos y nos dirigimos a Rusia para hacer una cotización.

Eso fue todo lo que Jack captó antes de que el guardia de su lado del auto metiera la mano por la ventana abierta. Jack levantó la mano y sostuvo ligeramente el pasaporte entre el pulgar y el índice. El guardia lo agarró y retrocedió dos pasos. Parecía que el proceso estaba tardando más de lo debido. Fuera de su visión periférica, Jack vio que el guardia se acercaba de nuevo. La mano del hombre golpeó el costado del auto y la puerta al lado de Jack se abrió.

—Fuera—, dijo el guardia.

Jack lanzó una mirada hacia Harris y luego salió. Sintió que Jasmine miraba en su dirección. No miro atrás.

—Diga su nombre.

A pesar de la proclamación de Harris de que no se harían preguntas, Jack estudió el pasaporte y creó una historia de fondo. Esperaba que Jasmine hubiera hecho lo mismo.

—Milton—, dijo Jack. —Nombre, Marcos.

—¿Cuáles son sus planes en Rusia?

—Como ya dijo el hombre, somos contratistas y estamos en camino de cotizar un trabajo.

—No te muevas.

El guardia retrocedió hacia la parte delantera del coche. Le entregó el pasaporte a otro chico. Cada guardia se turnó para mirar la fotografía del pasaporte, luego a Jack y luego otra vez al pasaporte.

Los campos abiertos, la posible barrera física y los equipos itinerantes de guardias a lo largo de la frontera abierta parecían una mejor idea en lo que a Jack concernía en ese momento. Miró por encima del hombro y vio al guardia al otro lado del coche. Ahora estaba con su arma apuntando a la cabeza de Jack.

Jack lentamente giró la cabeza hacia adelante. Contempló el campo vacío frente a él. No había lugar para cubrirse. Ningún lugar a dónde correr. No había lugar donde esconderse. Sintió el peso de su arma contra su espalda y deseó haberla escondido debajo del asiento.

Sólo mantente tranquilo.

Era algo fácil de hacer con la temperatura del aire. Difícil de hacer dadas las circunstancias. Pero Jack fue entrenado para eso. Si llegara el momento, saldría bajo una lluvia de disparos en lugar de permitir que lo llevaran de regreso a esa prisión infernal.

Las voces desde el frente del auto se detuvieron. Escuchó los pasos del guardia acercándose. No se volvió para mirar.

El sonido de las botas de suela dura del guardia golpeando el pavimento se elevó por encima del viento y de los motores de los autos. El hombre mantuvo su rifle apuntando en dirección a Jack.

Su mente se aceleró, pensando cinco pasos por delante. Dejó que su brazo derecho se dirigiera hacia su espalda. Hacia su arma.

CAPÍTULO 59

El hombre se detuvo a unos metros de Jack. Los ojos del chico estaban entrecerrados y oscuros. Sus mejillas estaban rojas y agrietadas. Unos pocos segundos se convirtieron en veinte. ¿Cuál fue el retraso? O sabían quién era o no lo sabían. Finalmente, el hombre bajó su arma y dio un paso adelante. Levantó la otra mano y dijo: —Aquí tiene su pasaporte, señor Milton. Vuelva al coche.

El guardia levantó su rifle hasta la mitad y apuntó en dirección a Jack. Apuntó a la nada. Se quedó allí como una estatua.

Jack se llevó la mano a la espalda y abrió la puerta. Mantuvo sus ojos en el guardia y había decidido que cualquier movimiento repentino que considerara una amenaza sería recibido con la misma fuerza. El guardia no se movió hasta que Jack se sentó.

—¿Qué demonios? — preguntó Jasmine.

Jack cerró la puerta. —Sube las ventanillas—. Esperó a que el conductor lo hiciera y luego continuó: —Alguien reconoció mi rostro. Aunque no pudieron ubicarlo. Todos miraron la foto de mi pasaporte. El rostro no era exactamente lo que recordaban y el nombre no coincidía.

—El asesinato—, dijo Harris. —El político del año pasado.

—Sí—, dijo Jack. —Me enviaron al Delfín Negro por eso.

—Pensé que nadie salía vivo del Delfín Negro— dijo Harris.

—No estaba vivo cuando salí.

Jack esperó a que Harris hiciera la inevitable pregunta de seguimiento. No la hizo. En lugar de eso, se reclinó en su asiento y miró por la ventana. El conductor puso la marcha y avanzó lentamente. Pasaron junto a los guardias, que se alinearon de dos en dos. Tenían las rodillas bloqueadas, los hombros echados hacia atrás y las armas apuntando hacia abajo.

El conductor aceleró rápidamente pasando el viejo edificio con estructura de madera al costado de la carretera y los guardias colocados dentro y fuera. Altos árboles se alineaban nuevamente en el camino, bloqueando las vistas de las áridas tierras de cultivo. Nadie habló. Nadie se movió. Treinta minutos se prolongaron y parecieron tres horas. Jack se sintió aliviado cuando Harris finalmente habló.

—Llegamos.

—¿A dónde? — preguntó Jack.

—Fuera de Belgorod—, respondió Harris.

La ubicación no significaba nada para Jack.

El conductor condujo el vehículo hacia un barrio residencial. Giró hacia una calle que terminaba en un callejón sin salida.

Harris señaló hacia un automóvil blanco de dos puertas estacionado frente a un lote de tierra y el esqueleto de una casa con estructura de madera. Dijo: —Ese es tu coche. Todos los papeles

están dentro.

—¿Los pusiste ahí? —preguntó Jasmine.

—No—, respondió Harris. —Un amigo lo hizo.

—¿Como tu amigo en el cruce fronterizo? — preguntó Jack.

Harris se giró en su asiento y se volvió hacia Jack. —Pido disculpas por eso, Jack. Él no estaba allí. Me aseguraré de que eso nunca vuelva a suceder.

—Haz lo que quieras. No te vayas hasta que sepamos que todo lo que necesitamos está en ese auto—. Jack salió y rodeó la parte trasera del vehículo. Se encontró a Jasmine al otro lado. Tomaron sus maletas del maletero y caminaron hacia su nuevo vehículo.

—¿Crees que está amañado? — peguntó Jasmine.

—No me sorprendería, con la suerte que hemos tenido con los explosivos últimamente—, dijo Jack.

Ella rio. —Como no tengo a nadie esperándome, abriré la puerta—. Extendió la mano y agarró la manija blanca, se detuvo y abrió la puerta del lado del conductor.

Jack volvió a mirar a Harris, que estaba sentado en el coche y tenía los pies en la calle. —¿Llaves?

—En la guantera.

Jack cruzó la parte delantera del auto hacia el lado del pasajero y entró al vehículo. Abrió la guantera y sacó su contenido. Había dos llaves y una bolsa de plástico que contenía documentos. Sacó los papeles. Estaban en ruso. —Estos no me sirven de nada.

—Dámelos—, dijo Jasmine. —Puedo leer ruso—. Miró cada papel, de arriba a abajo, de adelante hacia atrás. —Somos legítimos.

Jack salió del coche. Miró por encima y asintió con la cabeza hacia Harris.

Los neumáticos chirriaron y el motor rugió. Un minuto después, Harris y el conductor anónimo se habían ido.

—Se fueron a toda prisa—, dijo Jack.

—Si no estuviera atada a ti, yo también me habría ido.

Jack se rio. Se deslizó en el asiento del pasajero.

Jasmine esperó a que Jack cerrara la puerta. Luego puso el coche en marcha. Ya había programado el GPS del tablero para llevarlos a Moscú. —Tenemos seis horas. ¿Estás listo para contarme qué hiciste después de dejar el S.I.S., Jack?

—No.

CAPÍTULO 60

—Odio estar en Moscú—, dijo Ivanov.

—¿Por qué? — preguntó Julij.

—Me siento como si estuviera bajo un microscopio. Esta gente siempre está ahí. No puedo operar como quiero.

—Es sólo temporal.

Ivanov se levantó y salió de detrás de su escritorio. Cruzó la habitación. Abrió la puerta y asomó la cabeza por el pasillo de color gris industrial. Satisfecho de que estaba vacío, cerró la puerta y regresó a su escritorio. —Entonces, ¿cuál es la última novedad sobre la mujer?

—Sabemos que ella ya no está en Iowa. Al menos no en el complejo.

—Sería una tonta si se quedara allí después de lo que pasó.

Julij asintió. —Su cuerpo no fue encontrado. Creo que el siguiente paso lógico sería que ella regresara a casa.

—Concuerdo. ¿Dónde queda?

—Aquí señor. En el distrito de Arbat.

—¿Sabemos la dirección?

—Sí.

—Deberíamos llevar un hombre allí.

—Ya lo hice, señor.

—¿Alguna suerte?

—Algo así.

—¿A qué te refieres, Julij?

—Él cree que la vio—, hizo una pausa Julij. Juntó las manos y apoyó el labio inferior en las puntas de los dedos índice. Continuó: —Vio una mujer que se parecía a ella. Tenía el pelo recogido. Según nuestro hombre, la llamó por su nombre y ella huyó. Terminó en un autobús y dice que la perdió.

—¿Por qué huiría?

—Tal vez tenía miedo de que alguien quisiera atraparla. Si somos sus amigos, eso significa que tiene algunos enemigos poderosos aquí.

Ivanov asintió lentamente mientras miraba al joven con los ojos entrecerrados. —Entonces, ¿cuántos hombres tenemos vigilando su casa ahora?"

—Cuatro.

—Que sean ocho.

—¿Señor?

—Me escuchaste. Ocho hombres.

—¿Y luego?

—¿Qué quieres decir con “y luego”?

—¿Quieres que la maten?

—No confío en ella, pero no la quiero muerta. Aún no. Tráemela.

—¿Aquí?

—¿Crees que este es el tipo de lugar donde puedo interrogarla?

—No.

—No, no lo es, Julij. Haz que la traigan a mi casa.

—¿Sobre qué le preguntarás?

Ivanov sintió que le ardían las mejillas. Respiró hondo y colocó las manos sobre el escritorio. —Me estoy cansando de tus preguntas, Julij.

Julij no dijo nada.

—No confío en ella. Quiero saber por qué ella es la única persona de alto rango que logró salir viva de Iowa. ¿Por qué no cayó con los demás defendiendo el plan?

—Ya Veo.

—Sí, Julij, ya ves. De hecho, puedes verlo fuera de mi oficina.

Ivanov esperó hasta que Julij salió de la oficina. Después de que la puerta se cerró, sacó su teléfono celular. Hizo una llamada. A mitad del tercer timbrazo respondió un hombre.

—Sí, señor.

—¿Hay noticias?

—¿De qué?

—Sabes de qué. Noble. ¿Tienes noticias sobre Noble?

—Sí, puedo confirmar que ahora está en Rusia y se dirige hacia Moscú.

—Excelente. ¿Ya tenemos su itinerario?

—No señor. Todavía estamos trabajando en eso.

—Llámame cuando lo hagas. Quiero saber el momento exacto en que Noble llegue a Moscú —. Ivanov colgó la llamada y dejó su teléfono sobre el escritorio. No pasaría mucho tiempo, pensó, hasta que Jack Noble volviera a estar bajo su custodia. Esta vez no cometería el mismo error. No dejaría la muerte de Noble en manos de otra persona. Él solo apretaría el gatillo y le sacaría el corazón del pecho al hombre.

CAPÍTULO 61

Clarissa hizo que el conductor del autobús la dejara cerca de la catedral de San Basilio. Cruzó el pasillo iluminado artificialmente frente al enorme edificio. El cielo estaba blanco debido a la tormenta inminente. El viento azotó su rostro y el aire frío le picó las mejillas y la nariz.

Se movió rápidamente, en parte en un esfuerzo por mantenerse caliente, pero, sobre todo, para llegar a la seguridad del hotel. Entró al vestíbulo y el hombre detrás del mostrador levantó la vista de su computadora, asintió y luego miró hacia otro lado. Bien por ella. Mientras menos atención llamara, mejor. Pasó junto al ascensor y subió las escaleras. El pasillo fuera de su habitación estaba vacío. Metió la llave en la puerta y la abrió. La habitación parecía tranquila.

Ella se sentó en el borde de la cama. Noto la luz parpadeando en el teléfono. Lo tomó y se conectó con la recepción.

—Señora, tenemos un paquete dirigido a su habitación. Haré que alguien se lo haga llegar ahora.

—Está bien. Bajaré a buscarlo.

Cinco minutos más tarde estaba de vuelta en su habitación con el paquete. No había ninguna etiqueta, lo que ella consideraba bueno y malo. Sinclair no utilizaría una etiqueta de correo. Tampoco lo haría alguien si le habían enviado una bomba.

Dejó el paquete sobre la mesa. Agarró el cuchillo y cortó la gruesa cinta de embalaje marrón. Metió los dedos en la rendija y separó las solapas de la caja como un cirujano cardiaco separando las costillas de su paciente.

Dentro de la caja encontró una carpeta manila que contenía aproximadamente una docena de papeles. Había un llavero con cuatro llaves etiquetadas. Ella miró a cada una individualmente. *Frente. Correo. Habitación. Banco.* ¿Estaban las llaves etiquetadas así cuando Sinclair las puso en sus manos? ¿O había obligado a Anastasiya a que le diera la información? Ella se estremeció ante el pensamiento y rápidamente lo enterró. Ella no lo sabía y nunca lo sabría. Y debería estar bien con eso.

Dejó las llaves a un lado y tomó la carpeta. Parecía que Sinclair había estado ocupado con la mujer. Cada página tenía nueva información sobre Anastasiya. La mayor parte era sobre sus antecedentes y no exactamente sobre inteligencia clasificada. Clarissa se enteró de que la mujer había asistido a un internado en Nueva Inglaterra durante tres años. Era hija de un funcionario del gobierno ruso. Su familia criaba caballos. Había sido una atleta, pero no lo suficientemente buena como para dedicarse a ello. A los veinte años, se incorporó al Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa, antes conocido como KGB. Se especializó en contrainteligencia y luego en contraterrorismo.

Finalmente, hubo una nota de Sinclair que indicaba que Anastasiya podría estar del mismo

lado que ellos y fue colocada en el grupo de Boris para derrotarlos. También le aconsejó que tratara con precaución a todas las personas que encontrara. Las personas que parecían amigos podían ser enemigos y viceversa.

¿Era un amigo el hombre que estaba fuera del edificio de apartamentos? ¿O era un enemigo? Obviamente había estado esperando a Anastasiya. Podría ser una buena idea encontrarlo e interrogarlo.

El dolor le apuñaló el estómago. Miró su reloj y se dio cuenta de que no había comido en casi doce horas. Llamó al vestíbulo y pidió un bistec. Mientras esperaba su cena, revisó la información nuevamente. Quería asegurarse de no haber pasado por alto ni un solo detalle de la vida de Anastasiya. Se le ocurrió que tal vez la mujer había mentido deliberadamente a Sinclair en un esfuerzo por frustrar la operación. Clarissa sabía que eso es lo que haría si se encontrara en una situación similar. Pero, si la mujer realmente tenía la intención de derrotar a Boris, cumpliría plenamente para recuperar su libertad lo antes posible.

Llegó un joven con la cena. Clarissa firmó por la comida y le dio una propina. Dejó la comida en la mesa, volvió a guardar los papeles en la carpeta y arrojó la carpeta sobre el sofá. A mitad de la comida, sonó el teléfono.

—¿Hola?

—Es Jack.

—¿Dónde estás?

—Cerca. Casi en Moscú. ¿Cómo van las cosas allí?

Pensó en el hombre que llamó a Anastasiya y posteriormente corrió tras ella. —No estoy segura todavía. Acabo de recibir la llave del apartamento de la mujer.

—¿Vas a ir allí esta noche?

Caminó hasta el fondo de la habitación y corrió la cortina. Gordos copos de nieve volaron directamente hacia ella y golpearon la ventana. Los copos se derritieron y se deslizaron hacia abajo, dejando un rastro de lodo a su paso. Ella dijo: —El clima está un poco malo esta noche. Necesito encontrar la forma, pero quiero poder ver dónde me estoy metiendo. Hoy había un hombre cerca de su apartamento. Parecía reconocerme, bueno, a ella.

—No corras riesgos innecesarios, Clarissa. Espera hasta que lleguemos allí. Nos reuniremos y elaboraremos un plan.

—De acuerdo.

—Vamos a permanecer cerca. Al parecer, Frank consideró que no era buena idea que estuviéramos en el mismo hotel.

—¿Desde cuándo empezaste a recibir órdenes?

—Lo sé. Aunque tenía un buen punto. Si uno de nosotros fuera seguido hasta el hotel, todos podríamos terminar comprometidos o muertos.

No estaba muerta, pero ¿había sido comprometida? —Está bien, Jack. Llámenme cuando se hayan instalado.

Dejó su teléfono sobre la mesa y terminó de comer. El teléfono no sonó. Cogió una botella de vodka del congelador y llenó un vaso de 230 ml hasta la mitad. Tomó un trago. El teléfono seguía sin sonar. Terminó el vaso y sirvió otro. El teléfono sonó.

—¿Jack?

Nadie respondió.

—¿Quién es? — preguntó ella.

Nadie respondió.

—¿Quién es? — preguntó de nuevo.

La línea estaba en silencio.

Colgó la llamada y arrojó el teléfono sobre la mesa. Caminó hasta la ventana y descorrió las cortinas. No podía ver nada a través de la pared blanca que golpeaba el cristal. Los copos se pegaron unos a otros y empezaron a formar una capa en la ventana.

Caminó por la habitación, de adelante hacia atrás, una y otra vez. El teléfono empezó a vibrar sobre la mesa. Lo recogió y miró la pantalla. Llamada desconocida. Cada llamada decía eso. Tocó la pantalla, se llevó el teléfono a la oreja y dijo: —¿Quién es?

—Es Jack.

—¿Estas en Moscú?

—Sí, estamos a menos de un kilómetro de distancia. Al otro lado de la Plaza Roja, al otro lado del río. Un lugar llamado *Hotel Baltschug Kempinski*.

—Vi la señal.

—¿Dónde estás?

—Un hotel llamado Metropol.

—Ya vamos.

—No, quédense. Iré hacia ustedes. Necesito salir un rato.

CAPÍTULO 62

Clarissa abandonó el calor del hotel y salió a la nieve intensa y al frío ventoso. Caminó penosamente por un callejón al costado del hotel. Pasado el estacionamiento trasero, la calle bien iluminada le proporcionaba suficiente visibilidad para mantenerse alejada de objetos en su camino. Sorprendentemente, había otras personas afuera, parejas y solitarios, probablemente de regreso a un hotel después de cenar.

Pasó por delante de un conjunto de edificios y giró a la izquierda, hacia la Plaza Roja. La silueta de San Basilio se destacaba entre la sábana blanca del cielo.

Mientras se acercaba a la plaza, vio a un hombre con una chaqueta oscura apoyado contra un árbol. Él la miró fijamente mientras ella se acercaba. Se enderezó mientras pasaba. Quince metros más tarde miró hacia atrás y notó que él la estaba siguiendo.

Aceleró el paso, algo que no era fácil cuando caminaba penosamente sobre diez o quince centímetros de nieve fresca. La multitud se había dispersado antes de que llegara la tormenta y la nieve no estaba acumulada. Cada paso requería un esfuerzo extra.

Miró por encima del hombro y notó que el hombre había acortado la distancia entre ellos. Eso lo catalogaba como un local o, al menos, un ruso acostumbrado al clima. Metió la mano dentro de su chaqueta, alrededor de su espalda. Cogió una de sus pistolas y la metió en el bolsillo de su abrigo.

El área frente a ella comenzó a estrecharse, conduciendo a un puente de cuatro carriles. Altos postes de luz se alineaban a cada lado del puente. Un coche cruzó y venía hacia ella. Los faros iluminaban la pared de nieve y le imposibilitaban ver a más de tres metros de distancia. Si ella no podía ver, tampoco el hombre detrás de ella. Aprovechó la oportunidad para girar hacia la derecha, hacia el Kremlin. Varios árboles se alzaban entre un alto muro de ladrillo rojo que separaba el Kremlin de la carretera.

El esfuerzo requerido para correr cuando sus pies estaban enterrados bajo la nieve la dejó un poco sin aliento. Se refugió detrás de un espeso árbol y se estabilizó. Escuchó el sonido del viento. Observó sombras bailar sobre el suelo blanco brillante. Las ramas se balanceaban rítmicamente. La nieve se arremolinaba pasaba en todas direcciones. De izquierda a derecha y viceversa. Arriba y abajo, luego se posó en el suelo.

Un sonido penetró la relativa calma del viento arremolinado. El inconfundible sonido de la nieve crujiendo bajo pesados pasos llenó el vacío detrás de ella.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola Marakov. Se quitó el guante de su mano derecha y la piel desnuda tocó el mango helado. La punta de su dedo índice tocó ligeramente el gatillo de acero. Una gota de nieve, su dedo y el gatillo se congelarían en uno solo.

Los pasos se hicieron más fuertes, más lentos, más cercanos. ¿Eran del lado izquierdo o del derecho? Ella se centró. Otro paso. Imposible saberlo. Se presionó contra el árbol, convirtiéndose

en parte de él. Quizás pasaría de largo.

El puente estaba a menos de treinta metros de distancia. Podría intentar correr de nuevo. Pararía un vehículo, si veía uno. El puente estaba bien iluminado y podría ofrecer cierta seguridad frente al hombre.

Una mano enguantada le rodeó la cara. Apoyó la cabeza contra el árbol. La corteza áspera le arañó el cuero cabelludo y el cuello. El guante ahogó su grito.

La mano vino desde la derecha. El hombre estaba a la derecha de ella. Ella decidió rodar hacia él y disparar un tiro.

Antes de que pudiera hacerlo, el hombre habló en ruso. —¿Qué estás haciendo aquí, Anastasiya? ¿Por qué te escondes en un hotel? Él deslizó su mano fuera de su boca.

—¿Quién eres?

—Escucha mi voz. Tú sabes quién soy.

Clarissa buscó en su mente, repasando todos los puntos que pensaba que eran importantes en los documentos que Sinclair le había enviado. No se me ocurrió nada sobre un hombre. ¿Quién era este chico? ¿Su compañero en el campo? ¿Su pareja en la cama?

—No puedo decirlo—, dijo. —Déjame verte.

—Dime qué estás haciendo aquí primero.

—Estoy trabajando.

—Lo sabría si estuvieras trabajando.

Socio en el campo.

—No, no lo harías. Esto es especial y sólo me involucra a mí.

El viento aumentó y también su voz. —¿Por qué me mientes?

Oyó un ruido metálico contra el árbol, a su izquierda. Estaba armado. Y posiblemente zurdo. Una vez más, no había ningún recuerdo de un hecho como ese en los documentos.

Él la soltó. Miró al suelo, a su sombra. Se movió hacia la derecha. Su mano izquierda fue bloqueada por el árbol. Ella no podía decir si sostenía el arma hacia arriba, hacia abajo o hacia afuera.

Ella giró hacia la derecha para mirarlo, manteniendo el brazo derecho detrás de ella. La nieve en el suelo, en el cielo y en el medio crearon un efecto de falsa luz diurna. Podía ver al hombre claramente y él podía verla a ella. El reconocimiento que ella esperaba que él tuviera no estaba allí. Pero ella lo reconoció. Era el hombre de antes. El hombre que estaba afuera del departamento de Anastasiya. Después de todo, ella no lo había perdido.

Sus ojos viajaron de un lado a otro entre los de ella. Se reclinó y dijo: —¿Quién eres?

—Soy yo.

—No, no lo eres. Dime quién eres—. Dio un paso a un lado. El árbol ya no protegía su brazo izquierdo. Su arma colgaba apuntando al suelo. Empezó a levantarla en el aire.

—Soy Anastasiya.

—Entonces, ¿quién soy yo? — El hombre siguió levantando el arma.

Clarissa le tocó la cara con la mano izquierda. Ella fingió una mirada confusa y herida. Se inclinó hacia adelante y hacia la izquierda, como si fuera a besarlo. Tuvo el efecto que ella deseaba. Su mano izquierda empezó a caer. Sacó su mano derecha desde atrás. Disparó un solo tiro. Ella no lo quería muerto. Ella quería respuestas. Ella apuntó bajo y envió la bala al costado de su pierna, por encima de la rodilla, lejos de la arteria femoral.

Dejó caer su arma. Cayó al suelo. Se agarró la pierna. El viento azotaba sus gritos a su alrededor en todas direcciones.

Ella se arrodilló. Agarró su arma y colocó la de él en su cabeza.

—¿Quién eres? — preguntó ella.

—Ivashov.

—¿Para quién trabajas?

Él la miró. —La misma gente que tú—. Sacudió la cabeza. —La misma gente que Anastasiya.

Clarissa lo miró fijamente, esperando que dijera el nombre de la organización. Ella le quitó el arma de la cara.

En cambio, dijo: —¿Dónde está ella?

—¿Del lado de quién estás?

—¿Qué?

—Es una pregunta sencilla. ¿Del lado de quién estás?

—¿Dónde está Anastasia? Dime.

—En Estados Unidos. Detenida.

Sacudió la cabeza. Se llevó las manos a la cara. Gritó dentro de sus guantes.

—¿Trabajas para Ivanov? — preguntó Clarissa.

—No. Estoy en contra de Ivanov.

—¿Por qué me arrinconaste así?

—Pensé…— Dejó caer las manos a los lados y levantó la cabeza uno o dos centímetros fuera de la nieve. —Pensé que tal vez la habían convertido. ¿Por qué si no habría huido de mí esta tarde? Ahora veo que no era ella. Fuiste tu. Y tú me dices que la tienen detenida.

Ella volvió a apuntarle con el arma a la cabeza. —¿De qué lado está ella?

—Ella es igual que yo. La gente para la que trabajamos quiere que eliminemos a Ivanov.

—Eso es para lo que estoy aquí.

Volvió a caer en la nieve. El suelo alrededor de su rodilla se había vuelto rojo oscuro.

Clarissa se subió la pernera del pantalón y agarró el cuchillo escondido. Se abrió la chaqueta y se levantó el suéter. Cortó una tira grande de su camiseta y usó la tela para vendar la herida.

Ella se puso de pie y retrocedió unos pasos.

—¿Me vas a dejar aquí? — preguntó él. —Me moriré de frío.

—¿Crees que podrás caminar 300 metros?

—¿Por qué?

—Voy a reunirme con alguien. Vamos a discutir nuestros planes para acabar con Ivanov. Puedo llevarte allí y podemos ver cómo conseguirte ayuda.

Extendió su mano derecha. Clarissa extendió la mano y lo agarró. Ella se reclinó. Lo ayudó a ponerse de pie.

En lugar de ponerse de pie, se abalanzó sobre ella. Él pesaba al menos treinta kilogramos más que ella. Alto y atlético. Ella no era rival para su gran cuerpo y el impulso que había acumulado. Ella cayó al suelo. El arma que tenía en la mano ya no estaba allí. Sólo nieve que se derretía ante su tacto.

Se levantó por encima de ella y le lanzó un puño a la cara.

Ella lo esquivó moviendo la cabeza hacia la izquierda. El puño todavía conectó, pero con mucha menos fuerza y en un lugar mucho menos dañino que si hubiera dado en el blanco. Dio la impresión de que el golpe había tenido éxito. Cerró los ojos y se relajó en la nieve. Ella lo sintió alejarse de ella. Cojeó a través de la nieve. Miró hacia atrás y lo vio dirigiéndose hacia el arma que había estado en su mano. Se agachó para recogerla.

Piensa rápido. Actúa más rápido.

Ella había arrojado su arma detrás de ellos. Todavía tenía una de sus pistolas enfundada

detrás de su espalda, pero no había manera de que pudiera llegar a ella a tiempo. Levantó la rodilla izquierda y llevó el tobillo a la cintura. Buscó debajo de la pernera del pantalón y agarró el segundo cuchillo táctico. Sostuvo el mango en la palma de su mano y dejó que la hoja se deslizara dentro del brazo de su abrigo.

Caminó penosamente hacia ella, arrastrando su pierna izquierda. Él se detuvo a su lado. La miró. Una mirada maníaca se extendió por su rostro y le dijo: —Mentí.

Clarissa habló en voz baja. —Necesito decirte algo.

Sacudió levemente la cabeza. Se inclinó hacia delante. —¿Qué?

—Necesito decirte algo.

Sus labios se estrecharon. Él se cernió sobre ella.

—Se trata de Anastasiya—, dijo.

—¿Qué hay con ella?

—Esto—, dijo. El movimiento fue rápido, fluido y decisivo. Ella giró el cuchillo en su mano. Su brazo derecho viajó hacia arriba y la punta de la hoja entró en la parte inferior izquierda de su cuello. Se hundió siete o diez centímetros. Clarissa giró su cuerpo hacia la derecha. El movimiento hizo que la hoja abriera el cuello del hombre. La sangre brotó y roció sobre ella y la nieve blanca.

Dejó caer el arma. Agarró su cuello. Sus ojos se pusieron en blanco y cayó hacia adelante, de cara a la nieve. Un fluido carmesí se extendió a lo largo de los hoyos y picos que su violenta danza había creado en la nieve como un flujo de lava hawaiano.

Clarissa le tomó el pulso en las muñecas. No encontró ninguno. Buscó y agarró todas las armas a la vista. Luego, corrió lo más rápido que pudo a través de la nieve cada vez más espesa. Cruzó el puente y se dirigió al hotel de Jack.

CAPÍTULO 63

Los golpes en la puerta fueron fuertes, duros y frenéticos.

Jack cruzó corriendo la habitación y la abrió sin mirar primero por la mirilla. La vista ante él duplicó su ritmo cardíaco.

—Clarissa—, dijo. —¿Qué diablos te pasó?

La mujer estaba ante él cubierta de sangre. Su piel, su ropa, sus zapatos. No se salvó nada.

—¿Estás bien? — preguntó. —¿Estás herida?

—No es mía—, dijo.

Jack la empujó hacia la habitación.

—Me siguieron—, dijo. —El mismo chico de esta tarde. Me siguió hasta aquí. Estábamos en la Plaza Roja. Él se estaba acercando a mí. Tuve una oportunidad y me escondí detrás de un árbol. Él me encontró. Estaba buscando a Anastasiya y la conocía lo suficiente como para saber que yo no era ella.

Jasmine le entregó a Clarissa tres toallas mojadas y le quitó el abrigo.

Clarissa continuó. —Le disparé en la rodilla. Dijo que estaba en contra de Ivanov. Iba a traerlo aquí y dejar que lo interrogaras. Luego atacó. Logré atraparlo con un cuchillo.

—¿Dónde está? — preguntó Jack mientras intentaba procesar la información que Clarissa le había arrojado. —¿Te siguió?

—Él está muerto.

—¿Dónde?

—Plaza Roja.

Jack miró a Jasmine. —¿Deberíamos limpiar eso?

—¿Alguien te vio, Clarissa? — preguntó Jasmine.

—No, que yo sepa, no.

—Puedo comunicarme con Frank y ver qué quiere hacer—, dijo Jasmine.

—No—, dijo Jack. —Aún no. Esperemos a que se calme y repasemos esto de nuevo.

Jasmine ayudó a Clarissa a ir al baño y luego le trajo ropa limpia.

—La van a lavar—, dijo Jasmine.

Jack asintió. —Alguien sabía que Anastasiya volvería a casa.

—Estoy segura de que pensaron que lo haría, Jack. Después de lo que pasó en Iowa, ¿por qué se quedaría en Estados Unidos?

—¿Qué pasa si alguien está esperando a ese tipo?

—Tal vez estaba actuando por su cuenta. Espera a que salga de la ducha. Ella se habrá calmado y podrá contarnos lo que pasó.

Jack preparó una taza de café y tomó cajas con las sobras del mini frigorífico. Calentó la comida en el microondas cuando escuchó que se cortaba la ducha.

Clarissa salió del baño con un par de pantalones deportivos azules y una sudadera a juego. Ella tomó asiento a la mesa.

Jack colocó una taza de café y un plato de comida frente a ella.

Apartó la comida y tomó un sorbo de café.

—Repasa esto de nuevo, Clarissa—, dijo. —A partir de hoy, cuando el hombre te vio afuera de tu edificio de apartamentos.

Clarissa contó todo el día. La entrega de armas. La excursión por el centro de Moscú. Ser descubierta por el hombre. Los documentos adicionales que recibió sobre la mujer por la que se hacía pasar. Repasó cada paso que dio después de salir del hotel. Dónde vio al hombre. Cuándo notó que él la seguía. Lo que dijo cuando la agarró. La expresión de su rostro cuando ella le clavó el cuchillo en el cuello.

—¿Qué dice tu instinto? — preguntó Jasmine. —¿Actuó solo o alguien sabía que estaba ahí afuera?

—Él conocía a esa mujer como algo más que una socia en el campo. Siento que ella lo traicionó a él o a sus creencias. Dijo que la iba a matar en su apartamento. Iba a matarla después de que ella abandonara el hotel—. Ella hizo una pausa. —Después de que salí del hotel.

—Actuó solo—, dijo Jack. —Ivanov no trabaja así. Querría ver a Anastasiya primero. Primero le generaría miedo y después la mataría.

—¿Por qué? ¿Por qué no simplemente matarla? — preguntó Jasmine.

—¿Por qué no me mató? Se tomo su tiempo. Me llevó a la corte y luego a prisión. Metiéndome en una celda con un psicópata que intentó matarme. Para él todo es un juego.

Jasmine se encogió de hombros. —Es posible, pero sigo pensando que él podría haber tenido algo que ver con eso.

—Bueno, si él no sabe sobre esto, podemos usarlo para nuestro beneficio.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Jasmine.

—Es ella la que está dentro. Su manera de llegar a él—. Miró a Clarissa. —¿Sabías el nombre del hombre?

—Sí. Ivashov.

Jack le hizo un gesto a Jasmine. —Haz que Frank compare ese nombre con el de todos los agentes conocidos del Servicio Federal de Seguridad Ruso—. Volvió a mirar a Clarissa. —¿Cuantos años tenía?

—Probablemente alrededor de tu edad.

—Está bien, esto es lo que vamos a hacer. Te pondrás en contacto con Ivanov por teléfono. Le vas a decir que Ivashov te atacó y él dijo que el ataque fue por orden de Ivanov.

—De acuerdo.

—Y, luego, le vas a decir que quieres una reunión con él. Tienes información para él y quieres que él te de información. Tiene que ser un lugar público. No importa cuánto proteste diciendo que no ordenó matarte, tiene que ser público. No podemos arriesgarnos con eso.

—¿Vamos a matarlo en la reunión? — preguntó Clarissa.

—Eso depende. Depende de dónde y cuándo acepte reunirse contigo. Una vez que sepamos eso, podré planificar el ataque.

Jasmine volvió a la habitación. —Actualízame.

—¿Qué dijo Frank?

—Él lo está investigando. Nos tendrá un informe completo a la luz del día.

—Vamos a organizar una reunión pública con Ivanov.

Jasmine dijo: —¿Aceptará eso?

—Solo podemos esperar.

CAPÍTULO 64

Oso escaneó la calle 74. Estaba justo al norte de Broadway y el tráfico era en un solo sentido, en dirección norte. Cruzó por debajo de Roosevelt y al otro lado de Broadway, y fue en una dirección, en dirección sur. La vista desde la zapatería era bastante buena. Vio todos los coches que pasaban por el restaurante. En quince minutos contó seis Mercedes. Ninguno blanco. Ninguno se detuvo.

Oso había comido antes en el restaurante. Un buffet abierto de cocina mediterránea. Apareciera o no el anciano, Oso iba a almorzar allí.

—¿Por qué llaman a esta zona Queens? — preguntó Pierre.

Oso no respondió. No se volvió para mirar al francés.

—¿Crees que aparecerá?

Oso se encogió de hombros. —Si no lo hace, empezaremos de nuevo.

—¿Y si lo hace?

—Observamos.

—¿Hacemos huelga?

—Tal vez.

—¿Tal vez?

Oso lanzó una rápida mirada hacia Pierre. Exhaló pesadamente y luego dijo: —Hay que hacerlo bien. No podemos simplemente acercarnos y eliminarlo. Mucha gente lo conoce. Lo más probable es que, si aparece hoy y come en ese restaurante, coma mucho. Eso significa que, probablemente, recomiende mucho el lugar. Conoce a la gente que trabaja allí. Probablemente les guste. Si entramos y le disparamos, definitivamente le darán nuestra descripción a la policía. Demonios, alguien allí probablemente me conoce. La otra cosa es que no sabes quién está ahí. ¿Quién trabaja y quién come? Podría haber alguien armado allí. Nos ven, tal vez nos disparen, tal vez no. Pero si no reconocemos a nadie, y está armado, y nos ve, entonces estamos casi muertos.

—Entiendo tu argumento.

—No tenemos a nadie que limpie esto por nosotros, Pierre. Sí, le estamos haciendo un favor a Frank, pero no trabajamos para él. Sólo nos ofrecerá tanta ayuda como quiera. Y basándonos en mi historia con él, eso no es gran cosa.

Pierre no respondió.

—Si el anciano aparece hoy, eso significa que probablemente aparecerá mañana. Y después de que se vaya hoy, podremos entrar. Explorar el lugar. Obtener un reporte sobre la gente que está allí. Podemos mirar estos edificios. Tal vez esta noche salgas aquí y te subas a uno de esos edificios y duermas bajo las estrellas con un rifle a tu lado. Ese edificio de apartamentos de al lado podría ser un buen lugar. Cinco pisos de altura. Subes a la cima y tienes una gran oportunidad.

—Esa era mi especialidad.

—Lo he oído.

Una empleada de la tienda se les acercó. Era baja, delgada e imperceptible. Se inclinó alrededor de Oso y dijo: —¿Necesitan ayuda?

—Vete a la mierda—, dijo Oso.

Ella se alejó sin decir una palabra más.

—Allí—, dijo Pierre mientras señalaba el extremo sur de la calle. —Ese es el auto.

El coche de lujo blanco se detuvo en el carril y se abrió la puerta trasera. Feng salió. Estaba vestido con su atuendo habitual. Pasó entre dos coches aparcados y cruzó la acera. Esperó bajo el toldo verde y blanco que cubría la puerta principal del café. Como un hombre que había pasado su vida en la calle, los ojos del anciano se movían constantemente.

Oso podía identificarlo. Juzgaba a las personas al segundo de verlas. Podía decir fácilmente quién tenía el potencial de arruinarle el día, y estaba seguro de que Feng también podría saberlo.

—¿Deberíamos movernos? — preguntó Pierre.

—No—, dijo Oso. —Él se dará cuenta de eso. Simplemente quédate quieto. El cristal refleja en el exterior.

El conductor caminó hacia el restaurante desde el norte. Oso miró más allá de él y vio el Mercedes estacionado en la carretera cerca del final de la cuadra y dijo: —Daría cualquier cosa por encontrar una forma de rastrear ese auto ahora mismo.

El anciano desapareció detrás de la puerta de cristal. Treinta minutos después, reapareció. Caminó junto a su conductor por la acera. Se detuvo frente al auto y se sentó en el asiento trasero. El coche se alejó.

Pierre había registrado la hora a la que llegaron y la hora en que salieron del restaurante. Esperaron diez minutos más. Luego, salieron de la zapatería y entraron al restaurante.

Una mujer de mediana edad con el pelo teñido de oscuro les dio la bienvenida. —Tomen cualquier asiento. Pasaré en un segundo para recibir su pedido de bebidas. El buffet está atrás.

Oso se dirigió directamente hacia atrás y comenzó a amontonar pollo Tandoori y Seekh Kabab en su plato. Regresó al comedor y encontró a Pierre sentado en una mesa contra la pared. —¿No vas a comer?

Pierre sacudió la cabeza. —No tengo hambre. El desayuno fue suficiente.

Oso miró su reloj. —Eso fue hace dos horas.

La conversación fue ligera mientras Oso comía. Pierre revisó el baño, fingiendo una entrada accidental a la cocina. Observó la puerta trasera y, cuando regresó a la mesa, se la mencionó a Oso. —Deberíamos mirar detrás del edificio.

Oso asintió. Se llevó un último bocado de pollo a la boca y bebió el resto del agua. —Vamos.

Salieron del restaurante y giraron a la izquierda. Caminaron menos de treinta metros y giraron a la izquierda en la calle 37. A medio camino entre la 74 y la 75, se metieron en un callejón que discurría entre las calles y detrás de los edificios.

Oso contó las puertas a lo largo del camino, tratando de relacionarlas con los establecimientos que daban hacia afuera en la calle 74. Vieron el restaurante. Inconfundible gracias a los sifones de grasa situados junto a la puerta trasera. Parecía que el restaurante compartía un contenedor de basura con el local indio situado una puerta al norte. Más allá de las trampas de grasa y el contenedor de basura, el callejón se ensanchó y desembocó en un aparcamiento.

—Creo que ahí es donde estaré—, dijo Oso. —En caso de que se estacionen en la parte trasera o intenten escapar por la parte trasera del restaurante.

La puerta trasera del restaurante se abrió y salió un hombre mayor. Se quedó helado cuando vio a Oso. —¿Qué estás haciendo aquí atrás?

Oso rápidamente reconoció al hombre. Tenían una historia. Aunque habían pasado algunos años. —Simplemente de paso.

—¿Oso?

Trató de ocultar su decepción por haber sido reconocido. —¿Te conozco?

—Soy Ahmet. Me ayudaste varias veces en el pasado.

Oso asintió. Extendió la mano y estrechó la mano extendida del hombre. —También trabajé gratis. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces hazme un favor—, dijo Oso.

—Cualquier cosa. Dime.

—Olvida que me viste aquí.

CAPÍTULO 65

Pierre le dio las buenas noches a Oso y miró su reloj. Ocho de la noche. Demasiado temprano para irse a la cama. Dudaba que pudiera dormir mucho. Si las cosas iban bien, mataría mañana. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez.

Estuvo jugueteando con su móvil durante diez minutos. Dos veces había intentado marcar el número. Dos veces presionó el botón de inicio para cancelar la llamada. Finalmente, presionó los diez números y luego se acercó el teléfono a la oreja.

—¿Hola?

—¿Marcy?

—Sí.

—Soy Pierre.

—¿Quién?

—Del café. El francés.

—Oh, Pierre. ¿Por qué no llamaste antes?

—Tuve que dejar la ciudad inesperadamente.

—¿Has vuelto?

—Sí.

—¿Quieres salir?

—Sí.

—¿Sabes cómo llegar a Park y 73?

—Sí— mintió.

—¿Nos vemos allí en media hora?

—De acuerdo.

Pierre se puso su chaqueta negra de cuero y sintió el material similar a la seda que cubría el interior mientras deslizaba sus manos por los brazos de la chaqueta. Bajó silenciosamente las escaleras. Se detuvo al final y se pasó las manos por el pelo oscuro. Salió a la noche fría y oscura y caminó hasta Columbus. Paró un taxi, subió y le dijo al conductor dónde llevarlo.

No prestó atención a su entorno durante el viaje. Sólo miró fijamente su teléfono. Tenía abierta su lista de contactos. Su pulgar se deslizó hacia arriba y hacia abajo en la pantalla, centrando el nombre de Kat y, luego, empujándolo fuera de la pantalla. Ella no había llamado desde que él se fue. Ni una sola vez. Quizás ella ya había seguido adelante.

El taxi se detuvo abruptamente. Pierre le entregó al hombre un billete de veinte dólares y le dijo: —Quédate con el cambio.

El conductor asintió, esperó a que Pierre saliera del auto y luego arrancó, dejando a Pierre solo en la esquina de 73 y Park.

Cruzó la acera y se apoyó contra un edificio. El tráfico pasaba a intervalos regulares. La

gente pasaba junto a él en la acera sin decir palabra ni atisbo de reconocimiento. No tuvo ningún problema con esto.

—Pierre—, llamó su voz desde su derecha.

Se giró y vio que Marcy se acercaba. Llevaba vaqueros y un suéter. Nada sofisticado. Tampoco lo estaba esperando.

—¿Has estado esperando mucho? — preguntó ella.

—Sólo unos minutos—, dijo.

Ella le agarró la mano y tiró de él. —Vamos.

—¿A dónde vamos? — preguntó.

—A la vuelta de la esquina. Un teatro. Unos amigos míos están en un espectáculo allí.

Caminaron hacia el sur por Park y giraron a la derecha en la 72.

—Está justo ahí—, dijo.

—¿Por qué no me citaste allí?

—Pensé que podrías correr si vieras que te llevaría a una obra de teatro.

—Tenías razón—, dijo mientras buscaba otra idea que ofrecer. —Aún podría hacerlo—, añadió.

Ella le apretó la mano y se inclinó hacia él, hombro con hombro.

Se preguntó por qué esta mujer se sentía tan cómoda con él. ¿Ella, como todos los demás, entraría en pánico y se asustaría si él le dijera lo que hacía y quién era?

Ella lo condujo al interior del teatro. Se sentaron cerca del frente del escenario. La obra constaba de comedias y dramas en un acto. Cinco de ellos, cada uno de diez minutos de duración. A Pierre le pareció extraño, pero Marcy parecía disfrutarlo, así que actuó como si a él también le gustara. Ella le presentó a sus amigos. A él y a Marcy se les pidió que salieran a tomar unas copas, pero Pierre se negó. Les dijo que tenía que levantarse temprano.

Caminaron de la mano hasta su edificio de apartamentos. Se detuvo enfrente.

—¿Quieres subir?

—Sí—, dijo Pierre.

Ella se giró y tiró de su mano. Él no se movió.

—¿Bien?

—No puedo—, dijo Pierre.

—¿Por qué no?

—Realmente tengo que levantarme temprano mañana.

—Pensé que solo decías eso para que pudiéramos alejarnos de mis amigos.

—Es la verdad.

—¿Qué tienes que hacer por la mañana que sea tan importante?

Él apartó la mirada de ella y bajó la voz. —Tengo que matar a alguien.

Ella rio. —Está bien, Pierre. Bueno, diviértete con eso—. Ella se inclinó y lo besó en los labios.

Él le devolvió el beso. Pensó en decirle que hablaba en serio. Decidió no hacerlo.

—¿Quieres volver a salir mañana? — preguntó. —¿Tú y yo? ¿Cena?

Pierre asintió. —Te llamaré.

Ella sonrió, luego se giró y entró en su edificio.

Él la observó mientras subía las amplias escaleras de madera. Una vez que ella ya no estuvo a la vista, se orientó y caminó hacia el parque. Vio a un grupo de jóvenes a media cuadra más adelante. Seis de ellos. Acurrucados juntos. Uno señaló en dirección a Pierre.

Pierre mantuvo el paso firme. No tan rápido. No quería que pareciera que estaba tratando de

escapar. No demasiado lento, ya que no quería que pareciera que estaba observando lo que estaban haciendo.

Tres de los hombres abandonaron el grupo. Camino hasta el final de la manzana y giro por Lexington, Park o Madison. Pierre no estaba seguro de dónde estaba. Sólo sabía que, si seguía hacia el oeste, llegaría directamente a Central Park.

Los otros tres hombres se alinearon para bloquear la acera. Todos se enfrentaron a Pierre. Vio un arma en la mano de un hombre, posiblemente un bate de béisbol. Otro hombre se llevó las manos a la espalda. El tercero estaba alto y relajado. Todos parecían iguales bajo la tenue luz falsa proporcionada por las farolas. Un árbol bloqueaba la mayor parte de la luz, por lo que lo único que Pierre podía distinguir era su ropa y su constitución en general. Jeans y sudaderas con capucha grises. Estatura media y constitución ligera a media.

Pierre se detuvo a dos metros de los hombres. No quería estar demasiado lejos por si alguien sacaba un arma. No quería estar demasiado cerca y encontrarse al alcance del bate de béisbol. Todavía.

—Buenas noches, caballeros—, dijo.

—¿Qué es ese acento, hombre? — dijo el chico a la derecha de Pierre, el que tenía las manos detrás de la espalda.

—Francés.

—Odiamos a los franceses—. Él rio. —¿No es así?

Los otros chicos se rieron. El que estaba a la izquierda de Pierre avanzó unos pasos. Usó el bate de béisbol como un bastón. La pieza hueca de madera golpeó contra la acera de concreto, luego sus pies golpearon, uno a la vez.

Golpe, ruido sordo, ruido sordo.

Golpe, ruido sordo, ruido sordo.

Pierre se deslizó hacia su derecha.

—No te muevas—, dijo el tipo en el medio mientras se abría la chaqueta, revelando una pistola metida en lo profundo de su cintura.

Pierre sonrió y asintió. Calculó cuánto tiempo le tomaría al tipo tomar su arma y disparar. Afortunadamente para Pierre, y desafortunadamente para el hombre, tardaría dos segundos más.

—Tu billetera—, dijo el tipo.

Pierre no dijo nada. No se movió.

—Dame tu billetera.

—Me temo que no puedo hacer eso—, dijo Pierre.

El chico ladeó la cabeza y una mirada confusa cruzó su rostro. Miró a su derecha y luego a su izquierda. Quizás buscó consuelo en sus compañeros matones. A juzgar por las expresiones de sus rostros, no recibió ninguno.

—¿Qué fue lo que me dijiste? — dijo el chico.

—Me escuchaste.

—No creo que tú…

Pierre lo interrumpió y dijo: —Te daré cinco segundos para que te apartes de mi camino. Hazte a un lado y olvidaré que esto sucedió.

El hombre forzó una risa y miró a los otros dos chicos.

—Uno—, dijo Pierre.

El hombre que había estado con las manos a la espalda ahora las dejó caer. A su derecha había un cuchillo con una hoja de doce o quince centímetros. Dio un paso hacia delante.

El tipo con el bate lo levantó del suelo. Sostuvo el extremo delgado en su mano derecha.

Golpeó el extremo gordo contra su palma izquierda.

El matón del arma permaneció inmóvil. Entonces no tuvo las agallas para sacar el arma. Ciertamente, no sería capaz de atreverse y apretar el gatillo cuando Pierre golpee a sus amigos hasta casi matarlos.

—Dos—. Pierre hizo una pausa. —Tres—. Respiró hondo. —Cuatro—. Miró a cada hombre. Miró uno por un segundo y luego pasó al siguiente. Vio el miedo en sus ojos. Estaban congelados. Nunca se habían encontrado con alguien en estas calles que se mantuviera firme como Pierre. Un hombre, aparentemente desarmado, listo para enfrentarlos uno contra tres.

—El tiempo casi se acaba, Frenchie—, dijo el tipo con la pistola.

Pierre sonrió. Hizo una mueca como si fuera a decir “cinco”, pero en lugar de eso le dio una patada a su izquierda. Golpeó al tipo con el bate en el pecho, justo debajo del esternón. A juzgar por el crujido, también golpeo un trozo del esternón.

El tipo se desplomó hacia atrás. Dejó caer el bate al suelo.

Pierre se agachó, giró y agarró el bate del suelo. Miró hacia la calle. Escuchó los pasos detrás de él. Se giró hacia su izquierda, con el brazo extendido. Atrapó al hombre con el cuchillo en la rótula. El golpe hizo caer al hombre. Cayó de costado, con fuerza, sobre el hombro y la cabeza.

Pierre miró por encima del hombro. El hombre restante tenía la mano sobre el arma y la sacaba de su cintura. Parecía estar atascada y el tipo tiró y tiró para liberar el arma.

Pierre se puso de pie, giró y golpeó al hombre. El bate conectó con el brazo izquierdo del tipo, justo por encima del codo. Hubo un crujido y un grito. El hombre retrocedió tres pasos. Soltó el mango de su arma.

Pierre golpeó al hombre con la punta del bate en el estómago. El chico se inclinó. Pierre agarró el arma y la sacó de su cinturón. Derribó al hombre al suelo. Se arrodilló sobre él y le dijo: —Si vas a llevar un arma, sé lo suficientemente hombre para usarla—. Luego, se puso de pie y disparó al hombre que sostenía el cuchillo. El cuerpo del chico quedó inerte.

El tipo que estaba en el suelo frente a Pierre empezó a llorar.

—Así—, dijo Pierre. Se arrodilló sobre el hombre. Le puso el arma en la cabeza. Agarró la chaqueta del hombre y la levantó para protegerse de cualquier rocío de sangre y cerebro. Luego apretó el gatillo. El disparo resonó en los edificios. Las luces habían comenzado a encenderse. Pierre decidió correr. Cruzó Lexington, luego Park y llegó a Madison. Paró un taxi y regresó al apartamento.

Cuando el taxi se detuvo para dejarlo bajar, era como si nada hubiera pasado. El mundo tenía tres criminales menos, y esa fue una buena noche para Pierre.

CAPÍTULO 66

Jasmine, Jack y Clarissa se sentaron alrededor de la mesa en la habitación de Jack. Discutieron el plan. Miraron el reloj. Refinaron el plan. No pudieron terminar la parte final hasta que Clarissa concertara su reunión con Ivanov.

Jack deslizó el teléfono sobre la mesa. —Ahora.

Clarissa lo tomó. Tomó el periódico con el número de Ivanov y marcó. Se acercó el teléfono a la oreja y esperó. Ivanov contestó antes del segundo timbrazo.

—¿Quién es?

—Anastasiya.

Ivanov se aclaró la garganta. Hizo una pausa. —Eres una mujer difícil de encontrar.

Ella no dijo nada. Miró entre Jack y Jasmine.

—¿Dónde estás? — preguntó Ivánov.

—Un lugar seguro.

—¿Por qué no me lo dices y enviaré a alguien a buscarte?

—Enviaste a alguien anoche.

Ivanov vaciló y luego dijo: —No sé a qué te refieres.

—Él está muerto.

—¿Qué es lo que quieres, Anastasiya?

—Dijo que me iba a matar a mí y luego a ti.

—¿Cuál era su nombre?

—Quiero una reunión.

—Dime dónde estás y te enviaré un coche.

—No hay trato. Nos encontraremos en algún lugar público.

—¿Por qué?

—No confío en ti.

—Plaza Roja.

—No quiero que me expongan así.

—Hay un lugar, en las afueras de Moscú, donde...

—No. Tiene que estar en la ciudad.

Ivanov se aclaró la garganta. —Hay personas a las que tal vez no les guste verme.

—Tengo la información que deseas.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca encontraron los documentos que consiguió Boris, ¿verdad?

Ivánov guardó silencio.

—Los tengo—, dijo.

Jack observó cualquier cambio en la expresión de Clarissa. Se preguntó qué diría Ivanov.

Extendió las manos para llamar su atención.

Ella se encogió de hombros.

Articuló las palabras "colgar".

—Le llamaré pronto, general.

Dejó el teléfono sobre la mesa. Se levantó. Caminó hacia la ventana.

—Probablemente deberíamos irnos—, dijo Jack.

—¿Crees que lo estaba rastreando? — preguntó Jasmine.

—Probablemente.

Jack miró el periódico extendido sobre la mesa. Señaló y dijo: —¿Qué es eso?

Clarissa se cernía sobre su hombro. Las puntas de su cabello rozaron su mejilla. Ella dijo: — Teatro de bomberos ruso. Hacen espectáculos allí. El espectáculo del fuego.

—Oscuro y ruidoso—, dijo Jack.

—Eso parece.

—Llámalo de nuevo. Dile que se reúna contigo en el espectáculo de esta noche. Allí intercambiarás los documentos con él.

—¿Qué vamos a utilizar para los documentos?

—No habrá ningún documento.

Clarissa y Jasmine lo miraron como si hubiera perdido la cabeza.

—Confía en mí. Llámalo.

Clarissa volvió a marcar el número. No esperó a que Ivanov hablara y dijo: —Espectáculo de fuego ruso. ¿Sabes dónde es eso?

—Puedo encontrarlo.

—Nos vemos allí esta noche. Solo. Ocho de la noche. Es oscuro y ruidoso. Cambiaré los documentos a cambio de tu promesa de mantenerte fuera de mi vida.

—Trato hecho—, dijo Ivanov.

Colgó el teléfono. —¿Cuál es el plan, Jack?

—Es bastante simple. Le vas a decir que los documentos están escondidos en el baño de hombres. En el cubículo más lejano. Detrás del inodoro, pegado con cinta adhesiva a la parte trasera.

—¿Y qué? ¿Vas a matarlo?

—No—, dijo Jack. —Jasmine lo hará.

—¿Yo?

—Si, tú. No puedo estar en el edificio. Ivanov me conoce. Sus hombres me conocen. Él me ve y todo explota y gente inocente terminará muerta.

—¿De verdad crees que irá solo? — preguntó Jasmine.

—No, pero aceptó estar solo. Dejará a sus muchachos afuera. Me ocuparé de ellos si es necesario.

—¿Deberíamos ir a comprobarlo? — preguntó Clarissa.

—Sí—, dijo Jack. —Ya iremos. Pero primero, tenemos que recoger nuestras cosas y deshacernos de esta habitación. ¿Tienes algo que necesites en tu hotel?

Clarissa asintió.

—Vamos a ir allí a continuación.

Jack tardó menos de dos minutos en hacer las maletas. Jasmine unos minutos más. Salieron de la habitación y subieron al auto blanco de dos puertas. Condujeron una corta distancia hasta el hotel de Clarissa. Pasaron por el lugar donde habían atacado a Clarissa. Cinta policial amarilla encajonada en la escena del crimen. Jack y Jasmine miraron entre los árboles. Clarissa volvió la

cabeza hacia el otro lado.

Se detuvieron en el aparcamiento detrás del hotel. Los tres bajaron del auto. Entraron al hotel por la parte trasera. Subieron las escaleras para evitar ser vistos.

Clarissa insertó su llave y abrió la puerta. La habitación parecía intacta. Agarró su ropa y la metralleta. Se las entregó a Jack y dijo: —Esto podría resultar útil si trae hombres adicionales.

Jack asintió. Inspeccionó el arma. Era un PP-19 Bizon de 9 mm. Clarissa le entregó dos más. Casi 200 disparos. Él dijo: —Sí, será de gran ayuda.

—Está bien, eso es todo.

Jack abrió la puerta. Paró. Se oyeron voces en el pasillo. Los pies se arrastraron lentamente por el suelo. Él esperó. El arrastrar de pies había cesado, pero las voces continuaban. Estaban en ruso y no entendía lo que decían. Abrió la puerta, se hizo a un lado y miró hacia el pasillo con un ojo. Junto a las escaleras había una pareja de ancianos. Parecían estar recuperando el aliento antes de tomar el siguiente vuelo.

—Despejado—, dijo Jack. Él salió primero de la habitación.

Bajaron las escaleras y salieron por la parte trasera. Subieron al auto y condujeron hacia el norte a través de la ciudad.

El teatro estaba a sólo ocho kilómetros. El viaje duró cerca de quince minutos. Estacionaron a unas cuadras de distancia y caminaron. Un cartel fuera del teatro decía cerrado y la puerta estaba cerrada con llave.

—Hasta aquí llegó el plan—, dijo Jasmine.

—¿Ahora qué? — preguntó Clarissa.

—Vamos de compras—, dijo Jack.

—¿Para qué? — preguntó Jasmine.

—Equipo de comunicaciones. Quiero poder mantenerme en contacto y escuchar lo que está pasando.

CAPÍTULO 67

Feng se despertó a las seis de la mañana, antes de lo normal. Pero hoy no era un día normal. Era el único día del mes que esperaba con ansias. El día que pasaría con su nieta, Maggie.

Feng se había perdido los primeros siete años de la vida de la niña. Había sido culpa suya. Al menos eso es lo que se dijo a sí mismo. Había creado tanto escándalo por el hecho de que su hija se casara con un hombre blanco que ella lo repudió. Dijo que nunca volvería a hablar con él y que, cuando tuviera hijos, él nunca los vería. Ella cumplió esa promesa durante mucho tiempo. Siempre se preguntó ¿si él no hubiera sido tan idiota, ella habría permanecido cerca de él? En el fondo, sabía que su hija quería alejarse de él y le proporcionó la excusa perfecta.

Pero el tiempo cura todas las heridas, o eso dicen. Ella regresó y le presentó a su nieta. Le prometió a su hija que dejaría el negocio. Sólo tenía algunos cabos sueltos que atar y, una vez que las cosas estuvieran arregladas, estaría terminado.

Y ahora, ese día estaba cerca. Su jubilación estaba cerca. No muchos gánsteres pueden decir eso.

Se arregló la corbata y tomó su abrigo. Salió de su oficina y caminó por el recinto. Encontró a su conductor y le dijo: —Vamos.

Condujeron hacia el norte durante una hora hasta Stamford, Connecticut. Se detuvo frente a una casa colonial de dos pisos. Feng salió del auto. Caminó hasta la casa. Se encontraba bajo un porche cubierto sostenido por dos gruesas columnas blancas.

Una mujer delgada de unos treinta años abrió la puerta. Ella sonrió, extendió la mano y abrazó al anciano.

—Biyu, mi amada hija—, dijo Feng. —¿Cómo estás?

Apenas pronunció la palabra —Bien—, antes de que Maggie pasara a su lado y se aferrara a su abuelo.

—Hola, abuelo—, dijo Maggie.

Feng se agachó y le dio unas palmaditas en la parte superior de la cabeza. Luego, le tomó la mano, besó a su hija en la mejilla y condujo a Maggie hasta el coche. —¿A dónde deberíamos ir hoy?

—El zoológico en el parque—, dijo.

—¿Quieres ver a los monos?

Maggie se rio e hizo un sonido como el de un mono: —Ooh-ooh, ahh-ahh, ee-ee.

El viejo se rio. Envolvió su brazo alrededor de la niña y la acercó. Todos los años que había estado involucrado en el crimen. Las personas a las que había matado o habían sido responsables de sus muertes. Las vidas que había arruinado. No merecía este momento con su nieta y lo sabía. Él lo sabía y agradeció a quienes desde arriba cuidaron de él y le permitieron vivir tanto y le regalaron este precioso tiempo.

—Al zoológico—, le ordenó al conductor.

Condujeron una hora de regreso a la ciudad. El conductor los dejó en la calle 65 y Feng y Maggie caminaron hacia el zoológico. Pasaron una hora hablando, riendo y haciendo muecas a los animales. Luego regresaron al auto. Ya era hora de almorzar en Queens.

CAPÍTULO 68

Pierre yacía boca arriba mirando al cielo azul. Estaba despejado, no había ni una nube a la vista. Era fácil llegar a la azotea del edificio de apartamentos. Había esperado a que alguien saliera por la puerta principal cerrada. La agarró antes de que cerrara. Encontró las escaleras que lo llevaron a la cima del edificio. Había esperado algún tipo de acción o resistencia, pero había salido bastante bien.

Su teléfono vibró en su bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla. Era Oso. Él respondió.

—Es casi la hora—, dijo Oso.

Pierre miró su reloj. Realizó cálculos de zona horaria en su cabeza. 11:45 a.m.

—Ahora voy al estacionamiento—, dijo Oso. —Hay que vigilar la calle.

—De acuerdo.

—¿Estás listo para esto?

—Sí.

—¿Seguro? Ha pasado un tiempo, ¿verdad?

Pierre se olvidó de contarle a Oso sobre las actividades de la noche anterior. —Estoy firme como una roca, amigo mío. Puedo hacer esto—. Cortó la llamada y luego se guardó el teléfono en el bolsillo. Se sentó. Metió la mano en su bolso y sacó dos mantas. Las mantas hacían juego con el exterior color crema del edificio. Se cubrió con una de las mantas y se quedó de pie, encorvado. La azotea tenía un muro de un metro con veinte de alto. Se inclinó sobre el muro y miró la calle. Su rifle, un Remington 700P que Oso de alguna manera había conseguido, descansaba junto a su pierna derecha. Retrocedió y cubrió el rifle con la segunda sábana.

La calle estaba un poco menos transitada que el día anterior. Los coches pasaban uno o dos a la vez, pero a intervalos irregulares. Lo mismo ocurrió con la gente en la acera. Supuso que habría mucha gente a la hora del almuerzo en los tres restaurantes étnicos que había al otro lado de la calle.

La mente de Pierre divagó mientras no miraba nada en particular. Tenía la mirada centrada en una cosa, y sólo en una cosa. Un Mercedes blanco. Hasta que eso apareciera, podía pensar en lo que quisiera. Y eso hizo. Pensó en Marcy. Podría haber tenido a la mujer la noche anterior. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Fue realmente por el trabajo, como él le había dicho? Era cierto, necesitaba levantarse temprano. Antes de las cinco de la mañana. Estaba en el edificio de apartamentos a las seis y en el tejado a las seis y cuarto. El trabajo no era una excusa inválida. Aunque podría haber sido Kat. ¿Qué haría esta noche? Le dijo a Marcy que cenaría con ella. Pero ¿tendría siquiera la oportunidad? ¿Se quedarían en Nueva York después del golpe? ¿Qué pasaría si las cosas salieran mal? Él mismo podría terminar muerto. O, peor aún, en la cárcel.

Su teléfono volvió a sonar. Lo sacó del bolsillo y se lo llevó a la cara. Marcy. Envió la llamada al correo de voz. Sintió una rápida vibración contra su costado, una alerta que le decía

que ella le había dejado un mensaje.

Sus ojos vagaron perezosamente por la calle mientras pensaba en su cita de la noche anterior.

Concéntrate.

Reconoció el coche en el momento en que giró a la izquierda en la 74. Se acercó lentamente al pasar por la tienda de excedentes, luego el banco y luego la joyería. Todas las plazas de aparcamiento a lo largo de la calle estaban ocupadas. El Mercedes se detuvo delante del restaurante. Las luces de parqueo parpadearon en un patrón rítmico.

Pierre agarró el rifle en el momento en que vio el sedán de lujo blanco. Se inclinó sobre el costado del edificio. Puso su mano derecha en el gatillo y la izquierda en el cañón. El centro del rifle se balanceaba sobre el estrecho borde de la barrera de metro con veinte de alto entre el techo y el cielo.

El rifle estaba equipado con una mira telescópica y miras de hierro. Pierre usó ambas. Apuntó justo por encima del techo del coche, a la grieta entre la puerta trasera del pasajero y el marco. Levantó la cabeza por un segundo para tener una vista completa de la calle. Tenía que asegurarse de que no hubiera peatones que pudieran cruzar al mismo tiempo que disparaba.

La zona estaba despejada. Sólo el anciano y el conductor, que permanecieron sentados y parecían no tener intención de bajarse del Mercedes.

La puerta se abrió. Primero un centímetro, luego tres y finalmente hasta el final. Vio el brazo del anciano, cubierto con una manga azul marino adornada con rayas, extender la mano y agarrar el reposabrazos.

Apareció un mechón de cabello plateado. Luego su cabeza. Salió.

El ritmo cardíaco de Pierre se intensificó. Su respiración se aceleró. Su dedo índice tembló levemente. Tomó un respiro profundo. Se estabilizó. Tuvo que recordarse a sí mismo que ya había hecho esto antes.

El anciano se inclinó hacia adelante y su cabeza volvió a estar dentro del auto.

Pierre maldijo en voz baja. Se movió contra la pared. Reajustó el arma en sus manos.

El viejo reapareció. Se puso de pie. Tenía una sonrisa en su rostro.

Es una bendición morir feliz y sin saber que tu vida ha terminado.

Pierre apretó el gatillo, eliminando la holgura. Exhaló. Apretó el gatillo hasta el final.

El sonido ahogado del disparo probablemente fue inaudible en el suelo. El impacto del disparo, sin embargo, lo sintió un hombre y otro lo notó.

La bala alcanzó a Feng en la frente. El daño que causó fue severo. El cuerpo del hombre voló hacia atrás unos metros. Una nube de sangre flotaba en el aire desde la puerta del auto hasta donde aterrizó en la acera. Por la vista que Pierre tuvo a través del visor, pudo confirmar que Feng estaba muerto.

Pierre se reclinó. Tomó una vista completa de la calle. El conductor, que esperaba que se marchara, salió del coche. Miró a su alrededor y luego corrió al lado de su jefe.

Pierre se ajustó, apuntó y volvió a apretar el gatillo. Se apresuró a disparar, pero aun así logró alcanzar al conductor en la nuca.

El gran cuerpo del hombre cayó sobre el de Feng.

Pierre escuchó un grito. El grito de una niña. Levantó la cabeza y vio a una niña salir del asiento trasero del Mercedes. Era baja y delgada y ni siquiera tenía diez años.

Se tapó la boca con el antebrazo para amortiguar su grito. Luego sacó su teléfono y llamó a Oso.

—¿Está hecho?

—Está hecho. Pero hay más problemas de los que anticipábamos.

—¿El conductor?

—Sí, el conductor. Pero entonces una niña pequeña se bajó del coche.

—Tú no…

—No claro que no. Pero no esperaba que hubiera una niña presente. No puedo creer lo que he hecho. Maldita sea, ¿qué he hecho?

—Necesitas calmarte. Respira profundo. Relájate. Sal del edificio. Sal por la parte de atrás. Te veré en la esquina de las avenidas 72 y 37. Por detrás, Pierre. Toma un callejón desde la 73 a la 72. ¿Entendido?

—Está bien, sí, lo tengo.

Pierre colgó. Avanzó poco a poco por la pared y volvió a mirar. Una multitud se había reunido alrededor de los cuerpos. Las sirenas sonaban a lo lejos. Un hombre recogió a la pequeña y se la llevó fuera del sangriento lugar.

Pierre corrió por la azotea, manteniendo el cuerpo agachado. Volvió a entrar al edificio. Bajó corriendo cinco tramos de escaleras. Atravesó la puerta que conducía a la parte de atrás. Limpió el rifle y lo arrojó al contenedor de basura. Cortó por un callejón, cruzó la 73 y atravesó otro callejón.

CAPÍTULO 69

Jack se posicionó al otro lado de la calle del teatro. Se refugió dentro de un edificio de apartamentos que tenía una ventana en el segundo piso con vistas al teatro y su estacionamiento. Los autos entraron al estacionamiento. Algunos se estacionaron. Otros se fueron. Personas de todos los ámbitos de la vida se dirigieron hacia el teatro. El espectáculo debía comenzar pronto.

El cielo se oscureció, lo que dificultó el trabajo de Jack. Afortunadamente, el estacionamiento y el área frente al teatro estaban bien iluminados.

Llevaba un pequeño auricular y un micrófono colgaba de su cuello.

—¿Cómo va todo allí dentro?

Clarissa respondió primero. —Estoy sentada en la penúltima fila, a la derecha, como me lo pidió.

—La estoy mirando desde el otro lado de la habitación—, dijo Jasmine. —No parece que nadie más lo esté.

A Jack no le gustó la petición de asiento especificada que había hecho Ivanov. Temía que el general tuviera un plan para ejecutar a Clarissa. Dejó descansar sus temores en un hecho. Ivanov quería los documentos y Clarissa prometió que los tenía.

Habló por su micrófono. —Aquí afuera está tranquilo. No lo he visto a él ni a nadie sospechoso. Tan pronto como lo haga, te lo haré saber.

Pasaron cinco minutos de silencio que parecieron una hora. Ningún coche se detuvo. El tráfico peatonal fuera del teatro se había reducido a cero.

Una voz femenina habló detrás de él. Ella habló en ruso. No podía entender lo que ella decía. El aumento del tono indicó que ella lo estaba cuestionando.

Se volvió hacia la mujer. Parecía un hacha de batalla de ochenta años. Tenía el pelo blanco en espiral apretado, teñido de azul. Un vestido de saco marrón y ambas manos agarraban su bolso.

—No hablo ruso. ¿Usted habla inglés?

Ella entrecerró los ojos y bajó la cabeza un centímetro. —¿Quién eres? ¿Y qué estás haciendo en mi edificio?

—Señora, esto es una cuestión de seguridad nacional. Puede que no estés segura en el pasillo. Regrese…

—Si se tratara de una cuestión de seguridad nacional, ¿por qué hay un estadounidense en el edificio en lugar de un ruso?

—No puedo entrar en detalles sobre eso. Aquí no es seguro para usted. Debería irse.

Dio dos pasos hacia adelante. La mujer no tenía miedo de Jack ni de lo que pudiera hacerle. Ella dijo: —Deberías irte.

—No puedo hacer eso.

—Entonces te obligaré.

—¿Cómo?

Una sonrisa se formó lentamente en sus labios, comenzando desde la izquierda. Los viejos labios se alzaron, separando finos bigotes grises. Retrocedió dos pasos, luego se dio la vuelta y desapareció en su apartamento.

¿La anciana iba a causarle problemas a Jack? ¿Debería matarla? El pensamiento cruzó por su mente. Sería rápido, fácil y relativamente indoloro. Sacudió la cabeza y los pensamientos salieron de su mente. Se volvió hacia la ventana y escudriñó la calle.

Un Bentley marrón se acercó desde el este. Dobló la esquina y pasó por delante del teatro. Se detuvo en la esquina de la carretera y el aparcamiento.

Jack se inclinó hacia la ventana, presionando su frente contra el cristal. Entrecerró los ojos para ver el interior del vehículo, pero fue en vano. Luces amarillas parpadearon delante y detrás.

Tiene que ser él. Pero ¿qué está haciendo? ¿Esperando a alguien? ¿Más hombres?

Una luz brillante se encendió y una puerta se abrió detrás de él. Miró por encima del hombro. La anciana se quedó allí, con el teléfono en la mano. Habló rápido y en voz alta. No tenía idea de lo que ella dijo, pero estaba seguro de que se trataba de él.

—Esta es tu última oportunidad—, dijo la anciana. —Sal del edificio. Ahora.

Jack la ignoró. Tenía que confirmar la presencia de Ivanov.

Dos coches se detuvieron detrás del Bentley. El conductor del Bentley salió del vehículo. Caminó hacia el auto detrás de él. Se detuvo en la puerta del conductor. La ventanilla bajó y el hombre se inclinó hacia adelante. Unos segundos más tarde se enderezó y caminó hacia el siguiente auto. Habló con ese conductor y luego regresó a su auto.

Las luces de emergencia se apagaron. El coche arrancó, luego giró a la derecha y luego entró en el aparcamiento. Los dos coches lo siguieron.

El aullido de las sirenas se acercaba.

Jack mantuvo sus ojos en el Bentley. El conductor volvió a salir. Caminó por la parte trasera del vehículo. Abrió el baúl y agarró un objeto. Jack no pudo distinguir qué era. El conductor se acercó a la puerta trasera del pasajero y la abrió.

Luces rojas y azules se reflejaban en los edificios al otro lado de la calle. Las sirenas sonaban fuertes, indicando que estaban cerca.

Del asiento trasero del Bentley asomaban dos piernas. El hombre no salió. El conductor se inclinó. Parecía que los dos estaban conversando.

Jack miró a izquierda y derecha, donde habían aparcado los otros dos coches. De cada vehículo descendieron dos hombres. Dos de ellos me resultaban vagamente familiares. Pero ¿de dónde? ¿El cuartel general de Ivanov? ¿Delfín Negro? No, eran los hombres de Italia.

Tres coches de policía se detuvieron en el edificio. Salieron seis policías. Dos caminaron hacia el otro lado de la calle. Sacaron sus armas. Apuntaron a la ventana del segundo piso. Los cuatro policías restantes caminaron hacia la puerta de abajo.

Una mano se extendió y agarró el reposabrazos de la puerta trasera del Bentley. Una cabeza emergió, al principio agachada y luego a la vista. Ivánov.

La puerta debajo de Jack se abrió. Entraron cuatro pares de pasos que chocaban con las escaleras.

Jack se giró y empezó a subir las escaleras detrás de él. Agarró el micrófono que colgaba de su cuello y dijo: —Ivanov está aquí con cinco más. Reconozco dos. Son peligrosos. Estoy fuera por unos momentos.

Los policías subieron corriendo las escaleras detrás de él. Llegó al cuarto piso. Las escaleras terminaron. Escaneó el área abierta. Una ventana al frente. Una atrás. Dos puertas a su izquierda. Dos a su derecha. Seis opciones. Tuvo que elegir una porque los pasos se acercaban a él, rápidamente.

CAPÍTULO 70

Clarissa levantó su muñeca izquierda y la colocó frente a su boca. Ella habló en voz baja. —¿Jack? ¿Qué está sucediendo?

Ninguna respuesta.

—Jack—, dijo de nuevo. —¿Adelante? ¿Dónde está Ivanov? ¿Dónde estás?

Ninguna respuesta, otra vez.

—Clarissa—, dijo Jasmine. —Jack puede cuidar de sí mismo. Centrémonos en lo que tenemos que hacer aquí.

—De acuerdo.

—Estoy mirando la puerta. Puedo ver el vestíbulo.

—¿Lo ves a él?

Hubo una pausa y luego Jasmine dijo: —Sí, él está aquí.

Clarissa resistió el impulso de girarse y mirar. Ella permaneció sentada con sus ojos mirando hacia adelante. Todos sus demás sentidos estaban en alerta máxima. El aire estaba en calma. El telón rojo aterciopelado colgaba sobre el escenario. El bajo murmullo de la charla llenó la alta y amplia habitación.

—Ahora está en el teatro—, dijo Jasmine. —Está mirando a su alrededor.

Clarissa se preguntó si alguien entró con él.

—Ahora está solo, pero hay algunos tipos en el vestíbulo que parecen sospechosos. Eso podría ser un problema.

Clarissa miró fijamente a la multitud frente a ella. ¿Qué pasaría si alguien entre la multitud fuera uno de ellos? ¿Cómo sabía que él no la había marcado si algo le sucediera? No había lugar para pensamientos como ese. Los empujó a un lado y se concentró. Tenía que ser Anastasiya.

En medio del ruido de la multitud escuchó los zapatos de suela dura detenerse junto a ella. La escena frente a ella pasó en cámara lenta mientras giraba la cabeza hacia la izquierda. Vio el asiento vacío a su lado. El hombre más allá del asiento. Levantó los ojos y ajustó la mirada. Vio al hombre y al instante el deseo de matarlo ardió dentro de ella.

—¿Anastasiya? — dijo Iványov.

—Ese es él—, dijo Jasmine en su oído.

—Ivanov—, dijo Clarissa.

—General Ivanov—, dijo.

Clarissa volvió la cabeza hacia el escenario. Ella se negó a dejarse intimidar por el hombre. Pasaron unos segundos y se sentó a su lado con un gemido.

—Pongámonos manos a la obra—, dijo.

—No hasta que comience el espectáculo—, dijo.

—Ahora.

—No.

—Haré que te maten cuando esto termine.

—Intentaste matarme antes de que esto comenzara—. Clarissa giró ligeramente la cabeza e hizo contacto visual. —Eso no funcionó muy bien, ¿verdad?

El rostro de Ivanov se endureció. Entrecerró los ojos. Enderezó su espalda. Abrió la boca para hablar pero, en ese preciso momento, las luces del teatro se atenuaron y la multitud guardó silencio.

La voz de Jasmine volvió a llenar su oído: —Ahora voy al pasillo. Voy a ver más de cerca a estos otros tipos—. Unos momentos después volvió a hablar. Su voz subía y bajaba, como si se moviera rápidamente. “Sólo uno de ellos está aquí. Los demás deben haber entrado sigilosamente en el teatro.

Clarissa esperó a que comenzara a sonar la fascinante música y aparecieran los actores con sus bastones en llamas. Se inclinó hacia Ivanov y dijo: —Baño de hombres junto al pasillo principal. Último cubículo. Debajo y detrás del inodoro. Allí pegados encontrará los documentos.

Ivanov se inclinó hacia adelante para ponerse de pie.

Clarissa le tomó la mano. —Esto no ha terminado.

—Sí, se ha acabado.

Ivanov levantó la mano en el aire. Un momento después, un hombre se paró a su lado. Iványov se levantó. El hombre tomó asiento. Iványov desapareció. El hombre agarró a Clarissa por la muñeca. La sostuvo con fuerza y dijo: —Ni una palabra.

CAPÍTULO 71

Jasmine estaba cerca de las puertas de entrada y salida del edificio. Vio a Ivanov salir del teatro. Saludó con la cabeza al guardaespaldas en el vestíbulo y luego caminó por el pasillo curvo que conducía a los baños.

El hombre en el vestíbulo esperó hasta que Ivanov desapareciera más allá de la curva del pasillo y luego lo siguió.

Jasmine lo siguió. Ella metió la mano en su bolso y envolvió su mano alrededor del mango de la pistola. Sabía que esa noche tendría que matar a dos hombres. O, al menos dos. Dobló la curva del pasillo. No vio a Ivanov. Vio al hombre del vestíbulo. Se paró frente al baño de hombres y bloqueó la puerta. Sabían que Ivanov no vendría solo. Anticipó que tendría a alguien dentro o fuera del baño. Afuera funcionaría mejor, siempre y cuando no hubiera testigos.

Sacó la mano de su bolso. El hombre volvió la cabeza en su dirección. Él la miró con ojos fríos y muertos. El tipo era un profesional, eso era obvio. Probablemente no tenía aversión a matar. Eso se perdió después de su segundo o tercer año.

Ella le sonrió.

Él la miró fijamente.

Redujo la velocidad mientras se acercaba al baño.

Él giró la cabeza hacia delante y mantuvo los ojos fijos en ella.

Ella se detuvo frente a él. Se volvió ligeramente y dijo: —Disculpe, ¿este es el baño de mujeres?

Él se encogió de hombros. Fingió desinterés al apartar la mirada de ella. Gran error.

Jasmine dejó que el mango del arma girara en su mano. El borde afilado apuntaba hacia la puerta. Tenía su pulgar en la parte posterior de la hoja. Movió el brazo hacia arriba, formando un arco. Se dio cuenta demasiado tarde. Cuando él puso una mano sobre ella, ella le había clavado el cuchillo en el cuello, cortándole la arteria carótida. Ella sacó la hoja y con la mano libre cubrió el corte para evitar que salpicara sangre. Ella retiró el cuchillo y luego lo hundió en su pecho, penetrando su corazón.

Sus intentos de gritar gorgoteos cesaron.

Ella lo sostuvo contra la puerta. Usó su pie para abrir la puerta y dejar su cuerpo dentro. Intentó guardar silencio, pero fue inútil.

—¿Qué estás haciendo ahí afuera? —dijo Ivanov desde detrás de la puerta del cubículo.

Jasmine no dijo nada. Arrastró al hombre muerto al baño y dejó que la puerta se cerrara detrás de ella. Alcanzo detrás de su espalda la pistola. Aseguró el supresor.

—No he encontrado nada aquí, Kostya. Ella nos tendió una trampa. Ve a decirle a Dimitri y escolta a Anastasiya afuera.

Cruzó el baño y se detuvo frente a su cubículo.

—¿Kostya?

La puerta del cubículo se abrió levemente. Vio su ojo asomando, luego la puerta se cerró y sonó como si el pestillo se deslizara hasta quedar cerrado.

Jasmine disparó tres tiros al centro de la puerta. Escuchó un gemido. Dio un paso adelante y abrió la puerta de una patada. Apuntó con el arma al hombre que se apoyaba contra la pared. Sus piernas estaban a cada lado del inodoro y se estabilizó con una mano en la pared. Su otra mano cubrió su abdomen donde había impactado una bala. La sangre empapó su camisa y se extendió.

—Sólo una herida superficial—, dijo.

—Lo sé—, dijo. —Viviré.

—No, no lo harás.

Jasmine levantó el arma y disparó tres tiros más, el primero de los cuales alcanzó a Ivanov en la frente. Su cuerpo se deslizó por la pared descansando encima del inodoro. Ella cerró la puerta. Se metió el arma a la espalda. Pasó por encima del cuerpo sin vida del hombre que Ivanov llamaba Kostya y salió del baño.

Jasmine entró al teatro. El fuego giraba, volaba, subía y bajaba en el escenario. Miró desde la segunda hasta la última fila. Su corazón se hundió. Clarissa se había ido. Salió corriendo del teatro, atravesó el vestíbulo y pasó por el aparcamiento. Se detuvo a una cuadra de distancia. Gritó por el micrófono: —¿Jack? ¿Clarissa? ¿Dónde están ustedes dos?

CAPÍTULO 72

La segunda puerta que Jack tiró estaba abierta. Atravesó el apartamento hasta el dormitorio de atrás. Abrió la ventana. Había más de doce metros de altura. No había nada alrededor de la ventana para agarrarse. No había salida de incendios ni tuberías de drenaje sólidas. Si la policía entraba en el apartamento, su única opción sería salir de un salto. Esperaba no llegar a eso.

La radio estuvo en silencio por un rato. Entonces sucedieron dos cosas.

Primero, apareció Jasmine, sonando frenética, preguntando dónde estaban todos.

En segundo lugar, entró Clarissa. Sólo que ella no les habló. Ella habló con otra persona. Y le preguntó a alguien a dónde la llevaba.

Quedarse atrapado en la habitación dejó a Jack más que frustrado. No podía ver quién la tenía ni en qué auto la llevaban.

Levantó el micrófono y dijo: —Jasmine, ¿eliminaste a Ivanov?

—Sí, está muerto, Jack. Y otro hombre, Kostya, creo que se llamaba. ¿Dónde estás?

Eran los hombres de Italia a quienes había visto. Kostya y Dimitri, dos de los hombres que lo aprehendieron y lo llevaron a Rusia.

—¿Jack?

—Estoy en el edificio de enfrente. Una anciana llamó a la policía. Están dentro. Estoy atrapado.

—Maldita sea, todo esto se está desmoronando.

—¿Viste quién se llevó a Clarissa?

—Los vi cuando entraron, pero no vi cuando se la llevaron. Lo siento, Jack.

—No. Ella puede cuidar de sí misma. Ella aún sigue transmitiendo. Estas radios son de largo alcance. Mientras esté consciente, nos llevará allí.

Jasmine no dijo nada.

La puerta principal del apartamento se abrió.

—Tengo que irme—, dijo Jack. —Mantente fuera de la vista.

Agarró las sábanas de la cama, se arrodilló en un rincón de la habitación y se cubrió. Usó su cuchillo para crear una hendidura por la que podía ver.

Los hombres se llamaron desde la sala principal del apartamento. Los escuchó entrar al dormitorio junto a él. No permanecieron allí mucho tiempo. La puerta se abrió a la habitación en la que se encontraba. Uno de los hombres gritó en inglés: —Salga, señor. No le haremos daño.

Dos conjuntos distintos de pasos se movieron por la habitación. Jack contuvo la respiración. Sostenía la metralleta con ambas manos. Tenía las palmas sudorosas. Los latidos de su corazón se aceleraron. Ralentizó su respiración. Ralentizó su mente.

Uno de los hombres silbó, como si Jack fuera un maldito perro y fuera a salir. Los hombres

se detuvieron.

Jack esperó.

Otro policía llamó desde la sala principal. "*Obisla, obisla*".

Jack sabía muy poco ruso. Solo unas pocas palabras. Y esa era una. Asesinato.

Los hombres en la sala repitieron la frase y hablaron en ruso. Salieron de la habitación y cerraron la puerta. Jack escuchó cómo se abría y cerraba la puerta principal del apartamento.

Deben haber oído hablar del asesinato al otro lado de la calle. Un general ruso había sido ejecutado a quemarropa, y eso era más preocupante que un posible merodeador llamado por una anciana. Al menos hasta que un policía más inteligente llegara a la escena y se enterara del hombre en el edificio y sumara dos y dos.

—Jasmine—, dijo Jack por el micrófono. —Los policías se están yendo. Estoy saliendo. Hay una puerta trasera a este edificio. Encuéntrame ahí.

—¿ESTÁS BIEN? — JACK DIJO MIENTRAS EMPUJABA LA PUERTA.

Jasmine tenía su arma en alto y lista para disparar. La sangre manchó su camisa y sus pantalones. Ella dijo: —Estoy bien. Hablé con Frank. Nos está poniendo en contacto con su chico de aquí, Marco.

—De acuerdo.

—¿Alguna idea de quiénes eran esos tipos adicionales?

—Sí. Contratistas privados. Los mismos que me pillaron en Italia hace seis meses.

Jasmine asintió. Sus ojos escanearon el edificio y el área oscura entre donde estaban y la calle.

—Deberíamos llegar al coche—, dijo Jack.

Caminaron dos cuadras. Las calles estaban oscuras y vacías. La temperatura había bajado casi seis grados desde que llegaron. La acera se había helado y les resultó difícil mantenerse en pie. Pasaron de la acera a la zona de césped y caminaron penosamente a través de la nieve del día anterior.

Se detuvieron a treinta metros del coche. Se quedaron en silencio. Escanearon el área como un búho escanea el suelo en busca de su cena en medio de la noche.

Al fondo sonaban las sirenas y luces azules y rojas iluminaban el cielo nocturno. Todos en el área se concentraron en la escena del asesinato.

—Parece despejado—, dijo Jasmine.

Jack asintió. —Vas primero. Si alguien aparece, me ocuparé de él.

Jasmine partió sin dudarlo. La mujer entraría en la guarida de los leones. Llegó al coche. Entró.

Jack esperó un minuto, con los ojos en constante movimiento. No vio a nadie. No escuchó a nadie. No sintió a nadie. Corrió hacia el auto y se subió por el lado del pasajero.

Jasmine se aceleró. Giraron a la derecha, alejándose del teatro. Jack miró hacia atrás por la ventana y vio una escena de pura locura. Una multitud de personas en la calle. Los lugareños vestidos con ropa de casa. La gente que había asistido al teatro vestía un poco mejor. Unos cuantos policías se interpusieron entre ellos y el teatro.

Condujeron y Jack perdió la noción del tiempo al pensar en Clarissa y lo que les haría a sus secuestradores.

—¿Jack? — la voz provino del auricular.

Levantó el micrófono y dijo: —¿Clarissa? ¿Estás bien?

—Sí—, dijo ella. —Aunque no estoy segura de dónde estoy.

—Estamos trabajando en eso. Voy a conocer a un chico ahora que puede ayudar.

—De acuerdo.

—¿Estás herida?

—No.

—¿Recuerdas algo sobre el viaje?

—Al principio, sí. Pero luego se detuvo y me vendó los ojos. Creo que después de eso condujimos otros quince minutos.

Jack miró a Jasmine. Trató de evitar que la esperanza que se desvanecía se reflejara en su rostro. —¿Puedes ver dónde estás ahora?

—En una habitación. Es como una celda dentro de una habitación.

—¿Ventana?

—Sí. No. Está cubierta.

—¿Algo distinguible?

—Uhmmm, en realidad no. Hay otra celda en la habitación y en esa celda hay un hombre durmiendo en un catre.

—Despiértalo.

—De acuerdo—. Ella no dijo nada durante unos minutos.

Jack tamborileó con los dedos en el apoyabrazos de la puerta. Miró entre Jasmine y la carretera. —¿Cuánto falta para que estemos allí?

—Unos quince minutos. Nos vamos de la ciudad.

—¿Este tipo esa del SIS?

Ella sintió con su cabeza.

Jack no presionó para obtener más información.

—Está bien, Jack. Él está despierto. Dice que se llama Alik.

Jack sonrió. —Dile que Jack Noble lo saluda. Guarda silencio por un momento.

—De acuerdo.

Llegaron a un punto donde terminaban las farolas. El camino estaba oscuro y vacío y cubierto de nieve y hielo.

—Conduces bien en la nieve para haber crecido en Atlanta—, dijo Jack.

Jasmine se encogió de hombros. —Me dieron capacitación.

Se convirtió en un barrio residencial. Giró dos veces a la derecha y una vez a la izquierda. Se detuvo frente a una casa de ladrillos de un piso.

Salieron y cruzaron el césped cubierto de nieve. Fueron a la puerta. Jack tocó.

Un hombre respondió.

—¿Marco? — preguntó Jasmine.

—Sí, entra—. Le sonrió a Jasmine. Le frunció el ceño a Jack.

Jack lo ignoró. Siguió a Jasmine al interior y esperó al hombre. Los condujo por la casa. Se acomodaron alrededor de una mesa en la cocina del hombre.

—Tienes algún tipo de transmisor, ¿verdad? — preguntó Marco.

—Sí—, dijo Jack. —Nos hemos estado comunicando con ella.

—¿Todavía puedes conseguirla?

—¿Clarissa? — dijo Jack.

—Sí—, dijo ella.

—Está bien, solo asegurándome que sigues allí. Espera.

Marco le indicó a Jack el dispositivo.

Jack metió la mano en el bolsillo, sacó el transmisor y lo dejó sobre la mesa.

Marco le conectó un cable, lo conectó a su computadora portátil y comenzó a teclear. —Ponla de nuevo.

—Clarissa—, dijo Jack. —Necesito que sigas. No tienes que hablar, sólo sigue transmitiendo. Estamos obteniendo tu ubicación ahora.

—Está bien—, dijo. Dejó la línea abierta. Oyeron el sonido de pies arrastrando. Alik habló de fondo. Clarissa dijo que sí, luego no.

—Lo estoy ubicando—, dijo Marco mientras señalaba su pantalla. Un mapa se acercó. Al principio mostraba la sección suroeste de Moscú y luego se amplió más allá del circuito exterior. Un área llamada Desna centrada en la pantalla. El mapa continuó acercándose y finalmente apareció en una casa en lo que parecía ser un vecindario próspero.

—Parece el tipo de casa en la que podría vivir un general—, dijo Jack.

—Lo tienes—, dijo Marco.

—¿Puedes conseguir la dirección? — preguntó Jasmine.

Marco volvió a tocar el teclado y luego anotó la dirección.

Jasmine estudió la pantalla y memorizó la ruta. —De acuerdo. Lo tengo. ¿Vienes con nosotros, Marco?

—Voy a pasar. Este es tu desastre. Pero puedes volver a tomar una copa más tarde esta noche si quieres.

Jasmine ignoró al hombre. —Vamos, Jack.

Jack se levantó. Le dio las gracias al hombre y salió de la casa. Miró hacia el cielo oscuro. Nubes grises flotaban cerca. Se unió a Jasmine en el coche.

—¿Quieres que ponga la dirección en el GPS? — preguntó él.

—No—, dijo Jasmine. —Demasiado arriesgado. ¿Qué pasa si alguien nos está rastreando? Lo mejor es dejarlo así por ahora.

El viaje fue largo, oscuro y aburrido. Condujeron por la autopista que servía de perímetro exterior de Moscú. Rodearon la ciudad hacia el sur y salieron de la carretera.

Las farolas volvieron a iluminar la calle. Habían quitado la nieve del asfalto. Estaba amontonada en el arcén y en la acera, a una altura de hasta dos metros en algunos lugares.

Jasmine giró a la izquierda, pasó unas cuantas casas y luego giró a la derecha. Pasaron por una bodega larga de dos pisos y entraron en otra zona de viviendas. Las casas eran más grandes. Los lotes eran enormes.

—Nunca pensé que hubiera gente aquí a la que le fuera tan bien—, dijo Jack.

Jasmine se encogió de hombros. —Casi en todas partes, Jack. Alguien debe tener el dinero.

Redujo la velocidad del auto cuando pasaron por una casa de ladrillos de dos pisos de color arena en un lote de esquina. Los árboles bloqueaban la entrada y oscurecían las vistas de la mayoría de las ventanas. —Esa es.

—Sigue adelante.

Condujo otra cuadra, giró en U y luego estacionó el auto.

Estuvieron sentados en la oscuridad durante cinco minutos. Observando, escuchando y esperando.

Jack abrió su puerta. Agarró la metralleta que llevaba atada al cuello y dijo: —Hagamos esto.

CAPÍTULO 73

Jack y Jasmine atravesaron un terreno arbolado hacia el camino de entrada de la gran casa de ladrillos de color arena. Los árboles de hoja perenne eran grandes y tupidos y proporcionaban una gran cobertura. Se detuvieron en el borde del solar y observaron la casa.

Un hombre solitario pasó junto a ellos. Llevaba una correa y su perro seguía su ritmo perfectamente; su gran cabeza chocaba con la rodilla del hombre cada pocos pasos. Perfectamente entrenado.

Jasmine esperó hasta que el hombre pasó y dijo: —Creo que estamos a salvo.

—Mantente alerta. Yo cruzo primero. Cúbreme y espera mi señal antes de cruzar.

—De acuerdo.

Jack salió de la cobertura de los árboles a la calle. Cruzó el espacio de luz que proyectaba la farola de la esquina. Llegó al camino de la entrada y se volvió hacia Jasmine. Le hizo una señal para que cruzara mientras retrocedía hacia la oscuridad.

Jasmine llegó unos segundos después. Caminaron hacia la parte trasera de la casa. Todas las ventanas de atrás estaban iluminadas. La parte trasera de la casa era una habitación gigantesca que se extendía desde la cocina, pasando por el comedor, hasta llegar a una gran sala de estar. Vieron a un hombre. Jack lo reconoció como Dimitri.

Estaba sentado en un sofá de cuero blanco. Sostenía un vaso en una mano. Sobre la mesa había una botella de vodka. Estaba mirando el televisor de pantalla plana que colgaba de la pared encima de la chimenea. El rostro del hombre era alargado, demacrado y pálido.

Jack miró la televisión. —Es el teatro. Allí tienen las caras de Ivanov y Kostya.

Siguieron por la parte trasera de la casa hasta llegar a la cocina. Jack subió cuatro escalones de madera hasta la puerta trasera. Puso su mano en el pomo. La puerta estaba abierta. Giró el pomo y abrió la puerta. Entró en la cocina. Escuchó a Jasmine seguirlo. Señaló hacia las escaleras al otro lado de la habitación. Ella se dirigió hacia ellas. Jack caminó silenciosamente por la cocina, luego por el comedor y, finalmente, estuvo detrás del hombre.

—Pon los brazos donde pueda verlos—, dijo Jack.

Dimitri se puso rígido.

—Ahora—, dijo Jack.

El hombre mantuvo los brazos a los lados. Los extendió y los colocó detrás de su cabeza, entrelazando sus dedos.

—Levántate.

Dimitri se levantó.

—Gira de vuelta.

El hombre se volvió. Su pálido rostro se vació al ver a Jack. —¿Tú? Se supone que estás muerto. ¿Qué estás haciendo aquí?

Jack asintió hacia la televisión. —Tuve que ordenar un poco. Me ocupé del General.

—Y Kostya.

—Parece ser así.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú sabes eso. Estoy aquí para ver a mis amigos—. Jack hizo un gesto con la metralleta. —Lidera el camino.

Dimitri rodeó el sofá, mirando a Jack todo el tiempo. Dio media vuelta y caminó hacia el otro extremo de la habitación.

Jasmine estaba junto a las escaleras, con el arma en la mano y apuntando a Dimitri.

Se detuvo frente a ella. Giró y empezó a subir las escaleras.

Jack lo siguió, luego Jasmine.

Llegaron a la cima. Dimitri los condujo por un amplio pasillo. Abrió la última puerta a la derecha. Entraron.

Jack entró tras él. La habitación era enorme. Parecía que habían convertido todo el extremo de la casa en una especie de prisión. Vio cuatro celdas de dos por tres en la habitación. Dos estaban vacías. Una estaba ocupada por Clarissa. La última por Alik.

—Llaves, Dimitri—, exigió Jack.

—Púdrete.

—Jack—, dijo Clarissa. —Él…

—En un minuto, Clarissa—. Dio un paso hacia Dimitri. —Llaves. Ahora.

—Tendrás que matarme.

—Bien—. Jack apretó el gatillo. Una ráfaga de balas se estrelló contra el pecho y la cabeza de Dimitri. Se retorció, se sacudió y, luego, cayó de espaldas al suelo.

—Jack—, dijo Clarissa. —Él no es el que viene aquí.

Jack dejó de hurgar en los bolsillos del hombre y miró a Clarissa. —¿Qué quieres decir?

—Jack, cuidado—, gritó Jasmine.

Jack se giró y vio a un hombre entrando, corriendo en la habitación. Jack se dejó caer al suelo y puso en sus manos el arma que llevaba atada alrededor del pecho.

El hombre que entró en la habitación gritó y empezó a disparar.

Jack se empujó contra los barrotes de la celda y apretó el gatillo. Las balas esparcieron la habitación y más allá del pasillo. Rompieron el yeso, las placas de yeso y los montantes de madera.

El hombre recibió varios impactos de bala desde la mitad del muslo hasta la cabeza. Cayó contra la pared. Se deslizó, dejando un rastro carmesí a su paso.

—¿Están todos bien? — preguntó Jack. Una nube de yeso y polvo llenó la habitación. Se secó los ojos con la manga y miró a su alrededor.

—Estoy bien—, dijo Jasmine.

—Yo también—, dijo Clarissa.

La habitación quedó en silencio excepto por crujidos y choques cuando los montantes colapsaron y secciones de la pared cayeron al suelo.

—¿Alik? — Jack se puso de pie. Volteó y vio a Alik boca arriba en medio de la celda, tirado en un charco de su propia sangre.

Jasmine corrió hacia el cuerpo de su atacante. Encontró un juego de llaves y trabajó furiosamente en la puerta cerrada que conducía a la celda de Alik. La abrió y tanto ella como Jack corrieron hacia el cuerpo de Alik.

—No hay pulso—, dijo Jack.

Jasmine le entregó las llaves. —Sácala. Me ocupare de él.

Jack abrió la puerta de la celda de Clarissa. —¿Alguien más?

—Sí. Dos más.

—Jasmine, tenemos que cargarlo y salir de aquí. Hay más.

Juntos, subieron a Alik sobre el hombro de Jack. Cargó el cuerpo sin vida del hombre escaleras abajo, atravesó la cocina y cruzó el patio trasero.

Jasmine había corrido delante de ellos hacia el coche. Cuando Jack y Clarissa llegaron al camino de entrada, Jasmine ya estaba allí.

Colocaron a Alik en el asiento trasero. Jasmine salió y se deslizó a su lado. Trabajó febrilmente para resucitar al hombre sin vida.

Clarissa se sentó en el asiento del pasajero. Jack se sentó al volante. Arrancó el auto y salió del camino de la entrada, regresando por donde entraron.

—¿A dónde debemos ir? — preguntó.

—Simplemente conduce—, dijo Jasmine.

CAPÍTULO 74

—No has dicho mucho—, dijo Oso.

Pierre se encogió de hombros. Miró por la ventana. Su rostro palideció y su expresión estaba en blanco.

—No lo sabías—, dijo Oso.

Pierre asintió. Volvió la cabeza y reclinó el asiento hacia atrás. —Probablemente no sea lo peor que he hecho en mi vida. No sé por qué me siento así.

—A veces simplemente duele de la forma correcta.

—Supongo que sí.

—Han sido seis meses difíciles para ti, Pierre. Has pasado por mucho. Algunas cosas han cerrado el círculo. Deberías tomarte unas vacaciones después de que todo esto termine.

—Eso planeo. Sólo tengo que decidir a quién traer.

—¿Hay una mujer en Francia?

—Sí, la hay—. Pierre hizo una pausa para encender un cigarrillo y abrió su ventana. —Ella no estaba contenta de que me fuera.

—Nunca lo están.

—No creo que esté esperando a que regrese.

—Lo descubriremos muy pronto.

—¿Nosotros?

—Creo que tenemos que terminar esto. ¿No es así?

—¿Charles? — preguntó Pierre.

—Sí.

—Lo haré por ti y por Jack.

—Tenemos que llegar pronto a Francia. Antes de que él llegue a Nueva York. Sé que Charles estará en la lucha por el imperio del viejo.

—¿Frank nos cubrirá?

—Si no, tengo un amigo que lo hará.

—¿Como tu amigo en Nueva York?

—El mismo chico.

Pierre no dijo nada más.

Oso mantuvo la vista en la carretera. Se abrió paso entre el denso tráfico. Condujeron hacia el suroeste, hacia el sol poniente. El ángulo bajo de la luz creó un destello en su parabrisas, lo que dificultó ver el tráfico que tenían delante. Estaban a medio camino entre Filadelfia y Washington D.C. Frank les había dicho que vinieran a la mañana siguiente, pero a Oso no le gustaba la idea de quedarse en Nueva York después del golpe. Especialmente, no en el apartamento que Frank había arreglado. Eran blancos fáciles allí dentro.

—Tengo otro amigo fuera de D.C. que nos alojará esta noche, Pierre. Buen cocinero. Suele tener un bar abastecido.

Pierre volvió la cabeza. Oso miró y vio al hombre sonriendo. —Voy a necesitarlo.

—Yo también.

—¿Has oído algo sobre la chica?

—No—. Oso no había estado en contacto con Mandy desde que se llevaron a ella y a Larsen. Odiaba confiar en Frank y sus asociados. En cierto modo, el hombre no era mejor que aquellos contra quienes luchaban. La única gracia salvadora que tenía a los ojos de Oso era el hecho de que Jack confiaba en él. —Pero me aseguraré de verla pronto.

CAPÍTULO 75

La nieve había comenzado a caer poco después de medianoche. Las temperaturas continuaron cayendo en picada. La gruesa barandilla de acero a lo largo del costado del puente estaba cubierta con cinco centímetros de hielo. Carámbanos largos y afilados colgaban a intervalos irregulares. Algunos eran cortos, otros largos.

El sonido del agua corriendo se elevó desde abajo. Un río pasaba por debajo del puente. Jack no necesitaba acercarse para saber que el agua proporcionaría una tumba helada para cualquiera que entrara.

—Lo siento, Jack—, dijo Jasmine. —Creo que se había ido antes de tocar el suelo. Nunca tuvo pulso o...

—No es tu culpa—, dijo Jack. —Entré con las armas a todo dar. Clarissa intentó decirme que había alguien más. La ignoré. La ira se apoderó de mí. Simplemente agradezco que nadie más haya resultado herido.

Sintió unas manos en su hombro. Se inclinó, agarró a su amigo muerto por debajo de los brazos y lo levantó. Jasmine y Clarissa agarraron los pies de Alik y los tres sostuvieron el cuerpo sin vida en el aire.

—Hasta luego, Alik—, dijo Jack mientras soltaba a Alik. Escucharon un chapoteo cuando su cuerpo cayó al agua. Miraron por encima de la barandilla. No vieron nada. Incluso si pudieran, la corriente lo habría arrastrado a unos quince metros en ese punto.

El trío regresó demacrado al coche. Clarissa subió atrás. Jasmine en el asiento del conductor. Jack en el del pasajero. Condujeron en silencio en dirección suroeste, hacia Ucrania. Volver a entrar al país debería ser mucho más fácil que salir de él. Estaban cruzando más al norte de donde entraron y no tenían que lidiar con gente que buscaba a Jack Noble.

Llegaron al cruce fronterizo cerca de las tres y media de la madrugada. Tres luces iluminaron la carretera de dos carriles. Un anciano salió de un desgastado edificio de madera blanqueado por el sol. Caminó hacia la parte delantera del auto y luego hacia el lado del conductor. Jasmine bajó la ventanilla. El guardia asomó la cabeza. Sonrió y dijo: —¿Pasaportes?

Le entregaron sus pasaportes falsos y esperaron. Treinta segundos después se los devolvió. Caminó hasta la parte delantera del auto y luego les hizo señas para que pasaran.

Jack contuvo la respiración mientras pasaban al siguiente país.

Quince minutos más tarde, Jasmine se detuvo. Agarró su teléfono celular y realizó una llamada.

—Frank—, dijo. —Sí, estamos a salvo, pero tengo malas noticias. Perdimos a Alik. Hubo una larga pausa y luego Jasmine dijo: —Jack, quiere hablar contigo.

Jack tomo el teléfono. Se lo puso en la oreja. —Sí, Frank.

—Jack, escucha. Creemos que, para empezar, tenemos una pista sobre quién filtró la

información y la vendió.

—De acuerdo. Entonces acábalos.

—Las cosas han cambiado mucho desde que trabajaste para nosotros. No estamos equipados para ese tipo de cosas. Los necesito a ti y a Jasmine.

—¿Qué pasa con Clarissa?

—Bueno—, Frank hizo una pausa, —creo que ya está lo suficientemente metida como para comprometernos si la mantenemos a bordo.

—De acuerdo.

—No les cuentes sobre esto. Quiero informar a todos en persona. ¿Dónde están?

—¿Dónde estamos? — preguntó Jack.

—Cerca de Hlukhiv—, dijo Jasmine.

—Hlukhiv—, repitió Jack.

—Está bien, chicos, vayan a Brovary. Llámame cuando estén cerca. Les conseguiré un vuelo a Alemania, pasaportes nuevos y los llevaré a casa. Estarán en mi oficina al mediodía.

—Frank, una cosa más.

—Sí.

—¿Cómo fue esa situación con Oso y Pierre?

—Completaron el trabajo con éxito.

Jack colgó el teléfono. Pensó en su larga y difícil relación con el anciano. Si hubiera sucedido hace dos años, podría haber tenido uno o dos sentimientos. Tal como estaban las cosas, le importaba un carajo.

—¿Qué dijo el? —preguntó Jasmine.

—Conduce hasta Brovary. Nos subiremos a un avión allí y luego iremos a Alemania. Luego a casa. Nos reuniremos con él alrededor del mediodía, hora del Este.

—¿Qué hay de mí? — preguntó Clarissa.

—Vienes con nosotros.

SIN TÍTULO

Episodio 10

CAPÍTULO 76

—¿Cuándo estarán en mi posesión? — dijo el hombre al teléfono celular que compró minutos antes.

—Ten paciencia—, le dijo. —Tan pronto como los tenga asegurados, serán tuyos.

Abrió las persianas con los dedos índice y medio y miró fijamente a la multitud que se apresuraba a lo largo de la calle F. Turistas que se dirigían a la siguiente atracción. Políticos y empresarios de camino a almorzar o a una reunión de negocios o, tal vez, a una reunión secreta con alguien a quien no deberían ver.

Retiró los dedos y las persianas volvieron a su lugar con un leve ruido metálico. Caminó por la oficina. Se detuvo y se apoyó contra la puerta. Miró alrededor de la habitación. Estaba vacía. No había cuadros ni fotografías en las paredes. Un sencillo escritorio de madera y una sencilla silla de plástico. No era su oficina principal, por lo que no necesitaba los lujos y extras que alineaban su oficina en el Pentágono. Nadie conocía este lugar. Las reuniones y los negocios que llevaba a cabo en la sala no eran el tipo de negocios y reuniones que sus superiores tolerarían.

—¿Cómo me pondré en contacto contigo? — preguntó.

—Te avisaré cuando sea el momento adecuado.

Se masajeó las cejas con el pulgar y el índice, comenzando por el centro y avanzando lentamente hacia afuera. —Esta es una línea de usar y tirar. Después de esta conversación, el teléfono se tira a la basura. Dame tu número.

Ella dudó. Empezó a hablar. Se detuvo y luego comenzó de nuevo después de escuchar el sonido de ella lamiéndose los labios. El único ruido que escapó de su boca fue un suave y silbido de la "S".

Él rápidamente la interrumpió. —¡Sin nombres! Esa es la única condición.

—Estaré en contacto—, dijo.

—Espera…

La línea se cortó y la visualización de la hora parpadeó en la pantalla del teléfono celular. Maldijo en voz baja y se pasó la mano libre por el espeso cabello gris.

Tengo que recuperar esos documentos, pensó.

Se giró y alcanzó el pomo de la puerta. Asegurado. Caminó hacia su escritorio y abrió el cajón central. Metió la mano y agarró la pistola Heckler & Koch USP Compact de 9 mm.

Se puso el arma en el pecho y caminó de regreso a la puerta. Lentamente giró el pomo y abrió la puerta. Se inclinó y miró por la abertura, escuchando cualquier movimiento. Luego asomó la cabeza al pasillo. Su mano derecha estaba justo fuera de la vista, lista para avanzar hacia adelante y disparar si fuera necesario.

Satisfecho de que el pasillo estuviera vacío, cerró la puerta y regresó a su escritorio. Colocó la pistola en el cajón y lo cerró. Examinó la habitación una vez más, asegurándose de que nada

estuviera fuera de lugar. Tomó su abrigo y su sombrero y salió de la oficina.

Fue recibido por la cálida brisa primaveral cuando salió del edificio a la concurrida acera. El abrigo era demasiado. No sólo se hornearía en su interior, sino que también llamaría la atención innecesariamente. Y la atención innecesaria siempre era mala para un hombre en su posición.

Se quitó el abrigo y se lo puso en el brazo izquierdo. Se bajó el ala del sombrero y bajó la cabeza. Con un metro noventa no era suficiente para ocultar su rostro por completo, pero tenía que bastar. Sólo tenía que recorrer una cuadra más o menos y luego podría relajarse.

Apareció una abertura entre la multitud y él la aprovechó. Se fusionó con un grupo de turistas. El grupo era una maldición y una bendición al mismo tiempo. Había muchos cuerpos y rostros, lo que hacía más difícil que alguien se fijara en él. Pero el grupo serpenteante se movía lentamente, haciendo que la caminata tomara mucho más tiempo.

Finalmente, se sintió lo suficientemente cómodo como para abandonar el grupo y quitarse el sombrero. Su auto estaba estacionado en el Pentágono, por lo que tenía que caminar o tomar un taxi de regreso. No estaba tan lejos, sólo alrededor de un kilómetro y medio, así que decidió caminar. Le haría bien, pensó. Aunque se consideraba en forma para su edad, un ablandamiento alrededor de su abdomen había comenzado hace unos años y progresó más rápido de lo que estaba dispuesto a aceptar.

Veinte minutos después entró en uno de los edificios más seguros del mundo. Los guardias que estaban alrededor lo saludaron por su nombre, sonrieron y apenas prestaron atención mientras pasaba por la estación de seguridad.

Él asintió mientras pasaba junto al guardia que conocía como Jones.

—Que tenga un gran día, secretario—, dijo Jones.

CAPÍTULO 77

Jack estaba sentado solo en la oficina de Frank. La habitación, al igual que el propio Frank, era aburrida. Había poco allí para distraer su mente de Alik. La escena de la noche anterior se repetía una y otra vez en su mente. Odiaba haberlo arrojado al río helado, pero no tenían otra opción. No podían dejarlo en casa del General. No podía dejarlo a un lado de la carretera. Lo habrían encontrado demasiado pronto. Claro, su cuerpo probablemente sería encontrado unos cuantos kilómetros o unos cientos río abajo. Eso no importaba. Les dio tiempo de que salieran de Rusia sin más incidentes.

La manija de la puerta vibró. Jack se puso tenso. Instintivamente, sus manos fueron hacia donde estaría su pistola si la tuviera. Se encogió de hombros y exhaló. La oficina de Frank era segura y Jack sabía que no tenía nada de qué preocuparse, excepto tal vez por Frank.

La puerta se abrió y Jack se giró en su silla. Le hizo un gesto con la cabeza a Frank cuando el hombre entró en la oficina. Jack se movió y siguió a Frank con la mirada mientras el hombre pasaba.

Frank rodeó el escritorio y se paró frente a Jack. Colocó dos tazas de café encima de su calendario. Le ofreció una a Jack, quien extendió la mano, agarró la taza y se la llevó a la cara. El vapor flotaba a centímetros de su nariz. Inhaló el vapor y el aroma y luego tomó un sorbo.

—Gracias por venir solo, Jack—, dijo Frank.

Jack dejó el café sobre el escritorio. Cruzó los brazos sobre el pecho. Se frotó la barbilla recién afeitada. —No me dejaste muchas opciones.

—La barba se ha ido. Se ve bien.

Jack no dijo nada.

—¿Cuándo vas a cortar tu cabello?

—Pronto—. Jack hizo una pausa por un segundo, esperando que Frank continuara la conversación. Como no lo hizo, Jack dijo: —No me trajiste aquí para hablar sobre mis hábitos de aseo personal. ¿De qué diablos se trata esto?

—No, no, no lo hice—. Frank colocó sus manos detrás de su cabeza y se reclinó en su silla. Sus ojos pasaron de Jack al techo. Abrió la boca varias veces para hablar, pero no dijo una palabra.

—Frank—, dijo Jack. —¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que te dije que creemos que tenemos una pista sobre la fuga? ¿Para los documentos?

—Sí, eso fue hace unas horas, Frank.

—Estuvimos equivocados.

—¿Cómo te enteraste de esto?

—Nosotros... — Frank hizo una pausa. Entrecerró los ojos y pareció estudiar a Jack. —

Dejémoslo así: estábamos equivocados.

—Jesús, Frank. Estás a punto de pedirme ayuda. Si la quieres, tienes que ser honesto conmigo. ¿Quién pensaste que era y por qué te equivocaste?

Frank se echó hacia atrás en su silla y se puso de pie. Puso sus manos sobre el escritorio y se inclinó. Su rostro estaba a centímetros del de Jack.

—Escúchame, Jack. Vas a hacer lo que sea que te diga que vas a hacer. Una llamada telefónica y algunas personas muy importantes y peligrosas descubrirán que Jack Noble, de hecho, todavía está vivo. Ah, ¿y olvidé mencionar que esas mismas personas también saben que eres es el responsable de que los documentos lleguen a las manos equivocadas en primer lugar?

—Sí, mientras se dirigían a la maldita Corea del Norte o al Medio Oriente o dondequiera que fueran.

—¿Tu punto? ¿Crees que esto es un mal menor, Jack? Puedo asegurarles que esta gente no lo ve así. Te ponen las manos encima y pasarás el resto de tu vida en Leavenworth. O muerto. Elige tu opción.

Jack forzó una risa. —He sobrevivido a la muerte una vez. Me arriesgaré otra vez.

Frank se levantó del escritorio y se enderezó. —Esto no es una broma—. Sacó su teléfono celular del bolsillo y lo sostuvo boca arriba en la palma de su mano. —¿Qué vas a hacer, Jack?

—Sólo para aclarar, ¿cuáles son mis opciones?

Frank exhaló ruidosamente y sacudió la cabeza. —Muerte o prisión o trabajas para mí y esto se resolverá de una vez por todas.

—¿Cuál es la resolución que estás buscando?

—Atrapar a quién filtró los documentos.

—¿Por qué estamos trabajando en esto?

—No puedo responder a eso.

—¿Por qué no la NSA o Homeland? Demonios, el FBI estaría mejor equipado que nosotros para manejar esto.

—¿Cuál es tu respuesta, Jack?

Jack lo despidió y miró hacia un lado. —Estoy pensando.

—Mejor apúrate.

—¿Algún otro incentivo? ¿Qué pasará cuando esto termine?

—Estoy bastante seguro de que puedo limpiar tu nombre si tenemos éxito.

—¿Sólo estás bastante seguro?

—Lo mejor que puedo ofrecer.

¿Aceptar la oferta o dejarla? ¿Frank estaba mintiendo o hablaba en serio? No le debía nada a Jack. Se habían separado hace años. Jack aceptaba un contrato de vez en cuando, pero aparte de eso, los dos hombres no significaban nada el uno para el otro. Sabía de lo que Frank era capaz y no pasó por alto que el hombre lo entregaría. Frank obviamente sentía cierto desprecio por el hecho de que Jack robara los documentos con la intención de venderlos.

—Lo haré—, dijo Jack. —Después de esto, tú y yo terminamos.

Frank asintió.

—Después de que limpies mi nombre, claro está—, dijo Jack.

—Tienes mi palabra, Jack. Haré todo lo que pueda si encuentras al responsable—. Frank miró el teléfono que sonaba sobre su escritorio. tomo su móvil y tocó la pantalla. Su expresión pasó de ser dura a parecer como si fuera a enfermarse.

—¿Quién es? — preguntó Jack.

Frank lo ignoró. Mantuvo sus ojos en el teléfono. Deslizó la pantalla con el dedo índice. Sus

ojos se movieron repetidamente de izquierda a derecha. Dejó el teléfono y bajó la cabeza. Se tapó los ojos con la mano. Su cabeza se sacudió de un lado a otro.

—¿Qué? — Jack volvió a preguntar.

—Adicional a la oferta anterior—. Frank dejó caer la mano y miró a Jack. —Encuentra al hombre responsable y los documentos, y tu nombre quedará limpio.

—¿Los documentos?

Frank asintió.

Jack compartió el mismo sentimiento de náuseas. Después de todo el trabajo que requirió obtener la información y las vidas que se habían perdido, los documentos habían desaparecido nuevamente.

—Pensé que estaban en un lugar seguro—, dijo Jack con los dientes apretados.

—Lo estaban—, dijo Frank.

—¿Entonces es alguien de tu grupo?

—No necesariamente.

—¿Quién tuvo acceso?

—Nosotros y ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—No puedo decirlo.

—Frank—, dijo Jack.

—Jack—, dijo Frank.

Jack apretó más la mandíbula.

—Mira—, dijo Frank. —Eres un operador solitario. No sé con certeza de qué lado estás. Podrías traicionarme en esto y seré yo quien se quede por ahí cargando con la culpa y la bala. No puedo decirte quién más tuvo acceso. Sin embargo, al menos eventualmente, tendré que hacerlo. Por ahora quiero que trabajes esto desde un ángulo específico. Mi instinto me dice que, cuando encontremos al responsable, encontraremos los documentos. Estoy seguro de que los quiere recuperar y que para entonces los tendrá en su poder. No habrá daños, no habrá culpas. ¿Me entiendes?

Jack asintió. No dijo nada.

Frank se sentó y abrió un cajón. Metió la mano y sacó una pistola y una funda. —¿Estás armado?

Jack sacudió la cabeza y mantuvo la calma a pesar de que sus músculos se tensaron ante la pregunta y la vista del arma.

—Toma esto—. Frank deslizó el arma y tres cargadores sobre la mesa.

Jack recogió el arma. La inspeccionó. Dejó la Glock 17 y dijo: —Prefiero una Beretta.

—Lo lograrás con esto.

Jack se encogió de hombros. —Quizás necesite algo más pesado. Un H&K MP7, silenciador.

—Veré lo que puedo hacer.

—¿Ahora qué? — preguntó Jack. —¿Se supone que debo resolver todo esto por mi cuenta?

—No—. Frank volvió a buscar en el cajón y sacó una tarjeta. La deslizó boca abajo sobre la mesa.

Jack extendió la mano y la recogió. La tarjeta tenía un número de teléfono local de D.C. y el nombre Rico impreso.

—¿Quién es Rico? — preguntó.

—Tu punto de partida.

Jack se levantó y se dio la vuelta. Agarró el pomo de la puerta, la abrió y salió de la oficina.

Se detuvo en el ascensor. Los pasos de Frank resonaron por el pasillo poco iluminado. Habría preferido no volver a ver al hombre, pero no tenía otra opción. Se necesitaba una tarjeta de seguridad para operar el ascensor y Frank la poseía.

—¿Cuándo me darás una tarjeta de acceso? — dijo Jack sin volverse para mirar a Frank.

—El día que vuelvas a estar en mi nómina.

—Entonces, nunca.

Frank pasó su tarjeta. Las puertas se abrieron y extendió el brazo, indicando a Jack que entrara en el ascensor. Los hombres entraron en silencio. Cuando el ascensor se detuvo, salieron y Frank acompañó a Jack por el pasillo hasta el vestíbulo. Frank se detuvo justo antes de la entrada y le tendió la mano. Jack la tomó.

—Una cosa más—, dijo Frank mientras metía la mano en el bolsillo. Sacó un teléfono celular y se lo entregó a Jack. —Es una línea segura. No tienes que preocuparte de que tus llamadas sean rastreadas o pirateadas. Puedo rastrearte con él, así que, si te pasa algo, te encontraré. Ya tiene mi número, el de Jasmine y algunos otros números cargados. Pero ten cuidado al llamar a otras personas.

—¿Como quién?

—Tu novia, por ejemplo. Consigue un teléfono barato para eso. Y tu amigo hacker, Brandon. No querrás que consiga este número.

Jack se metió el teléfono en el bolsillo. —¿Algo más?

—Eso será todo. Buena suerte, Jack.

Jack no dijo nada. Se giró y se dirigió hacia la puerta antes de que Frank terminara de hablar. Cuando llegó a la salida, miró por encima del hombro. El vestíbulo vacío le devolvía la mirada con la presencia de mil almas inquietas. Los espíritus de aquellos que él y Frank, y los hombres y mujeres que eran como ellos, habían sido responsables de eliminar de los vivos. Sabía que esta misión sólo serviría para aumentar ese número. A Jack se le ocurrió que podría dar marcha atrás y poner fin a todo el lío en ese mismo momento dando de baja a Frank en el pasillo. Dos cosas lo detuvieron. En primer lugar, estaba seguro de que cada centímetro del lugar estaba bajo vigilancia por vídeo. En segundo lugar, sabía que tenía que arreglar el desastre que creó cuando le transfirió los documentos al anciano. Si hubiera hecho lo correcto hace seis meses y hubiera reportado la información clasificada, nada de esto sería necesario.

Atravesó la puerta y salió a la acera. El aire era cálido y olía a cerveza. Los truenos rugieron a lo lejos, retumbando y crepitando sobre la ciudad. Nubes grises de tormenta cubrían el cielo, ocultando el sol y amenazando con abrirse y empapar la ciudad en cualquier momento.

—Jack—, llamó la voz familiar desde su izquierda.

Volvió la cabeza y vio que se acercaban Oso y Pierre. Se dirigió hacia ellos.

—Asumo que acabas de reunirte con Frank—, dijo Oso.

—Se podría decir eso—, dijo Jack. —¿Cómo estuvo Nueva York? — Miró a cada hombre por turno.

La sonrisa de Pierre se desvaneció, giró la cabeza y miró hacia el cielo que se oscurecía.

—Hicimos el trabajo—, dijo Oso mientras inclinaba la cabeza hacia Pierre y la sacudía ligeramente. —El viejo se ha ido.

—El mundo es un lugar mejor—, dijo Jack. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Supongo que nos van a pedir que vayamos a París y terminemos el trabajo.

—¿Charles?

—Sí.

—Ojalá pudiera unirme a ustedes.

—Estoy seguro de que sí.

—¿No sabe Frank que alguien más dará un paso al frente?

Oso se encogió de hombros. —Quién sabe por qué está haciendo esto. Quizás sólo quiera romper el círculo. Cualquiera involucrado en el asunto con los rusos. Realmente no creo que a él le importe la organización del anciano de una forma u otra, excepto por eso. De todos modos, tenemos que entrar allí. Llámame luego.

—¿El mismo número de siempre?

—Sí. Ese.

Los hombres se despidieron y Oso y Pierre caminaron hacia la sede del SIS mientras Jack se alejaba de allí. Continuó hasta encontrar un callejón desierto. Caminó hasta el extremo y sacó el teléfono que le había proporcionado Frank. Luego sacó la tarjeta con Rico escrito en ella. Marcó el número. Al tercer timbrazo contestó un hombre.

—¿Hola? — dijo el hombre.

—¿Es Rico? — preguntó Jack.

—¿Quién es?

—Eso no es importante. ¿Eres Rico?

Hubo una pausa y ruidos de arrastre llenaron el auricular, como si el hombre estuviera saliendo o entrando a una habitación.

—Sí, soy Rico.

—Necesitamos encontrarnos.

CAPÍTULO 78

Frank se reunió con los dos hombres en el vestíbulo del edificio de la sede del SIS. Después de que entraron, caminó hacia la puerta principal y la cerró. —No es necesario que vayan a mi oficina. Esto será rápido.

—Antes de comenzar—, dijo Oso, —todavía queda la cuestión del pago del anciano.

Frank sonrió y señaló la zona de asientos del vestíbulo. Cruzó la habitación y acercó una de las sillas a la mesa de centro cuadrada de cristal. Dejó un maletín sobre la mesa y se sentó.

Oso tomó asiento en el sofá de cuero. Pierre se sentó a su lado.

—Tengo cuentas abiertas para cada uno de ustedes—, dijo Frank. —Nombres falsos. Acceso en línea cifrado. Pueden transferir el dinero a través de su computadora si lo desean. Tarjetas de cajero automático que pueden usar en cualquier lugar. No levantarán ninguna señal de alerta. Las cuentas están configuradas para que cuando hagan un retiro con tarjeta de cajero automático, los muestren en uno de los cincuenta lugares aleatorios en todo el mundo. Cuando transfieran dinero a una cuenta diferente, se mostrarán cincuenta números de cuenta ficticios aleatorios, ninguno de los cuales es real.

La explicación satisfizo a Oso. Se inclinó hacia adelante y tomó la carpeta manila que le tendía Frank. Dentro había dos tarjetas de cajero automático con papel envuelto alrededor de cada una y aseguradas con una banda elástica. Le entregó una a Pierre.

—Los detalles de la cuenta están en el papel—, dijo Frank. —Lo mejor es memorizar esa información. No querrán morir ni que los capturen con eso encima.

Oso asintió. Se metió la tarjeta y el papel en el bolsillo. Vio a Pierre hacer lo mismo por el rabillo del ojo.

Frank se reclinó en su silla y sonrió. —¿Felices?

—Feliz—, dijo Oso. —¿Ahora qué?

Frank señaló el maletín. —Sus pasaportes están ahí, al igual que dos billetes a Francia.

—¿Están limpios?

—Absolutamente. Lo mejor que pueden conseguir. Están garantizados para llevarlos a cualquier país sin ningún problema. Ambos están sellados, registrados, etc.

—¿Qué haremos cuando lleguemos allí? — preguntó Pierre.

—Quiero que eliminen a Charles—, dijo Frank.

—¿Algún método en particular? — preguntó Pierre. —¿Quieres que parezca un accidente?

—Estás trabajando de forma independiente—, dijo Frank. —Yo diría que organicen una reunión con pretextos. Es posible que te esté esperando tarde o temprano. Incluso podría sospechar de ti por la muerte del anciano.

—¿Eso crees? — dijo Pierre.

Frank negó con la cabeza. —Lo dudo. Mira, puedes decirle que lo lograste y que Oso está

muerto. Ahora quieres tu dinero. El viejo no pudo pagar. Atraerlo a una reunión de esa manera.

—Necesito pensar en ello—, dijo Oso.

—Depende de ti", dijo Frank. —Como quieras hacerlo. Acéchalo si quieres. Sólo mátalo. Tiene que parecer un golpe. Eso es todo lo que me importa.

—¿Y el pago? — preguntó Oso.

—Cien mil cada uno.

—¿Qué tal un trabajo después? — preguntó Pierre.

—Podemos comenzar con trabajos por contrato adicionales—, dijo Frank. —Hay muchos contratos no autorizados.

—Quiero que me dejen en paz después de esto—, dijo Oso.

—Ningún problema—. Frank se inclinó hacia adelante y se puso de pie.

—¿Cómo está Mandy? — preguntó Oso.

—Segura. Podrás verla cuando todo esto termine—. Frank extendió su mano. —¿Algo más?

Oso miró a Pierre. El francés negó con la cabeza. Los hombres se levantaron y siguieron a Frank hasta la puerta.

—Llámenme cuando lleguen a París—, dijo Frank.

Oso asintió y cruzó la puerta abierta. Él y Pierre caminaron una cuadra en silencio.

—¿Estás listo para esto? — preguntó Oso.

—Absolutamente—, dijo Pierre.

—Tenemos que llegar al aeropuerto—, dijo Oso. —El vuelo sale en tres horas.

Pierre asintió. —Supongo que no quería que pasáramos ningún tiempo solos en la ciudad.

—No puedo culparlo. Somos una carga para él. Si arruinamos esto, será un gran desastre.

—¿Por qué?

—Estas cosas no están exactamente en su ámbito de trabajo típico. Por eso nos utiliza a nosotros y no a sus propios muchachos. Por eso usó a Jack para eliminar a Foster. No hay justificación. Se corre la voz de que está involucrado en esto, o en que nos contrató, y es su trasero. Tiene un poco de margen de maniobra, por supuesto. Pero sólo mientras permanezca fuera del ojo público.

Pierre se detuvo y agarró a Oso del brazo. Un hombre chocó con la espalda de Pierre y lo maldijo por detenerse en medio de la acera. Pierre miró al hombre, pero no reaccionó más allá de eso.

—¿Qué? — preguntó Oso.

—¿Deberíamos preocuparnos?

Oso le mostró la carpeta de su pasaporte a Pierre. —Dudo que use esto en el vuelo de regreso a casa.

Pierre asintió con una mirada de comprensión en sus ojos.

—Sí—, dijo Oso. —Lo entiendes ahora, ¿no?

El francés no respondió. Miró hacia adelante, con los ojos fijos en el horizonte. Oso esperaba no haber asustado a Pierre. Lo necesitaba para completar con éxito este trabajo. Después de eso, Pierre podría hacer lo que quisiera en lo que respecta a Oso.

—No te preocupes—, dijo Oso. —Soy demasiado cauteloso, eso es todo. Mientras hagamos el trabajo, podemos confiar en Frank.

—Eso espero.

Yo también, pensó Oso. Después de todo, sabía que recuperar a Mandy dependía de que le quitaran la vida a Charles.

CAPÍTULO 79

Jack se apoyó contra un gran árbol en la esquina noreste de Lincoln Park. Detrás de él podía ver el tráfico avanzando constantemente en la calle 13 y la calle East Capitol. Frente a él tenía una vista de todo el parque y de los que pasaban por allí. Tan pronto como apareciera Rico, Jack lo vería. El único problema era que no tenía idea de quién era Rico ni cómo era el hombre. Estuvo atento a cualquier persona con traje, pelo corto y esa mirada. Una mirada paranoica y omnisciente que Jack y otros miembros de la comunidad de inteligencia tenían.

Un hombre se acercó por la izquierda de Jack. Tenía el pelo oscuro, corto y moteado de gris. Llevaba gafas de sol oscuras y un traje color azul marino. Era de estatura media y constitución atlética. El tipo podía cuidar de sí mismo, de eso Jack estaba seguro. Caminó lenta y cautelosamente. Su brazo izquierdo se movió, su brazo derecho no y su mano derecha permaneció cerca de su cintura.

Jack se desabrochó la chaqueta y la dejó abierta. Mantuvo las manos a los costados. Miró al hombre mientras se acercaba. Asintió con la cabeza. El hombre asintió y se dirigió hacia Jack. Cuando el hombre estuvo lo suficientemente cerca, Jack dijo: —¿Rico?

—Sí.

Los dos se miraron durante lo que parecieron minutos, pero en realidad fueron sólo una docena de segundos más o menos.

Jack sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba. Se formaron gotas de sudor en la nuca. No había podido evitar la sensación de que Frank podría estar tendiéndole una trampa. Quizás Rico no fuera un socio. Quizás era un asesino enviado para acabar con Jack. Pero ¿lo haría en medio de Lincoln Park a plena luz del día?

—¿Quién eres? — preguntó Rico.

—Nadie importante.

—¿Cómo conseguiste mi nombre y número?

—Un asociado me lo pasó. ¿Rico es tu verdadero nombre?

Rico ignoró la pregunta de Jack. —¿Quién es tu socio?

—Supongo que ha estado en contacto contigo recientemente.

—¿Trabaja para el SIS?

Jack asintió.

—¿Qué es lo que quieres? — preguntó Rico.

—Supongo que ya lo sabes.

Rico levantó sus gafas de sol y las apoyó sobre su cabeza. Miró a su izquierda y luego a su derecha. Su mano descansaba sobre su pistola enfundada. Estaba a sólo dos metros de Jack. Lo suficientemente lejos como para que Jack no pudiera alcanzarlo antes de disparar, y lo suficientemente cerca como para que el hombre tuviera una precisión mortal con su arma.

—¿Eres realmente Jack Noble? — preguntó Rico.

Jack se tomó su tiempo para responder. Sabía que había personas que lo consideraban un criminal y querían colocarlo en una celda reforzada a noventa metros bajo tierra. Finalmente, asintió y dijo: —Sí, ese soy yo.

—¿Sabes el lío que creaste con estos documentos? — La mirada en los ojos de Rico transmitía una mezcla de traición e ira.

Jack asintió lentamente. —También podrían verlo como si les hubiera hecho un favor a todos.

—¿Qué significa eso?

—Piensa hacia dónde se dirigían esos documentos antes de que yo interviniera.

Rico negó con la cabeza. Se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—¿Para quién trabajas, Rico?

El hombre puso sus manos en sus caderas y se quitó la chaqueta mientras lo hacía. Su pistola estaba a la vista. —Soy de la NSA.

—¿Y antes de eso?

—Fuerzas especiales.

Jack sonrió. Tenían algunos puntos en común. —Yo también—, dijo.

—He leído tu carpeta, Noble. Sé todo sobre ti—. No parecía compartir el entusiasmo de Jack. —Tú y yo no nos parecemos en nada.

—Dejemos la bravuconería—, dijo Jack. —Quiero hacer esto bien. Quiero recuperar los documentos y atrapar a quien los vendió en primer lugar. ¿Vas a ayudarme? Dime lo que sabes.

—Sé lo suficiente para que empieces por el camino correcto.

—¿Por qué la NSA no puede encargarse de esto?

—Incluso un grupo tan reservado como el nuestro tiene que responder ante alguien. Tú no tienes que hacerlo. Recuperas la información, sacas al topo y parece que solo fue un golpe. Nadie tiene que saber nada más—. Rico hizo una pausa y luego bajó la voz. —Si nosotros lo hacemos y hay un rastro documental…

Las palabras fueron suficientes para que Jack entendiera el panorama general. Tenía que ser alguien importante. Alguien a quien la gente le prestaba atención. Si la verdad saliera a la luz, sería perjudicial para el país. Entendió su verdadero propósito.

—¿Quién es? — preguntó Jack.

Rico miró a su alrededor, luego se giró y agitó la mano. —Ven conmigo.

Jack vaciló. Todavía no estaba seguro del hombre y de sus intenciones, aunque confiaba en Frank y Rico un poco más que quince minutos antes.

—Vamos, Jack. No hablaré aquí. No al aire libre. Nunca se sabe quién está mirando.

—Creo que estamos bien aquí—, dijo Jack.

Rico se detuvo y caminó hacia Jack. Nuevamente se detuvo a centímetros de distancia. —Mira al otro lado del patio. ¿Ves al hombre de los vaqueros, la riñonera y la sudadera verde brillante?

Jack lanzó una rápida mirada al hombre que Rico describió. Se volvió y asintió.

—Le encantaría saber que es Jack Noble el que está aquí. Y él te acogería y esa sería la última vez que alguien supiera de ti.

—Lidera el camino.

Salieron del parque hacia el este y giraron a la izquierda en la calle 13. Caminaron hacia el norte y giraron a la derecha en la avenida Constitution.

—Entonces, ¿quién es? — preguntó Jack.

—¿Quién es qué? — preguntó Rico.

Jack extendió las manos. —Vamos, trabaja conmigo.

—¿Quiere saber quién vendió los documentos o quién los robó?

—Ambos.

—No hay nombres hasta que lleguemos a mi coche.

—¿Dónde está?

Rico señaló sin rumbo hacia el camino. —A unas pocas cuadras de distancia.

—El suspenso me está matando, Rico. Al menos dame una pista.

Rico se detuvo y se volvió hacia Jack. —¿Puedo confiar en ti?

Jack se encogió de hombros. —Esa es tu decisión.

—El ladrón es un federal. Quizás uno de los míos. Sólo unas pocas personas conocían los documentos. Los tenía en mi poder y los guardé en un lugar seguro. Nadie tuvo acceso a ellos, pero eso no significa que alguien no haya encontrado la manera—. Hizo una pausa y luego añadió: —Obviamente, alguien lo hizo.

—¿Por qué dices que *tal vez* uno de los tuyos?

—Solo había tres personas que sabían que la información estaba nuevamente en nuestro poder. Pero realmente no sabían lo que se filtró. Entonces, a menos que alguien haya contratado uno de ellos, no tiene sentido. Al menos no para mí. Todos ellos también lo comprueban. Coartadas e interrogatorios. Los tres se van.

—Sin embargo, dices que tal vez.

—No confío en nadie, Jack.

—Tú y yo podríamos terminar llevándonos bien después de todo—, dijo Jack.

Rico sonrió y pareció bajar la guardia por primera vez. —Vamos a tener que hacerlo. Eres mi socio durante los próximos días—. La sonrisa se desvaneció y volvió al modo agente. —Obviamente, quienquiera que los haya robado sabe lo que se lleva.

—O fueron dirigidos por alguien que sabe—, añadió Jack.

Rico asintió. —Bien—. Empezó a caminar de nuevo. —¿Y quién, además de nosotros, sabe cuán importante es esa información?

—Supongo que las personas que estaban dispuestas a pagar por ello en primer lugar.

—Sí, pero no saben que lo tenemos en nuestro poder.

—Tenían.

Rico frunció el ceño.

—Lo siento—, dijo Jack. —Reflejo.

—Es justo. Puedo soportar las críticas.

—Entonces, ¿quién es?

—¿Quién estaría en condiciones de saber este tipo de cosas, Jack?

—Dijiste que sólo tres de tu gente lo sabían. ¿Qué pasa con tus jefes?

—Ahora estás llegando allí.

—¿Crees que fue alguien de la NSA?

—No.

Jack no dijo nada. Empezó a pensar en personas ajenas a la NSA a las que Rico informaría.

—Vamos—, dijo Rico. —Sigue hablando.

—Tendría que ser alguien bastante poderoso. Alguien que se mantuvo actualizado sobre todos los asuntos de seguridad nacional.

—Así es.

—¿Entonces estamos hablando tal vez del jefe de una agencia?

—¿O?

—O el jefe de un gobierno.

—No tan alto, pero cerca.

—Mierda.

—Puedes decir eso de nuevo—, dijo Rico mientras sacaba las llaves del bolsillo. —Este es el garaje. Espera aquí. Hay cámaras por todas partes y no quiero que me pillen contigo.

—Soy un fantasma. Los fantasmas no se pueden filmar. ¿No lo sabes?

Rico sacudió la cabeza y no dijo nada.

Jack miró hacia arriba y vio una cámara fijada en el edificio, apuntándolos directamente. No lo mencionó. —¿Algo más antes de entrar? Quiero ver si puedo resolverlo antes de que salgas.

—El Pentágono.

—¿El Pentágono?

—Creo que ahí es donde trabaja nuestro topo—. Rico siguió la acera al lado del edificio y pasó junto al muro de camisetas en la entrada.

Jack observó desde afuera mientras el hombre caminaba por el garaje. Su opinión sobre Rico había cambiado bastante desde que se encontraron. El hombre resultó ser muy parecido a él.

Rico se detuvo frente a un sedán de lujo último modelo. El garaje oscuro impidió que Jack distinguiera el modelo, pero era grande, audaz y masculino. Sus ojos se encontraron con los de Rico y el hombre asintió levemente y se metió en el auto. Jack se volvió hacia la calle y entonces el mundo se puso caliente, ruidoso y patas arriba. No estaba seguro de qué lo golpeó primero, si el calor, el ruido o la violenta ráfaga de viento que lo derribó y lo arrojó a la calle.

La explosión lo dejó desorientado. Fue sólo el instinto lo que le permitió levantar los brazos para protegerse la cara y la cabeza mientras avanzaba por el aire hacia el asfalto descolorido. Aterrizó sobre su antebrazo derecho. Sintió que la carne se le desgarraba de los nudillos y la muñeca. El dolor viajó por sus brazos. Escuchó neumáticos chirriar a su alrededor cuando el tráfico se detuvo. Se obligó a ponerse de rodillas y miró hacia el garaje. Llamas anaranjadas se asomaban a través del humo negro que se filtraba por cada abertura del lugar.

Otra explosión arrasó el garaje. Jack cayó boca abajo y se cubrió la cabeza con los brazos. Sus sentidos se recuperaron y supo que tenía que ponerse de pie. Debía de haber unos doscientos coches en el garaje. Cada uno cargado con combustible, lo que significa que habría más explosiones.

Echó una última mirada detrás de él y luego comenzó a alejarse. Intentó correr, pero su pierna derecha no se lo permitió. Miró hacia abajo y vio sus pantalones destrozados debajo de la rodilla. La sangre empapó su pierna. ¿Había recibido algún escombro en la pierna? Apartó ese pensamiento de su mente y continuó alejándose del garaje. Giró a la derecha en el primer cruce.

A salvo de otra explosión, Jack se reclinó contra un edificio de ladrillo. Contuvo el aliento y luego se inclinó para evaluar el daño en su pierna. No había huesos que sobresalieran. Tampoco observó metales enterrados en su cuerpo. Su rodilla y pierna resultaron raspadas cuando golpeó el asfalto y patinó por la calle, pero el daño fue mínimo.

Las sirenas resonaron en los edificios que lo rodeaban. Coches de policía, camiones de bomberos y ambulancias se acercaron desde todas direcciones. No queriendo ser visto en su condición por la policía o el personal de rescate, Jack abrió la primera puerta abierta que encontró. Estaba en el vestíbulo de un edificio de apartamentos. Miró a su alrededor. Lo encontró vacío.

Metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono celular. Decidió no llamar a Frank y en su lugar contactó a Jasmine. Ella respondió al segundo timbrazo.

—Jasmine, soy Jack. Necesito que vengas a buscarme.

—¿Dónde estás?

—Buena pregunta—. Miró a su alrededor, encontró tres filas de buzones y leyó la dirección a Jasmine.

—Estaré allí en diez minutos—, dijo.

—Estoy adentro.

—Te encontraré.

CAPÍTULO 80

Clarissa estaba sentada en una mesa en una cafetería vacía en Georgetown Pike en McLean, Virginia, a unos ocho kilómetros de Langley. Sinclair le había dicho que ahora pasaría la mayor parte de su tiempo allí, en lugar de su lugar de entrenamiento de campo en Newport News, Virginia. A ninguno de ellos le gustaba estar bajo el microscopio de Langley, pero a veces era necesario. O eso le había dicho él.

Sin embargo, por el momento él llegaría tarde y ella estaba terminando su segundo expreso.

Miró por encima del hombro a la barista aburrida que se inclinaba sobre el mostrador mientras leía una revista. La mujer no levantó la vista ni pareció importarle que hubiera un cliente en el café. No era de extrañar que Sinclair hubiera elegido ese lugar, pensó Clarissa.

Un coche se detuvo. Clarissa estiró el cuello para ver el Audi A8 de Sinclair aparcado en el lugar para discapacitados cerca de la puerta principal. Salió del auto con su maletín en mano y caminó hacia la entrada.

Ella se tensó. Podría llevar cualquier cosa en ese maletín, incluidas armas. Se trataba de si las armas estaban destinadas a que ella hiciera su trabajo, o si simplemente estaban destinadas a quitarle la vida. Se relajó mientras recuperaba el control de sus pensamientos. Al final ganó su lado racional. De ninguna manera Sinclair se pondría en peligro al intentar lograr un golpe como ese. En todo caso, enviaría a Randy. Sus ojos instintivamente volvieron al vehículo para comprobar si había pasajeros, pero no vio ninguno.

Sinclair entró al café y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y permaneció sentada. Caminó hasta el mostrador donde la barista lo miró con indiferencia. Claramente estaba molesta por tener que dejar de lado su artículo y atender a un cliente.

Clarissa revisó su celular mientras esperaba. Ningún mensaje. Se había asegurado de darle a Jack su número antes de aterrizar, pero él no la había llamado. No tenía sentido preocuparse, pensó. Él tiene su propio lío con el que lidiar. Estarían juntos muy pronto. Con suerte, por mucho más tiempo que esta misión.

Sinclair colocó su taza y luego su maletín sobre la mesa y se sentó. Tomó un sorbo de café.

—Es bueno verte—, dijo.

Él asintió y sonrió. —Lo mismo. He oído que las cosas se pusieron un poco dudosas en Rusia.

Ella inclinó la cabeza y se encogió de hombros.

—Me lo dijo un amigo de un amigo—, dijo. —No es gran cosa. Saliste con vida.

Pasó cinco segundos intentando descubrir con quién podría haber hablado Sinclair. Jack podría haberlo mencionado, pero Frank y Sinclair no se hablaban, así que no fue el.

—Te ahorraré tiempo—, dijo. —Fue Marco, el hombre que les trajo las armas. También ayudó a Jack y a la mujer a encontrarte.

—Dile que se lo agradezco.

—Puedes decírselo la próxima vez que lo veas.

—Ojalá eso nunca suceda.

—Nunca digas nunca, querida.

Clarissa no dijo nada. Se bebió el resto del expreso, luego se levantó y pidió otro. La mujer detrás del mostrador parecía a punto de expresar su disgusto, pero preparó la bebida sin decir una palabra.

Clarissa volvió a la mesa y se sentó.

—Todo esto es un desastre—, dijo Sinclair. —Por lo que tengo entendido, los documentos se volvieron a perder.

—¿Perder?

—Perder—, repitió Sinclair. —O fueron robados. Como quieras verlo.

—¿Quién los robó?

—No estamos seguros. Creemos que es un agente. Ninguno de los nuestros. No hay mucho que podamos hacer, ¿sabes? Nadie ve con buenos ojos que la CIA juegue en el ámbito interno. Por supuesto, tenemos un poco de margen de maniobra, siempre y cuando lo mantengamos en silencio.

—Tú eres la CIA—, dijo Clarissa. —Yo solo soy un contratista.

—Y la razón por la que podemos involucrarnos en tal situación.

—Entonces, ¿eso es todo lo que tienes?

—Sabemos que quien tomó los documentos originalmente no está en la CIA.

—¿Con quién están?

—Aún no hay pistas sólidas.

—¿En verdad?

—Eso es lo que dicen las fuentes.

—¿Qué fuentes? — preguntó ella.

—Estamos interrogando a algunas personas en este momento.

—¿Los estás interrogando?

—Sí.

Ella se estremeció. —Cristo.

—Si lo saben, lo conseguiremos.

—¿Es por eso por lo que me trajiste aquí?

Deslizó el maletín sobre la mesa. —Identificación, pasaporte, un teléfono de repuesto, dos armas y algo de dinero en efectivo. Si las cosas van mal, te quiero fuera del país inmediatamente.

Ella asintió. Abrió las cerraduras y abrió el maletín. Todo era tal como lo había descrito Sinclair.

—Consúltame después de hablar con Noble—, dijo. —Quiero escuchar lo que tiene que decir.

—Yo también.

CAPÍTULO 81

—¿A dónde vamos? — preguntó Oso.

—Kat—, dijo Pierre.

—¿Quién es Kat?

—Una amiga.

—¿Se puede confiar en ella?

Pierre asintió y volvió la cabeza. Oso intentó no interpretar demasiado el gesto. Ya no estaban en su territorio. No tenía contactos en Francia, ni en la mayor parte de Europa. Tenía que confiar en Pierre, el hombre al que culpaba de la desgracia de Jack medio año antes. El hombre que apareció hace una semana en Iowa con la misión de matar a Oso y secuestrar a Mandy.

Una mezcla de pánico y rabia comenzó a crecer dentro de Oso. Apretó su abdomen, su pecho y sus brazos. Respiró hondo unas cuantas veces. Apartó la cabeza de Pierre y miró por la ventanilla de su lado del taxi. Trató de averiguar dónde estaban. Nunca se le había formado ningún mapa mental de París. Eso requeriría más que las pocas visitas que había hecho a lo largo de su vida. Todo lo que sabía era que estaban en una zona antigua llena de edificios antiguos y gente mayor.

Su mente cambió de rumbo y comenzó a concentrarse en la razón por la que fue enviado a Francia. Tenían que matar a Charles. Tenía que ser sangriento y brutal y enviar un mensaje claro a cualquiera, asociado con él y con el anciano, de que su tiempo estaba llegando a su fin.

Después de la reacción de Pierre ante el asesinato del anciano, Oso comenzó a dudar de que tuviera con él al hombre adecuado para el trabajo. Jack habría sido una elección mucho mejor. El golpe se habría producido sin problemas. Pero, como siempre le decía su papá, deseo en una mano y mierda en la otra. Mira cuál se llena primero. Pierre estaba allí y sería quien iría a la batalla con Oso.

—Es allí—, dijo Pierre en francés al conductor mientras se inclinaba hacia el espacio vacío entre los dos asientos delanteros.

El conductor detuvo el taxi y los hombres bajaron. Oso dio la vuelta atrás, levantó la tapa del maletero y agarró sus maletas. Caminó hasta la acera y dejó el bolso de Pierre en la acera.

Pierre pagó al conductor y luego cogió su bolso. Le hizo un gesto a Oso para que lo siguiera hacia una vieja puerta de hierro que medía al menos tres metros de altura. Estaba rodeada a la izquierda, a la derecha y arriba por ladrillos que Oso estimó que tenían un par de cientos de años. Pierre se detuvo frente a la puerta e introdujo un código en una cerradura eléctrica. A Oso le pareció irónico que se hubiera puesto seguridad moderna en algo construido siglos atrás.

Pasaron por la entrada y caminaron por un túnel de ladrillos.

—Hay un área de juegos para los niños arriba—, dijo Pierre, señalando el techo sobre ellos.

Oso asintió y siguió caminando. Se centró en la luz al otro extremo del corto túnel. No le

gustaban los túneles ni estar bajo tierra ni en la mayoría de los espacios reducidos. Generalmente evitaba esas situaciones y lugares, a menos que estuviera en un trabajo. Sólo entonces podía disociar sus pensamientos y sentimientos y completar la tarea que tenía entre manos.

Salieron por el túnel y entraron a un patio en plena floración. Las flores se mecían con la suave brisa y el aroma envolvía a los hombres como si hubieran caminado en una niebla de perfume. Los sonidos de los niños jugando y disfrutando del cálido día de primavera llenaban el aire. Jugaban al fútbol y corrían descuidadamente. El débil sonido de las canciones infantiles flotaba en el aire. Algunas cosas, pensó Oso, eran iguales sin importar a dónde fueras. Los nombres de los juegos y las palabras de las canciones podían ser diferentes, pero la estructura y los sonidos siempre eran los mismos, ya fuera que estuvieras en América, Francia o alguna zona de África poco transitada.

—Es ese edificio—. Pierre señaló hacia un edificio de cinco pisos con una entrada mediocre.

Subieron las escaleras de la entrada y pasaron la puerta abierta. Unos tramos de escaleras más tarde se pararon frente a la puerta de Kat.

—Quizás deberías esperar en el otro extremo del pasillo—, dijo Pierre.

—De ninguna manera—. Oso pasó junto a Pierre y llamó a la puerta. Tres golpes, fuertes y ruidosos.

Se escuchó un ruido en la puerta y un rayo de luz atravesó un círculo de vidrio en el centro, a tres cuartos de su altura. La luz fue bloqueada cuando pasó una cara. Se abrieron las cerraduras y la puerta se abrió unos centímetros. Apareció una impresionante mujer de cabello negro. Oso dio un paso atrás en un esfuerzo por parecer menos intimidante.

—Pierre—, dijo.

—Hola, Kat—, dijo Pierre en inglés. —Lamento aparecer sin avisar, pero necesitamos un lugar donde quedarnos por unos días.

—Consigue un hotel—, dijo en francés. Sus ojos se dirigieron a Oso y se detuvieron por un momento. El peso de su mirada lo aplastó. Luego miró a Pierre y continuó. —Tienes mucho valor para venir aquí.

—¿Por qué? — preguntó Pierre. —¿Qué hice? ¿Es porque no llamé?

Ella no dijo nada.

—No pensé que quisieras que lo hiciera, Kat—. Pierre bajó la cabeza y dejó caer los brazos a los costados. —Estoy aquí ahora. ¿No es eso algo extraordinario?

—Sí—, dijo ella. —Estas aquí ahora. Con él—. Señaló a Oso y sacudió la cabeza.

—Él es esencial—, dijo Pierre. —Tenemos que terminar algo y luego él regresará a Estados Unidos y yo terminaré con esta vida.

Mentiroso, pensó Oso. Pierre necesitaba la emoción y la acción asociadas con el trabajo. Sin él no era más que un eunuco.

Kat dio un paso atrás y abrió la puerta. —Adelante.

Oso vaciló un segundo y luego entró en la habitación cuando Pierre le hizo un gesto para que pasara por la puerta abierta. El apartamento era pequeño y estaba mínimamente amueblado. Sin embargo, parecía adecuado. Se dirigió a la cocina, en parte porque tenía hambre, pero también para permitir que Kat y Pierre tuvieran unos minutos para hablar a solas.

Abrió la nevera y sacó una manzana. Tendría que bastar. Vio una botella de vino descorchada sobre el mostrador. Agarró la botella y tomó un trago.

—Sírvete tú mismo—, dijo Kat.

Oso se volvió y se limpió las gotas de vino que quedaban en su barba. —Lo siento. Un largo día, ¿sabes?

Metió la mano en el armario y sacó dos copas de vino. —No, no lo sé—. Sostuvo los vasos con el brazo extendido y Oso los llenó hasta la mitad. Tomó un trago y luego dijo: —No deberías haber venido aquí.

—No hay muchas opciones—, dijo Oso. —Tenía que ir a dondequiera que fuera Pierre.

—No deberías haberte mezclado con él. Está arruinado.

Las palabras sólo tuvieron la mitad del efecto previsto en Oso. No pudo superar su acento y se encontró nadando en su mirada.

—Él estará bien—, dijo Oso. —Ha estado haciendo esto por mucho tiempo. Creo que los meses transcurridos desde entonces, junto con la culpa por Jack, tuvieron un mayor efecto en él.

—No puedo estar con un hombre involucrado en ese tipo de trabajo—. Sus ojos se movieron hacia la izquierda y se cruzó de brazos.

—¿Dónde está Pierre?

—Salió. Dijo que tenía que ver a alguien. Quería que te mantuviera aquí.

Oso se rio entre dientes mientras daba un paso hacia ella. —¿Realmente cree que una cosita como tú puede detenerme?

Retrocedió hasta llegar a la mesa de la cocina. —Soy más dura de lo que parezco.

—Yo también—. Dio otro paso hacia ella. En lugar de hacerse a un lado para alejarse, se preparó colocando las manos sobre la mesa. Sus dedos se enredaron alrededor del borde. Ella se reclinó ligeramente. Oso extendió la mano y puso sus manos en su cintura. Sus dedos casi se encontraron en la espalda.

—No deberías estar haciendo esto—, dijo. —Pierre es tu amigo.

—No—, dijo Oso. —No soporto a ese tipo.

—Yo tampoco.

Él se inclinó y ella se puso de puntillas. Sus labios se encontraron en algún punto intermedio.

La puerta traqueteó y las cerraduras comenzaron a girar, impidiendo que las cosas siguieran adelante. Oso dio un paso gigante hacia atrás y casi se estrella contra el refrigerador. Ni él ni Kat dijeron una palabra cuando Pierre entró en el apartamento. Se sonrieron y luego fingieron indiferencia.

CAPÍTULO 82

—¿A dónde debemos ir? — preguntó Jasmine.

—Fuera de la ciudad—, dijo Jack.

—¿Maryland o Virginia?

—¿Dónde vives?

—En Washington D.C.

—Ve a Virginia—. Sacó la batería y la tarjeta SIM de su celular. —¿Puede rastrearte a través de tu teléfono?

—¿Qué? ¿Quién?

—Frank.

—Sí. Ese es el procedimiento operativo estándar.

—Dámelo.

Jasmine lo miró con una expresión confusa en su rostro.

—Dame tu teléfono—, dijo Jack.

Ella se lo entregó y él le quitó la batería y la tarjeta SIM.

—¿Qué demonios? — peguntó ella.

—Alguien hizo estallar al hombre que acabo de conocer. Creo que pretendían hacerme estallar. Frank organizó la reunión. Junta los cabos.

Jasmine miró de Jack a la carretera y luego a Jack. —No estás insinuando que Frank te tendió una trampa, ¿verdad?

—No estoy insinuando nada, Jazz. Hasta que no sepa que Frank no tuvo nada que ver con esto, no quiero que sepa dónde estoy.

—Jack—, dijo Jasmine en un tono controlado, —él no es así. Si te quisiera muerto, no eliminaría a nadie más en el proceso y causaría millones de dólares en daños destruyendo media manzana de la ciudad.

—No lo conoces como yo.

No dijo nada mientras se incorporaba a la interestatal 395 en dirección sur.

Jack miró al Potomac, al otro lado de la carretera, mientras cruzaban el puente conmemorativo de George Mason. Su adrenalina finalmente se calmó cuando salieron de D.C. y entraron en Virginia. Vio el Pentágono a la derecha y contó su conversación con Rico, tratando de encontrarle sentido a lo sucedido. ¿La bomba estaba destinada a Rico o había sido destinada a él? Si fuera sólo por Rico, y simplemente una coincidencia de que Jack hubiera estado allí, entonces podría haber sido cualquiera quien hubiera colocado los explosivos. Sin embargo, si Jack hubiera sido el objetivo, eso limitaría los posibles sospechosos.

—Déjame llamar a Frank—, dijo Jasmine.

Jack negó con la cabeza. —En el momento en que lo hagas, él sabrá dónde estamos.

—Probablemente rastrea los autos.

Jack señaló el carril de salida. —Bájate aquí. Voy a alquilar un coche. Vas a dejar este en el hotel más cercano.

Jasmine salió de la carretera. Entró en el estacionamiento de un centro comercial y entró en una tienda para comprar ropa limpia para Jack. Luego, lo dejó una cuadra más allá de un lugar de alquiler de autos. —Hay un hotel en Leesburg Pike. Voy a aparcar el coche allí. Estaré esperando en el vestíbulo.

Jack se puso los pantalones cortos y la camisa que compró Jasmine y luego salió del vehículo. Al lado de la empresa de alquiler de coches había una tienda. Entró y compró tres móviles de prepago con quinientos minutos cada uno. Sabía que solo usaría una fracción de los minutos, pero si algo fallaba y tenía que usar el teléfono para rastrear, quería asegurarse de que durara lo suficiente.

Salió de la tienda y fue a la tienda de al lado, donde alquiló un sedán mediano. Condujo dos cuadras y se detuvo en el estacionamiento vacío de una iglesia. Tomó uno de los móviles y realizó una llamada, marcando el número de memoria.

—¿Hola? — dijo un hombre después de contestar el segundo timbre.

—¿Brandon?

—¿Quién es?

—Jack Noble. No cuelgues.

Silencio al otro lado. Entonces Brandon dijo: —Todo el mundo sabe que Jack Noble está muerto.

—Realmente soy yo, Brandon. Una prisión rusa no es suficiente para matarme.

—Pruébalo.

—¿De qué otra manera podría tener este número?

—Podrías haberlo encontrado garabateado en un cubículo del baño de mujeres de algún bar de mala muerte.

Jack se rio. —Está bien, ¿qué tal esto entonces? En 2004, contribuiste decisivamente a ayudarnos a mí y a Frank Skinner a desmantelar una red de tráfico de niños dirigida por unos tipos malos de Sudamérica.

—Mucha gente lo sabe.

—Es cierto, pero mucha gente no sabe que todo no terminó ahí y que tuve que derrotar a alguien bastante poderoso en nuestro mundo.

—¿Jack?

—Ese soy yo.

—¿Fuiste tú quien me llamó hace unos días?

—Sí.

—Perdón por colgarte.

—Hazme un favor y lo olvidaré por completo.

—¿Qué necesitas?

—Necesito un número encadenado. No puedo llamarte directamente.

—¿Cuántos niveles?

—Diez deberían ser suficientes.

—¿Número?

Jack le dio el número de Frank y esperó. Una vez que Brandon terminara, su llamada pasaría por diez números de transferencia diferentes antes de llegar a Frank, lo que haría que su llamada fuera prácticamente imposible de rastrear. Algunos podrían considerarlo excesivo. Para Jack fue

ser un poco cauteloso.

—Está bien—, dijo Brandon. —Todo listo. ¿Tienes un bolígrafo?

—Adelante—, dijo Jack.

Brandon leyó el número y luego dijo: —¿Algo más?

—Sí, una cosa más—, dijo Jack. —Hoy volaron por los aires a un hombre en el centro de D.C. Solo lo conocía como Rico. Trabajó para la NSA. Desentierra todo lo que puedas sobre él. Estaré en contacto en aproximadamente un día.

—Lo tienes.

Jack colgó e inmediatamente marcó el número que Brandon le había dado. No tenía sentido cambiar de teléfono. Si Brandon lo estaba traicionando, estaría monitoreando el número y obteniendo la información del segundo teléfono celular.

El teléfono sonó varias veces antes de que Frank contestara. —¿Quién es?

—¿Qué hiciste, Frank?

—¿Jack?

—Sabes que soy yo.

—¿Qué pasó con Rico?

— Dime tú. — No te entiendo.

—No me jodas, Frank—. La voz de Jack se convirtió en un grito. —Así que ayúdame, si descubro que estás detrás de esto, desataré un infierno que nunca imaginaste.

—Jack, cálmate. ¿De qué estás hablando?

Jack hizo una pausa. ¿Frank estaba realmente perplejo o solo dijo lo que tenía que decir para que Jack regresara?

—Rico está muerto—, dijo Jack.

—¿Cómo?

Una explosión.

—¿La cosa del centro? ¿En el aparcamiento?

—Sí.

—Cristo, Jack. ¿Estas herido?

Jack miró su mano y rodilla vendadas. —Viviré.

—No tuviste nada que ver con esto, ¿verdad?

—¿Me estás preguntando? Ahora mismo eres el sospechoso número uno, Frank.

—Jack, yo no…

—Cállate la boca. ¿Quién más sabía que Rico se reuniría conmigo?

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Duró dos segundos. Nada para la mayoría de la gente. Pero para Jack fue suficiente deducir que Frank sabía algo.

—Nadie que yo sepa—, dijo Frank.

Jack no dijo nada.

—Voy a enviar un equipo a buscarlos. ¿Dónde estás?

—En ningún lugar.

Los sonidos de Frank golpeando su teclado llenaron el auricular. —Está bien, no estás tan lejos. Quédate quieto.

Estaba siguiendo su coche.

—Que te jodan, Frank.

Jack arrojó el móvil por la ventana. Aterrizó en medio de la carretera. Jack observó por el espejo cómo una camioneta pesada pasaba y aplastaba el teléfono. Continuó conduciendo hasta llegar al hotel. Entró en el estacionamiento y condujo hasta la puerta del vestíbulo. Jasmine salió

y se subió al auto.

—¿A dónde vamos? — preguntó ella.

—A ninguna parte por ahora.

—¿Qué?

—Está rastreando tu coche. Dijo que enviará un equipo. Quiero ver quién llega y cómo actúa.

—Esa no es una buena idea. Nos verá.

Jack la miró y se encogió de hombros.

—Vamos, Jack. Ya sabes cómo opera este grupo. Estamos entrenados para verlo todo. ¿Crees que no notarán un auto de alquiler cerca?

Jack no dijo nada.

—Resolveremos esto, pero tenemos que actuar. Estarán aquí pronto. Demonios, probablemente ya casi estén aquí. Estoy seguro de que envió a alguien en el momento en que nuestros teléfonos se desconectaron.

Jack giró la llave en el encendido y salió del estacionamiento. Ella tenía razón y él lo sabía. Los chicos de Frank los detectarían. Quizás no de inmediato, pero sí con tiempo. Serían blancos fáciles en el estacionamiento. Y eso significaría problemas si los chicos de Frank estuvieran allí con un propósito distinto al de escoltar a Jack y Jasmine de regreso a D.C.

—Voy a dar vueltas un par de veces—, dijo Jack.

Jasmine negó con la cabeza. —Vas a hacer que nos maten.

Él la ignoró. —Baja el espaldar de tu asiento.

—¿Por qué?

—Conocerán tu cara mejor que la mía.

Jasmine bajó su asiento y se reclinó, ubicándose fuera de la vista.

El coche fue fácil de detectar. Jack lo vio por el espejo retrovisor. Grande, negro y de fabricación americana. Gritaba agente del gobierno.

—Ahí están—, dijo Jack. —Entrando en el estacionamiento del hotel ahora.

Jasmine no se movió. No dijo nada.

Jack giró en U en el siguiente semáforo. —Sólo quiero echarles un vistazo mientras se acercan a tu coche.

—Hazlo rápido. No mires fijamente. Si uno de ellos mira en tu dirección, acelera.

Jack giró con el coche y pasó por el aparcamiento del hotel, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Miró hacia el auto de Jasmine casualmente. Uno de los hombres estaba justo afuera del vehículo del gobierno. Usó la puerta para protegerse. El otro se acercó al coche abandonado. Su brazo izquierdo estaba ligeramente extendido, su brazo derecho dentro de su abrigo, probablemente agarrando su arma.

—Estás muerto, Frank—, dijo Jack.

—No saques conclusiones precipitadas—, dijo Jasmine. —Necesitamos hablar con él.

—No voy a volver a esa oficina.

—Lo arreglaremos en algún lugar seguro. Algún lugar público.

—Olvídalo.

—Tienes que confiar en él, Jack. Él es la única persona de tu lado.

—Puedes volver a levantar tu asiento—, dijo. Luego, volvió su atención a la carretera y no dijo nada durante más de media hora.

Condujeron por la George Washington Memorial Parkway en dirección oeste. La carretera se fusionó con la Interestatal 495 en dirección norte. Salieron un par de kilómetros más adelante por River Road.

—¿A dónde vamos?

—Voy a volver a la ciudad—. Hizo una pausa y la miró. —Saldrás pronto—. Redujo la velocidad y entró en el aparcamiento de un campo de golf.

—¿Qué demonios?

—Sal.

—De ninguna manera.

—Volveré por ti más tarde. O puedes volver a armar tu teléfono y estoy seguro de que Frank vendrá a buscarte.

Ella se negó a moverse. Se cruzó de brazos y miró hacia otro lado.

—Te obligaré a salir—, dijo.

—Esto es ridículo. Somos socios.

—Y tengo que ir a encargarme de algo solo.

—No irás tras Frank, ¿verdad?

—No. Tengo que ir a ver a un viejo amigo. Alguien que pueda darnos una idea de lo que está pasando.

Jasmine abrió la puerta y puso un pie en la acera y luego el otro. Salió y luego volvió a meter la cabeza dentro. —Esto es un error.

—Te veré pronto.

CAPÍTULO 83

Jack condujo de memoria hasta la casa de Robert Marlowe, ex subsecretario de Defensa. Dudaba que el hombre estuviera tan informado como hace diez años, cuando ayudó a Jack a salir de una situación difícil. Aun así, era posible que pueda brindarle alguna idea o, como mínimo, hacer algunas llamadas.

Condujo por una zona poco fiable de la ciudad y luego pasó por un parque arbolado que servía de barrera entre el gueto y las casas rehabilitadas de millones de dólares. Había cambiado poco desde la última vez que estuvo allí. Los árboles eran un poco más altos, pero, aparte de eso, todo parecía igual. Encontró el último apartamento de Marlowe y aparcó a media manzana de distancia.

Esperaba que Jasmine hubiera mantenido su teléfono apagado. No se podía confiar en Frank, aunque Jasmine no pareció pensarlo dos veces antes de tomar su palabra como un evangelio. Parecía bastante enojada cuando Jack se fue. Odiaba dejarla así, pero no podía arriesgarse a perder a Marlowe como contacto o poner al hombre en peligro al revelarlo como fuente, si de hecho tenía alguna información útil.

La mente de Jack vagaba mientras caminaba por la acera hacia la casa de Marlowe. Pensó en Oso y sacó uno de los teléfonos móviles de su bolsillo. Luego miró su reloj y se dio cuenta de que era más de medianoche en París. Esperaría hasta la mañana para contactarlo y descubrir cómo iban las cosas.

Llegó a la última unidad de Marlowe y se detuvo. Estaba relajado y menos cauteloso que hace diez años. Esta vez no habría agentes del servicio secreto con los que lidiar. Tampoco había necesidad de amenazar a Marlowe para que lo ayudara. Sería como si dos viejos amigos se vieran después de una década. Una especie de reunión.

Llamó a la puerta y esperó.

La puerta se abrió y un señor mayor asomó la cabeza. —¿Necesitas ayuda?

—¿Secretario Marlowe? — preguntó Jack.

—Retirado.

—¿No me recuerdas?

El hombre abrió la puerta y entró por la abertura. —¿Jack Noble?

—Ese soy yo.

Marlowe sonrió y sacudió la cabeza mientras extendía la mano. —Te hiciste viejo.

Jack sonrió mientras tomaba la mano de Marlowe entre las suyas. —No todos podemos seguir siendo tan sorprendentemente guapos como usted, señor.

—Entra, Jack.

Siguió al hombre mayor a través de la casa hasta la sala de estar. Parecía exactamente como Jack la recordaba. Dos sofás con una sencilla mesa de madera entre ellos. Dos pilas de libros en

medio de la mesa. Quizás los mismos que estaban allí una década antes. Todavía no había televisión ni estéreo. Cruzaron la habitación y se dirigieron a la cocina. Marlowe abrió la puerta batiente y esperó a que Jack pasara.

—¿Café o cerveza? — preguntó Marlowe.

—Uno de cada uno—, dijo Jack.

Marlowe metió la mano en el armario que había encima de la estufa y sacó dos tazas. Llenó ambas con café. Dejó una frente a Jack. —Lo acabo de preparar hace menos de diez minutos. ¿Crema? ¿Azúcar?

—Negro está bien.

Marlowe se volvió y fue hacia la nevera. Regresó unos momentos después con dos botellas de cervezas importadas.

—¿Ya no compras cervezas locales? — preguntó Jack.

Marlowe hizo un gesto con la mano en dirección a Jack. —Se han ido con los yuppies.

Jack dio un largo trago a la botella de cerveza y luego la dejó sobre la mesa. Se reclinó en su silla. Se frotó la frente, las sienes y la mandíbula con los pulgares. Abrió la boca para hablar, pero Marlowe intervino antes de que pudiera pronunciar una palabra.

—Se dice que estás muerto, Jack.

—Eso es lo que me han dicho.

—¿Algo sobre los rusos y alguna prisión abandonada por Dios?

—Hice un trabajo. Le hizo un favor al mundo. Eliminé a un político cabrón que estaba empeñado en convertir a Rusia en una potencia controlada por el ejército. Resulta que fue mucho más allá. De todos modos, me atraparon. Su amigo, un general llamado Ivanov, me procesó. Me envió al Delfín Negro. ¿Has oído hablar alguna vez de él?

Marlowe asintió.

Jack continuó. —Alguien logró sacarme de una manera creativa. Luego pasé seis meses en Grecia. Ahora estoy tratando de limpiar otro desastre que creé.

—¿Algo que ver con inteligencia altamente clasificada?

—¿Sabes?

Marlowe se encogió de hombros.

—¿Cuánto sabes? — preguntó Jack.

—En algún lugar entre poco y un poco más que un poco.

Jack dio otro trago a la botella de cerveza. Tenía que sondear al anciano, ver cuánto sabía y dónde colocaba a Jack en la escala de culpa.

—No tenía idea de qué era cuando lo tuve en mis manos. Nunca hagas preguntas. Esa es la regla número uno por la que viví.

—Deberías haber roto la regla, Jack.

—Cuando las personas en mi línea de negocio rompen esa regla, terminan muertas.

—Tal vez deberías buscar una nueva línea de trabajo.

—Ya terminé con esto. Estoy jubilado. Sólo necesito limpiar este desastre y luego seguir adelante con mi vida.

Marlowe asintió. Sopló su café, provocando ondas a través del líquido caliente y una bocanada de vapor en el aire sobre la taza.

—Entonces, ¿qué es lo que sabes? — preguntó Jack.

Marlowe pensó por un momento. Se reclinó y se cruzó de brazos. Se llevó una mano a la barbilla. Miró alrededor de la cocina y luego su atención se centró en Jack. —Sé que alguien en un puesto de alto rango es responsable de la filtración de información. Sé que estaba enojado

porque todos lo sacaron cuando aterrizó en tus manos, aunque no sabía que eras tú. Su mensajero no estaba en condiciones de dar un relato como testigo.

Jack sonrió. Aunque no había matado al mensajero, no había duda de que nunca contaría su interacción con Jack esa noche.

Marlowe continuó. —Los documentos terminaron en muy malas manos y estuvimos al borde de un ataque como ningún otro.

—Eso estaba bajo control—, dijo Jack.

—Sea como fuere—, dijo Marlowe, —Si hubieran alcanzado uno o dos de esos objetivos, habría sido un caos.

Jack asintió. No dijo nada. Una punzada de culpa ardía por dentro.

—Luego murieron algunos terroristas. Murió un general ruso. Los documentos regresaron a Estados Unidos y quedaron bajo el cuidado de la NSA.

—Estás bastante informado para estar jubilado.

Marlowe sonrió. —Algunas personas todavía respetan mi opinión, al menos en ciertos asuntos.

—¿Qué más sabes?

La sonrisa de Marlowe se desvaneció. Se inclinó hacia adelante. Colocó un brazo sobre la mesa. Señaló con el otro en dirección a Jack. —Sé que los documentos han sido tomados nuevamente.

—¿Sabes por quién?

—No.

—¿Crees que pudo haber sido la persona que los filtró?

—Es posible. O alguien que trabaje para él. O alguien que hubiera trabajado para él. O tal vez simplemente alguien que sabe que los quiere recuperar y que pagará mucho dinero por ellos.

Jack estudió a Marlowe mientras hablaba. Si estaba mintiendo, no reveló nada. Ni un solo tic en su rostro, ni una mala dirección en sus ojos, ni una inflexión en su tono. Marlowe no mostró ni una sola señal.

—Marlowe—, dijo Jack. —Voy a ser directo. ¿Sabes quién filtró la información en primer lugar?

—Tengo algunas ideas. Primero, dime lo que sabes.

—El Pentágono. Eso es todo.

Marlowe asintió. No dijo nada.

—Y tiene que ser alguien de alto rango para poder conocer cierta información.

—¿Cómo? — inquirió Marlowe.

—Que los documentos estaban en Estados Unidos—. Jack se movió en su asiento para mirar directamente a Marlowe. —Dónde estaban retenidos y cómo llegar hasta ellos. Y que un agente de la NSA se reuniría conmigo hoy.

—Y luego lo mataron.

Jack asintió. —Creo que yo era el objetivo previsto.

—Yo también—. Marlowe se levantó y abrió la puerta trasera. —Creo que es hora de que te vayas, hijo.

Jack se reclinó en su silla y se levantó. Caminó hacia la puerta abierta. Tenía más preguntas, pero lo último que quería era provocar la ira de Marlowe presionando demasiado.

—Tengo ojos y oídos en el interior—, dijo Marlowe. —Creo que estamos cerca—. Cogió una libreta y garabateó en ella. Arrancó el papel del bloc y se lo entregó a Jack. —Llámame a ese número. Dos veces al día. A las once de la mañana y de la noche.

Jack tomó el papel y se lo metió en el bolsillo. —Gracias. Estaré en contacto—. Empezó a bajar las escaleras del patio trasero. Se detuvo y giró. —Una cosa más.

—¿Sí?

—Frank Skinner. ¿Está involucrado?

Marlowe negó con la cabeza. —No lo creo, pero lo comprobaré dos veces.

Jack le dio las gracias una vez más y luego abandonó la propiedad. Se apresuró a subir a su coche y comenzó a conducir hacia las afueras de la ciudad. En el camino, llamó a una compañía de taxis para que le enviaran un taxi a Jasmine con instrucciones de llevarla a la gasolinera junto al departamento de bomberos al otro lado de la circunvalación. Añadió que el conductor no debía decirle a dónde la llevaba.

Jack se adelantó y esperó al otro lado de la calle de la estación de bomberos. Media hora más tarde, un taxi se detuvo y Jasmine salió sola. Esperó otros cinco minutos para asegurarse de que no la habían seguido y luego salió de su auto, cruzó la calle y llamó su atención.

—Muchas gracias, Jack—, dijo.

—Valió la pena.

—Más vale que más de lo que pensaba.

—Espera hasta que escuches lo que descubrí.

CAPÍTULO 84

Charles se inclinó sobre la barandilla negra de hierro forjado que rodeaba su balcón. Las luces de la ciudad crearon una suave neblina que iluminó el cielo a cientos de pies sobre él antes de fundirse en la oscuridad de la noche.

Tomó otro trago. Su duodécimo, estimó. O tal vez el decimotercero. Había perdido la cuenta. El alcohol no lograba distraerlo. Tenía que agradecer a la cocaína por eso. Pensó que, si seguía bebiendo, eventualmente el alcohol haría su trabajo. No le importaba cuánto costara. Ninguna resaca podía empañar la celebración que estaba teniendo. El viejo estaba muerto y el imperio era suyo.

—Alonso—, dijo Charles. —Otro trago.

Alonso salió al balcón con las manos vacías. —Quizás deberías tomártelo con calma, Charles.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de cabrear a nuestros vecinos? ¿Qué nos importa? Saldremos de aquí en un par de días. Regresaremos a Nueva York para asumir el control.

Alonso sacó un cigarro y lo encendió. Dio unas cuantas caladas y luego se unió a Charles junto a la barandilla. —Estaba pensando que me gustaría quedarme aquí. Tomar el control de Europa.

Charles tomó el cigarro de la mano de Alonso. —Eres mi mano derecha. Te necesito en Nueva York.

—Tendrás mucha gente para elegir allí. Y si los vigilas, harán lo que les digas. ¿De verdad quieres enviar aquí a alguien en quien no confías completamente?

—Entiendo tu punto—, dijo Charles. —Pero, al mismo tiempo, realmente no quiero que alguien en quien no confío esté cerca de mí.

—Tendrás eso ya sea que esté allí o no.

Charles miró hacia el cielo. En el centro, encima de él, no había más que una masa negra. El lugar donde las luces no se encontraban. Sabía que tendría una situación entre manos en Nueva York. Había gente en la organización que probablemente pensaba que él estaba detrás del asesinato del anciano. Aunque estaba feliz por eso, no era algo que alguna vez tuviera intenciones de organizar. Quizás en algún momento, pero todo eso se había suavizado cuando Feng lo puso a cargo de Europa y le dio rienda suelta para dirigirla como mejor le pareciera. Además, Feng era mayor y estaba a punto de jubilarse. Charles estaba preparado para asumir el mando pronto sin importar qué.

—¿Qué opinas? — preguntó Alonso.

—Está bien—, dijo Charles. —Lo único es que necesito que vengas conmigo durante la primera semana o dos. Sólo para cuidarme las espaldas hasta que tenga el control de las cosas.

—¿Cómo planeas hacer eso?

—Matare al primero que se me enfrente.

—Buen plan. Maquiavélico.

Charles asintió una vez y no dijo nada.

—Nos traeré esas bebidas ahora—. Alonso entró en el apartamento y desapareció en la cocina.

Charles se dio la vuelta y miró por encima de la barandilla, hacia la calle. A pesar de lo tarde que era, había varias personas afuera. ¿Estaban celebrando como él? ¿Estaban todos llenos de esperanza e inspiración como él? ¿O estaban, al igual que él, intentando emborracharse?

—Aquí tienes—, dijo Alonso.

Charles se sentó en la mesa cerca de la puerta. Alonso se sentó frente a él.

—Organiza nuestros vuelos antes de irte a la cama. Me gustaría irme mañana si es posible.

—No sucederá. Pero estoy seguro de que podremos salir al día siguiente.

—Eso servirá.

CAPÍTULO 85

Jasmine miró a Jack con incredulidad mientras él le contaba la información que Marlowe le pasó.

—¿El Pentágono? — preguntó ella. —¿Alguien en el poder? ¿De verdad crees que esto llega tan alto?

—Rico compartió los mismos pensamientos.

—En primer lugar, realmente no sabemos mucho sobre este personaje Rico.

Sus palabras sonaron ciertas. La única gracia salvadora que tuvo Rico fue que Frank organizó la reunión. Si Frank resultó estar involucrado, también lo estaba Rico en lo que a Jack concernía.

—La segunda cosa—, dijo Jasmine, —es que no tiene sentido. ¿Por qué alguien con un puesto tan alto en el gobierno se arriesgaría a cometer tal traición?

Jack se encogió de hombros. —La gente hace locuras por dinero, Jazz.

—Yo sé eso. ¿Y podrías dejar de llamarme Jazz?

—Demasiado tarde—, dijo riendo. —Hemos pasado por demasiado juntos. Es permanente.

Ella suspiró, sacudió la cabeza y le sonrió. Sus ojos oscuros reflejaban los faros que se aproximaban, dando la impresión de que estaban brillando. Su expresión se volvió seria y dijo: —¿Y ahora qué?

—Tengo que volver a llamar a mi contacto en un momento. Está vigilando a Frank por mí. Si dice que lo tiene claro, concertarás una reunión con Frank. Pero en algún lugar público. No voy a ir a su oficina.

Levantó la mano y frunció los labios como si estuviera a punto de regañarlo por su desconfianza en Frank. Si lo hubiera hecho, él podría entender su punto. Jack y Frank tenían una historia juntos, y la propia Jasmine pasó siete años en SIS trabajando con y para Frank. Pero fue la historia de Jack con Frank la que le enseñó a desconfiar de ese hombre.

—Está bien—, dijo de mala gana. —Estoy de acuerdo, en su mayor parte. Debo dejar constancia de que no creo que Frank tenga nada que ver con esto. Y creo que estamos perdiendo el tiempo mirando a la gente del Pentágono. Esto tiene agente doble escrito por todas partes.

Jack puso en marcha el coche y condujo sin rumbo fijo durante media hora. Hablaron poco y cuando lo hacían no era sobre nada importante. En el fondo, su mente trabajaba horas extras en el rompecabezas. Hubo un momento en que acusó descaradamente a un alto funcionario del gobierno de estar involucrado en una conspiración. Se había equivocado. Afortunadamente, el hombre ofreció lo que sabía en ese momento, tal como lo había hecho el mismo hombre ese mismo día.

Observó lo ingenua que actuó Jasmine ante la posibilidad de que alguien en quien confiaban pudiera estar involucrado en la desaparición de los documentos. En cierto modo, deseaba compartir su pensamiento simplista sobre el tema. Sin embargo, si ese fuera el caso, entonces

otro grupo tendría en sus manos los documentos y el paradero de la información podría escapar por completo a la comunidad de inteligencia.

—Tienes cinco minutos—, dijo Jasmine.

Jack se liberó de sus pensamientos cuando sus palabras resonaron en sus oídos. Comenzó a buscar un lugar para estacionar.

—Entonces, ¿quién es este contacto? — preguntó ella.

Jack negó con la cabeza. No dijo nada.

—¿Por qué no confías en mí?

—No se trata de que yo confíe en ti. Se trata de protegerlo. Nadie necesita saberlo excepto yo. Si su nombre sale a la luz lo pone en riesgo.

—En otras palabras, no confías en mí.

—Jazz—, Jack extendió la mano y agarró su mano. —No es así. Te confío mi vida. Eres mi socia. Necesito que confíes en mí en esto. ¿De acuerdo?

—Lo que sea—. Apuntó con un dedo hacia el reloj del tablero. —Haz tu llamada.

Jack entró en el aparcamiento vacío de un restaurante. Rodeó la parte trasera del edificio y detuvo el auto. Tomó las llaves, pero decidió dejar el contacto encendido. Una señal de confianza. Salió y caminó hacia el campo detrás del restaurante, quince metros más allá del estacionamiento. Tomó su móvil y llamó a Marlowe.

Marlowe respondió y sonó como si lo hubieran despertado. —¿Hola?

—Es Jack. Lamento despertarte.

—No estaba dormido—. Bostezó y luego añadió: —Casi.

—¿Que tienes para mí?

—Skinner lo tiene claro. Él está de tu lado.

Jack sintió una oleada de alivio recorrer su cuerpo. —Es bueno escuchar eso. Todavía voy a mantenerlo a distancia hasta que lo sienta.

—Probablemente sea una buena idea—. Marlowe se aclaró la garganta. —Quienquiera que haya robado los documentos que circulan por ahí, bueno, según parece, fue un trabajo interno.

—Eso nos lo imaginamos. ¿Pero quién?

—Todas las cámaras se estropearon, Jack. Cada una. Fuera durante quince minutos. Los chicos en la sala de seguridad que estaban viendo las transmisiones en vivo no notaron nada en absoluto. Ni una sola cosa. Dijeron que el lugar estaba desolado. Uno de ellos lo llamó ciudad fantasma.

—¿Han sido interrogados más?

—La NSA está en proceso de hacerlo ahora mismo.

—¿Cuál es el sentimiento? ¿Están involucrados?

—No sé más de lo que te he dicho.

O los guardias estaban involucrados o alguien muy hábil manipuló la señal hacia la sala de guardia de uno de los edificios más seguros del mundo. ¿Cuántas personas tenían esa habilidad? ¿Tanta habilidad? Un puñado como mucho, pensó Jack.

—¿Qué pasa con el Pentágono? — preguntó Jack.

—Ahí es donde las cosas se ponen preocupantes.

Ésta era la información que Jack anticipaba y temía al mismo tiempo. —¿Qué quieres decir con eso?

—No sé cuánto debería decir por teléfono.

—Esta es una línea genérica. Nadie lo sabe.

—Sin embargo, ellos saben sobre la mía.

—¿Puedes decírmelo sin dar nombres?

Marlowe exhaló pesadamente y se detuvo unos momentos. —Todas las señales apuntan hacia mi sucesor.

—Cristo.

—Ahora Jack, no tengo nada concreto. Aún no hay pruebas. No puedes ir al Pentágono disparando o irrumpir en su casa a las cuatro de la mañana.

Una sonrisa se formó brevemente en el rostro de Jack, luego la gravedad de la situación resurgió. —El Pentágono es el último lugar al que debería entrar. Y me mantendré alejado de su casa. Por ahora. Sigue trabajando y lo consultaré contigo por la mañana.

Jack cortó la llamada y guardó el teléfono en su bolsillo. En su camino de regreso al auto, sacó el teléfono, quitó la batería y la tarjeta SIM y procedió a arrojar el teléfono y la batería al bosque. Luego destruyó la tarjeta. Compraría otro móvil la próxima vez que pasaran por una tienda de conveniencia.

—¿Qué dijo tu contacto? — preguntó Jasmine mientras Jack se metía dentro del auto.

—Frank no tiene nada que ver. Es un trabajo interno de la NSA. Lo del Pentágono es legítimo.

—Bien. Te lo creo. Estamos perdiendo el tiempo.

Si no fuera por lo grave de la situación, se habría reído de su capacidad para ser tan concisa como él.

—Llama a Frank—, dijo. —Que se reúna con nosotros en el primer lugar abierto en la calle F entre la 15 y la 3.

—¿Por qué allí?

—Porque no quiero que él elija la ubicación.

—Estás paranoico.

Jack no dijo nada. No tenía por qué hacerlo y Jasmine, precisamente, debería entenderlo.

Media hora más tarde, Jack y Jasmine estaban sentados en un banco de vinilo contra la pared trasera de un restaurante abierto las veinticuatro horas en la calle F. Jack miró la puerta. Un puñado de comensales entraban y salían. Ninguno de ellos era Frank. Ninguno de ellos era agente, por lo que él sabía. La mayor parte del público era joven. Gente comiendo antes de volver a casa. Amigos y extraños. Extraños y amigos. Mezclados y entrelazados gracias a la falsa bravuconería que les proporcionaba el alcohol. Después de un rato, Jack empezó a preguntarse si Frank se molestaría en aparecer.

—Ahí está—, dijo Jasmine, con el brazo apuntando más allá de la puerta.

Jack asintió cuando Frank entró. Los ojos del hombre escanearon la habitación antes de finalmente posarse en la mesa. Jack mantuvo sus ojos en la puerta mientras Frank caminaba hacia ellos. No quería que entraran sorpresas después de que Frank se sentara.

—Relájate—, dijo Frank. —Estoy solo.

Jack lo miró y luego volvió a mirar la puerta.

—Cristo, Jack—, dijo Frank. —Puedes confiar en mí. ¿Qué más quieres que diga o haga para demostrarlo?

—Cuéntamelo todo—, dijo Jack sin apartar la mirada de la puerta.

—No es un trabajo interno—, dijo Frank. —El robo fue en la NSA.

Jack bajó su línea de visión e hizo contacto visual con Frank. Quería observar los movimientos faciales y oculares del hombre mientras hablaba. —Entonces, ¿quién fue?

—Un agente rebelde—. Los ojos de Frank estaban fijos en los de Jack. Su rostro no revelaba nada.

—¿De la NSA?

—Al menos alguien familiarizado con ellos.

—¿Qué otra cosa?

—La fuga está dentro del Pentágono.

La confianza de Jack en Frank comenzó a crecer lentamente. Decidió posponer la divulgación de la información que Marlowe le pasó.

—Chicos—, dijo Jasmine. —Estamos perdiendo el tiempo con este ángulo del Pentágono.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Frank.

—Ella tiene una teoría de la conspiración—, dijo Jack.

Frank desvió su mirada hacia Jasmine y sonrió. —Al menos me gustaría escucharla.

Jasmine se inclinó hacia delante y puso los codos sobre la mesa. —Si quién filtró la primera vez está en realidad en el Pentágono, y tan alto como parecen creer, ¿por qué harían esto de nuevo si casi los explotan la primera vez?

Frank enarcó una ceja, se encogió de hombros y levantó las manos. —Tiene agallas.

Jasmine puso los ojos en blanco. —¿No tiene más sentido que el comprador original haya encontrado una manera de contratar a un agente y lo haya convencido para que le proporcione la información?

—O tal vez tuvo un agente dentro todo este tiempo—, dijo Frank.

—Ah, vamos Frank—, dijo Jack. —No estás entreteniendo esto.

Frank giró su brazo y señaló a Jack. —Jack, no tenemos nada con qué trabajar. Necesitamos explorar todas las ideas. Esto es plausible. Piénsalo. Digamos que Corea del Norte, o alguien allí, o tal vez incluso alguien en Medio Oriente estuvo involucrado en la compra inicial. Sucedieron cosas y no consiguieron lo que querían. Pero se les mantuvo informados sobre los acontecimientos y descubrieron que la información había llegado a casa. Entonces contratan a alguien que les pide dinero y luego dan la orden de robar y entregar los documentos.

—Tiene sentido—, dijo Jasmine.

Jack se reclinó. Su mano buscó un cigarrillo. No tenía ninguno. No quería admitirlo, pero la teoría de Jasmine tenía fundamento. Quizás Marlowe podría opinar al respecto. Se aseguraría de preguntar la próxima vez que hablaran. Se inclinó y abrió la boca para hablar cuando la camarera se acercó con una taza de café recién hecho.

—¿Van a pedir algo?

—Comeré tres huevos, yema blanda, y dos porciones de tocino—, dijo Jack.

Frank y Jasmine se negaron.

Después de que la camarera se fue, Jack dijo: —Está bien, entonces dime, ¿quién fue el comprador original?

—¿Oficialmente? — preguntó Frank.

Jack asintió.

—No lo sabemos.

—Frank, vamos.

—El único testigo que podríamos haber tenido no podía hablar.

—Oye, esa fue su decisión. Le di la opción de marcharse.

Frank negó con la cabeza. —Este maldito desastre.

—¿Qué pasa extraoficialmente?

Los ojos de Frank pasaron de Jack a Jasmine y luego de regreso. Se recostó y no dijo nada.

—¿Qué? — preguntó Jack. —¿Ella no puede saberlo? ¿O ella sí lo sabe y tú estás decidiendo si me cuentas la verdad?

—Jack—, dijo Frank, con los brazos extendidos.

—No me jodas. Me iré ahora mismo y ustedes podrán resolver esto por su cuenta. Ya estás ladrando al árbol equivocado con esta basura de antiguo comprador.

—Fue Corea del Norte—, dijo Jasmine.

Jack se volvió hacia ella. Tenía los ojos oscuros y el rostro duro. Mientras él la miraba, ella pareció suavizarse, como si hubiera estado ocultando un secreto profundo y oscuro durante el tiempo que se conocieron y finalmente salió a la luz. La pregunta era si esto era sólo el goteo antes de que se rompiera la presa. Dejó de mirarla y miró a Frank, quien asintió con la cabeza.

El peso de la situación lo golpeó duramente. Cuando era una organización terrorista rusa heterogénea, era malo. Pensó que tal vez extremistas musulmanes habían estado involucrados en la compra inicial. Eso le había dado motivos para estremecerse. Pero ahora escuchar que Corea del Norte estaba involucrada le dejó una sensación de vacío en el estómago, que fue reemplazada por una extraña sensación de validación de que en realidad no había causado más problemas al robar los documentos. Potencialmente había salvado al mundo.

—¿El Gobierno? — preguntó Jack.

—En este momento son cincuenta y cincuenta—, dijo Frank. —Si no fue ordenado desde arriba, no estaba muy por debajo de eso. Incluso si fuera un grupo extremista, la llamada habría venido desde dentro.

Jack exhaló ruidosamente y se movió en su asiento. Miró alrededor de la sala para asegurarse de que ningún otro comensal estuviera prestando atención a su conversación. El hecho de que fueran los únicos sobrios en el lugar lo hizo sentir un poco mejor.

—¿Ahora ves por qué estoy presionando esto? — preguntó Jasmine.

Jack asintió. No dijo nada. Todavía estaba procesando la información.

—Me encantaría equivocarme—, dijo. —Diablos, demuéstrame que estoy equivocada y bailaré sobre el capó del auto. Pero hasta que eso suceda, debemos perseguir esto. Puede que nos cueste, pero tenemos que hacerlo.

—¿Quién puede ayudar? — preguntó Jack.

—Tenemos opciones—, dijo Frank. —Déjame encargarme de eso. Sigue trabajando tus fuentes. Yo trabajaré las mías. ¿Te reunirás pronto con Clarissa?

—Espero hacerlo mañana.

Frank se puso de pie y salió de la banca. —Llámame mañana. Y, por el amor de Dios, vuelvan a armar sus teléfonos. Necesito saber dónde están ustedes.

Jack observó a Frank salir del restaurante y mantuvo sus ojos en él hasta que desapareció de su vista. Él y Jasmine permanecieron en silencio durante diez minutos. Finalmente ella habló.

—Podemos quedarnos en mi casa.

Jack asintió. —Vamos.

CAPÍTULO 86

Clarissa permaneció cerca de los edificios, caminando entre las sombras. Su ropa oscura la hacía prácticamente invisible. Llevaba el pelo recogido bajo un gorro oscuro. Afortunadamente, la noche era fresca y el exceso de ropa era cómoda. Las nubes bloquearon la luz de la luna, proporcionando otra capa de seguridad.

Irrumpir en la residencia del Presidente del Estado Mayor Conjunto era arriesgado, pero Sinclair creía que esa era la fuente anónima. Quizás con el suave empujón de la pistola de 9 mm de Clarissa, sería más comunicativo.

Para ser un vecindario de un millón de dólares, le resultó bastante fácil pasar desapercibida. Aun así, no podía bajar la guardia. Así es como ocurren los accidentes y atrapan a la gente. Para una mujer vestida como un ladrón y armada hasta los dientes, ese sería un mal final para un día estresante.

Se detuvo frente a la casa del general Marcus Prather, jefe del Estado Mayor del Ejército. La casa parecía tranquila y silenciosa. Las ventanas estaban a oscuras, la entrada también. No había ninguna luz encendida en el porche. Las farolas estaban lo suficientemente lejos como para que los rayos de luz que proyectaban no llegaran a la casa.

Cruzó la calle rápidamente, sin disminuir nunca el paso. Cuando llegó a la casa, se presionó firmemente contra el exterior y se deslizó hasta el suelo. Primero tuvo que comprobar si había un sistema de seguridad. No hubo ningún indicio obvio de que hubiera uno instalado. Ningún cartel plantado en el patio. Sin embargo, eso no significaba que no hubiera ninguno. La experiencia se lo había enseñado. Rodeó la casa y encontró los cables de servicios. Teléfono, energía y Tv, todos cuidadosamente colocados uno al lado del otro.

Metió la mano en su bolso y sacó un destornillador de cabeza Phillips. Abrió la cabina del teléfono. Volvió a buscar en su bolso y sacó un par de pinzas con un dispositivo electrónico conectado. Conectó el dispositivo al cable azul sólido y al cable rayado azul y blanco que conectaba con la compañía telefónica. El dispositivo tenía dos propósitos. En primer lugar, varias agencias controlan determinadas líneas telefónicas. Si simplemente cortara la línea telefónica, registraría un estado de bloqueo permanente. Esto sería visto y se enviaría un equipo del Servicio Secreto. El dispositivo que conectó cortó la señal telefónica de la casa, pero dejó la línea en condiciones operativas en lo que respecta a cualquiera que estuviera monitoreando. El dispositivo también transmitía la señal de latido apropiada al sistema de monitoreo de una compañía de alarmas.

Satisfecha de que la casa estuviera aislada, continuó alrededor del perímetro para encontrar el mejor punto de entrada. No pasó mucho tiempo. La ventana de la cocina se había dejado abierta y daba al patio trasero. Estaría expuesta durante unos segundos mientras trepaba por la ventana. Sin embargo, las casas detrás de la de Prather parecían tan tranquilas y silenciosas como la suya.

Decidió arriesgarse a entrar por la cocina en lugar de forzar la cerradura de la puerta principal a oscuras.

La casa estaba sobre pilotes, lo que dejaba la parte inferior de la ventana ligeramente más alta que la parte superior de su cabeza. Una silla de jardín cercana resolvió el problema. Levantó y dejó la silla, luego subió, teniendo cuidado de no dejar que su pie se deslizara por las aberturas creadas por la tela entrecruzada.

Usó ambas manos para abrir la ventana por completo. Metió la mano dentro, se agarró al alféizar de la ventana y se impulsó. Su cuerpo se deslizó hacia arriba y a través de la abertura con la gracia de una gimnasta en la barra alta. Unos segundos más tarde se agachó contra la pared y se reorientó.

La información que había reunido sobre Prather le decía que estaba divorciado y que sus hijos eran adultos. Eso la llevó a creer que la casa estaría vacía excepto por él. Se preparó para la posibilidad de que un tercero estuviera presente y trataría con ellos en consecuencia.

Las tablas del suelo crujieron cuando cruzó la cocina. A pesar de la fachada actualizada, la casa era un edificio antiguo rehabilitado. Sabía que el General sería capaz de diferenciar entre los sonidos de su casa al expandirse y contraerse, y los sonidos de un intruso.

Clarissa continuó, agarrando con fuerza su pistola en la palma de su mano. El mango empujó el interior de su guante empapado en sudor contra su piel.

Revisó cada habitación de la planta baja, deslizándose por la casa con el sigilo de un gato al acecho. Luego subió las escaleras. Subió seis escalones hasta un rellano que hacía una curva y luego subió otra media docena de escalones. En la cima, miró a la izquierda y luego a la derecha. Una puerta a la derecha, tres a la izquierda. Supuso que la habitación principal estaba a la derecha. Se dirigió a la izquierda para revisar las habitaciones restantes.

La primera habitación a la que llegó parecía ser un dormitorio de invitados. La puerta al final del pasillo conducía a un baño completo. La tercera puerta daba a una oficina. Las tres habitaciones estaban desocupadas.

Clarissa regresó a lo alto de las escaleras. Paró. Escuchó. Planificó como quería que se desarrollara la secuencia de eventos. Sería rápido, fácil e indoloro.

Metió la mano en su bolso y sacó una lata plateada. Torció la tapa. Sacó un poco de la sustancia negra que contenía y la extendió por su rostro. Había hecho esto antes de acercarse a la casa, pero quería asegurarse de estar cubierta. Ser descrita más tarde por Prather atraería atención no deseada hacia ella y Sinclair.

Respiró hondo y caminó por el pasillo hacia el dormitorio de Prather. A tres cuartas partes del camino, un fuerte estallido surgió debajo de sus pies. Otra tabla del piso defectuosa, o quizás algo hecho a propósito por el dueño de la casa para alertarlo en caso de que alguien se acercara a la habitación. De cualquier manera, vio luz salir del espacio debajo de la puerta y de las grietas a lo largo del costado y la parte superior.

Dos voces distintas comenzaron a hablar en tonos apresurados y ansiosos.

CAPÍTULO 87

El corazón de Clarissa latía contra su pecho con la ferocidad de un solo de batería. Su adrenalina se disparó. Se sentía como si un peso de veinte kilos se posara sobre sus pulmones. Punzadas de pánico le atravesaron el pecho y el abdomen. Sus dedos hormiguearon y comenzaron a entumecerse. Tenía que recomponerse. Las líneas telefónicas estaban interrumpidas, pero ¿quién utilizaba aún la línea doméstica? Prather podría estar llamando a la policía desde su teléfono móvil en ese momento. No había tiempo que perder.

Obligó a su pecho apretado a respirar profundamente. El dolor de sus pulmones al estirarse hasta su máxima expansión casi la hizo gritar. Sus manos apretaron con fuerza su pistola. Los sentimientos de pánico disminuyeron y su entrenamiento tomó el control. Dio cuatro pasos rápidos hacia la puerta y luego la abrió de una patada con la pierna derecha.

Sostuvo su arma con ambas manos, apuntó al hombre que identificó como Prather y gritó: —No te muevas.

Prather dejó caer su teléfono celular. Intentó hablar, pero sólo pudo tartamudear.

Clarissa evaluó la habitación en busca de posibles amenazas o armas. Apenas se dio cuenta de que el compañero de cama de Prather era otro hombre. No podía ubicarlo y él ya tenía las manos en alto, así que lo ignoró.

—Tira el celular ahí—. Señaló con su arma hacia el armario.

Prather obedeció, tomó su teléfono y lo arrojó.

Ella miró al otro hombre. —De rodillas.

—¿Qué? — preguntó él.

—Hazlo—, dijo. —Ahora. Y mantén tus manos donde pueda verlas.

El hombre se puso de rodillas.

—Ahora acuéstate boca abajo. Manos detrás de tu espalda.

Cayó hacia adelante y juntó las manos detrás de la espalda baja.

Miró a Prather. —Levántate—" Mientras él se levantaba de la cama, ella metió la mano en su bolso y sacó tres cordones negros. Los arrojó sobre la cama. —Aunque seas un militar, estoy segura de que puedes resolver esto. Uno para sus muñecas, otro para sus tobillos y el tercero para conectarlos. Cualquier cosa graciosa y *le dispararé a él primero*.

Prather asintió. Empezó a calmarse. Tal vez pensó que como ella aún no le había disparado, no lo haría. Recogió las cuerdas y comenzó a atar las muñecas del otro hombre. Luego bajó hasta los tobillos. Finalmente, ató la tercera cuerda alrededor de los nudos cerca de las muñecas y los tobillos del hombre y la apretó, atando a su compañero.

—Nunca te saldrás con la tuya—, dijo.

—Cállate de una vez—, dijo Clarissa.

—¿Tienes alguna idea de quién soy? — preguntó él.

—Por supuesto que sí—, dijo. —Pero no tienes idea de quién soy.

Él la miró por encima del hombro mientras terminaba el nudo. No dijo nada.

—Ve al otro lado de la habitación. Mira hacia la esquina—. Esperó hasta que él cumplió con su orden y luego avanzó hacia el hombre atado. Revisó los nudos para asegurarse de que él no hubiera hecho nada que permitiera a su amigo escapar fácilmente. Satisfecha, dirigió su atención a Prather. —Ahora ve a la puerta y espérame.

—¿A dónde lo llevas? — preguntó el otro hombre.

Clarissa agitó el arma que tenía en la mano y golpeó con el mango la nuca del hombre. El golpe lo dejó inconsciente.

—No le hagas daño—, gritó Prather mientras daba dos pasos hacia Clarissa.

Rápidamente giró el arma y apuntó a su cabeza. —Un paso más. Adelante. Hazlo.

Prather se detuvo y levantó las manos con las palmas hacia afuera.

—Buen chico—, dijo. —Ahora date la vuelta. Vamos a tu cocina.

—¿Por qué la cocina?

—Porque tienes alfombra en el baño y la sangre manchará la alfombra.

Él no dijo nada.

Ella le dio un golpe en la espalda con la punta del cañón de su arma y él comenzó a caminar hacia las escaleras. Ella lo siguió por los dos tramos de seis escalones y atravesó la casa hasta la cocina. Se detuvo justo afuera, aparentemente negándose a alejarse de la seguridad del piso alfombrado.

—¿Ahora qué? — preguntó él.

—Entra. Saca una silla, muévela al centro de la habitación y siéntate—. Ella observó desde la puerta cómo él realizaba las tareas en el orden que ella le había indicado. Después de que él se sentó, ella sacó dos cuerdas más. Envolvió una alrededor de su pecho y la otra alrededor de sus piernas, asegurándolo a la silla.

—¿Puedo tomar un poco de agua? — preguntó él.

—No—, dijo ella. —Así es como funciona esto. Voy a hacerte una serie de preguntas. Me vas a dar respuestas. Si te niegas a responder, reaccionaré de manera violenta. Si no me gusta tu respuesta, reaccionaré de manera violenta. Si me dices lo que quiero saber, saldré de aquí y nunca más me verás.

Bajó la cabeza hasta el pecho y dijo: —Entiendo. ¿Qué quieres saber?

—Alguien en el Pentágono ha sido un chico malo, general. Quiero saber quién.

—El Pentágono está lleno de gente mala, señora. Los niños del coro no eligen la defensa como vocación.

Se agachó para estar a la altura de los ojos del hombre. —Sea como fuere, alguien ha hecho algo mal, incluso según tus estándares.

—¿Cuál es esa mala acción? — preguntó.

—Se filtraron documentos de seguridad clasificados. Hace unos seis o siete meses.

Él asintió. No dijo nada.

—¿Quién fue?

Él miró hacia otro lado, con los labios apretados.

Ella se puso de pie. Extendió la mano y agarró su dedo meñique izquierdo. —Aquí es donde me gusta empezar. No te afectará mucho en los próximos días, pero el dolor normalmente te hace entender—. Ella se movió para que sus ojos se encontraran con los de ella. —Una última oportunidad. ¿Quien?

Él no dijo nada.

Ella levantó su dedo y lo doblo bruscamente. El movimiento dislocó cada hueso de su dedo. Apretó la mandíbula y dejó escapar un fuerte gemido.

—Luego, recientemente—, dijo, —esos documentos regresaron y se mantuvieron a salvo en la NSA. Ahora, aparte de cuatro personas de la NSA, nadie más sabía de ellos. Excepto ciertas personas en el Pentágono. ¿Sabe algo sobre eso, Prather?

Nuevamente se negó a responder.

Sacó un cuchillo de su bolso y con un movimiento fluido lo pasó por su cuerpo, hundiéndolo en su pierna por encima de su rodilla izquierda.

Gritó de dolor y miró con incredulidad el arma blanca que sobresalía de su pierna. La sangre manó de la herida, envolviendo su rodilla y pantorrilla y goteando al suelo.

—Mira—, dijo. —Todo lo que necesitas es un trapeador y el piso quedará como nuevo.

Sacudió la cabeza. —Estás loca.

—Así que ahora creemos que alguien dentro del Pentágono organizó el robo de esos documentos. La única pregunta es ¿quién? Y ahí es donde necesito tu ayuda.

—Púdrete.

Ella sonrió. Dejó su bolso sobre la mesa de la cocina y se sentó. Sacó un largo picahielos de acero de la bolsa. Luego sacó un soplete. —¿Sabes qué hace el acero caliente cuando penetra el ojo humano?

—Haz lo que quieras conmigo. No voy a hablar.

—Esto no es para ti—. Hizo un gesto hacia el techo. —Es para tu novio—. Miró desde sus ojos hasta su meñique dislocado y el cuchillo en su pierna. Cuando sus miradas se encontraron de nuevo, ella pudo ver que había sido derrotado.

—Cuando tu jefe se acerca a ti y te dice que hay que hacer algo para proteger al país, lo escuchas. Cuando te dice que tiene la intención de probar qué tan fuerte es la red que nos protege, no tienes motivos para dudar de él—. Sus ojos parpadearon y su cabeza se balanceó hacia atrás y luego hacia adelante. Tosió un par de veces y se enderezó. —Y entonces, una noche, una agente loca aparece en tu casa y empiezas a preguntarte qué pasó.

—¿Su jefe? ¿De qué estás hablando?

—Conozca su estructura de gobierno, señora. No estoy aquí para dar una clase. ¿Quiere oír esto o no?

Ella asintió. No dijo nada.

—Entonces se puso en marcha un plan. Uno de los mejores tipos que tuvo el Ejército iba a interceptar dicha información y transportarla a una ubicación predeterminada. Nunca lo logró. Al principio pensamos que era la red, ya sabe, que lo envolvió e hizo lo que se suponía que debía hacer.

—Pero no fue así.

—No—, dijo. —Resulta que un exagente deshonesto hizo un trabajo para un jefe criminal. Lo único es que nuestro hombre no está en condiciones de hablar y contarnos lo que pasó.

—¿Que le sucedió?

—Cayó en coma—, dijo. —Aún no ha despertado.

—¿Entonces me estás diciendo que todo esto, estos documentos y los problemas que han causado fueron parte de alguna operación secreta del gobierno para poner a prueba la seguridad de la nación?

—Sí.

—¿Y que sólo diez personas sabían sobre esto?

—Prueba con menos de diez.

Clarissa se inclinó hacia delante y estudió al general. El hombre había confirmado que sabía algo. La pregunta ahora era si estaba diciendo la verdad o no.

—Entonces, ¿por qué—, dijo, —a los pocos días de que esta información resurgiera y se bloqueara, vuelve a desaparecer?

El general volvió a toser. Se habían formado gotas de sudor en su frente y ahora corrían por sus mejillas sin afeitar. Se aclaró la garganta y luego dijo: —Eso es lo que estoy tratando de descubrir. Pensé que una vez que los devolvieran habríamos terminado con este lío. Estoy empezando a tener dudas sobre mi…

Ella levantó una ceja con anticipación, pero él no completó la frase. Su rostro se puso rojo brillante y comenzó a arañar su abdomen con su mano derecha. Su puño apretó su camiseta blanca y subió. Finalmente, se llevó las manos al pecho.

—Oh, Dios mío—, dijo Clarissa. —General, ¿está sufriendo un ataque al corazón?

Él no respondió. No pudo responder. Su corazón había explotado y en esos pocos segundos, la vida había abandonado su cuerpo.

—Cristo—, dijo en voz alta. Ella sacó el cuchillo de su pierna y lo arrojó en su bolso. Sus manos estuvieron cubiertas con guantes todo el tiempo y su cabello escondido dentro de un gorro. A pesar de eso, hizo una revisión rápida para asegurarse de que no había olvidado nada. Sinclair se encargaría de todo en la casa a partir de ese momento. Todo lo que Clarissa tenía que hacer era marcharse sin ser detectada.

Corrió por la casa y salió por la puerta principal. El pitido que escuchó le indicó que había activado una alarma. Sólo era cuestión de cómo se conectaba el dispositivo a la empresa de alarmas. Se mantuvo cerca de las casas mientras se alejaba de la del General. Moviéndose rápida y silenciosamente en la oscuridad, Clarissa se mantuvo alerta y atenta a la presencia de testigos. Las sirenas se acercaron desde la distancia, diciéndole todo lo que necesitaba saber sobre el sistema de alarma y validando su decisión de entrar a la casa por la ventana abierta.

Siguió entre las sombras hasta llegar a su vehículo a dos cuadras de distancia. Los policías se habían acercado desde la otra dirección. Ella escapó como un fantasma que se desvanece en los rincones más oscuros de una habitación.

CAPÍTULO 88

Oso observó con desprecio mientras Pierre bebía su café. No tenía idea de cómo se desarrollaría el día. Planeaban eliminar a Charles en las próximas cuarenta y ocho horas. Brutal era la descripción que habían elegido. Oso se preguntó si, a través del caos, Pierre también podría encontrar su fin.

El francés dejó su taza y sonrió. —Va a ser un buen día, amigo mío.

Oso asintió y no respondió. Su mirada pasó más allá de Pierre y se centró en la pared de azulejos azules. Nunca se había sentido cómodo con Pierre, y ese sentimiento era veinte veces peor después de la situación con Kat la noche anterior.

—¿Qué pensaste de Kat? —preguntó Pierre.

¿El mero pensamiento de la mujer había provocado esto? Oso levantó los hombros en el aire unos centímetros y sacudió la cabeza.

—Ella es una buena mujer—, dijo Pierre. —Es una pena que no puedas quedarte más tiempo y conocerla.

—Sí—, dijo Oso. —Es una pena—. Su móvil vibró en breves ráfagas contra la mesa. Una pequeña sensación de alivio lo invadió, tomó el teléfono y dijo: —Disculpa.

Se levantó de la mesa y contestó el teléfono mientras salía del café hacia un pequeño patio cercado.

—¿Sí? — preguntó él.

—Tienes seis horas.

—¿Quién es?

—Frank.

—¿Seis horas para qué?

—Seis horas hasta que Charles y su hombre partan hacia el aeropuerto para abordar un avión de regreso a Nueva York.

—Eso no es mucho tiempo.

—Será mejor que empieces entonces.

—¿Por qué no lo terminamos en Nueva York?

—No—, dijo Frank. —Quiero que toda su organización tenga miedo dondequiera que vayan.

—Frank, tenemos que pensar en esto.

No hubo respuesta. Oso sostuvo el teléfono frente a él y vio que la llamada había terminado. —Hijo de puta—, murmuró en voz baja. No hubo tiempo para planear algo elaborado. No podría meterse en la cabeza de Charles y señalar una rutina. Tendrían que pasar a la ofensiva y atacar. Y para hacerlo necesitaría una forma de entrar. Oso se giró y se apoyó contra la barandilla de metal. A través del cristal ahumado, pudo ver a Pierre en el mostrador pidiendo otro café. Entonces se le ocurrió el plan. Usaría a Pierre como cebo.

Permaneció en el patio unos minutos más mientras pensaba en diferentes escenarios. La primera idea que se le ocurrió fue enviar a Pierre y que guiara a Charles hasta una ventana. Oso se ubicaría frente al edificio en un piso igual o más alto y dispararía. —Demasiadas cosas podrían salir mal—, pensó. En primer lugar, no tenía idea de si Charles permitiría o no que lo posicionaran de esa manera. En segundo lugar, Charles podría estar tan enojado con Pierre que lo mataría en el momento en que se cerrara la puerta.

Oso sonrió. Eso fue todo. Usaría el temperamento de Charles en su contra. Volvió a entrar y encontró a Pierre sentado a la mesa, tomando café y fumando un cigarrillo.

—¿Puedo conseguir uno de esos? — preguntó Oso.

Pierre sacó un cigarrillo y un encendedor y los colocó en medio de la mesa. —¿Quién era?

—Frank.

—¿Qué quería?

—El tiempo se acaba.

Pierre enarcó una ceja y le hizo un gesto a Oso para que continuara.

—Charles se va hoy. Sólo tenemos unas pocas horas.

—Ese no es tiempo suficiente.

—Tengo una idea. Pero primero, ¿qué pasa con tus contactos aquí? ¿Alguien que pueda ayudarnos?

Pierre sacudió la cabeza. —Esos puentes todavía están ardiendo.

Oso arrojó las cenizas en el cenicero de hojalata y asintió. —Entonces esto es lo que estoy pensando. Vamos a su casa. Sabes dónde está, ¿verdad?

—Sí.

—Vas a la puerta y actúas de manera confrontativa. Dile que quieres tu dinero por matarme. Fuiste a Nueva York para arreglar las cosas con el viejo, pero lo habían asesinado y nadie en la organización quiso pagar.

Pierre se apartó de la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Se mordió el labio inferior. Después de unos momentos dijo: —Él sabrá que yo no te maté.

—Eso es con lo que cuento.

—¿Disculpa?

—Charles tiene mal carácter. Se enojará al verte. Luego, cuando empieces a decirle que quieres tu dinero, se enojará aún más.

—Él me matará.

—Estaré allí, Pierre. Tú quédate en la puerta. Mantén la puerta abierta. Tan pronto como escuche que la situación se intensifica, iré por el pasillo y le colocaré una bala en el maldito cerebro.

Pierre miró a Oso con ojos oscuros. Los músculos de su mandíbula se ondulaban a lo largo de los lados de su cara. ¿Estaría de acuerdo? Era su cuello el que estaba en juego, no el de Oso, aunque ambos hombres estaban poniendo sus vidas en riesgo.

—Estaré allí—, dijo Oso.

—¿Qué pasa si están vigilando el edificio?

—Entonces tendremos un tiroteo incluso antes de llegar a la puerta. Y nos enfrentaremos a contra cualquiera que esté.

La barbilla de Pierre cayó sobre su pecho y sus ojos recorrieron la mesa de un lado a otro. El hombre no era ajeno a las situaciones peligrosas. Sin embargo, Oso pensó que hoy no se había despertado esperando decidir si arriesgaría su vida o no.

—Hagámoslo—, dijo Pierre.

CAPÍTULO 89

El golpe en la puerta no fue fuerte, pero sí lo suficiente para despertar a Jack. Se levantó del sofá y agarró su arma. Había dos ventanas estrechas a cada lado de la puerta. Descorrió la cortina de la izquierda y vio a Clarissa parada en el porche.

—Me encontraste—, dijo mientras abría la puerta.

Ella pasó junto a él y tomó asiento en el sofá.

—Vamos a la cocina—, dijo Jack. —Necesito café.

Jasmine tenía su cafetera configurada para funcionar automáticamente a las siete de la mañana y les esperaba una cafetera llena. Jack colocó su teléfono sobre la mesa y luego caminó hacia la cafetera. Sacó dos tazas y las llenó. Dejó, una frente a Clarissa y la otra frente a una silla vacía. Se sentó y tomó tres sorbos. Se frotó los ojos y se estiró.

—¿Qué has encontrado? — preguntó él.

Clarissa se quedó inmóvil antes de sacudir la cabeza y decir: —Todo depende de una de tres personas.

—¿Quienes?

—Ni siquiera debería decirlo.

—¿Pentágono o superior?

Ella asintió.

—Eso es lo que yo también he escuchado—, dijo Jack.

—Pero puede que no sea lo que pensábamos, Jack.

—¿Qué quiere decir eso?

Ella procedió a contar la historia del General, incluyendo cómo encontró su final.

Dijo: —Si todo eso es cierto, ¿por qué los robaron otra vez?

—Llegamos a eso y eso también lo confundió. Pensó que podría estar acercándose a algo. No lo sé. Demonios, ahora nunca lo sabremos.

—Entonces tenemos que seguir adelante con esto.

—¿Contra quién?

—El Subsecretario de Defensa.

Clarissa bajó los ojos y se concentró en su taza de café. Tomo el teléfono de Jack, lo hizo girar y le dio la vuelta en la mano. Permanecieron en silencio durante tres largos minutos. Jack repasó su historia de un lado a otro, tratando de localizar cualquier laguna o desvío en la información que el general le había dado. No podía aceptar el hecho de que los documentos hubieran sido robados la primera vez como parte de una prueba. Parecía una buena manera de lograr que mucha gente honesta se esforzara y cumpliera las órdenes de un hombre malo. Él mismo se había convertido en parte de ello.

Jack escuchó la puerta principal abrirse y cerrarse. Se oyeron pasos.

Clarissa levantó la vista. —Jack, no creo...

Levantó un dedo para silenciarla. —Ya viene Jasmine. No digas nada específico. Habla en términos generales.

Jasmine entró en la cocina, se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa. —¿Reunión de las mentes?

—Algo así—, dijo Jack. —La organización de Clarissa cree lo mismo que yo.

Jasmine negó con la cabeza. —Ya hablé con Frank y estamos dando seguimiento al ángulo del terrorismo extranjero.

—¿Tú y Frank? — preguntó Jack.

—No—, dijo Jasmine. —Tú y yo.

—Estás sola, Jazz. No trabajo para Frank y no recibo órdenes ni de él ni de ti.

Ella suspiró. —Jack, estás perdiendo el tiempo. Un tiempo precioso que no podemos recuperar. Cada hora que pasa, esos documentos se alejan más y caen en manos más peligrosas.

—Jack—, dijo Clarissa. —Mi grupo puede trabajar en esto y tú...

—Es doméstico. Legalmente, Sinclair no puede hacer nada—. Volvió su atención a Jasmine. —Pon a Frank al teléfono.

Jasmine se levantó, fue al mostrador y agarró su teléfono celular. Tocó la pantalla, marcó el número de Frank y encendió el altavoz. Colocó el teléfono en el centro de la mesa y tomó asiento junto a Jack.

—Sí, Jasmine—, dijo Frank.

—Tengo a Jack aquí conmigo, Frank. No está de acuerdo con el plan.

—¿Cuál es el problema, Jack? — preguntó Frank.

—Esto es un montón de tonterías. Tengo una fuente que me lleva al Pentágono. Ese es el ángulo en el que quiero trabajar.

—Hicimos un seguimiento de la teoría de Jasmine—, dijo Frank. —Es más que una teoría. Ahí es donde te quiero.

—No trabajo para ti—, dijo Jack.

La línea quedó en silencio excepto por la respiración de Frank. Subía y bajaba, rápidamente al principio y luego volvió a un ritmo normal.

—Jack—, dijo Frank. —O estás a bordo o hago saber que tu muerte fue fingida y que estás vivo y coleando por el Pentágono. Creo que hay algunas personas que podrían estar interesadas en escuchar esa información. Atará algunos cabos sueltos y, como mínimo, desviará parte de la culpa.

Jack sintió que sus mejillas ardían mientras la ira brotaba dentro de él. Frank tuvo suerte de que esta conversación se llevara a cabo por teléfono, o probablemente habría terminado muerto. Respiró hondo y recuperó el control de sus emociones.

—Tú y yo nos remontamos desde hace mucho tiempo—, dijo Jack.

—Sabes que no me importan ese tipo de cosas—, dijo Frank.

—Sólo dame veinticuatro horas. Si para entonces no lo he resuelto, iré a donde quieras.

—Dame un segundo—, dijo Frank.

Jasmine agarró el teléfono y se lo llevó a la boca. —No estás considerando esto, ¿verdad?

—Jack—, dijo Frank. —Toma el teléfono y apaga del altavoz.

Jack extendió la mano y esperó a que Jasmine le entregara el teléfono. Lo dejó caer sobre la mesa y salió de la cocina.

—¿Qué quieres, Frank? — preguntó Jack.

—¿Estás solo?

Jack miró a Clarissa y se llevó el dedo índice derecho a los labios. —Sí, completamente solo. Jasmine salió de la habitación.

—¿Estás seguro de tu fuente?

—Cien por ciento.

—¿Quién es?

—Estoy de su lado. ¿No es suficiente?

Frank dejó escapar una exhalación audible y dijo: —Tienes veinticuatro horas. Después de eso, el teléfono se enciende y me informas o hago público y le digo al mundo que estás vivo.

Jack cortó la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa. Miró a través de la abertura entre la cocina y la sala y vio a Jasmine sentada en el sofá. Pensó en tratar de convencerla de trabajar en su ángulo para el día siguiente, pero al final decidió no hacerlo. Ella sería más un obstáculo que una ayuda en este momento.

Se volvió hacia Clarissa. —Deberíamos salir de aquí.

Se puso de pie y pasó junto a Jasmine hacia la puerta principal. Salió sin decir una palabra. Jack la siguió y se detuvo en la puerta. Miró por encima del hombro a Jasmine.

—Si esto no sale como creo, volveré por la mañana—, dijo.

—Me iré, Jack.

—Entonces te encontraré.

Ella no dijo nada.

—Buena suerte, Jazz—. Dicho esto, cerró la puerta y se dirigió hacia el coche de alquiler.

Clarissa estaba junto a la puerta del conductor. Tenía el rostro demacrado y se negaba a hacer contacto visual.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—Sinclair me está probando—, dijo.

—¿Por qué?

—No puedo decir nada más que me está enviando lejos para atender otro asunto.

Jack extendió la mano y puso sus manos sobre sus hombros. Ella se puso a su alcance y lo rozó. Se besaron durante una docena de segundos antes de que ella se alejara y corriera hacia su vehículo.

—Ten cuidado, Jack—, dijo. —Vigila tu espalda.

—Siempre—, dijo. —Mantén esa línea telefónica abierta.

Ella lo saludó con su teléfono celular en la mano y se secó los ojos con la manga del otro brazo.

Esperó hasta que ella se perdió de vista, luego se subió a su auto y arrancó. Necesitaba hablar con Marlowe antes de continuar y pensó que aún podría encontrar al hombre en su casa.

CAPÍTULO 90

El edificio de apartamentos proyectaba una sombra al otro lado de la calle, enfriando el cálido día de primavera. Oso y Pierre permanecieron cerca del edificio. El plan de Oso era esperar a que alguien entrara o saliera del edificio y luego agarrar la puerta antes de que se cerrara. Había un riesgo al esperar afuera, pero si Charles aparecía, entonces tendrían un tiroteo en la calle. Puede que tuviera mala prensa, pero para eso tenían a Frank. Podría limpiar cualquier desastre que hicieran.

—¿Recuerdas qué apartamento era? — preguntó Oso.

—Es el lado derecho del último piso—, dijo Pierre. —En el ático.

Oso se encogió de hombros. Miró hacia arriba. Pensó que a Charles le había ido muy bien.

La puerta se abrió y una mujer de unos setenta años luchaba por pasar ella y su perro. Pierre dio un paso adelante y agarró la puerta, manteniéndola abierta para la dama. Ella le dio las gracias en francés y se alejó del edificio sin mirar atrás.

—Eso fue fácil—, dijo Pierre.

Más fácil de lo que Oso esperaba. —Movámonos.

Se quedaron pegados a las escaleras en lugar de subir en el ascensor. Se detuvieron en el rellano final, recuperaron el aliento y repasaron su plan una vez más.

—Prométeme que serás rápido—, dijo Pierre.

—Más rápido que un ninja—, dijo Oso.

Cuando se lo decía a Jack, seguramente le seguía una broma sobre el tamaño del hombretón, o al menos una risa. La frase no provocó la misma respuesta por parte del francés.

PIERRE SE ARRASTRÓ POR EL PASILLO, CADA PASO LO ALEJABA MÁS DE LA RELATIVA SEGURIDAD que le brindaba tener una pareja. Llegó a la esquina y siguió el pasillo que giraba hacia la derecha. La puerta estaba a seis metros de distancia. Se detuvo y respiró hondo. Mientras cambiaba de un pie a otro, el frío cañón de su arma rozó la piel de su espalda. El sentimiento era tranquilizador en algunos aspectos y le daba motivos de duda en otros. Tendría que confiar en una liberación limpia, algo que no estaba garantizado sin una funda.

Recordó la última vez que estuvo en el apartamento. Fue poco después de su regreso a Francia desde Rusia. Charles le había ofrecido trabajo y lo invitó a discutir los detalles. No habían llegado a un acuerdo de trabajo en ese momento y Pierre cayó aún más en su depresión a medida que pasaban los días y las semanas.

Ahora estaba allí de nuevo, sintiendo que tenía la oportunidad de borrar el dolor de los seis

meses anteriores quitándole la vida a Charles.

El aire en el pasillo estaba en silencio. La piel de su frente se sentía húmeda. Se secó la frente y respiró profundamente una serie de veces para calmarse y concentrarse. Luego caminó hacia la puerta. Extendió su brazo y golpeó la madera maciza con los nudillos cuatro veces.

La luz de la pequeña mirilla situada en el centro de la puerta se apagó cuando alguien miró por ella. Pierre se preparó internamente. En el exterior, trató de permanecer lo más tranquilo posible, dejando que sus hombros se hundieran ligeramente y sus brazos colgaran a los costados.

La puerta se abrió un poco y Alonso asomó la cabeza. —¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Estoy aquí para cobrar.

—¿Qué cosa?

—¿Qué quieres decir con qué cosa? Ya sabes qué.

—¿Por hacernos perder el tiempo?

—¿Dónde está Charles?

—¿Estás loco? Te matará si te ve—. Alonso parecía realmente preocupado por la seguridad de Pierre.

Pierre continuó con la actuación. —¿Matarme? ¿Por qué? Debería matarlos a los dos. Completé un trabajo y el anciano desaparece poco después. Nadie en Nueva York quería pagar. Ustedes me tendieron una trampa y me dejaron sin mi cuarto de millón.

—No completaste nada. Deberías irte.

Alonso empezó a cerrar la puerta. Pierre metió el pie en la abertura impidiendo que se cerrara.

—¿Estás diciendo que soy un mentiroso? — preguntó Pierre.

Alonso meneó la cabeza y miró al suelo. Un momento después levantó los ojos y se encontró con los de Pierre. —Necesitas irte. Estamos a punto de partir. No lo pensará dos veces antes de matarte.

Pierre se inclinó hacia adelante y apoyó el antebrazo izquierdo contra el marco de la puerta. Deslizó su mano derecha alrededor de su espalda y envolvió sus dedos alrededor del mango de su pistola. —Trae a Charles ahora.

Alonso dio un paso atrás y dejó caer la puerta contra el zapato de Pierre.

Pierre esperó y escuchó. A través de la abertura podía oír los sonidos de los hombres discutiendo la situación en el pasillo. Se preparó para la confrontación.

La puerta se abrió. Alonso se acercó a Pierre y le tendió ambas manos. —Necesitas irte. Ahora.

Pierre escuchó el distintivo sonido de una escopeta siendo amartillada detrás de la puerta. En una fracción de segundo sus instintos se hicieron cargo, buscó detrás de su espalda y recuperó su arma.

EL SONIDO QUE SIGUIÓ AL ULTIMÁTUM ERA IMPOSIBLE DE CONFUNDIR. OSO HABÍA ESCUCHADO ESE sonido desde que era niño y fue a cazar con su padre y sus tíos. Alguien tenía una escopeta y estaba a punto de dispararle a Pierre. Oso ya se había puesto en el punto del pasillo que daba a la puerta de Charles. Se lanzó hacia la esquina, con el arma en la mano y listo para disparar.

Pierre estaba cerca de la pared. El brazo derecho del francés se giró, pistola en mano. Oso no pudo ver el interior del apartamento, pero sí vio a un hombre que no reconoció. Supuso que era

Alonso, parado junto a la puerta abierta. Pierre disparó y alcanzó al hombre en el estómago. Alonso cayó hacia atrás y desapareció de la línea de visión de Oso.

Pierre se volvió y se dirigió hacia Oso. El fuerte sonido de una escopeta resonó en el pasillo y un destello de luz llenó el área compartida del pasillo y la entrada. Pierre gritó y cayó al suelo. Siguió el sonido del amartillado de la escopeta al disparar.

Oso descargó su cargador de diecisiete balas en la pared y la puerta mientras corría hacia Pierre. Puso otro cargador y cambió el arma a su mano izquierda. Disparó cuatro tiros más. Escucho un gemido desde el interior del apartamento, pero no tenía forma de saber si era Charles o Alonso.

Rápidamente inspeccionó a Pierre. El daño parecía estar en el lado derecho. Estaba perdiendo sangre a un ritmo constante. Oso enganchó su brazo derecho debajo del izquierdo de Pierre y lo arrastró por el pasillo, disparando ocasionalmente hacia el apartamento.

Cuando doblaron la esquina, Oso cargó a Pierre sobre su hombro. El hombre se había vuelto incoherente y Oso tuvo que darse prisa. Optó por intentar tomar el ascensor en lugar de las escaleras. Golpeó el botón en la pared al lado de las puertas de acero inoxidable.

Luego escuchó el sonido del disparo de la escopeta. Oso colocó a Pierre sobre su hombro y extendió su brazo.

—Los voy a matar, bastardos—, dijo Charles desde el pasillo.

Oso no dijo nada. Miró la pantalla encima del ascensor y vio que le faltaban dos pisos más. Disparó un tiro por el pasillo en un intento de frenar a Charles.

El cañón de la escopeta de Charles apareció detrás de la pared y comenzó a descender hasta su posición. Miró la pantalla nuevamente y vio que todavía no se había movido del tercer piso. No hubo tiempo para esperar. Corrió por el pasillo hacia la salida que conducía a las escaleras. Un disparo resonó en el aire desde atrás. Oso se preparó para que la bala le atravesara la carne. No fue así. Golpeó la puerta a toda velocidad, logrando apenas poner la mano en el pomo y girarlo. Esperaba que las heridas internas de Pierre no fueran graves, de lo contrario enviaría al hombre a su lecho de muerte con todas esas sacudidas, golpes y rebotes.

Oso se volvió y vio a Charles en el pasillo. Disparó sin apuntar cuando la puerta se cerró de golpe. No tenía idea si alguna de las balas había impactado o no. No tenía intención de abrir la puerta para averiguarlo. Tan rápido como pudo, Oso bajo las escaleras hasta el piso inferior. Corrió por el vestíbulo. El ascensor sonó cuando se acercó y las puertas de acero inoxidable se abrieron. Oso apuntó su arma a la abertura, listo para dispararle a Charles si estuviera allí. Una pareja de ancianos vio su arma y se escondió en la esquina del ascensor.

—Por favor, no dispares—, gritó el anciano en francés.

Oso lo ignoró al principio y continuó hacia la puerta. Luego se detuvo y se dio la vuelta. El ascensor todavía estaba abierto. Metió el pie en el frente de un lado de las puertas para evitar que se cerrara. Miró hacia adentro y encontró los controles. Presionó el botón marcado para emergencia.

—¿Alguno de ustedes tiene un teléfono celular? — Oso se llevó los dedos a la cabeza para imitar la acción de usar un teléfono.

El hombre asintió.

—Policía—, dijo Oso, luego se dio la vuelta y salió del edificio. Escuchó que la puerta de la escalera se abría de golpe cuando salió del edificio y salió a la acera. Se dio la vuelta y disparó a ciegas hacia el vestíbulo. Las sirenas se acercaron y Oso estiró el cuello para ver de qué dirección venían. Vio que la ambulancia giraba hacia la calle y corrió hacia ella, agitando la mano libre.

La ambulancia se detuvo con un chirrido delante de él. Un hombre y una mujer emergieron del frente. Un segundo hombre salió de la parte trasera del vehículo.

—Date prisa—, dijo Oso en francés mientras dejaba a Pierre en el suelo. —Hay un loco adentro con una pistola. Te cubriré por un segundo, pero tengo que irme—. Sabía que el equipo estaría violando la mitad de su entrenamiento al cargar a Pierre sin evaluarlo primero, pero su insistencia encontró una respuesta rápida.

Los dos hombres levantaron a Pierre del suelo y lo llevaron corriendo hacia la parte trasera del vehículo. La mujer se puso al volante de la ambulancia y se fue antes de que se cerrara la puerta trasera.

Otro grupo de sirenas se acercó. La policía, pensó Oso. Miró a su alrededor. Vio a un hombre salir de su auto y caminar hacia un buzón, dejando abierta la puerta del lado del conductor. Oso corrió hacia el auto, saltó y puso el auto en marcha. Se alejó a toda velocidad. Tenía que salir de la ciudad, luego contactar a Kat y, luego, averiguar sobre Pierre.

CAPÍTULO 91

Jack condujo por el tranquilo barrio y se acercó a la calle que conducía a la casa de Marlowe. Al girarse, vio un ejército de coches de policía, coches del gobierno y una ambulancia estacionados frente a la residencia del hombre. Los médicos llevaron una camilla hacia la ambulancia. Se cubrió un cadáver con una sábana. Jack llevó el auto hasta la acera y se detuvo. Metió la mano en su bolsillo y sacó un teléfono celular. Marco el número conectado en cadena que conducía a Frank.

Frank respondió casi de inmediato.

—¿Sabías con quién estaba hablando? — preguntó Jack.

—¿Jack? ¿De qué estás hablando?

—Maldita sea, Frank, no me jodas ahora. ¿Tenías alguna idea de quién era mi fuente?

—¿Era? — Frank hizo una pausa por un momento. —Creo que sí ahora. Acabo de enterarme de que Robert Marlowe fue asesinado. El general Prather también.

—¿Juras que no sabías que estaba hablando con Marlowe?

—Jack, no tenía idea. Incluso si lo hiciera, no lo eliminaríamos. ¿Cuál sería el propósito?

Jack no dijo nada. Puso marcha atrás y pisó el acelerador. Regresó por donde vino.

—¿Por qué no vienes a la oficina? — dijo Frank. —Yo, tú y Jasmine podemos encontrarnos y resolver esto...

Jack colgó el teléfono y lo dejó caer en su regazo. Prather había sido un desafortunado incidente que involucraba a Clarissa. Ella le había contado todo sin omitir nada, o eso supuso. Ella se había ido inesperadamente esa mañana. ¿Se había ido para acabar con Marlowe? Intentó recordar si le había mencionado el nombre del hombre. Había tenido cuidado de dejarlo fuera de la conversación con Jasmine y Frank. Pero era posible que se le hubiera escapado mientras hablaba con Clarissa.

Agarró el teléfono celular y marcó el número de Brandon.

—¿Jack?

—¿Cómo lo supiste?

—Número similar, mismo intercambio. ¿Qué necesitas?

—Necesito el número de móvil del subsecretario de defensa.

—¿Que qué?

—Hazlo.

La línea quedó en silencio excepto por el sonido de los dedos golpeando el teclado. Un momento después, Brandon leyó el número de teléfono. —No obtuviste eso de mí.

—Lo entiendo—. Jack colgó y marcó el número.

Un hombre respondió. —¿Hola?

—Tengo algo que quieres.

—¿Quién es?

—Lincoln Park, en la estatua en el extremo este. Media hora. Será mejor que estés allí y estés solo.

—Espera un minuto. ¿Quién es? ¿Qué tienes?

—No es necesario decirlo. No me pongas a prueba McCarthy. Estás allí o encontraré a tus hijos—. No sabía si el hombre tenía hijos o no, pero el engaño funcionó.

—Media hora, Lincoln Park—, dijo McCarthy. —Voy a estar allí.

Jack tardó quince minutos en llegar al parque. Encontró un lugar de estacionamiento con parquímetro y dejó su auto. Se paró frente al parque, en la calle 11, en un lugar desde donde tenía una vista de la estatua. Como un reloj, apareció el secretario y parecía haber venido solo. Jack sacó su teléfono y llamó al hombre.

—Empieza a caminar hacia la 11—, dijo Jack. —Gira a la derecha al llegar a la calle.

El secretario miró por encima del hombro, dio una vuelta completa y se acomodó mientras miraba en dirección a Jack. —¿Dónde estás?

Jack se había colocado donde no podía ser visto. —Solo haz lo que te dije.

Vio a McCarthy caminar hacia él y detenerse, luego giro a la derecha y se dirigió hacia el norte por la 11. Después de que el hombre tuvo media cuadra de ventaja, Jack subió a su auto y condujo hacia él. Se paso junto a McCarthy y se detuvo.

—Entra—, dijo Jack.

El secretario se quedó helado. Parecía que iba a gritar o correr o incluso orinarse.

Jack levantó su arma. —Entra o esto se usará en ti y luego en tus hijos mientras tu esposa mira.

McCarthy abrió la puerta y entró al vehículo. Se sentó y se puso el cinturón. —¿Quién eres?

—Eso no es importante.

—¿Dónde están los documentos?

—Eso es lo que me gustaría saber. Los robaron de un lugar seguro. ¿Dónde están ahora?

El secretario negó con la cabeza. —¿De qué estás hablando? ¿Cómo sabes que fueron robados?

Jack no dijo nada. Dio una serie de vueltas sin ir a ninguna parte en particular. Deseó tener un lugar aquí en la ciudad donde poder interrogar al hombre.

—¿Mataste al general anoche?

Jack se rio.

—¿Te parece gracioso? — preguntó el hombre.

—No, yo no tuve nada que ver con eso. Pero me interesa saber qué sabes sobre Robert Marlowe.

—Me acabo de enterar. No tenemos ninguna información aparte de que fue asesinado al estilo ejecución.

—Era un amigo mío—, dijo Jack. —Y te señaló como el culpable detrás de la filtración de seguridad.

Jack detuvo el auto en un estacionamiento y se giró en su asiento para mirar al hombre.

—Mira—, dijo McCarthy. —Lo tienes todo mal. Sí, estuve involucrado en la prueba inicial. Todos lo estábamos. Pero una vez que los documentos estuvieron nuevamente en nuestro poder, no puedo expresar lo aliviado que me sentí. Me he estado asustando desde que me los volvieron a robar, porque…

Jack esperó a que el hombre continuara y luego dijo: —¿Por qué?

—Creo que sé quién lo hizo.

Jack se centró en los ojos del hombre. No se habían inmutado. —¿Quién?

—El secretario de defensa. Bragg. Él es quien organizó la prueba inicial. Y, para ser sincero, tengo dudas de que fuera una prueba. Él nos usó. A todos nosotros, incluido el presidente.

—¿Quién trabaja con él?

—No estoy seguro. Desde luego, no el hombre que contrató la primera vez.

—¿Podría ser alguien del mismo grupo?

El hombre se encogió de hombros. No dijo nada.

—No puedo entrar al Pentágono, pero necesito terminar esto—, dijo Jack. —¿Puedes conseguir que se encuentre contigo en algún lugar?

El hombre asintió. —Tiene una oficina en la calle F.

—Llámalo. Dile que te encuentre allí y sólo allí.

El hombre sacó su teléfono y realizó la llamada. Habló rápidamente y no dio más detalles sobre ningún punto. Después de colgar, dijo: —Está arreglado. Nos reuniremos en una hora.

Jack condujo hacia el oeste, hacia la Casa Blanca. Había un aparcamiento cerca de la oficina del secretario en la calle F y podía dejar el coche allí.

Ninguno de los dos habló durante el viaje. Jack siguió mirando a McCarthy para asegurarse de que no estaba intentando enviar ningún mensaje con su teléfono. Según todas las apariencias, el hombre se había calmado y aceptado su destino del día.

Llegaron al estacionamiento y Jack navegó a través de la estructura cavernosa, subiendo varios pisos antes de encontrar un espacio vacío.

Jack apagó el motor y se giró en su asiento para mirar a McCarthy. —Así es el plan. Vas a mostrarme dónde está la oficina y luego entrarás solo. Voy a esperar, escondido. Entraré poco después. A partir de ahí tomo el relevo.

—¿Entonces me puedo ir?

—No. No puedo confiar en ti. Te quedarás.

—Seré testigo. ¿Quieres eso?

Jack entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante. —Si vuelves a amenazarme, verás lo que le hago a tu familia.

A McCarthy se le llenaron los ojos de lágrimas y sacudió la cabeza. —Debería estar armado. Bragg es un hombre peligroso y sé que tiene armas en esa oficina. Creo... creo que realiza negocios alternativos allí. Dame un arma.

—Esa no es una posibilidad—, dijo Jack. —No digas nada estúpido. Sólo estarás por un minuto. Si Bragg intenta algo cuando entre, lo neutralizaré.

—Lo matarás.

—No hasta que tenga todo lo que quiero.

McCarthy bajó la cabeza y la sacudió. —¿Cómo llegamos a meternos en este lío? ¿Por qué Bragg haría algo tan estúpido? ¿Poner en peligro a su país de esta manera?

—Por la misma razón por la mayoría de los hombres traicionan su moral y su ética—, dijo Jack. —Dinero.

Jack salió del coche y esperó a que McCarthy se reuniera con él. —Quédate cerca. Será mejor que no te pierda de vista.

McCarthy prácticamente abrazó a Jack al estar tan cerca. Encontraron las escaleras y se dirigieron a la calle. Se dirigieron al edificio de oficinas donde Bragg tenía su oficina no oficial. Entraron al edificio y se dirigieron al piso encima del de Bragg.

Tenían treinta minutos para gastar antes de la reunión. El tiempo pasó lentamente, dejando a Jack concentrado en el segundero de un reloj barato colgado en la pared del vestíbulo del piso.

Apenas miró en dirección a McCarthy y los hombres no se dijeron nada hasta veinticinco minutos después, cuando McCarthy habló.

—Ese es él—, dijo McCarthy. —Entra al edificio.

Jack se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

—Él ya está adentro—, dijo McCarthy.

—Prepárate para partir—, dijo Jack.

CAPÍTULO 92

—Fallamos—, dijo Oso en su teléfono celular. —Y para empeorar las cosas, Pierre resultó gravemente herido. Puede que no lo consiga.

—Ya veo—, dijo Frank. —Mira, necesitas regresar a Estados Unidos de inmediato. Podemos discutir otros pasos una vez que esté aquí.

Oso miró hacia el cielo. Las nubes se habían acumulado y bloqueaban el sol poniente. El brillo anaranjado se filtró, pero hizo poco para calentar la brisa fresca que soplaba en su rostro. No tenía intención de hacer nada por Frank cuando regresara a Estados Unidos. Pero no iba a decir eso ahora. Si lo hiciera, tal vez nunca llegaría a su avión.

—Está bien—, dijo Oso. —Te llamaré después de aterrizar.

Terminó la llamada e inmediatamente marcó el número de Kat. Sin respuesta. Caminó hasta llegar a su edificio. La puerta estaba cerrada. Caminó por el área frente a la entrada durante media hora. Entonces ella apareció. Bajó de un autobús y caminó hacia él. Se paró junto a la puerta y la esperó.

—Oso—, dijo. —¿Dónde está Pierre?

—Deberíamos entrar—, dijo.

Abrió la puerta y se apresuraron a llegar a su apartamento sin decir una palabra. Cuando llegaron a la puerta, las lágrimas manchaban sus mejillas.

—¿Está muerto? — preguntó mientras empujaba la puerta para abrirla.

—Tal vez.

—¿No lo sabes?

—Tuve que dejarlo con los médicos. Charles venía detrás de nosotros.

Se presionó los ojos con las palmas de las manos y dejó escapar un sollozo. Ella respiró hondo y tembloroso y dijo: —¿A dónde se lo llevaron?

—No lo sé.

—¿Dónde estaban?

—No estoy seguro.

—¿Por qué estás aquí?

—Para hablarte de Pierre.

—Dime por qué estás realmente aquí.

—Ven a Estados Unidos conmigo.

Kat sacudió la cabeza y se dio la vuelta. —Deberías irte.

Oso levantó las manos. Quería extender la mano y agarrarla. Acércala. Abrázala. Convencerla para que viniera con él. En lugar de eso, se dio la vuelta y salió del apartamento sin decir una palabra más.

Salió del complejo y paró el primer taxi que vio.

—Llévame al aeropuerto—, dijo.

CAPÍTULO 93

Pasó un minuto, luego dos, luego tres. Finalmente, en la marca de los cuatro minutos, Jack dijo: —Es hora.

Condujo a McCarthy por el pasillo hasta la escalera. Bajaron un tramo de escaleras y se detuvieron junto a la puerta blindada que servía de barrera contra el calor, el frío y el ruido entre el pasillo y las escaleras.

—¿Listo? — preguntó Jack.

McCarthy asintió.

—Recuerda—, dijo Jack. —No te hagas el héroe. Las cosas se salen de control y huyes.

—De acuerdo.

—Una vez que entres, no tienes que decir nada. De hecho, preferiría que no lo hicieras.

—De acuerdo.

—¿Alguna última pregunta?

—¿Vas a matarlo?

Jack se encogió de hombros mientras una leve sonrisa se formaba en su rostro. El sentimiento estaba ahí, sólo necesitaba una excusa. —Sólo si intenta matar a uno de nosotros.

McCarthy se quedó allí, con los ojos muy abiertos, y no dijo nada.

—Ahora vete—, dijo Jack mientras abría la puerta.

McCarthy atravesó la abertura y caminó hacia la oficina. Jack dejó la puerta entreabierta lo suficiente para poder ver el pasillo. McCarthy se detuvo y llamó a la puerta del despacho de Bragg. Jack no vio la puerta abierta, pero sí vio a Bragg asomar la cabeza y comprobar ambos extremos del pasillo. Jack, instintivamente se echó hacia atrás, pero tuvo cuidado de dejar la puerta entreabierta en la misma posición. Dejar que se cerrara de golpe haría sonar una bandera roja y, seguramente, Bragg estaba lo suficientemente alerta como para darse cuenta.

Jack se preparó para moverse. La caminata sería una de las más largas que jamás haya realizado. Los escenarios jugaban en su mente. ¿McCarthy lo traicionaría y le diría a Bragg que Jack estaba en camino? McCarthy podría haber estado engañándolo todo el tiempo y estar mucho más involucrado de lo que Jack sabía. ¿Qué pasaría si Bragg tuviera el pasillo cubierto de vigilancia? Sería un blanco fácil si ese fuera el caso.

Jack sacó esos pensamientos de su mente. El tiempo de preocuparse había pasado. Abrió la puerta y empezó a caminar por el pasillo. Mientras se acercaba a la puerta, recuperó la Glock que Frank le había dado y la sostuvo en su mano derecha. Agarró la pistola Sig Sauer que sacó del apartamento de Jasmine con la mano izquierda. Se detuvo frente a la puerta y escuchó. Los hombres se gritaban unos a otros.

—Sé lo que hiciste, Don—, dijo McCarthy.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Bragg.

McCarthy bajó la voz y Jack no pudo entender su respuesta. Entonces escuchó a Bragg empezar a reír. Era hora. Jack retrocedió dos pasos y se lanzó hacia adelante, abriendo la puerta de una patada con el pie derecho. Mantuvo ambas armas con los brazos extendidos. Apuntó uno a McCarthy y el otro a Bragg.

—No muevas un músculo—, dijo Jack.

McCarthy lanzó las manos al aire y retrocedió hasta apoyarse contra la pared, junto a una ventana.

—¿Qué demonios es esto? — preguntó Bragg. —¿Tienes alguna idea de quiénes somos?

Jack usó su pie para patear la puerta hasta cerrarla. No cerró, pero logró ajustarla.

—Sal de detrás del escritorio, Bragg—, dijo Jack.

Bragg no se movió. —Lárgate de mi oficina.

—Tú no eres el que está a cargo aquí—, dijo Jack. —Sé un buen chico como McCarthy y únete a él junto a la ventana.

Bragg sacudió la cabeza y se inclinó hacia su escritorio.

—Yo no haría eso—, dijo Jack. —Considerando todas las vidas que ya se han perdido, una más no hará la diferencia. Especialmente no la vida de un traidor.

Bragg levantó la cabeza y miró a Jack por un momento. Luego se enderezó y dio un paso atrás. Entrecerró los ojos y levantó la mano. Señaló a Jack.

—Espera un minuto—, dijo Bragg. —Te conozco. Eres ese tipo Noble. Tú eres quien arruinó mi operación para poner a prueba nuestra seguridad.

Por el rabillo del ojo, Jack vio que McCarthy volvía la cabeza hacia él.

—Quieres decir que te impedí poner documentos confidenciales en manos de terroristas en Corea del Norte—, dijo Jack.

—¿Coreanos del norte? Se los entregaste a los rusos.

—Y los recuperé—, dijo Jack. —Sólo para que se los roben de nuevo.

Bragg se encogió de hombros. —No sé nada sobre eso.

—No te pregunté si lo haces.

—¿Eres realmente Jack Noble? — preguntó McCarthy.

—Jack Noble está muerto—, dijo Jack.

—Entonces, ¿qué quieres, Jack? — preguntó Bragg.

—Quiero que vayas con el presidente y le cuentes lo que hiciste. Tal vez si le suplicas en voz alta, te dejará desaparecer en lugar de matarte por traición.

Bragg se rio. —Si alguien aquí es culpable de traición, eres tú, Jack. Sólo intentaba hacer de nuestro país un lugar más seguro.

—¿Dónde están los documentos ahora? — preguntó Jack.

—Debería preguntarte eso—, dijo Bragg. —Probablemente fuiste tú quien se los robó de la NSA.

Jack dio un paso adelante. —¿Dónde están?

Bragg se mantuvo desafiante. —Incluso si lo supiera, no te lo diría.

Jack dio otro paso adelante, teniendo cuidado de mantener a ambos hombres a la vista. —Tu vida no significa nada para mí, Bragg. Soy un fantasma. Simplemente desapareceré. Será mejor que me lo digas.

—Que te jodan, Jack.

Jack acortó la distancia entre él y el escritorio de Bragg. Sostuvo ambas armas a centímetros de la cabeza del hombre. —Maldita sea, Bragg. Dime dónde están los documentos.

—Están aquí, Jack—, dijo una voz femenina familiar desde atrás.

Bragg sonrió.

Jack había dejado que sus emociones se apoderaran de él y, al hacerlo, se perdió el sonido de una puerta dentro de la oficina abriéndose desde atrás. No la puerta principal de la oficina, sino la puerta de un armario o una que conducía a otra habitación. Se reprendió a sí mismo por ser tan descuidado.

—Coloca tus armas sobre el escritorio y date la vuelta—, dijo.

Jack sostenía las armas sólo con sus pulgares e índices. Lentamente, bajó las armas y las dejó sobre el escritorio. Luego, se dio la vuelta y vio a Jasmine parada al fondo de la habitación con un H&K MP7 equipado con un silenciador, apuntando en su dirección. Lo sostuvo sin apretar en su mano derecha. Un maletín colgaba a su izquierda.

—Jasmine—, dijo Jack. —¿Qué…

—No podías dejarlo así, ¿verdad, Jack? — dijo ella.

—¿Por qué? — preguntó Jack.

—Te dije desde el principio que esto no era algo de lo que debiéramos preocuparnos. Hay agencias que están hechas para este tipo de cosas. Deberías haberme escuchado y dejarme convencerte, como Frank, de que esto no tenía nada que ver con nosotros.

Jack sacudió la cabeza con incredulidad y no dijo nada.

—Pero no, tenías esto de la redención metido en tu cabeza. Luego traté de llevar las cosas en otra dirección e impulsar la teoría terrorista. Incluso Frank estaba convencido. Pero, una vez más —, dio un paso adelante, —Jack Noble discute y se sale con la suya.

—Robaste los documentos de la NSA—, dijo Jack.

Ella asintió y señaló con el maletín.

—¿Cómo? ¿Cómo supiste dónde y cómo?

—¿Recuerdas cuando te dije que me entrevisté con diferentes agencias antes de ir a trabajar para el SIS?

Jack asintió.

—Hice un contacto con la NSA durante ese tiempo—, dijo. —Nos mantuvimos unidos y nos hicimos más que amigos. Lo conocías como Rico.

—¿Estuvo involucrado en el robo? — preguntó Jack. —Sin embargo, él fue quien me puso en el Pentágono.

—Sólo estuvo involucrado de manera indirecta. Me dijo lo suficiente. Luego resultó ayudarte a pesar de mis intentos de engañarlo.

Jack se dio cuenta en ese momento de que el coche bomba era obra de Jasmine. —¿Tú lo mataste?

—Y quise matarte al mismo tiempo, pero te quedaste afuera del garaje.

Jack levantó la mano y se pasó las manos por el pelo. Agarró mechones de pelo y tiró. — Todo este tiempo has estado trabajando en mi contra.

—No—, dijo ella. —No completamente. Teníamos algunos objetivos comunes. Para empezar, impedir que los rusos lleven a cabo los ataques. No porque me importe, sino porque no obtuve nada de ello. Dinero. También estábamos en la misma página en cuanto a recuperar los documentos. Pero, nuevamente, por diferentes razones.

Jack escuchó un cajón abrirse detrás de él y luego el sonido del metal chocando con la madera. Bragg salió de detrás del escritorio y pasó junto a él. Se unió a Jasmine al otro lado de la habitación. Levantó el brazo y apuntó con su arma a Jack.

—¿Cómo se llamaba a usted, señor Noble? — dijo Bragg. —Un fantasma, ¿verdad?

Jack no dijo nada. Apretó la mandíbula y retrocedió poco a poco. Sus armas estaban a

centímetros de distancia. Tal vez le dispararían mientras los alcanzaba. Tal vez no. Pero sería mejor que morir como un tonto con las manos en alto.

—No, no, no—, dijo Jasmine. —Ni un centímetro más.

—¿Deberíamos matarlo aquí? — preguntó Bragg.

—Sí—, dijo Jasmine. —Pero primero tú y yo tenemos que completar nuestra transacción. Después de que dispare, tenemos que salir corriendo.

—De acuerdo—. Bragg caminó hacia su escritorio y sacó una bolsa. Levantó la bolsa y dijo: —No está marcada.

—¿Qué hay de él? — preguntó Jasmine mientras asentía hacia McCarthy.

—Él sabe demasiado. Mátalo también. Creo que podemos culparle algo de esto. Diré que él y Jack se acercaron a mí para hacer un trato, luego las cosas se complicaron y el socio de Jack nos atacó—. Le entregó la bolsa a Jasmine.

Ella la tomo y luego dijo: —Tendré que hacer que parezca real.

Bragg se encogió de hombros y levantó la barbilla, tal vez esperando que ella lo golpeara. En cambio, apuntó su arma hacia el suelo y le disparó a la parte inferior de la pierna. Bragg se desplomó y cayó al suelo con un ruido sordo. Gritó de dolor y logró deslizarse hacia la pared.

—¿Qué demonios? — preguntó él.

—Cállate—, dijo Jasmine.

Bragg gimió y le gritó media docena de obscenidades. Jasmine levantó su arma una vez más y disparó tres tiros al pecho de Bragg. El hombre cayó hacia atrás y rodó de costado, en silencio.

Jack retrocedió y puso sus manos sobre el escritorio.

Jasmine giró el arma y apuntó a Jack, esta vez con ambas manos sosteniendo el arma. —No tan rápido, Jack.

Acercó las manos y las mantuvo justo por encima del nivel de la cintura.

Se giró ligeramente y disparó otro tiro, esta vez alcanzando a McCarthy en el centro de la frente. Una nube de sangre flotaba en el aire mientras el cuerpo sin vida del hombre se desplomaba por la pared hasta el suelo, dejando un río rojo a su paso.

—Solo tú y yo—, dijo mientras volvía su atención a Jack.

Jack no dijo nada. Su mente buscó las palabras correctas para cambiar la situación. No se le ocurrió nada. ¿Cómo se le había escapado esto? ¿Cómo se le había escapado a Frank esto? ¿Frank estaba involucrado? Decidió preguntar.

—¿Cuánto tiempo llevan Frank y tú planeando esto?

Ella rio. —¿Frank? No tiene ni idea, Jack. Más aún desde que entró y se sentó detrás de un escritorio todo el día.

Tenía que hacerla seguir hablando. Eso era lo único que lo mantendría con vida. Y si podía seguir así, eventualmente tendría la oportunidad de derrotarla.

—¿Por qué, Jasmine? — preguntó él. —Solo dime por qué.

—No importa, Jack. No necesitas saberlo. No hacia dónde vas—. Se volvió ligeramente, tal vez para prepararse contra el impacto emocional de matar a alguien con quien había estado cerca durante las últimas semanas.

—No tienes que hacer esto, Jasmine. Puedes desaparecer. Toma el dinero y los documentos y vete.

—Planeo hacer todo eso. Y tengo que hacer esto, de lo contrario me perseguirás. Y sé que eventualmente me encontrarás.

—Jasmine.

Ella sacudió la cabeza y dijo: —¿Alguna última palabra que quieras que transmita?

Jack sabía que eso era todo. Ella había tomado una decisión y nada de lo que él pudiera hacer iba a cambiarla. Respiró hondo y rápidamente tensó y relajó los brazos. Tenía que ser más rápido que ella. Sus brazos necesitaban ser más rápidos que su dedo en el gatillo. Lo más probable es que no tenga éxito. Contra un matón que tenía poca experiencia con las armas, claro. Pero contra un asesino entrenado, estaba prácticamente muerto en esta situación.

—Sí—, dijo Jack. —Dile a Oso que le agradezco todos los años que estuvo a mi lado.

—De acuerdo.

—Dile a Frank que te dije que se joda por meterme en este lío.

Ella sonrió y asintió.

—Y necesito que le digas a Clarissa que lamento no haber trabajado más duro en el pasado para que las cosas funcionaran. Tenía toda la intención de encontrarla después de esto y tratar de establecerme en una vida con ella.

—Ustedes dos habrían estado bien juntos—. La sonrisa de Jasmine se desvaneció. —Ahora levanta las manos y ponlas detrás de la cabeza.

Tenía que actuar. Fingió un paso adelante y movió las manos y el cuerpo hacia atrás. En ese mismo momento se abrió de golpe la puerta de la oficina. Se hicieron disparos. Jack sintió el escozor de una bala atravesando su carne. El dolor se irradiaba por su pecho, hombro y brazo, y no podía decir dónde lo habían golpeado. Cayó con la espalda apoyada contra el escritorio. Logró tener una de las armas en sus manos. Rodó hacia atrás y se cayó del escritorio.

Miró a su derecha y vio sangre en su hombro. Arrancó la tela rasgada y vio que sólo había sido rozado por la bala.

La habitación estaba en silencio. Se levantó y miró por encima del escritorio. Jasmine descansaba contra la pared del fondo, con los ojos abiertos y la pistola en el regazo. La sangre le corría por el cuello por un agujero de bala en un lado de la cabeza.

Desvió la mirada hacia la puerta y vio a Clarissa parada justo dentro de la oficina.

—¿Estás bien? — preguntó ella.

Jack asintió y luego sacudió la cabeza. Se puso de pie y caminó alrededor del escritorio. Ella lo encontró a mitad de camino.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó él. —¿Como supiste?

Ella sonrió. —Te estás volviendo descuidado con la vejez, Jack.

Sacudió la cabeza, confundido.

—Tu teléfono—, dijo. —Lo dejaste en la mesa de la casa de Jasmine. Lo recogí y le puse un micrófono. Te he estado escuchando y siguiendo todo el día desde que dejaste casa de Jasmine.

—¿Por qué?

—Sinclair recibió noticias inquietantes esa mañana cuando vine a verte—. Ella asintió hacia Jasmine. —Sobre ella.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tuvimos que atraparla en el acto y con los documentos. Habría preferido capturarla viva, pero casi llego demasiado tarde. Miró los cuerpos de Bragg y McCarthy. —Llegué demasiado tarde para salvarlos. Lo siento, Jack. Sé que esto no es fácil de procesar.

Jack asintió. —Yo... Sí—. Guardó su arma y la alcanzó. La atrajo hacia sí. La besó.

Ella se apartó al principio, luego se inclinó. Rompió el beso unos momentos después y dijo: —Tenemos que salir de aquí.

Jack recogió los documentos y el dinero y siguió a Clarissa fuera de la habitación.

—Necesitamos subir dos pisos—, dijo. —Allí hay un ascensor de servicio. Es más seguro que tomar el ascensor principal hasta el vestíbulo.

Salieron sin incidentes. Caminaron tres cuadras y se detuvieron cerca del estacionamiento.

—Creo que tu coche está ahí—, dijo Clarissa.

Jack asintió. Comenzó a caminar hacia la entrada del garaje y se detuvo cuando notó que ella no lo seguía. Se giró y caminó hacia ella. —¿Vienes?

Ella sacudió su cabeza. Las lágrimas llenaron sus ojos.

—¿Qué está sucediendo?

—Me temo que esto es un adiós, Jack. Por ahora.

—Clarissa, ven conmigo. Le llevaremos estas cosas a Frank y luego desapareceremos. Tengo suficiente dinero para vivir el resto de nuestras vidas.

Ella se inclinó y besó su mejilla. Sus lágrimas se sintieron frías contra su piel. —Lo siento, Jack. Le debo esto a Sinclair y que no te haya delatado. Estoy en deuda con él.

—¿A mí? ¿Qué?

Ella lo silenció con su dedo.

—¿Cuándo vas a estar de vuelta? — preguntó él.

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Con eso, ella se dio vuelta y se alejó.

Jack luchó contra el impulso de perseguirla. No haría ninguna diferencia.

CAPÍTULO 94

Oso subió a un taxi y le dio al conductor la dirección de la sede del SIS. Había considerado llamar a Frank para decirle que había terminado, pero al final pensó que lo mejor era discutirlo en persona. Intentó poner sus pensamientos en palabras en el camino hasta allí, pero, al igual que durante el tiempo en el avión, sólo podía pensar en la mujer que dejó en Francia. Sabía que en realidad no la había dejado atrás. Tendría que haber algo entre ellos para eso. Lo que pasaba era que ninguna mujer le había causado tal impresión en tan poco tiempo. Con apenas una palabra, experimentó una conexión que probablemente no olvidaría pronto.

Cuando el taxi hizo su último giro, Oso se aclaró la cabeza. Sacó su teléfono celular y llamó a Frank. —Ya casi llego—, fue todo lo que dijo.

El taxi se detuvo frente al edificio. Oso le pagó al hombre y salió. Esperó hasta que el taxi desapareció antes de acercarse a la entrada. Las puertas de entrada estaban abiertas. Oso recibió una sorpresa cuando abrió la puerta y entró.

—¡Oso! — Mandy corrió hacia él con los brazos abiertos.

Se arrodilló y atrapó a la niña mientras ella lo golpeaba con la fuerza de un mazo, casi derribándolo.

—Te extrañé mucho—, dijo.

—Yo también—. Sus manos se aferraron con fuerza a sus hombros.

Levantó la vista y vio a Frank parado a unos metros de distancia. Oso empujó a Mandy hacia atrás suavemente y se puso de pie.

—Estás libre de responsabilidad, Logan—, dijo Frank.

Oso no dijo nada. Miró más allá de Frank y vio a Larsen parado justo afuera del pasillo.

Frank asintió. —Tengo nueva ayuda. Va a derribar a Charles y esa organización, y veremos a dónde vamos a partir de ahí.

—Y hemos terminado—, añadió Oso.

—Desaparece—, dijo Frank. —Y si alguna vez necesitas algo, llámame.

Oso asintió, luego tomó la mano de Mandy y salió del edificio.

—¿A dónde vamos a ir? — preguntó Mandy.

Oso la miró y le apretó la mano. —Vamos a viajar por Estados Unidos durante aproximadamente un mes. Entonces estoy pensando que iremos a Europa. Francia, tal vez.

CAPÍTULO 95

Charles estaba sentado en la oficina del anciano. Su oficina, ahora. Le sonrió a Alonso y acomodó los artículos encima del antiguo escritorio de madera oscura.

—Están en camino—, dijo Alonso.

—Bien—, dijo Charles. —Infundamos miedo en sus corazones.

Tuvo una reunión con cinco hombres de la organización que habían alcanzado algún nivel de poder. El propósito de la reunión era mostrarles que él estaría a cargo y que debían ponerse en fila y hacer lo que él dijera.

Llamaron a la puerta y los hombres entraron, uno por uno. Cada uno de ellos tomó asiento en la larga mesa rectangular al otro extremo de la oficina.

Charles se levantó y caminó lentamente hacia la mesa. —Caballeros, me alegro de que pudieran reunirse con nosotros hoy. Voy a hacer esto rápido y relativamente indoloro. Están aquí hoy para jurarme su lealtad. Yo me voy a hacer cargo de la organización.

Los hombres se miraron unos a otros. El hombre llamado Hessler se movió en su asiento y dijo: —Tengo tanto derecho como tú. Desde que te fuiste, me he hecho cargo de la mayoría de las tareas aquí.

—Veto—, dijo Charles.

Hessler se levantó. —Estos hombres me apoyan, a ti no.

Charles sonrió y miró a cada hombre, uno a la vez. —¿Es esto cierto?

Nadie habló.

—Me haré cargo, te guste o no.

Charles buscó dentro de su chaqueta, sacó una pistola y le disparó a Hessler en la cabeza. El cuerpo sin vida del hombre cayó hacia atrás y se desplomó en el suelo. Charles pasó por encima de su cuerpo y miró alrededor de la habitación. —Preguntaré de nuevo. ¿Es cierto lo que estaba diciendo?

Los hombres negaron con la cabeza.

—Bien—, dijo Charles mientras tomaba asiento en la mesa. —Ahora pongámonos manos a la obra. He dejado a Alonso a cargo de Europa. ¿Alguien tiene algún problema con eso?

La habitación estaba en silencio.

—Ha habido mucha presión sobre nosotros estos últimos días. Creo que lo que hay que hacer es permanecer discretos por un tiempo. Yo, por mi parte, no voy a abandonar estos muros durante al menos un mes. Recopilaremos información y comenzaremos a planificar nuestros próximos movimientos durante las próximas semanas. ¿Alguna pregunta?

Nadie habló.

—Bien. Váyanse de aquí—. Observó a los hombres irse y luego regresó a su escritorio donde se sirvió una copa. Después del atentado contra su vida, supo que su tiempo en la Tierra era

limitado. Lo único que podría hacer durante ese tiempo sería obtener la mayor cantidad de poder posible. *Hoy ha sido un buen comienzo*, pensó. Un plan se formó en su mente. Uno que se desarrollaría durante los próximos días, semanas y meses en varias etapas. Y cualquiera que se atreviera a contrariarlo pagaría con su vida. Igual que Hessler, pensó mientras miraba el cadáver en el suelo.

CAPÍTULO 96

Jack se sentó frente a Frank en una banca de un restaurante lleno de gente. Comieron y bebieron café en silencio. Después de que la camarera volvió a servirles el café por última vez y dejó la cuenta sobre la mesa, Frank habló.

—Tengo una vacante, si estás interesado.

Jack se rio entre dientes y sacudió la cabeza. —Ya terminé, Frank. Me retiro del trabajo independiente, del trabajo gubernamental, de todo. Voy a viajar y tal vez establecerme en algún lugar.

—Te volverás loco. Mira, ¿por qué no vienes a trabajar para mí durante unos años? Limpiaremos todos los desastres que existen y arreglaremos el país.

—Lo siento—, dijo Jack. —No puedo ayudarte.

Frank asintió. —Me imagino—. Tomó un sorbo de café y volvió la cabeza. —Nunca hubiera imaginado a Jasmine como agente doble. Tenía los ojos brillantes y estaba llena de vigor cuando empezó. Todavía parecía ser así. Tendré que descubrir cómo sucedió eso.

—Avísame cuando lo hagas, porque ella me engañó tanto como a ti. Incluso ahora, sabiendo cómo terminó, no puedo encontrar ni una sola prueba que la hubiera delatado.

—Tal vez nos estamos haciendo demasiado viejos, Jack.

Jack sonrió y asintió. —Creo que tienes razón.

Pasaron unos minutos de silencio. Jack pensó en Jasmine y Clarissa y en cómo deseaba que una siguiera viva y la otra estuviera sentada a su lado. Sin embargo, ese no fue el caso y nada de lo que él pudiera hacer lo cambiaría. No tenía sentido insistir en ello.

—Salgamos de aquí—. Frank tomó el cheque y caminó hacia la caja registradora.

Jack salió del restaurante y esperó en la acera. Evaluaba a cada persona que pasaba, un rasgo que estaba tan arraigado que ningún nivel de jubilación le impediría hacerlo.

Frank apareció un momento después y sacó un paquete de cigarrillos. Lo abrió y le ofreció uno a Jack.

—Realmente no debería—, dijo Jack. —Pero qué diablos.

Salieron del restaurante, caminaron y fumaron hasta que encontraron un estacionamiento vacío.

—Yo me ocupé del resto—, dijo Frank. —Estás absuelto. Estabas trabajando para mí cuando interferiste y robaste los documentos del mensajero de Bragg. Pero luego fuiste atacado y perdiste la posesión de ellos. Todo lo que has hecho desde entonces ha sido un esfuerzo por recuperarlos. Tuviste éxito, y ahora la comunidad de inteligencia, al diablo, el país, estará siempre en deuda contigo. Ha pasado por el Pentágono y hasta la Casa Blanca.

—¿Ya no soy un fantasma?

—No. De hecho, puedes subirte a un avión usando tu identificación y pasaporte reales e ir a

donde quieras.

Jack le tendió la mano. —Gracias.

Frank agarró la mano de Jack y la estrechó. —En cualquier momento—. Lo soltó y caminó hacia la acera, dejando atrás a Jack. Luego se volvió y dijo: —Jack, si alguna vez necesitas algo, llama.

Jack se quedó quieto y observó cómo su antiguo compañero desaparecía detrás de los muros de una jungla de asfalto. Estaba libre ahora. Libre por primera vez en su vida adulta. Sacó un teléfono y llamó a Oso, pero no recibió respuesta. Lo intentaría de nuevo más tarde, pensó.

Jack caminó por la ciudad sin ningún destino en mente. Compró un teléfono celular nuevo, uno permanente, y luego probó llamar a Oso una vez más. Nuevamente, no hubo respuesta, pero esta vez dejó un mensaje con su nuevo número de teléfono.

Más tarde consiguió una habitación de hotel para pasar la noche. Una buena noche de sueño le vendría bien y por la mañana podría decidir el primer tramo de su viaje.

Esa noche, mientras estaba sentado en su habitación comiendo un filete caro del servicio de habitaciones, sonó el teléfono de Jack. Respondió sin comprobar el número, pensando que era Oso quien le devolvía la llamada.

—¿Hola? — dijo, emocionado de hablar con su viejo amigo y ponerse al día con los acontecimientos de los últimos días.

—¿Señor Jack Noble? — dijo un hombre con acento británico.

—¿Quién es?

—¿Es usted Jack Noble?

—Jack Noble está muerto—, dijo.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto.

Jack se levantó de la mesa y caminó hacia la ventana. Abrió las persianas con el pulgar y el índice y examinó el aparcamiento trasero de abajo.

—¿Qué deseas? — preguntó Jack.

—Te llamo para ofrecerte una tarea.

—Estoy retirado.

—Sí, señor Noble. Pero esto es…

—Tal vez no me entendiste por la barrera del acento. Déjame repetirlo. Estoy retirado. Afuera. Termine. No más asignaciones.

La línea quedó en silencio y Jack casi colgó. Entonces escuchó voces apagadas de fondo y decidió esperar.

—Señor, seré breve. Te llamo en nombre de la mujer que conociste como Blue Willow en una vida y Dottie en otra. Ella dice que sería un gran favor personal para ella si al menos vinieras a Londres para discutir la tarea en persona. También dice que si viste lo que ella cree que viste en Mónaco hace seis meses, entonces podrás entender de qué se trata.

Jack se sentó y recordó su noche en Mónaco. El casino. Ver a Dottie. El encuentro con su marido. El atentado contra la vida de Jack. Ver a Dottie siendo llevada en una camilla después de haber sido golpeada y a su marido esposado. El hombre era multimillonario y, probablemente, compró su salida de la cárcel y ahora, estaba amenazando su vida.

—¿Es agradable Londres en primavera? — preguntó Jack.

—Encantador—, dijo el hombre.

—Me iré por la mañana. Dame un número para comunicarme contigo.

—Le llamaremos a este número mañana a las diez de la noche, hora de Londres.

La llamada terminó y Jack dejó el teléfono sobre la mesa. Se levantó y caminó hacia el

espejo. Se miró fijamente durante unos minutos y luego dijo: —La jubilación puede esperar unos días más. Esto es personal.

La historia continúa en *La Traición de Noble*, Continúe leyendo un extracto.
https://links.ltryan.com/traiction-noble

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

LA TRAICIÓN DE NOBLE: CAPÍTULO 1

Jack Noble estaba de pie en el estrecho pasillo del 777 de British Airways. Tosió en su mano para aclararse la garganta del sabor del aire reciclado. Le dolían las articulaciones y tenía los músculos tensos y doloridos. Las plazas de primera clase estaban agotadas, por lo que tuvo que conformarse con un asiento en clase turista. Pensó que fue debido a reservar su vuelo en el último minuto posible.

Levantó la mano y agarró una bolsa del techo para una mujer mayor. Su hombro sonó cuando bajó el bolso y se lo entregó. Ella sonrió y le dio las gracias. Él asintió, se volvió y se unió a la multitud que avanzaba hacia la parte delantera del avión. Por primera vez, no le importó la espera ni la multitud de gente. Tenía tiempo. Decidió seguir la corriente y seguir siendo parte de la multitud. Tuvo una sensación de certeza en un momento en el que no estaba seguro de lo que encontraría al llegar a la puerta.

Entonces, después de salir del avión y entrar en un pasillo más amplio, se encontró rodeado por todos lados por otros viajeros. Estaba hombro con hombro con las dos personas con las que había compartido el vuelo. Jack creyó recordar al tipo que se presentó como Kyle. Era británico, calvo y gordo, olía como si no se hubiera duchado en más de cuarenta y ocho horas. La mujer, en cambio, era joven y linda y olía agradablemente. Se había presentado como Hannah. Ella era de Virginia Occidental y estaba de regreso en Londres, donde asistía a la universidad y trabajó como niñera. Llevaba demasiado maquillaje, como Jack creía que hacían la mayoría de las mujeres jóvenes. El hecho fue evidenciado por la mancha de delineador de ojos que se extendía desde el rabillo del ojo hasta el lóbulo de la oreja. Una víctima de las tres horas que había pasado acurrucada en su asiento, dormida y acercándose demasiado a Jack. Lo evidencia la mancha de delineador de ojos en su hombro.

Menos mal que no conoceré a una mujer.

Había pasado las últimas siete horas aplastado entre el hombre y la mujer. ¿Qué son unos minutos más?, pensó. Sólo habló con el chico el tiempo suficiente para saber que no le importaba volver a verlo nunca más. No es que lo fuera a hacer. Y la mujer había sido lo suficientemente agradable y linda como para que a él no le importara volver a toparse con ella. Aunque sabía que tampoco lo haría.

¿Quién se topa con compañeros de vuelo por segunda vez?

La manada de pasajeros se detuvo abruptamente como cientos de hojas caídas a la deriva en el agua donde se obstruye el arroyo. Más adelante, la gente se empujaba por una posición mientras el grupo se fusionaba en una sola fila por necesidad. Con dos o tres metros de ancho y hombro con hombro, no podían atravesar la salida del pasillo o la entrada a la puerta, según el punto de vista de cada uno. Para Jack, la apertura significó el paso a una terminal del aeropuerto de Heathrow, por la que había pasado al menos una docena de veces utilizando el mismo número

de alias.

Hoy, sin embargo, sería la primera vez que Jack Noble caminara oficialmente por el aeropuerto internacional de Londres.

Una a una, la gente pasó por la estrecha abertura y la fila se hizo más corta. Jack respiró profundamente, permaneció tranquilo y relajado. La joven se había ubicado en la fila frente a él. Se cruzó de brazos y golpeó el suelo con el talón derecho varias veces.

—Relájate—, dijo Jack. —Terminaremos en un par de minutos.

Ella volvió la cabeza, asintió y sonrió. La fila avanzó y ella la siguió. Jack también.

Finalmente, escaparon del pasillo. Jack se encontró con una ráfaga de aire reciclado y desinfectado que salía de un ventilador situado encima. Momentos después, el olor dio paso a una ráfaga de mal olor cuando el hombre mayor detrás de él extendió la mano y colocó su mano firmemente sobre el hombro de Jack.

—Es bueno estar en casa, ¿no? — dijo el tipo que podría llamarse Kyle mientras se inclinaba cerca de la oreja derecha de Jack.

El primer instinto de Jack fue darle un codazo al plexo solar del tipo. En cambio, se liberó del agarre del hombre, giró la cabeza hacia la derecha y asintió una vez sin establecer contacto visual.

El hombre empujó hacia adelante, chocó con Jack y continuó hablando. Jack no estaba seguro de lo que dijo. Había desconectado al hombre mientras escaneaba la terminal en un esfuerzo por orientarse y aislar cualquier amenaza potencial. No fue difícil de hacer. Todo lo que tenía que hacer era detectar la ola de gente. La fila que venía hacia él tenía quizás dos o tres personas de ancho. Pero la que fluía tenía siete de ancho en su parte más estrecha. El camino hacia la salida supuso. Así que salió del pasillo y se unió a ellos. Uno más entre ellos.

No siempre era lo más fácil para Jack.

Cuando se presentó la oportunidad, Jack se liberó del grupo. Escuchó al hombre llamarlo desde atrás y lo ignoró. Quería poner la mayor distancia posible entre él y el chico. Jack sabía que habría otro atasco en la aduana. No importaba qué tan lejos se adelantara, sería devuelto al grupo tan pronto como el arroyo volviera a circular.

Aunque intentara salir adelante sin nada que declarar, lo detendrían. Siempre lo hacían. No recordaba ningún momento en el que no lo hubieran detenido. Incluso cuando tenía doce años, cuando viajaba con su hermano Sean y sus padres, lo habían detenido.

Hoy fue especial porque sería la primera vez en más de una década que entregaría un pasaporte con el nombre de Jack Noble.

La idea ya le provocó un nudo en el estómago.

¿Frank Skinner había cumplido su palabra? ¿El director del SIS borraría el nombre de Jack de todas las bases de datos conocidas por el hombre? ¿Al menos las conocidas por mundo libre?

Hace unas semanas, Jack Noble era un fantasma. Se creía muerto después de una estadía breve en el Delfín Negro, la tristemente célebre prisión de máxima seguridad de Rusia. Luego, Jack fue transportado a Grecia, donde se refugió en la isla de Creta. Los hombres de Ivanov tardaron seis meses en encontrarlo. Cuando lo hicieron, Frank tomó la decisión de traer a Jack de regreso a los EE. UU. Sin embargo, no todo fue para el beneficio de Jack. Frank necesitaba que le hicieran un trabajo y Jack lo hizo. ¿Realmente tenía otra opción? Resultó que valió la pena. Tenía su libertad y una conciencia semi clara.

La línea que se movía lentamente lo puso en una especie de trance. No se dio cuenta de que había llegado al mostrador hasta que el hombre habló.

—Pasaporte, señor.

Jack no necesitaba mirar directamente al hombre del fino bigote marrón para saber que lo estaba evaluando. Siempre lo hacían. ¿Podría culparlos? Con un metro ochenta y dos y poco más de noventa kilos, Jack llamaba la atención. Los agentes de policía y agentes de aduanas siempre lo vigilaban un poco más de cerca que a otros viajeros. No es que encajara en un perfil per se. Tenía el aspecto de un hombre que sabía cómo manejarse y podría tener motivos ocultos. Si lo hacía o no, no importaba.

El agente de aduanas silbó una melodía básica mientras esperaba que su computadora le devolviera información. El compañero del tipo rebuscó en el equipaje de mano de Jack. Aunque Jack sabía que el agente no encontraría nada, se sentía nervioso. ¿Y si por error hubiera colocado o dejado un pasaporte falso en el bolso? *Imposible*, pensó. Nunca había usado esta bolsa y sus pasaportes falsos estaban esparcidos entre una docena de cajas de seguridad en ocho países diferentes.

—¿Qué asuntos tiene usted en Londres, señor Noble?

—Visitando a mi prima—, dijo Jack.

El agente enarcó una ceja y le indicó a Jack que continuara.

Jack no lo hizo. Sabía que todo lo que tenía para dar era una respuesta sencilla. Decir más lo abriría a más preguntas. Si el chico necesitara más, lo pediría.

—Muy bien—, dijo el agente. Le entregó a Jack su pasaporte mientras el otro agente colocaba el bolso de Jack frente a él. Ambos hombres miraron hacia la siguiente persona en la fila, aparentemente olvidándose por completo del hombre llamado Jack Noble.

Lo cual estaba bien para él. Agarró su bolso, cerró la cremallera y se lo echó al hombro. Se reunió con la multitud que se dirigía hacia la puerta de llegadas. Una vez más, se encontró muy cerca de Hannah y del tipo que podría llamarse Kyle. Jack cometió el error de hacer contacto visual con el chico. Se giró cuando el hombre levantó la mano para saludar a Jack.

—Jack—, gritó el chico.

Jack hizo todo lo posible para evitar al hombre, abriéndose camino entre la multitud para llegar más adelante. La circunferencia de Kyle le impediría hacer lo mismo con algún tipo de eficiencia.

Jack llegó a la puerta de llegadas, escudriñó los rostros de la multitud que esperaba a sus seres queridos, socios comerciales o a la persona para la que habían sido contratados para recoger.

Nadie esperaba a Jack, que era lo que él esperaba. Estaba en Inglaterra para trabajar con profesionales. Ubicarse en el aeropuerto los vincularía con Jack si alguien cavara lo suficientemente profundo.

Y cuando traes a un hombre para asesinar a alguien, no quieres que te relacionen con ese hombre.

Jack continuó abriéndose camino entre la multitud, llegó a un punto donde la manada se había reducido lo suficiente como para poder caminar sin necesidad de girar el torso hacia un lado para pasar junto a alguien. Finalmente, se encontró parado afuera. Usó su mano para protegerse los ojos del sol mientras buscaba la fila de taxis. La encontró y encontró a Hannah parada cerca, frustrada y molesta. Tenía su bolso abierto y estaba rebuscando en él, sacudiendo la cabeza. Jack supuso que había perdido las llaves o la cartera.

Kyle estaba de pie junto a ella, con las llaves del auto en la mano y una leve sonrisa en el rostro. ¿Cómo había logrado ganarle a Jack afuera? Un viajero habitual, supuso Jack. El tipo conocía el aeropuerto de Heathrow como si conociera su propia casa.

Jack se acercó a Hannah y le dijo: —¿Todo bien?

Kyle dijo: —Está bien, señor Noble. Ella solo…

—Le pregunté a ella—, dijo Jack.

Hannah evitó su mirada. Su enojo era obvio. Tenía las orejas y las mejillas de un rojo brillante, los ojos entrecerrados y las fosas nasales dilatadas. —Perdí mi cartera. Todo mi dinero, mi tarjeta de crédito, incluso mi maldita tarjeta de la biblioteca, estaba todo ahí. Necesito estar en casa en unos treinta minutos. ¿Cómo se supone que voy a llegar allí ahora?

Kyle hizo girar las llaves alrededor de su dedo índice y silbó, como si Hannah fuera un perro. —Te dije que puedo llevarte.

Ella miró a Jack. La tensión en su rostro desapareció, sus ojos le suplicaron ayuda. A Jack no le había gustado el chico desde el momento en que se dejó caer en el asiento junto a Jack. Durante el vuelo sintió que Hannah tampoco se preocupaba mucho por él. Pero la expresión de su rostro indicaba algo más que disgusto, y Jack se preguntó si le tenía miedo al hombre.

—¿A dónde vas? — preguntó Jack.

—Kensington—, respondió Hannah.

—Yo también. Puedes acompañarme.

—Tonterías—, dijo Kyle. —Los llevaré a ambos. Tengo un coche aparcado justo enfrente...

—Cállate, Kyle—, dijo Jack. —Estoy harto de tus parloteos. Tienes cinco segundos para salir de mi vista.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Yo…— El rostro de Kyle se enrojeció de vergüenza, se dio la vuelta y comenzó a caminar. Cada pocos pasos miraba a Jack, herido.

Jack pensó que debería sentir pena, pero no lo hizo. El hecho de que estuviera semiretirado no significaba que tuviera que ablandarse y empezar a tratar bien a todos.

—¿Lista para tomar ese taxi? — preguntó Jack.

—Oh, ¿hablas en serio? — dijo Hannah.

Jack miró de reojo a la joven.

—Lo siento—, dijo. “Pensé que solo estabas siendo amable. Ya sabes, deshacerte de él por mí.

—Lo estaba haciendo. Pero la oferta sigue en pie. No tiene sentido que te quedes varada aquí.

Se mordió el labio inferior mientras la mirada de sus ojos marrones recorría el cuerpo de Jack.

—Soy inofensivo—, dijo.

—Por alguna razón no lo creo. Pero no creo que intentes nada conmigo con un taxista presente.

Jack se rio. Le gustó la confianza de la chica y le dijo: —Te diré una cosa, Hannah. ¿Por qué no te doy dinero para un taxi?

Levantó los hombros en el aire unos centímetros y sacó el labio inferior. —Eso funcionaría, supongo.

La acompañó hasta un taxi que la esperaba, abrió la puerta trasera del pasajero y esperó a que Hannah entrara. Luego buscó en su bolsillo su billetera. Giró la cabeza hacia la izquierda mientras lo hacía, contemplando la larga fila de taxis y la gente haciendo cola, hombro con hombro. Entre el muro de rostros, un hombre se destacó. Era alto, vestía un traje oscuro y se mantenía a unos metros de la multitud. Sus ojos estaban fijos en los de Jack. Pasó un momento y los dos hombres se enfrentaron, separados por quince metros.

El hombre empezó a caminar hacia el taxi.

Jack metió la pierna dentro del vehículo abierto y dijo: —Deslízate.

—¿Qué? ¿Pensé que ibas a conseguir tu propio taxi?

—Cambio de planes—, dijo Jack mientras se sentaba en el asiento trasero, obligando a Hannah a deslizarse. Cerró la puerta de golpe y miró por encima del hombro derecho.

—¿Qué estás mirando? — preguntó Hannah. Ella se giró en su asiento.

—No tienes un exnovio loco que podría haberte estado esperando, ¿verdad?

Hannah se rio. —No.

Jack no creía que el hombre tuviera nada que ver con Hannah, pero sabía que era mejor estar seguro.

El hombre no había perdido el paso y ahora estaba a seis metros del taxi.

—Ve—, dijo Jack.

—¿Qué quieres que haga? — dijo el conductor. —Tenemos que esperar nuestro turno.

El hombre se detuvo a tres metros del taxi. Jack miró por encima del otro hombro y vio que un sedán negro se había detenido en medio de la carretera. El tipo del traje entró de un salto.

—Será demasiado tarde—, dijo Jack. —Vete. Ahora.

LA TRAICIÓN DE NOBLE: CAPÍTULO 2

El conductor agarró la palanca de cambios como si estuviera alcanzando el tirador de una máquina tragamonedas. Se lamió los labios, envolvió los dedos alrededor del mango y puso la transmisión en primera. El vehículo hizo un clic audible y dio una ligera sacudida al pasar por un punto muerto. El conductor se alejó de la acera y se metió en el carril siguiente, ayudado por el hecho de que el sedán detrás de ellos lo estaba bloqueando.

—Más rápido—, dijo Jack.

—¿Cuál es tu problema? — preguntó el conductor, mirando a Jack por el espejo retrovisor.

Jack se inclinó hacia adelante y colocó su antebrazo derecho sobre el hombro del asiento del pasajero. —Pon el pie en el acelerador o te echaré del taxi a patadas y lo haré yo mismo.

—Está bien—, gritó el conductor. Pisó el acelerador a fondo, haciendo que Jack cayera hacia atrás en su asiento. Logró meter el codo izquierdo, lejos de Hannah. Aun así, su hombro chocó con el de ella y ella dejó escapar un grito doloroso.

—Maldita sea—, dijo.

—Lo siento—. Jack miró fijamente por el espejo retrovisor, con los ojos fijos en el conductor que parecía demasiado asustado para mirar a Jack. Quizás el chico prefirió concentrar sus esfuerzos en la carretera. Jack supuso que era lo último considerando que el hombre iba aproximadamente a ciento diez kilómetros por hora en un área designada para cincuenta.

—¿Quieres decirme de qué se trató todo esto? — preguntó Hannah.

—No—. Jack se movió en su asiento y se reposicionó para poder mirar detrás del taxi. Vio el sedán negro a unos diez coches de distancia.

El conductor empezó a reducir el acelerador.

—No disminuyas la velocidad—, dijo Jack.

—¿Por qué no? — preguntó el conductor.

—¿Ves ese auto negro ahí atrás?

Los ojos del conductor pasaron de la carretera al espejo retrovisor. Su mirada se posó en Jack y luego pasó a su lado. —Sí, lo veo.

—No sé quién es, pero o te están buscando a ti o a mí. No sé qué clase de hombre eres, pero puedo decirte esto con seguridad. Si me persiguen, no querrás tener nada que ver con ellos. ¿Entiendo? Así que será mejor que hagas lo que digo cuando lo digo. Aumenta tu velocidad. Llévanos lo más lejos que puedas, luego, cuando estemos en un área con la que estés muy familiarizado, quiero que salgas de la autopista y comiences a abrirte camino por la ciudad. Evita el tráfico a toda costa.

—Esto es Londres. ¿Cómo se supone que voy a evitar el tráfico?

—No me importa cómo lo hagas, hombre. Descúbrelo o podríamos estar todos muertos.

—¿Qué tal si me detengo, salgo y te ofrezco?

—¿Eres realmente así de estúpido?

El conductor miró fijamente a Jack. El taxi aceleró y se alejó del sedán negro. No por mucho tiempo, pensó Jack. Pero mientras el otro coche se quedara atrás, el taxista debería poder perderlos si conocía bien la ciudad. Si no, lo único que Jack podía esperar era que los hombres estuvieran desarmados.

—¿Quién eres? — le preguntó Hannah.

Jack se encogió de hombros y le dijo: —Es complicado.

—¿A qué te refieres? Me parece una pregunta bastante sencilla.

—Mira, Hannah, no sé si esos tipos te vieron bien o no. Si lo hicieran, cuanto menos sepas sobre mí, mejor.

—¿Por qué?

—Porque... — Jack hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. —Necesitas una negación plausible de tu parte en caso de que alguien te haga preguntas sobre mí.

Hannah entrecerró los ojos, sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Jack vislumbró la ira en sus ojos reflejada en la ventana.

Volvió su atención al vehículo que los seguía. El coche había acortado la distancia y ahora los adelantaba desde dos coches de distancia.

—Acelera—, dijo Jack.

—No puedo ir más rápido. Una multa más y me revocarán la licencia.

—Ese auto nos alcanza y es posible que te revoquen la vida.

Esto provocó una reacción de miedo por parte de Hannah, pero Jack la ignoró.

El vehículo que los seguía giró hacia la izquierda y aceleró. Jack maldijo en voz baja. Hannah se dejó caer en su asiento hasta que su cabeza estuvo debajo de la ventana. ¿Miedo o astucia callejera? En cuestión de segundos los dos coches estaban uno al lado del otro. Las ventanillas del otro vehículo estaban polarizadas. Jack no podía decir cuántas personas había dentro del auto. Sabía que había al menos dos, por lo que planeó un tercero.

Jack buscó dentro de su abrigo. Pero allí no había ningún arma. Ni siquiera una funda. No podía viajar con un arma. En años anteriores, se habría encontrado con alguien en el aeropuerto que le habría proporcionado al menos una pistola. En algunos casos pudo salir de una instalación gubernamental, lo que le permitía viajar con un arma escondida en el doble fondo de un bolso o maleta. Esta vez tendría que esperar hasta reunirse con alguien de la gente de Dottie. No tenía idea de cuándo ocurriría eso. Ciertamente, no a tiempo para lidiar con los hombres que lo seguían.

Durante unos minutos fue como si los dos coches estuvieran parados. Luego, el sedán negro se alejó y salió de la carretera.

—Puedes sentarte—, le dijo Jack a Hannah. —Se fueron.

—¿Puedes decirme quiénes eran?

—No.

—Si mi vida está en peligro, me gustaría saber quién podría ser. ¿Por qué no puedes decírmelo?

—Porque no lo sé.

Hannah se enderezó en su asiento y dijo: —Puedes bajarte en la siguiente salida.

—Detente a unas cuadras de su edificio—, añadió Jack.

Cinco minutos más tarde, el conductor detuvo el taxi en la acera. Hannah saltó. Jack sacó su billetera, le entregó al conductor tres billetes de diez libras y salió del taxi.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó Hannah.

—Acompañándote a casa.

Ella se cruzó de brazos y arqueó la espalda. —Estoy empezando a pensar que hubiera sido mejor dejar que el espeluznante Kyle me llevara a casa.

Entonces ese era su nombre.

—Estoy pensando lo mismo—, dijo Jack. —Pero él no lo hizo, yo sí. Y necesito asegurarme de que llegues bien a casa.

Ella lo estudió por un momento. —Mi edificio tiene portero. Él es más grande que tú. Intenta entrar y haré que te patee el trasero.

Jack sonrió. Le gustó la actitud de la chica. —Suena bien para mí.

Jack no tenía el mapa de Londres memorizado, pero sabía que estaban muy cerca del Palacio de Buckingham y Hyde Park. La única razón por la que supo esto fue porque vio un letrero que lo decía antes de salir de la carretera.

—Esta parece una zona cara—, dijo.

—Lo es.

—¿Cómo puede una universitaria permitirse vivir en un lugar como este?

Ella sonrió. —Bueno, para empezar, vivo en un pequeño apartamento. Es como un dormitorio principal convertido en apartamento. Una habitación que lo tiene todo. Y la familia para la que trabajo paga por ello.

—¿Para quién trabajas?

Ella giró ligeramente la cabeza y lo miró por el rabillo del ojo.

—Está bien, retiro la pregunta—, dijo Jack. —Aunque sé dónde vives. Podría simplemente seguirte.

Se detuvo, se volvió hacia Jack y lo agarró del brazo. —Eso no es gracioso, Jack. En serio, ni se te ocurra seguirme o visitar a la familia para la que trabajo cuando esté allí.

Jack levantó las manos en fingida defensa. —No te preocupes. En el momento en que entres a tu edificio será la última vez que me verás.

—¿Lo será?

Jack asintió. —Si.

Ella señaló y dijo: —Eso es todo.

—¿Dónde está el portero?

—Mentí—. Ella sonrió. —¿Vas a acompañarme el resto del camino?

—Creo que lo puedes hacer sola.

Ella extendió su mano. —Adiós, Jack.

La vio subir unas escaleras de hormigón manchadas por años de exposición. Sacó las llaves y entró al edificio sin mirar atrás. Jack se demoró varios minutos. El aire era templado y la brisa ligera. Escaneó la calle y las casas circundantes, asegurándose de que nadie estuviera mirándolo a él ni al edificio de Hannah. Le había causado al mundo suficientes daños colaterales y no quería agregar a Hannah a esa lista.

Después de media hora, decidió que estaba bien irse. Sacó su teléfono móvil, encendió el GPS y marcó el nombre de su hotel en el campo de búsqueda. Se alojaría en el Plaza, al otro lado del puente de Westminster. Un lugar elegante, pero sus opciones habían sido limitadas. La distancia hasta el hotel era de menos de tres kilómetros. Jack decidió caminar.

La historia continúa en *La Traición de Noble*, Continúe leyendo un extracto.

https://links.ltryan.com/traiction-noble

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com